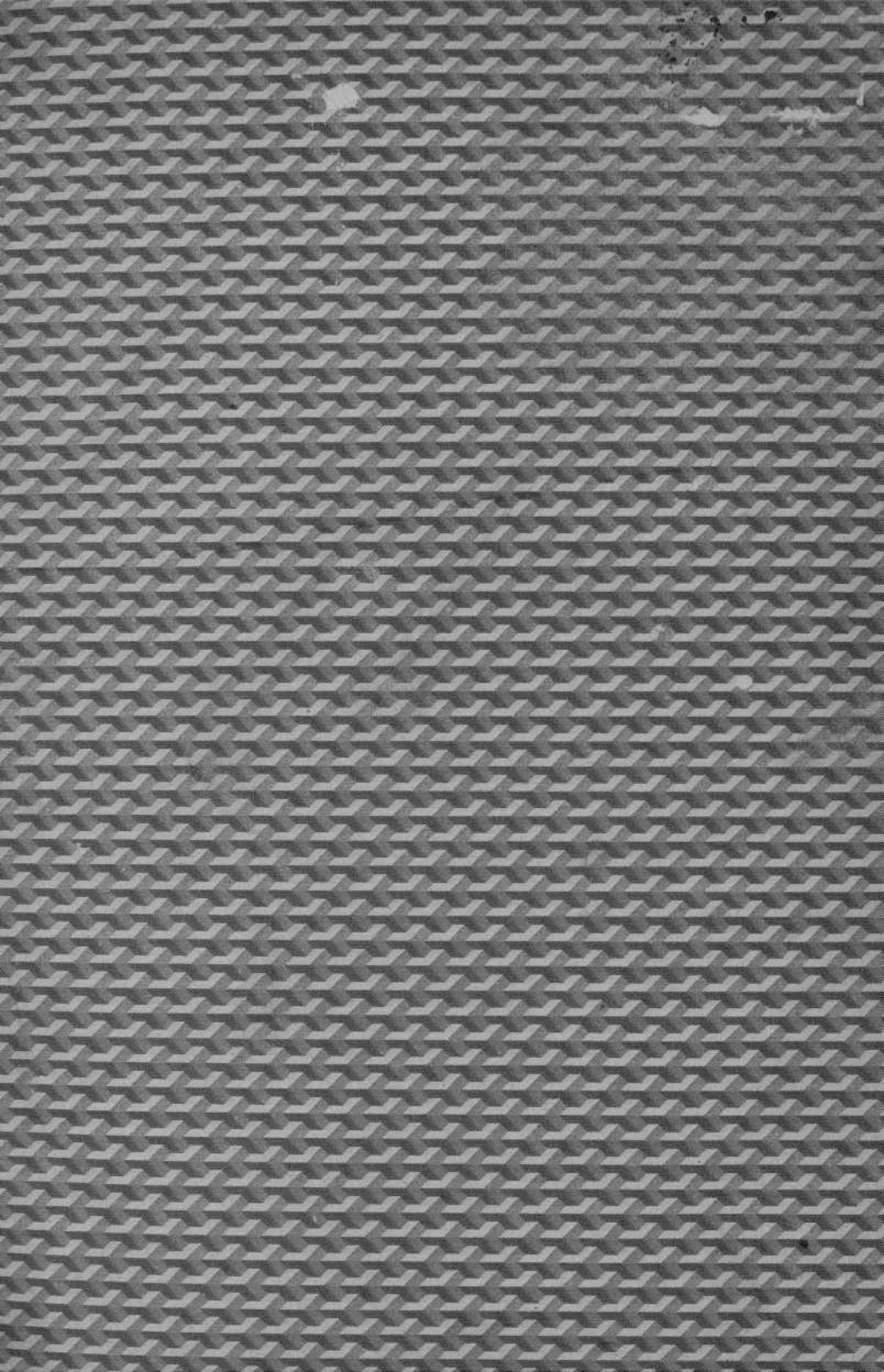


A. 36-5^a

6809





ESTUDIOS MILITARES.



ESTUDIOS MILITARES

ORIGEN Y PROGRESOS

DEL ARTE DE LA GUERRA EN ESPAÑA.

DESDE LA ÉPOCA CÉLTICA

HASTA LA TERMINACIÓN DE LA ÉPOCA MODERNA.

ESTUDIOS MILITARES

DON MARIANO PEREZ DE CASTRO

ACTOR DE CÁDIZ EN 1808

MADRID

IMPRESOR Y FOTOGRAFIA DEL INSTITUTO DE LA GUERRA

1872

ESTUDIOS MILITARES.

ORIGEN Y PROGRESOS DEL ARTE DE LA GUERRA EN ESPAÑA.

DESDE LA ÉPOCA CELTIBÉRICA

HASTA LA TERMINACION DE LA EDAD MEDIA.

por el Coronel Comandante de Infantería

DON MARIANO PÉREZ DE CASTRO

ANTIGUO CAPITAN DE ARTILLERIA.



MADRID.

—
IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DEL DEPÓSITO DE LA GUERRA.

1872.

AL LECTOR.

Terminada mi carrera militar en el secular alcázar de Segovia, y pasados los primeros años de mi juventud, comencé á dedicarme á mis estudios favoritos, al conocimiento exacto de la organizacion, táctica y armas usadas por los diferentes pueblos que en confuso tropel, ocuparon mi querida patria. Dificil por demás y superior á mis débiles fuerzas, era la empresa que acometia y tal vez hubiera fracasado en ella, sinó hubiera tenido la suerte de verme apoyado y sostenido por un general ilustre, el Excmo. Sr. Conde de Clonard, á quien me unian lazos no tan sólo de amistad, sino de parentesco. Sus consejos, el capital inmenso de datos que en su larga carrera habia reunido el autor de la Historia orgánica de las armas de Infantería y Caballería, fueron á no dudarlo, la gran palanca que me lanzó á profundizar á mi vez los arcanos y secretos de pueblos y naciones que fueron, y que á través de los siglos dejaron débil huella de sus adelantos en el arte de la guerra.

Despues de verificados diversos viajes por Europa y recorrido todos los archivos de nuestra Península en busca de datos fehacientes, me lancé en la difícil tarea de publicar una obra, que,

con el título de *Atlas de las batallas célebres* de todos los tiempos y países, pusiese en relieve los grandes hechos militares por los cuales, el Oficial, llamado tal vez un día á representar el principal papel en esas luchas sangrientas, cuya parte interna y mecánica debe conocer teóricamente á fondo, pudiese estudiar con fruto sobre el plano y en el texto, la táctica de los célebres Capitanes, investigando sobre el terreno el porqué el triunfo de un ejército y la derrota del otro; la razon estratégica del resultado respectivamente próspero y adverso de la batalla.

Despues de diez y ocho años de asiduos trabajos y de no pequeños sacrificios, terminé mi obra. Para escribirla tuve que hacer innumerables investigaciones y reunir gran número de datos, y al describir los grandes hechos militares de los tiempos antiguos y edad media, tuve que descender al estudio detenido de aquellos pueblos bajo el punto de vista militar, y esa porcion de documentos sacados de los autores clásicos de la antigüedad, de nuestros archivos y de los antiguos monumentos que aún existen, son los que me han servido para dar á luz el nuevo libro que sin pretensiones de ningun género, ofrezco hoy á mis compañeros de armas.

EPOCA CELTIBERICA.

El Asia, cuna del primer hombre, surtió á la Europa de pobladores, y aquellas tribus nómadas que á manera del sol viajaban de Oriente á Occidente, se establecieron en nuestro suelo, que andando los tiempos se denominó España.

Envuelta entre espesas nieblas, se halla la historia de nuestro país. Griegos y latinos rodearon su cuna de bellas ficciones; mas sin embargo de la oscuridad que envuelve el origen de todas las naciones, se sabe que los primeros pobladores de España, fueron los iberos, venidos de las márgenes del *iberus* asiático, llamados por esta razon *hombres del rio* y que al extenderse sobre las márgenes del que partiendo de Reinosa desemboca en el mediterráneo por Tortosa, diéronle en memoria del rio que abandonaron el nombre de iberus, del cual se formó despues el de Ebro.

Extendíanse estas tribus lentamente por toda la Península, cuando los celtas (1) los *hombres de los bosques*, la invadieron á

(1) «La venida de los celtas á España, segun los P. P. Mohedanos en su historia literaria, se remonta á una gran antigüedad: los que más han hablado sobre esta materia son Estrabon, Diodoro Siculo, y Apiano Alejandrino, pero conforman todos, que cuando vinieron hallaron poblada la nacion. Estrabon dice, que si los españoles unidas sus fuerzas se hubieran querido defender de los extranjeros que venian á establecerse en su tierra, jamás hubieran podido sujetarlos los tirios y los celtas y despues los cartagineses y romanos. Diodoro Siculo, dice que los celtas viniendo á España, tuvieron guerra con los iberos sobre los confines de sus campos, y despues hecha alianza por concierto amistoso, se mezclaron todos formando desde entónces una misma nacion. De esta misma union de iberos y celtas, habla Apiano Alejandrino.»

su vez. No hubo ni vencedor ni vencido y por lo tanto se unieron confundiéndose, mezclándose y formando un nuevo pueblo que se denominó celtívoro. Este fué el creador del verdadero carácter español.

Los antiguos historiadores (1) pintan aquella raza de nuestros progenitores como hombres de gran valor y agilidad; que miraban la vida con el más rudo desprecio, de mucha sobriedad, muy amantes de su independencía, llenos de odio hácia el extranjero, con tendencia al aislamiento, y muy confiados en sus propias fuerzas.

Entre los muchos pueblos que en los primitivos tiempos, llamados por la fama de las riquezas de su suelo visitaron las costas de la península, los que más memoria dejaron fueron los fenicios, que dieron á esta el nombre de Hispania.

Miéntas que las naciones extranjeras no mostraron otros deseos que mantener relaciones comerciales con los celtíberos, estos los acogieron con benevolencia, pero cuando los mercaderes se transformaron en dominadores, el valor y la indignación de estos, echó por tierra sus planes ambiciosos. Los fenicios fueron los primeros que tuvieron que abandonar la Península y los cartagineses á quienes estos llamaron en su auxilio, concluyeron en vez de ayudarlos, de echarlos de la península, emprendiendo en seguida la conquista de tan codiciado país. Siglos enteros pelearon sin poder penetrar en el interior de la nación, y sin dominar más terreno, que aquel que pisaban sus legiones.

Perdida por los cartagineses la Sicilia en la primera guerra púnica, trataron de resarcir sus pérdidas siguiendo sus conquistas con nuevo vigor en la península, desembarcando en ella ejércitos numerosos, gobernados por sus más hábiles capitanes.

(1) Estrabon dice: los primeros españoles eran ágiles, ligeros y fuertes.

Cornelio Nepote los llama gente belicosa y Tito Livio, nacion fiera y guerrera que preferia la muerte á soltar sus armas (*Fero genus nullam vitam sine armis esse*).

Polibio alaba su constancia y dureza en las fatigas y Justino encarece la frugalidad y parsimonia con que vivian.

Cicerón llama á España, terror, miedo y espanto del senado y pueblo romano.

La primera ciudad que sintió las iras de Cartago fué Sagunto aliada de Roma y la primera que hizo ver al mundo lo que era aquel pueblo que supo morir ántes que rendirse, dejando en poder de sus enemigos, un informe monton de escombros humeantes y restos humanos calcinados.

Convertida España en teatro donde debía verificarse el desenlace de la sangrienta y prolongada lucha que por obtener el dominio del mundo, sustentaban sin tregua ni descanso las dos repúblicas más grandes y mejor organizadas de los tiempos antiguos, vióse á los celtíberos, arrastrados por el espíritu de desunion que siempre ha distinguido á su raza, dividirse tomando unos partido por Roma y otros por Cártago, llevando ambas repúblicas en sus legiones, lo mejor y más florido de los guerreros celtibéricos.

Vencida Cartago, Roma se consideró única y absoluta dueña de España, declarándola provincia romana; y sus avaros y crueles procónsules, comenzaron á tratarla con la misma rapacidad y despotismo que á los demás países conquistados por la orgullosa república; pero los celtíberos que nunca se creyeron vasallos, sino aliados del pueblo Rey, levantaron el estandarte de la independenciam y millares de guerreros acaudillados por Viriato, y adoptando una táctica especial, en nada sujeta á las reglas del arte, pelearon heroicamente por espacio de 200 años, haciendo sufrir á Roma terribles y sangrientas derrotas. Numancia en esta lucha excedió á Sagunto, pues ella sola contuvo ante sus muros durante 20 años á los ejércitos romanos, llegando esta pequeña ciudad de la Celtiberia á infundir tal espanto y terror á los ciudadanos de la gran República, que en Roma se designaba con el nombre de *terror imperii*. (1)

Medidas terribles de represion, llegaron por el pronto á sujetar á los belicosos Celtíberos, pero su indómito carácter los volvía á levantar contra sus opresores. Al espirar en la cruz los

(1) Tan temida llegó á ser la guerra en España que los tribunos de la plebe solicitaban para los protegidos la exencion de ir á ella, y sino la conseguian, los aprisionaban para librarlos. Los legionarios temblaban al frente de las huestes celtiberas, llegando el caso de emplear sus Capitanes para vencerlos, no el valor y la disciplina de sus tropas, sino la astucia, la traicion y la alevosia.

prisioneros, entonaban cantos guerreros é insultaban á sus verdugos, llegando su arrogancia hasta el punto de enviar á decir á los Romanos despues de haber sido vencidos: *Os dejaremos salir de España si nos dais un traje, un caballo y una espada por cabeza.*

Vencido Pompeyo en Farsalia, sus hijos auxiliados por los celtíberos sustentaron la causa de su desgraciado padre, contra César su rival, que representaba la muerte de las libertades romanas, la idea del despotismo y del imperio. El fallo de aquel gran litigio se pronunció en los campos de Munda y allí el vencedor de Farsalia, combatiendo á los celtíberos, aliados de los hijos de Pompeyo, tuvo que pelear, no solo por la victoria, sino por la vida.

Entre los habitantes de la Celtiberia que venimos describiendo, los habia que sobresalian de entre los demás, ya por su arrojo, ya por el temple duro de su alma y amor á la independencia. Los cántabros, astures, galáicos y lusitanos, naciones que desde el principio de la sociedad vivian en continua lucha y que apenas se dedicaban á la agricultura, se distinguieron por hechos que tendríamos por fabulosos, si no lo refiriesen autores imparciales y por lo general enemigos de los españoles.

Lucano en su lib. 66, guerra civil de Roma, dice al ponderar el valor de Casio Capitan de César, despues de encarecérselo, que solo le faltaba para serlo en grado heróico, *hacer volver la espalda á un cántabro.* Tanto estos como los astures y galáicos, peleaban sin órden ninguno, formando parte integrante de sus ejércitos las mujeres, que segun Strabon en su lib. 8.º cap. 53 tenian no tan solo fortaleza de hombres, sino de fieras, matando ellas mismas á sus hijos para librarlos del cautiverio. Terrible era asimismo el valor de los indómitos lusitanos. Tenidos por los más fuertes de los españoles, sostuvieron gloriosamente la guerra hasta el imperio de Augusto. Sóbrios y frugales, sustentábanse las dos terceras partes del año con pan de bellotas y una especie de sidra, pues el vino que producía el país era poco y lo empleaban solo en los féstines.

Muy escaso y de corta importancia fué por largo tiempo el conocimiento de los españoles en el arte de la guerra: la agilidad y la fuerza lo hacian todo y contrarestaban el formidable

poder de las organizadas falanjes de cartagineses y romanos. Al cabo de algun tiempo y convencidos de la gran fuerza que á sus enemigos daba la disciplina, táctica y organizacion de sus ejércitos, principiaron á coordinar sus fuerzas dividiéndolas segun Suetonio, en *haces* de á 6,000 hombres y á colocarlos en líneas simétricas, y de tal modo, que cada una de estas masas llevaba en sí las necesarias condiciones del ataque y defensa, al propio tiempo que podian protegerse mutuamente.

Ordenábanse estas masas segun Tito Livio (1) en forma de cuña, de tan poderosa fuerza, que inutilizaba toda resistencia. La caballería, segun el mismo historiador (2) asegura, formaba á retaguardia de la línea de batalla lanzándose sobre el enemigo por los claros que con este objeto dejaba la infantería, llevando á veces á la grupa un infante, que en el momento dado, se lanzaba á tierra y esgrimia la honda ó el dardo. Polivio (3) afirma que cuando los peones se veian acosados por el enemigo, se unian á los jinetes, los cuales echaban pié á tierra y dejando atados sus caballos á unas estacas que consigo llevaban, se batian mezclados con los infantes.

Tito Livio (4) y Julio Cesar (5) aseguran que cuando iban á campaña llevaban como parte integrante de su equipo, el odre, el cual consistia en un pellejo de cabra ó carnero perfectamente adovado, el cual les servia para atravesar los rios, colocando dentro de él sus vestiduras, y lleno de aire ponian encima su escudo y arrojándose despues al agua, se tendian sobre aquel y ganaban á nado la opuesta orilla.

Nada nos dicen los antiguos historiadores de los instrumentos bélicos que empleaban estos pueblos para convocar las tropas y mandar las maniobras, pero en cambio nos aseguran que los que ocupaban la parte N. y O. de la península, entonaban cantos guerreros ántes de empezar el combate y en la arremetida daban

(1) Libro 40—cap. 40.

(2) Libro 29.

(3) Libro 3.º.

(4) Lib. 21. Cap. 27. Hispani sine ulla mole in *utres* vestimentis coniectis, ipsi caetris superpositis incubante flumen transnaverunt.

(5) Lib. 1.º, Cap. 22, número 48 (historia de bellis civilibus) «conuetudo omnium est, ut sine *utribus* ad exercitum non eant».

gran vocería para excitar y sostener durante la refriega el entusiasmo y valor de los combatientes, los que al tiempo de arremeter, según cuentan Diodoro Sículo (1) y Silio Itálico, (2) golpeaban alternativamente con los pies en la tierra y con las espadas en las cetras, siendo este el origen, como dice muy bien un ilustre escritor militar, de las danzas y cantares de nuestros pueblos del norte.

Sus armas eran de dos clases, ofensivas y defensivas.

ARMAS OFENSIVAS.

Acide. Clava de madera muy dura de medio codo de longitud con correa al extremo para manejarla sin que se soltase de la mano y armada en su parte superior con clavos en punta. *Fig. 1.ª lám. 1.ª.*

Glande. Proyectil de figura romboide que se fundía de plomo y se arrojaba con la honda, voz derivada del latín *Glande*, (bellota) por tener la forma de este fruto. *Fig. 2.ª lám. 1.ª.*

Honda. Fundíbalo manuable del balear: (3) los había de dos calibres, el primero llamado *macrokolon* que servía para arrojar el proyectil desde lejos, y el segundo *brachikolon* para tirar de más cerca. Estas hondas se construían de *melankrenas*, especie de junco de gran ductilidad, y también de esparto ó simiente negra; este nombre es un compuesto de las palabras griegas

(1) Lib. 5.º pág. 311. «In bellis ad numerum incedunt, etc. Pænes canunt quando hostes aggređiuntur.

(2) Misit dives Gallæcia pubem
Barbara nunc patriis ululantem carmina linguis
Nunc pedis alterno percussa verbere terra,
Ad numerum resonans gaudentem plaudere cetras.

(3) Los moradores de las islas Baleares, excelentes honderos, hacían contra los Cartagineses el oficio de nuestras guerrillas, derramándose por delante de la línea de batalla. Acostumbrábanse al manejo de la honda desde la niñez y las madres no daban la comida á sus hijos, si ántes no la derribaban del árbol en que estaba colgada. Llevaban á la guerra tres hondas, una ceñida á la cabeza, otra al rededor del cuerpo y la última en la mano, lanzando con ellas piedras y glandes hasta del peso de una libra, no habiendo casco ni armadura que resistiere al vigoroso impulso de la honda del Balear. Strabon. lib. 3.º, pág. 416.

μελας, negro, y κρηνη fuerte. Tambien empleaban en su confeccion, intestinos adovados, pelo humano cerda de caballo y hasta lino. *Fig. 3.^a lám. 1.^a*

Falcata. Guadaña enastada y tambien sable para manejarlo como una espada. *Fig. 4.^a lám. 1.^a*

Bidente. Arma para rechazar los asaltos: consistia en un cuento de palo largo y en lugar de moharra se colocaba en él una cuchilla en forma de media luna. Tambien se conocia esta arma con el nombre de Truede. *Fig. 5.^a lám. 1.^a*

Tridente. Arma enastada, con tres puntas de más de cinco pulgadas de longitud, hechas de cobre ó hierro. *Fig. 6.^a lám. 1.^a*

Lobo. Especie de tridente.

Machera. Puñal corto parecido á los machetes que han usado algunos cuerpos del ejército pudiendo tal vez ser la palabra *machete* una derivacion de *machera*. *Fig. 7.^a lám. 1.^a*

Phalarica, semi-phalarica. Astas torneadas en cuya extremidad se aseguraba una moharra de tres piés de longitud, y en ella liaban estopas embreadas para lanzarlas ardiendo. La voz *phalarica* fué tomada del griego *φλαρικα*. *Fig. 8.^a lám. 1.^a*

Sude. Dardo hecho de madera muy dura, tostada al fuego y aguzada por ambos lados. *Fig. 9.^a lám. 1.^a*

Spatta. Espada forjada de cobre, medianamente larga, bien templada, cortante por ambos filos y con bastante punta. (1).

(1) El licenciado Juan Fernandez Franco, en un libro titulado, *Compendio de algunas medallas romanas*, que escribió en el año 1664 dice al hablar de estas espadas, que en un sepulcro de Mérida que se hallaba en San Francisco, se encontró un hombre con sus armas, las cuales estaban muy consumidas, entre las que habia una espada en cuya hoja decia que *Domitia Clara Valeria* la donó á Quinto Poncio Capiton, que deberia ser su marido. En la parte de la espada en donde se hace mencion de este varón, habia una medalla que lo representaba y en la parte que se hace mencion de su mujer, existia otra medalla suya cuyas letras decian: *Quinta Pontio Quinti filio Capitoni*; luego aparecia: *Do*: y estas letras, el autor citado cree que debian unirse á los del reverso de la espada y entonces diria *Domitia Lucia Clara Antifilia Valeria suple dicavit vel donavit*. Además de esta inscripcion en ambos lados, tenia otra que decia *ABVRBCCCL* esto es, *ab urbe condita CCCL* construida el año 350 de la fundacion de Roma, lo

Usaban tambien los celtiberos, espadas largas de cobre de una sola pieza, de temple muy duro y corte afilado. De estas espadas, (1) dos se conservaban en el gabinete particular del Infante Don Gabriel. *Fig. 10 lám. 19.*

Rhanda. Especie de estoque para luchar cuerpo á cuerpo.

Gesso. Dardo con punta hamata que se arrojaba á larga distancia. *Fig. 11 lám. 1.^a*

Sannion. Dardo con cabo de madera y punta de cobre. *Figura 12 lám. 1.^a*

Soli-ferrea. Dardo parecido al Sannion, pero hecho todo de hierro.

Trágula. Dardo muy aguzado, empleado para atravesar la *lorica*.

Media luna. De cobre enastada de madera. *Figura 13 lám. 1.^a*

ARMAS DEFENSIVAS.

Mitra. Casco ó morrion de cobre batido, sobremontado de un espigon hueco para sacar por él y tender á la espalda el caballo, teniendo cuidado ántes de sujetarlo con una ínfula, y dejando fuera, pero trenzado en ámbos lados, el pelo de la frente y partes laterales de la cabeza. *Fig. 14 lám. 1.^a*

Tambien usaron mitras ó cascos del mismo metal adornados con tres crestas por cimera, del mismo cobre y sobremontadas de plumas de colores. Habia cascos de aspecto horroroso, para lo cual, vaciaban el cráneo de la cabeza del lobo y del oso y colocándolo en lugar de mitra, servia de defensa, dejando la piel tendida á la espalda y sujetándola delante del pecho anudando las garras de la fiera.

cual demuestra la grande antigüedad de la referida espada. Media una vara y tercia de larga y tres dedos de ancho. El guardian del citado convento la regaló á un caballero de Ubeda y hoy dia sólo se conserva un dibujo de ella en la obra del licenciado Franco. Los Romanos adoptaron la espada celtibera y abandonaron la suya en la primera guerra púnica.

(1) Media la una cuatro palmos y ocho dedos, y la otra, cuatro palmos, siete dedos, habiendo sido ambas halladas en una escavacion hecha hácia Calatayud, la antigua Bilbilis.

Bacula. Pieza postiza de cobre batido que se colocaba en la mitra por visera, figurando el rostro humano, para defender este de los tiros enemigos. *Fig. 15 lám. 1.ª*

Cetra. Escudo del diámetro de dos piés en figura orbicular, fabricado de duplicados cueros cosidos, ó de nervios de buey, con embraces para llevarlo á la pelea. *Fig. 16 lám. 1.ª*

Perpunto. Armadura ligera del cuerpo, hecha de lino tejido, muy blanco y entretelado sobre la cual se colocaba la,

Lorica. Armadura confeccionada con tiras retorcidas de cuero crudo.

Sago. Túnica tejida de lana burda, negra y muy bellosa como suplente de la lorica, empleada por la infantería ligera.

Ocrea. Coturno ó botin sin pié, construido de piel de jabalí para la defensa de las piernas. *Fig. 17 lám. 1.ª*

Sisirnas. Pielas adovadas de carnero á manera de zaleas que cubrían los muslos.

Bocina. Cuerno de buey con el que convocaban á los guerreros al combate. *Fig. 18 lám. 1.ª*

EPOCA GRIEGA.

• El arrojo y la bravura, cuando solo obedecen á una excitacion ó entusiasmo más ó ménos duradero, y no se halla dirigida y aun refrenada por la táctica y la disciplina, suele degenerar muy á menudo en temeridad y en imprudencia, ocasionando en lo general, descabros y desastres sin cuento. Temístocles, inmortalizó para siempre su nombre y el de su patria en las Termópilas, pero la falta de táctica hizo que al morir con gloria, dejase abierto á los persas el camino de Atenas, al paso que Milciades, en una posicion mucho ménos ventajosa y con un ejército ménos numeroso, destruyó por completo y por medio de una acertada maniobra, el millon de hombres que regia Dario.

Pruebas de esta verdad nos suministran los bélicos anales de todos los pueblos de la antigüedad, empezando á ser conocido y estudiado el arte de la guerra y la combinacion de los complicados movimientos de un ejército, cuando el excesivo número de combatientes de una y otra parte, hizo imposible la victoria con el solo empuje de una acometida desordenada é impetuosa. Constituidos los pueblos antiguos en verdaderos reinos ó estados, dieron señalada preferencia al elemento militar, pudiendo asegurar sin temor de ser desmentidos, que en Grecia donde nacieron Agamenon, Aquiles, Temístocles y Milciades, nació tambien la ciencia militar, la ciencia de la estrategia.

Obligados los griegos á luchar con enemigos poderosos, y en la imposibilidad de sostener un crecido número de hombres dispuestos siempre á la pelea, tuvieron que suplir con la inteligencia la destreza y prontitud en las maniobras, la falta de medios y de fuerza numérica.

La desmembración del territorio helénico en repúblicas independientes y mal avenidas las unas con las otras, al paso que impidió la fuerza de una nacionalidad compacta y vigorosa, que fiara su libertad é independencia, no ya en la energía y talento de sus generales, sino en los recursos y en la vida propia de un pueblo políticamente constituido, fué causa de que el ejercicio de las armas fuera, más que la ocupación favorita, la necesidad imperiosa de los hijos de Esparta y de Atenas.

Ya en la *Iliada*, en el inmortal poema de Homero, donde los héroes entraban desnudos á la pelea, aunque perfectamente armados, se leen descripciones de marchas y combates, que demuestran ya la existencia de cierto orden y disciplina, que regularizaba los movimientos del ejército.

Los griegos marchan en silencio á la pelea, á fin de oír mejor y ejecutar con más prontitud las órdenes de los jefes que los mandan; y cuando el combate se empeña, se preparan para resistir el empuje enemigo, formando con sus apiñadas filas la impenetrable falange erizada de cascos, lanzas y escudos.

A pesar de todo, el arte militar se hallaba aun en la infancia en aquellos tiempos fabulosos, y aun en los posteriores de la guerra de Tebas. Pero atacada la Grecia por enemigos extranjeros, y resueltas varias de sus repúblicas á defender á todo trance su libertad é independencia, empezó poco á poco á desarrollarse y á ir adquiriendo gradual y debida importancia la ciencia estratégico-militar.

Ciudadano y soldado eran cosas idénticas en estas repúblicas; así, pues, los ejércitos representaban en cierto modo el estado entero, habiendo llegado su infantería á un grado de brillantez y bizarría desconocido hasta entónces. Diferente era, sin embargo, la constitución militar superior de los pueblos más renombrados de la península griega.

El gobierno democrático de Lacedemonia se componía de dos elementos contrarios, el civil y el militar, representado el pri-

mero por los éforos, y el segundo por dos jefes superiores de la milicia, cuyo poder, limitado en la ciudad por las atribuciones de los magistrados, no reconocia igual en el campamento y al frente del enemigo.

La ciudad de Atenas estaba dividida en diez tribus, cada una de las cuales nombraba un estratego, ó jefe superior del ejército, alternando en el mando de las tropas los diez generales ya citados, quienes debian, al finalizar la campaña, dar cuenta exacta de sus operaciones y responder á cuantos cargos se les hicieran.

En Tebas, los generales que conservaban el mando pasado un año, eran condenados á muerte.

Los espartanos, lo mismo que los atenienses, formaban sus ejércitos reclutando, además de los ciudadanos, los esclavos salidos de servidumbre, los domiciliados y hasta mercenarios extranjeros.

Dividiase el ejército griego en infantería y caballería. La primera la componian los *oplites* (pesadamente armados), que usaban lanzas largas y escudos anchos; los *psilitos* (ligeramente armados), que tenian ballestas, azagayas y hondas, y los *peltastos*, clase intermedia entre las anteriores, que gastaba escudos ligeros y lanzas muy cortas. La caballería era tambien pesada y ligera, compuesta esta de soldados mercenarios y aquella de ciudadanos. Jinete y caballo llevaban armadura, usando el primero de una lanza, aguzada por lo comun por ambos extremos.

Entremos ahora en la distribucion de las tropas. *Lám. 3.ª*

Escogidos los soldados, se colocaban en filas. La fila (lochos) se componia de hombres situados los unos detrás de los otros, desde el jefe de la primera fila (lochagos ó protostatos) hasta el de la última (epistatos ó vuragos).

La fila se componia de ocho, diez, doce y diez y seis hombres, aunque este último número fué siempre preferido, en razon á ser más adecuado á la extension de la falange, ya para doblar su fondo ó para darla más extension.

La reunion de cuatro hombres se llamaba *enomotia* y su jefe *enomotarça*. Dos *enomotias* formaban una *dimeria* ó media fila, cuyo jefe era un *dimerita*.

Hemos dicho que el primer hombre de la fila era *protostatos*

(hombre que está delante), y con este nombre se distinguía á todos los que ocupaban en la fila un puesto impar; es decir, 1, 3, 5, 7, etc. El segundo era *epistatos* (hombre que está detrás), lo mismo que los que tenían un número par, 2, 4, 6, 8, etc.

De manera que la fila estaba compuesta de *protostatos* y *epistatos*, colocados alternativamente entre el cabeza y el último de la fila, siendo estos dos puestos igualmente importantes en los combates.

La union de dos filas se llamaba *syллоquismo*, y se formaba colocándose los *protostatos* y *epistatos* de la segunda fila cerca de los de la primera.

Todo soldado al lado de otro era *parastato*. Llamábase también *syллоquismo* la union de mayor número de filas.

Todo el *syллоquismo*, ó sea el sistema de la totalidad de las filas, se llamaba *falange*. La hilera de los jefes de fila representaba el frente de la falange, así como las restantes, hasta los últimos de la fila, indicaban el fondo.

Los *psilitos* formaban algunas veces detrás de la falange de los *oplitos*, á fin de que los protegieran y lanzar los dardos por encima de sus cabezas. La caballería se colocaba tan pronto detrás de los *psilitos* como en las dos alas, ó cuando alguna de estas cubria algun rio, foso ó el mar, se situaba en la otra ala para acechar al enemigo.

Los tácticos más hábiles han prescrito para la falange de los *oplitos* el número de 16,384, que siendo divisible por dos hasta la unidad, resulta que la mitad de este número, ó sean 8,192 formó la línea de los *psilitos*, y la mitad de 8,192 ó 4,096, fué para la caballería. Siempre se contaban 1,080 filas.

Dos filas reunidas en la falange de los *oplitos*, componian una *diloquia* (32 hombres); cuatro una *tetrarquia* (64 hombres); dos *tetrarquias*, una *taxiarquia* (8 filas y 128 hombres), y una *taxiarquia* de doble fondo, formaba el *syntagma*, que era un cuadrado de 16 por 16, con cinco hombres fuera de filas.

La *pentacosiarquia*, *quiliarquia*, *merarquia*, *falanjarquia*, *difalanjarquia* y *tetrafalanjarquia*, eran así llamadas, segun constaban de 512, 1,024, 2,048, 4,096, 8,192 ó 16,384 hombres en 32 filas para las dos primeras, y para las demás de 128, 256, 512 ó 1,024 filas formando esta última cifra la falange completa.

En la falange habia 1,020 jefes, ó cabezas, que formaban la primera hilera, y 1,024 jefes de fila.

Los *hectareos*, es decir, amigos, ó mejor compañeros, eran un cuerpo de infantería y de caballería, que componian la guardia de Alejandro, todos macedonios, de noble cuna y de gallarda apostura.

Los *hipaspistas* formaban parte de la infantería de los hectarios, y subirian á unos 3,000 hombres que hacian la guardia á la entrada de la tienda ó del palacio de Alejandro.

Los *argyraspides*, llamados así porque llevaban escudos plateados, y cuerpo conocido por el nombre de *Agema*, tenian que desempeñar iguales funciones, y deben clasificarse entre los *peltastos*.

La caballería tenia á su vez una subdivision particular. Una *ila* contaba 64 jinetes: dos formaban una *epilarquia*, 256 hombres. La *hipparquia* venia á tener 512 plazas. Dos carros de combate, eran una *zigarquia*; cuatro, una *sizigarquia*, y una *epizigarquia*, una *harmatarquia*, un *keras* y una *falange*, en proporcion á 8, 16, 24 y 48.

El Jefe de un elefante se llamaba *zoarca*. Diez y seis elefantes componian una elefantarquia, y 64 una falanje mandada por un elefantarca. (1)

Los griegos, tan hábiles en la táctica, no fueron tan instruidos como los romanos en la castrametacion ó arte de acampar.

En las llanuras disponian su campamento en forma circular y el general, colocado en el centro, punto adonde venian á desembocar todas las calles, podia con una simple ojeada ver cuanto pasaba en el campo. Este método, que no carecia de ventaja adolecia del defecto de violar el principio de guerra de que el ejército debe acampar en el mismo orden con que debe entrar al combate.

A veces el campamento se hallaba cercado con un parapeto y un foso. Los griegos daban gran preferencia á las fortificaciones que el terreno presentaba naturalmente, sobre las que solo eran producto del arte y del ingenio.

Las marchas de los griegos eran comunmente de seis leguas

(1) Véase apéndice «Elefantes de guerra».

modernas por día, á pesar de lo muy cargado que iba el soldado, lo que, por otra parte, disminuía notablemente el número de bagajes y municiones, que tanto embarazan hoy día la marcha de un ejército.

Las armas usadas por los griegos eran defensivas y ofensivas.

ARMAS DEFENSIVAS.

Casco. Los había de variadas y caprichosas formas. Se hacían de pieles con adornos y de metal. El capacete constituía su parte principal y en él se aseguraban las carrilleras. Las cimbras que por lo general eran muy elevadas, presentaban formas singularísimas adornadas con plumas, crines y hasta de cuernos de búfalo. En la mayor parte de los cascos salía de la parte inferior del pié de la cimera, una espesa cola de caballo. Por su parte delantera, llevaba la celada á modo de careta, que giraba sobre goznes y defendía el rostro del guerrero. *Fig. 1.^a, lám. 2.^a*

Armadura. Constaba de peto y espaldar y bajaba hasta las caderas, donde se aseguraba con un cinto; pendiendo de dicho espaldar sobre cada hombro, piezas para defender los brazos. En lo general eran de suela de búfalo pintadas de diferentes colores, guarnecidas y chapeadas en parte con tiras de metal. *Figuras 2.^a y 3.^a, lám. 2.^a*

Ocreas. Botines que resguardaban las piernas por delante, asegurándose á ellas por medio de correas. Estas solían ser de hierro, bronce ó de un tegido de lana muy tupido y fuerte, en cuyo caso resguardaba la pierna en todos sentidos. *Fig. 4.^a, lám. 2.^a*

Sandalia. Especie de calzado parecido algo á la alpargata moderna. Este calzado lo usaba la infantería, y la caballería, uno á modo de botín.

Escudo. La primera de las armas defensivas del soldado griego. Este estaba formado de un tegido de mimbrés, cubierto despues con cuero ó chapa de hierro, usando los jefes y altas gerarquías militares, magníficos escudos cincelados y pintados con vivísimos colores. *Fig. 5.^a, lám. 2.^a* Los oplites, tenían escudos de metal, que les cubrían todo el cuerpo, y apoyados en el suelo, les llegaba hasta la mitad del cuello. *Figura*

ra 6.^a lám. 2.^a El escudo del peltasto, se asemejaba en su forma á una hoja de yedra.

ARMAS OFENSIVAS.

Pilum. Pica ó lanza arrojadiza, cuya punta tenia la forma de prisma rectangular: lanzado con fuerza, servia para romper las pesadas armaduras. *Fig. 7.^a, lám. 2.^a*

Sarissa. Lanza sumamente larga usada por la falange; su largo era de 14 codos proximamente. *Fig. 8.^a, lám. 2.^a*

Honda, con la cual arrojaban piedras, bolas de plomo y aún incendiarias. Se componia de varias correas con una plantilla enmedio, sobre la que se colocaba el proyectil.

Espada. Era recta y corta, de oja ancha, sin punta, y afilada sólo por un lado, la cual se llevaba pendiente del costado derecho. *Fig. 9.^a, lám. 2.^a*

Aljaba. Estuche que pendia del hombro izquierdo por medio de una correa bastante ancha, y en la cual se guardaban las flechas. *Fig. 10, lám. 2.^a*

Arco. Construido de madera ó bien de asta, ligeramente arqueado, como el de los tebanos. *Fig. 11, lám. 2.^a* Tambien los habia con doble curvatura y el centro recto, para que se deslizase mejor la flecha, como los que usaban los atenienses y espartanos. *Fig. 12, lám. 2.^a*

Flecha. Estas se construian de madera ligera, por lo general, muy largas. Las habia con estopas sujetas á su punta, empapadas en resina para incendiar los edificios y máquinas de guerra. *Fig. 13, lám. 2.^a*

Lanzas. Las habia de diferentes formas. *Fig. 14, lám. 2.^a*

Azagaya. Dardo arrojadizo ó jabalina de 3'50 metros de larga. *Fig. 15, lám. 2.^a*

Carro falcado (1). Carro de combate arrastrado por dos, tres ó cuatro caballos, de dos y cuatro ruedas, guiados por un carrero que iba al lado del combatiente. La lanza del carro, terminaba en una aguda punta, y los ejes de las ruedas terminaban en unas cortantes hoces. *Fig. 16, lám. 2.^a*

(1) Véase apéndice «Carros falcados».

Elefante de guerra. Elefantes domesticados para el combate, que llevaban sobre sus lomos, torres ocupadas por guerreros, que desde ellas, y á su abrigo, lanzaban dardos y hostilizaban al enemigo. *Fig. 17, lám. 2.^a*

ATAQUE Y DEFENSA DE LAS PLAZAS.

Las catapultas, arietes, balistas, torres y manteletes con que los griegos fueron poco á poco perfeccionando los medios de ataque y de defensa, vinieron á hacer más breve los sitios de las plazas, que hasta entónces habian sido siempre de larga duracion, y á los que sólo la traicion ó estratagema venian á poner término.

Vamos á explicar detenidamente en que consistian cada uno de estos aparatos de guerra :

La catapulta, que no era más que un arco ejecutado en grande escala, servia para arrojar á gran distancia flechas, azagayas y otros proyectiles, y tenia dos brazos atados con cuerdas. Estos brazos ponian tirante la cuerda destinada á lanzar el proyectil. Las habia de campaña y de sitio. *Fig. 18, lám. 2.^a*

La balista, usada para lanzar piedras y grandes trozos de peñas con curva muy elevada, era tambien de una aplicacion muy frecuente. Esta máquina no tenia más que un brazo. *Figura 19, lám. 2.^a*

Dicho brazo terminaba con una especie de gran cucharon de palo, que iba á dar con gran violencia contra un cojinete de cuero relleno de crin. En la cavidad formada por dicho cucharon se colocaba el proyectil, haciendo jugar el brazo por medio de un torniquete.

Los arietes, fueron los instrumentos más antiguos que se usaron para desmoronar las obras de fortificacion. Componíanse de una enorme y pesada viga, á veces hasta de 50 á 100 piés de largo, y en cuya punta habia una pieza de hierro colado, imitando la cabeza de un carnero.

Estas vigas se suspendian horizontalmente de un disforme caballete, por medio de unas cuerdas colocadas en perfecto equilibrio, y el ariete se hacia rodar contra los muros á favor de unas sencillas ruedecitas de madera que se ajustaban á los

extremos, y que por medio de maromas se hacian correr á lo largo de un carril hecho al efecto. *Fig. 20, lám. 2.^a* Tambien habia arietes cubiertos, *fig. 21, lám. 2.^a*, que sólo dejaban ver las dos extremidades de la viga, hallándose el resto suspendido dentro de una caseta de madera de poca altura y de una longitud proporcionada á la del instrumento derruidor.

Las capsas, eran una variedad del ariete cubierto, con la diferencia de que la cabeza de carnero se hallaba reemplazada en estas por un pico afiladísimo, y de que la viga no estaba suspendida por medio de cuerdas, sino que el movimiento de rotacion lo verificaba sobre cilindros. *Fig. 22, lám. 2.^a*

Helépolas ó tomadoras de ciudades, eran unas torres de un uso difícil y dispendioso. Estas grandes casas de madera, compuestas de varios pisos, y que interiormente tenian las correspondientes escaleras, eran de una solidez extraordinaria. Formaba su parte superior un tablado con una barandilla al rededor y muchas torres con puentes levadizos, que dejaban caer sobre el parapeto no bien se encontraban á una distancia conveniente, para facilitar el paso de los sitiadores á la plaza. Tambien solian tener en el piso bajo, y aún en los superiores, arietes para destruir los muros. *Fig. 23, lám. 2.^a*

Hacianse avanzar estos castillos ambulantes contra la plaza por medio de cilindros ó ruedas, que ni bajaban de cuatro ni excedian de ocho. Cada piso tenia aberturas ó ventanas, desde las cuales se arrojaban vigas y piedras contra los sitiados, y en la parte exterior solia haber galerías para los honderos y flecheros.

Las torres más pequeñas tenian una altura de 10 pisos, de 60 varas de longitud y 17 de latitud, subiendo á 20 el número de pisos en las mayores, y 120 y á 23 $\frac{1}{2}$ las varas de longitud y latitud.

Manteletes. Los habia rectos, que consistian en dos bastidores de viguetas, entre los cuales se metian sacos de tierra y descansaban sobre caballetes, y estos sobre ruedas. Los manteletes, de figura formando comba, se componian igualmente de marcos, cuyos montantes y travesaños tenian una forma curva. El revestimiento exterior era una especie de colchon de piel relleno de lana ó arena, en el que se embotaban los proyectiles

enemigos. Por lo general, su construccion era muy sencilla, como puede verse en *Fig. 24, lám. 2.^a*, sin que sea necesaria mayor explicacion para comprender su disposicion y forma.

La grua ó ceston se usaba para elevar un número más ó ménos crecido de guerreros sobre el parapeto enemigo, á fin de sorprender de esta suerte algun punto desguarnecido. Fijábase al efecto en tierra un mástil, con un travesaño ó viga en la parte superior. En el extremo posterior del mismo se aseguraba un ceston colosal, dentro del cual se colocaban los guerreros, para despues elevarlos á la altura conveniente, bajando por medio de maromas el extremo opuesto de la viga. *Fig. 25, lám. 2.^a*

La corbina ó cuervo de garras consistia en un aparato suspendido en un caballete con dos brazos, de los cuales pendia bien nivelada una larga viga, terminada por una horquilla de hierro, que desmoronaba las murallas ya conmovidas por los golpes del ariete. *Fig. 26, lám. 2.^a*

La cigüeña ó corbina simple se diferenciaba del anterior aparato en que se hallaba colocado sobre la muralla, y en que la viga de forma de grua sencilla, terminaba con una horquilla de cuatro ganchos. En el momento en que el enemigo se disponia, á escalar el muro, se dejaba caer sobre sus tropas el extremo de los garfios, que se volvía á alzar al poco tiempo con uno ó más soldados enganchados, y que eran arrojados al foso ó quedaban prisioneros. *Fig. 27, lám. 2.^a*

ÉPOCA ROMANA. ⁽¹⁾

El pueblo de Rómulo, formado de gente aventurera y advenediza, atenta sólo á ensanchar sus fronteras y dispuesta á quebrantar todo pacto á trueque de adquirir una pulgada más de terreno, conservó á través de los siglos el distintivo particular y los malos resabios de sus primeros fundadores. El romano, esencialmente conquistador y como tal guerrero y ciudadano á la vez, no podia ménos de dar una gran importancia al elemento militar en todas sus aplicaciones, llegando á hacerle el preponderante entre los demás y el medio de llegar á la dictadura y al imperio.

Los patricios derriban el trono y se constituyen en una república aristocrática que ejerce un protectorado de familia sobre la clase plebeya, que más tarde, de exigencia en exigencia habia de emanciparse de su yugo y llegar á las primeras y más altas dignidades. La crueldad de las leyes sobre deudas hace que el pueblo se amotine retirándose á la Montaña Sagrada, de donde vuelve bajo la garantía de la ley que nombra los tribunos de la

(1) Hemos creído oportuno no ocuparnos de la organización, táctica y armamento de los cartagineses que á su vez invadieron la península, por diferir muy poco de la organización de los ejércitos romanos, de la cual vamos á ocuparnos con alguna extensión.

plebe. Estallan las guerras contra los pueblos de Italia que pierden más ó ménos por completo su soberanía; los galos saquean á Roma que vuelve á salir de sus ruinas más bella y poderosa que ántes, merced al arrojó de Camilo y triunfo de los samnitas y de Pirro; y á la par de estas victorias, los plebeyos adquieren el derecho de dar leyes, de poder enlazar sus familias con las de los patricios, y de igualarse con los cónsules en el tribunado militar.

La primera y segunda guerra púnica acabó de elevar á Roma á su mayor grado de gloria y esplendor, y la Macedonia, el Epiro, Cartago y Corinto fueron incorporadas al patrimonio romano. Los disturbios y las guerras civiles empiezan á corroer el corazón de la república; los graccos, Mario, Sila, Pompeyo y César, van preparando á los romanos para el despotismo de los Calígulas, Caracallas y Domicianos.

El fanatismo que rara vez es prenda de acierto, armó contra César el puñal de Bruto y al pié de la pira en que se reducían á cenizas los restos mortales de aquel grande hombre, se alzaron, iluminadas por la rojiza llama del incendio, las tres sangrientas figuras de Marco Antonio, Lepido y Octaviano. La batalla de Accio decidió el triunfo completo de este último, viéndosele entonces alzarse único señor y dominador del mundo, y afectando guardar las formas republicanas, instituyó de hecho el imperio. Después de largos siglos de luchas y de horrores, el mundo descansaba en medio de una paz general, apenas turbada por el eco lejano de las guerras con los partos y hebreos. La humanidad callaba, y este silencio ya anunciado por las profecías, sólo iba á ser turbado en un rincón de Judea por la voz del ángel que había de anunciar á los pastores el nacimiento del Redentor del mundo, y con él la ruina del politeísmo y del mundo antiguo. Roma, sin embargo, no oyó entre la algazara del circo y el estrépito de las saturnales el débil grito del niño Dios, que era su sentencia de muerte, y la eterna voz de la caridad y de la justicia. Por aquel tiempo y al titularse Augusto emperador de casi todo el mundo conocido entonces, acabó de sujetar nuestra Península, la nación más heroica é independiente de cuantas midieran sus armas con los romanos y que asombró al mundo con sus célebres defensas de Sagunto y de Numancia.

Créase entónces el ejército permanente que empieza á cobrar su estipendio, y en él se admiten más tarde gentes de otras naciones; establece la guardia pretoriana que habia de sacar despues el imperio á pública subasta, y el emperador resume en su persona todos los cargos más importantes de la república.

Proclama Constantino la religion cristiana, religion del estado, despues de cuatro siglos de casi no interrumpida tiranía, de una série de déspotas coronados entre quienes la historia se complace en señalar como dignos de admiracion y de loa á un Tito, á un Nerva, á un Trajano, á un Adriano y á un Marco Aurelio.

Verifícase la separacion del imperio de Oriente y Occidente; y este último, barrenado por los continuos choques de los bárbaros, cae al fin con Augústulo en poder de Odoacro.

Veamos ahora cuál fué la organizacion de los ejércitos romanos que doce siglos de continuadas y brillantes victorias han convertido en modelo digno de estudio para las naciones modernas.

Todo romano quedaba alistado en el ejército al cumplir la edad de diez y siete años, y desde entónces empezaba á adiestrarse en todo lo concerniente á su profesion, desarrollando su fuerza física en los gimnasios y acostumbrándose á las fatigas de la guerra en los simulacros y en los verdaderos combates.

Servio Tulio distribuyó el pueblo en seis clases, dispensando á la última que se componia de los más pobres, del servicio militar; y en cuanto á la ciudad la dividió en cuatro tribus, poniendo al frente de cada una de ellas un jefe que llevaba el registro del domicilio de cada uno de los ciudadanos que residian en su demarcacion.

De las 193 centurias que formaba el pueblo romano, la primera clase compuesta de los más ricos, contenia ella sola 98 centurias, de las que, separando 18 para los caballeros, quedaban 80 para la infantería.

De las 95 de las otras cinco clases habia que separar 31 centurias, pues la última clase, como hemos dicho, no iba á la guerra y la quinta sólo suministraba tropas ligeras.

Las clases segunda, tercera y cuarta, que, en union con las 80 de la primera componian un total de 144 centurias, estaban

obligadas á dar un contingente igual de tropas de línea ó pesadamente armadas. Vemos, pues, que la contribucion de sangre pesaba, más que sobre ninguna otra, sobre la clase de los ricos.

En cuanto á la formacion de las legiones, creemos oportuno extractar á continuacion lo que sobre este punto dice Polibio, que es el autor que con más claridad ha tratado esta materia, á quien la crítica moderna da entera fé y crédito.

«Inmediatamente despues de la eleccion de cónsules, se procede al nombramiento de tribunos, para cuyo cargo se excogen 14 de entre los guerreros que llevan cinco años de servicio, y 10 de entre los que cuentan el doble, ó sean diez de militar en las legiones. Todos los jóvenes acuden al Capitolio el dia fijado para hacer la leva, y los tribunos de cinco años de servicio se subdividen en cuatro porciones, número igual al de las legiones que van á formarse. Los cuatro que han sido nombrados los primeros, bien por el pueblo ó bien por los generales, son destinados á la primera legion; los tres siguientes á la segunda; los otros cuatro á la tercera, y por fin, los tres últimos á la cuarta».

«Los 10 tribunos restantes que han hecho diez campañas son repartidos de igual manera, dos para la primera legion, tres para la segunda, dos para la tercera y tres para la cuarta, de modo que cada legion tuviera 10 tribunos».

«Concluida esta reparticion, los tribunos de cada legion, tomando asiento, con separacion los unos de los otros, proceden al sorteo de las tribus, llamando á aquellas cuyo nombre sale de la urna, y escogen, de entre todos los ciudadanos aptos que la componen, cuatro jóvenes de una misma edad y robustez. Los tribunos de la primera legion son los que tienen derecho de elegir de entre los cuatro el que más les agrada: los de la segunda escogen otro de entre los tres que quedan; igual operacion ejecutan los de la tercera, y el último resto entra siempre á formar parte de la cuarta legion. Continúa verificándose así el alistamiento de los soldados, con la diferencia de que se sigue un riguroso turno de prioridad de la eleccion; de manera que al segundo sorteo de los cuatro jóvenes corresponde escoger el primer soldado á la segunda legion, quedando el último

para la primera; al tercer sorteo la tercera legion es la favorecida, y la segunda se lleva el último, y así sucesivamente, hasta que se reúne el número suficiente de alistados, lográndose de este modo establecer entre las legiones la igualdad más posible en cuanto á la calidad de los soldados».

Estaba prohibido terminantemente á los generales el tomar el mando de las tropas dentro de los muros de Roma; así pues, terminado el alistamiento, los cónsules que debían ponerse al frente de los soldados citaban á estos para el punto fuera de las murallas, que solía ser en una ciudad poco distante y sobre el camino del país adonde iban á llevar la guerra, ó en otro sitio más lejano. Allí se designaba á cada soldado el puesto que debía ocupar, y se le daban las armas necesarias, haciendo allí mismo también los cuestores la entrega de los estandartes de que eran depositarios, y que se guardaban en el tesoro público.

Llegado el día de la marcha, el general iba al templo de Marte: sacudía los escudos sagrados, hacia los sacrificios de costumbre, y ya con el traje de general, marchaba á ponerse al frente de su ejército, que, purificado por la lustración, se hallaba dispuesto para obedecer sus órdenes.

El soldado de infantería entraba en el servicio á los 17 años, y á los 46 alcanzaba su licencia absoluta. Esto se entiende en la época de Augusto, cuando se creó el ejército permanente y el servicio no era interrumpido, como en tiempo de la república, bastando que de 30 años hubiera el ciudadano consagrado 16 á su patria, sino que era obligatorio, y no podía abandonarse hasta concluido el término marcado, y que sufrió varias alteraciones.

Después de la gran derrota de Canas, entraron por primera vez esclavos en las legiones, compuestas hasta entonces de ciudadanos libres, y Mario dió entrada en el ejército á la última clase del pueblo.

Augusto estableció 25 legiones perpétuas, y las fijó en las provincias, cuyo mando se reservó, con lo que se destruyó el espíritu nacional de las tropas, siendo los soldados mercenarios un elemento más de tiranía y de desorden; gente corrompida, que llegó á admitir en sus filas á los mismos bárbaros que habían de ahogarlos entre sus brazos.

Entremos ya en la constitucion intrínseca de la legion romana.

Cuéntase que Rómulo, queriendo librar á su hermano de que cayera en poder de Numitor, voló á su socorro con una fuerza numerosa, dividida en varias secciones de á 100 hombres, llevando una de estas en la punta de una pica un *puñado de heno*, que los latinos llaman *manípulus*, viniendo de aquí la palabra *manípulo* á ser una voz de organizacion militar.

Dicho rey fué el que dividió á los jóvenes aptos para tomar las armas en varios cuerpos, á cada uno de los cuales dotó con 3.000 infantes y 300 caballos, y dió la denominacion de *legion* de la palabra *legere* (escoger), porque eran escogidos los que formaban en sus filas.

Los romanos, siguiendo una táctica completamente opuesta á la usada por los griegos, y en vez de apiñar como estos todas sus fuerzas en la mole compacta é indivisible de la falange, adoptaron el sistema de pequeños destacamentos, que se separaban y volvian á unirse con igual facilidad.

Clasificábanse los soldados en cuatro cuerpos, llamados triarios, príncipes, hastarios y armados á la ligera. Cada uno de estos cuerpos se dividia en diez partes, á excepcion de los armados á la ligera, que formaban una seccion separada. Estas diez partes de cada uno de los tres cuerpos se llamaban *manípulos*; la centuria era la mitad del manípulo, y tres manípulos reunidos uno de cada especie, componian la cohorte. Una legion constaba de 10 cohortes, 30 manípulos y 60 centurias.

Los ciudadanos más experimentados en la guerra formaban en los triarios; los más robustos y vigorosos entre los príncipes; los hastarios componian la tercera clase, y los más jóvenes y los más pobres vestian la armadura ligera, recibiendo las denominaciones de *accensos*, *rorarios*, y últimamente la de *vélites*.

La legion que adoptó primeramente el orden de ajedrez se formó en tres líneas. La primera se compuso de los 10 manípulos de los hastarios, que guardaban entre sí distancias iguales al de su frente; los príncipes, divididos en otros tantos manípulos, se colocaban en seguida frente á frente de los intervalos de los hastarios, y, por fin, los diez manípulos de triarios ocupaban la tercera línea. *Lám. 4.*"

Segun las necesidades, aumentaba ó disminuía el número de los soldados de una legion, y únicamente el cuerpo de triarios no sufrió variacion, siendo 600 el total fijo de sus plazos.

Tomando por base la legion de 4,200 hombres cada manípulo de las dos primeras líneas presentaba 120 hombres (12 de frente y 10 de fondo), mientras que el manípulo de los triarios no se componía más que de 60 combatientes. *Lám. 4.^a* Como esta tercera línea tenía el mismo fondo que las otras dos, sus manípulos no constaban más que de seis filas, y el intervalo que entre ellas dejaban era considerable. En él se colocaban los vélites ántes de empezar sus escaramuzas, y á él volvian cuando los hastarios entraban en combate.

La legion se formó primeramente dando al soldado los 6 piés marcados por Polibio, de suerte que un manípulo de príncipes ó de hastarios ocupaba 84 piés de frente y 64 de fondo.

En tiempo de Mario se reunieron los manípulos de hastarios, príncipes y triarios, y la legion quedó compuesta de 10 cohortes, divididas en 6 centurias. Cada manípulo constaba de dos centurias, una de la derecha y otra de la izquierda, mandadas por el *prior* y el *posterior*. *Lám. 4.^a*

Los tribunos no tenían el mando directo de la legion; el verdadero jefe era el *primipilo* ó el primero de los centuriones. Estos oficiales, en número de 60, mandaban la cabeza de las centurias, y cada uno nombraba un adjunto para conducir la retaguardia.

Cuando en la legion se aumentaba el número de soldados, aumentaba tambien el de las decurias (division de centuria), al paso que era invariable el de las 10 cohortes asignadas á cada legion, y de 6 centurias á cada cohorte.

Mario combatió siempre en dos líneas, cada una de 5 cohortes; pero César restableció la reserva colocando 4 cohortes en primera línea, 4 en la segunda y 2 en la tercera. *Lám. 4.^a*

En tiempo de Vegecio; *lám. 4.^a*, la legion se dividía en 10 cohortes; pero desde el reinado de Adriano la fuerza de estos últimos cuerpos no se compuso más que de 5 centurias.

La proporción de la caballería é infantería fué en principio de 1 á 10. Rómulo formó para su servicio una guardia de honor de 300 jinetes, llamados *céleres*, y que despues se distinguió

ron con el nombre de *flexumines*, y por último con el de *équites romani* (caballero romano). La república le proveía de un caballo á cada uno, y su distintivo principal era un anillo de oro.

La caballería legionaria se dividía en turmas, que eran 10 por cada legion, en igual proporción que el número de cohortes.

Estas turmas, *Idem.* 5.^o, no estaban simétricamente distribuidas en las cohortes; sino que estaban agregadas á la legion en general. Así como las cohortes se dividían en tres manipulos, así las turmas, cada una de las cuales se componía de 30 jinetes, se subdividían en tres decurias, mandadas por los correspondientes decuriones. El de la primera decuria mandaba la turma.

Además de estos tres jefes habia aún otros tres nombrados por los anteriores, y que se llamaban comandantes de la retaguardia; de suerte que cada turma tenia seis jefes, todos bajo las órdenes del primer decurion, ó del segundo en ausencia de aquel.

Cuando en circunstancias extraordinarias se creaba un dictador, este nombraba un general de caballería, que venia entonces á ser segundo Jefe del estado. Por lo demás, la caballería estaba siempre sujeta á los tribunos de las legiones.

En el triunvirato de los Gracos, los caballeros compusieron un nuevo orden, que se conoció bajo el nombre de *orden ecuestre*. El estado, como anteriormente hemos dicho, daba un caballo á cada uno de los caballeros que á juicio de los censores eran dignos de pertenecer al orden ecuestre.

Mientras los *équites* compusieron la caballería legionaria, cada legion tenia 10 pelotones ó turmas de caballeros; pero cuando estos se separaron de las legiones, ya el nombre de *turma* significó otra cosa. Dividióse todo el cuerpo de caballeros en seis turmas, distinguidas por primera, segunda, etc., y mandada cada una por un *sevir*. El general de esta caballería llevaba el nombre de *príncipe* de la juventud.

Considerablemente disminuyó el número de caballeros romanos en las guerras de Mário y de César, y bajo el imperio entraron á formar parte de la guardia pretoriana.

Cuando la caballería de los aliados llegó á confundirse con

la de los romanos, fué genéricamente conocida bajo el nombre de *ala*, estando aun cada ala dividida en turmas.

Aumentóse prodigiosamente su número despues de la separacion del imperio de Oriente y Occidente, y en tiempo de Justiniano la caballería componia por sí sola casi todo el ejército.

Veamos ahora cuáles eran los órdenes de marcha más usados, lám. 6.^a

Bien se avanzase por cohortes ó por manipulos, siempre marchaban en vanguardia los extraordinarios. Formaban este cuerpo un número de cohortes igual al de las legiones que habia en el ejército. Seguia á los extraordinarios la primera legion de los aliados, empezando por la derecha: marchaban detrás las dos legiones romanas, y por último formaba la retaguardia la de los aliados. Cada legion llevaba tras de sí sus bagajes.

La caballería, ó marchaba guardando la espalda á la legion de quien dependia, ó se extendia por los flancos, á fin de resguardar los bagajes de un golpe de mano. Los armados á la ligera solian emplearse como exploradores.

La marcha por cohortes en tres columnas se verificaba del modo siguiente: todos los hastarios formaban la primera columna, los príncipes la segunda y los triarios la tercera. Estas tres columnas marchaban guardando siempre entre sí una distancia muy corta, y los manipulos se movian por su frente, para no disminuir el espacio dejado á los bagajes. Este órden de marcha se empleaba para los casos imprevistos, cuando se ignoraban los designios del enemigo.

La castrametacion de los romanos, la más perfeccionada de toda la antigüedad, es la única que descansa en principios marcados y fijos. Habian adoptado la forma cuadrada, porque miraban con razon esta figura como la más perfecta para establecer un buen órden y una regularidad completa.

En cuanto el ejército se aproximaba al punto en que se debia acampar, un tribuno y algunos centuriones se adelantaban para escoger el sitio más elevado y más cómodo donde poder colocar el pretorio, es decir, el pabellon del cónsul. Delante de este, y en un punto más á propósito para el acarreo del agua y de las provisiones, se situaban las legiones. Las tiendas de los doce tribunos se establecian siempre en una línea paralela á la

anterior del pretorio, con un frente de 50 piés. Los espacios intermedios venian á tener la misma anchura que la del campamento de los tribunos con respecto al de las legiones.

A 100 piés de distancia del frente de estas tiendas, y paralelamente con él, principiaba el campamento de las legiones.

Llamábase *Principal* la calle que iba desde el frente á la parte posterior del campamento, que dividia en dos mitades. *Lám. 7.*

Rectangularmente sobre la línea del frente, se formaba otra calle de 50 piés de ancho, en cuyos dos lados acampaba la caballería de las legiones. El espacio ocupado por cada turma era de 100 piés en cuadro, y entre las 10 turmas, y á través de todo el campamento, iba la calle llamada *Quintana*, que corria paralelamente á la llamada *Transversal*.

Detrás de la caballería se colocaban los triarios, con 100 piés de anchura y 50 de fondo, circuidos por ambos lados por una calle. El sitio destinado para los hastarios y príncipes era de 10,000 piés cuadrados.

Seguia á continuacion otra calle en cada lado, y muy inmediato á ellas estaba el campamento de los aliados, de 100 piés de largo y 133 $\frac{1}{2}$ de fondo, y detrás el de la tropa de infantería de los confederados.

La extension total del espacio ocupado por el campamento era de 1,617 piés.

En la parte superior, junto al pretorio, estaba á un lado la plaza del mercado, y al otro el *Questorium*.

Los cuerpos de preferencia y tropas veteranas tenian el privilegio de acampar á las inmediaciones del pretorio, separadas de las restantes tropas legionarias. De igual honra disfrutaban los extranjeros y aliados.

Al rededor del campamento corria una calle de 20 piés de ancho, en cuyos cuatro costados se situaban los vélites, y que cerraba el atrincheramiento con foso que resguardaba de todo ataque inesperado y repentino.

Cuatro eran las puertas del campamento: la *Puerta Pretoriana*, al frente del pretorio, destinada para los pretores; la del lado opuesto, ó *Puerta Decuriana*, para el general en jefe; la *Puerta principal de la izquierda*, y la *Puerta principal de la derecha*.

El soldado romano llevaba generalmente consigo víveres para quince días, y hasta muchas veces estacas muy gruesas, á que ataba la mochila. César dió orden á sus legionarios para que se proveyesen de sacos de trigo para veinte días, y Escipion mandó tomar á los suyos para un mes. Añádese á esto que cada hombre cargaba con útiles, utensilios, pequeñas ánforas y al ménos una estaca para empalizadas, lo que en la suposicion de quince días de víveres solamente, daba un peso total de 60 libras, sin contar las armas. *Fig. 1.^a, lám. 8.^a* Y los romanos andaban así 24 millas, ú 8 de nuestras leguas, en cinco horas.

No sabemos que los griegos usasen de enseñas militares; pero los romanos las tenian para que los soldados, á pesar de la confusion de la pelea, pudiesen juntarse fácilmente con sus camaradas en la misma cohorte. Cada legion tenia cinco enseñas: el águila, el lobo, el minotauro, el caballo y el jabalí; pero Mario suprimió las cuatro últimas, y desde entónces fué el águila la única insignia de la república romana. En tiempo de los emperadores las hubo de distintas formas, compuestas de medallas, coronas, círculos y caprichosas figuras superpuestas las unas á las otras, y que remataban en una mano, en el águila coronada ó en la tela que en forma de cuadrado fué la primera insignia de las cohortes. *Fig. 2.^a, lám. 8.^a* Constantino dejó solo el lábaro con una cruz encima. El lábaro era un estandarte de tela preciosa de cerca de un pié cuadrado, en el cual estaba bordado el monógrama de Cristo.

Los *ante-signani* ó porta-enseñas tenian la consideracion de voluntarios, y se colocaban en una sola fila en el centro del fondo de cada cohorte; su distintivo era una piel completa de leon, colocada sobre los hombros.

Los cónsules romanos iban siempre precedidos de 12 funcionarios llamados *lictors*, que llevaban los instrumentos del suplicio; esto es, una segur en medio de un manajo de varas. *Figura 3.^a, lám. 8.^a*

Las bandas de música de los romanos servian para dar señales necesarias durante el combate. Para esto usaban la *tuba* ó trompeta, la bocina y el corno. Las tubas eran de varias clases ordinariamente de metal ó de caña: su configuracion era enteramente recta, ensanchando bastante en su parte extrema infe-

rior. La bocina era tambien de metal y arqueada en un solo círculo. *Fig. 4.^a, lám. 8.^a* El corno, por lo general de búfalo y con adornos de plata, servia para dar las señales al ejército, y marcaba el momento de retroceder ó de avanzar. Tambien habia en el ejército tañedores de cítara.

Las coronas eran uno de los premios más usados para recompensar las virtudes militares. Las hubo de triunfo, de laurel, y más tarde de oro. Recibia la corona de sitio todo aquel que habia salvado una ciudad ó campamento sitiado por el enemigo. Estaba hecha con yerbas de la ciudad ó punto libertado, y se concedió raras veces. La corona cívica se componia de una rama de encina entretrejida con oro y se conferia á todo ciudadano que salvase la vida de un conciudadano suyo. El que primero escataba el muro de una ciudad, y penetraba en su recinto, tenia derecho á la llamada corona *mural*. La corona de hojas de mirto y de forma ovalada ceñia la frente del caudillo vencedor que entraba triunfante en Roma. Los servicios prestados en la mar tambien tenian su corona particular, cuyos remates figuraban velas, picos y espolones de buques, y se llamaba la *classica* ó *rostrata*. *Fig. 5.^a, lám. 8.^a*

El cetro, que tuvo su origen en el báculo de que se servian los ancianos para afirmar sus pasos, quedó luego reducido á un trozo de madera pulimentada, cilíndrico, signo de la primera autoridad superior. *Fig. 6.^a, lám. 8.^a*

Las cohortes tenian, para salir de noche á rondar ó á prender algun criminal, linternas que consistian en un palo muy largo á cuya extremidad se hallaba una especie de braserete de hierro en que ardia el fuego. *Fig. 7.^a, lám. 8.^a*

El uniforme del soldado romano se componia de un tonelete que llegaba hasta la rodilla, debajo del cual gastaba una especie de túnica. Los calzones eran de cuero y llegaban hasta los tobillos, y el calzado, *fig. 8.^a, lám. 8.^a*, se reducía á sandalias ó á botines toscamente hechos, con una media caña que resguardaba parte de la pierna.

La caballería romana usó primeramente casco, coraza, escudo oblongo, botinas, jabalina y la doble lanza, cuya asta, de 10 á 11 piés de largo y de 12 á 15 líneas de diámetro, tenia á su extremidad un hierro de 4 á 5 pulgadas y otro más corto en el

extremo opuesto, para que si el de un lado se rompía pudiera servir el otro. También usaron el sable corvo. Josefo, describiendo las armas de los caballeros romanos de su tiempo, dice que llevaban una larga espada al costado derecho, una lanza en la mano, un escudo embrazado á la izquierda y que cubria de lado al caballo, y la aljaba con tres flechas por lo ménos. Sus cascos y corazas en nada se diferenciaban de los de la infantería.

El atalaje del caballo romano se componia de dos cobertores ó mantas de paño, cuero ó piel sujetas con una cincha, un pretal y una grupera. La manta inferior, más ó ménos grande, solia tener una franja al rededor. La grupera y el pretal estaban adornados con borlas, florones y otros dibujos. Las cinchas sirvieron también para asegurar la silla que empezó á usarse en tiempo de Teodosio á fines del siglo IV de nuestra era. Hasta el siglo VI no se conocieron los estribos, y los jóvenes se adiestraban en montar de un salto á caballo con la espada ó la pica en la mano. Las bridas y pretales eran casi en un todo parecidos á los que hoy se usan. *Figuras* 9.^a, 10, 11, 12, 13 y 14, *lám.* 8.^a La espuela era de gran tamaño y muy puntiaguda. (1) *Fig.* 15, *lám.* 8.^a

ARMAS OFENSIVAS Y DEFENSIVAS.

Subdividiáanse las armas de que usaba el soldado en ofensivas y defensivas. Las primeras eran la jabalina, el pilum, la pica, la espada y las flechas.

La jabalina, arma de los vélites, media dos codos (32 pulgadas y 7 líneas) y un dedo de diámetro.

Era extremadamente ténue y aguda, con el fin de que, al primer choque despues de disparada, se doblase y no pudiera el enemigo volverla á lanzar. Estos dardos arrojadizos solian tener una correa muy larga para poder retirarlos. *Fig.* 16, *lám.* 8.^a

Pilum. Arma usada por los príncipes y los hastarios. Era este un dardo arrojadizo sumamente fuerte, que tenia tres codos (4

(1) La completa semejanza de las máquinas de batir que usaban los romanos con las ya descritas de los griegos, nos ponen en el caso de omitir su explicacion.

piés y una pulgada) de largo y un palmo (2 pulgadas y 8 líneas) de diámetro, ó de canto cuando era cuadrada. El hierro, de la misma longitud que la madera, se dividía en dos partes iguales; la inferior, compuesta de dos hojas de dedo y medio de espesor, cubría hasta la mitad donde se fijaba con puntas de hierro; la parte superior era cuadrada y con un canto de 6 líneas, y terminaba con una punta muy aguzada y perfectamente templada con un anzuelo en su extremidad. *Fig. 17, lám. 8.^a*

Además de este enorme dardo solían tener algunas veces en la mano izquierda otro más fácil de manejar, igual por ambos extremos, que no tenía más que tres codos (4 piés y una pulgada) y un hierro triangular de 5 piés, 4 pulgadas y 6 líneas. *Fig. 18, lám. 8.^a*

Lanza ó pica, arma de los triarios, tenía de 10 á 11 piés de largo y se servían de ella aguardando á pié firme el choque de la infantería. La punta, de variadas formas, solía terminar en figura de corazón. *Fig. 19, lám. 8.^a*

Spatta, que los romanos tomaron de los españoles, era la gran arma del soldado y la que solía decidir del éxito de una batalla; y más de una vez líneas enteras arrojaron el pilum para combatir cuerpo á cuerpo con el enemigo, manejando con la mayor destreza la espada, que, á manera de hacha, partía en pedazos cascos y armaduras.

La que llevaban los vélites era corta, bien afilada, con la punta bastante aguda y dispuesta para estocadas y corte, y pendía de un tahalí que pasaba desde la izquierda al costado derecho.

La espada romana de dos filos y sumamente pesada, media 22 pulgadas y media, y tenía en la empuñadura 15 líneas de ancho, al paso que hacía la punta no pasaba nunca de seis. El puño presentaba 6 pulgadas de largo y 4 de circunferencia. *Figura 20, lám. 8.^a* Cuando en tiempo de Vespasiano pasó la espada al costado izquierdo, la infantería empezó á llevar al derecho un puñal de 9 pulgadas que primeramente se ceñían á la cintura y que despues llevaron pendiente á manera de espada. *Figura 21, lám. 8.^a*

Flechas, arcos y aljabas: se diferenciaban muy poco de las que anteriormente, y al tratar de los griegos, hemos descrito. *Figura 22, lám. 8.^a*

Entre las armas defensivas se contaban el casco, el escudo y la armadura.

Los cascos fueron en un principio de suela con adornos de metal dorado y de forma muy sencilla; pero más tarde se hicieron todo de metal y sin visera, como los cascos griegos. Formaban la cimera plumas de color de púrpura ó cola de caballo. *Figuras 23 y 24, lám. 8.ª* Los armados á la ligera nunca cubrieron su cabeza más que con un pequeño capacete de piel de lobo ó de cualquier otro animal.

Clipeo. Antiguo escudo circular y cóncavo, de cobre ó de hierro.

Scutum. Escudo usado por la infantería pesada de forma cuadrangular y cóncava, de 27 pulgadas y 3 líneas de largo y de 43 pulgadas y 6 líneas de alto. Este escudo, compuesto de un doble número de planchas unidas con cola de toro, estaba cubierto con tela y despues con piel de becerro. Guarnecía sus dos extremidades encorvadas una hoja de hierro, y el centro presentaba un boton puntiagudo. *Fig. 25, lám. 8.ª*

Parma. Escudo redondo de 32 pulgadas y 7 líneas de diámetro, usado por la infantería ligera. Su forma y adornos variaban hasta lo infinito, y los escudos de los caudillos superiores del ejército eran de una riqueza extraordinaria. *Fig. 26, lám. 8.ª*

Armadura. Se componia de dos partes. La superior formaba una ligera coraza que bajaba hasta el estómago y se abrochaba con corchetes ó botones. Esta coraza era generalmente de una sola hoja de cobre ó hierro muy bien forjada y de no mucho espesor; los brazos estaban defendidos desde los hombros hasta el antebrazo con brazaletes de bronce: la parte inferior se componia de bandas de cuero forradas de metal que ceñian horizontalmente el vientre y las caderas, y cuyas extremidades, formando ondas, venian á caer por delante. *Figuras 27 y 28, lám. 8.ª* Los guerreros ménos acomodados llevaban en lugar de la armadura un peto de metal, que era en la parte superior más ancho que en la inferior. Las óreas se parecian mucho á las de los griegos; pero más tarde fueron reemplazadas con botas, guarnecidas á veces con chapas y filetes de metal.

EPOCA GÓTICA.

La hora de la decadencia del pueblo rey habia sonado. Roma, entregada á sus vicios y á sus continuas revueltas, no era ya la pátria de los Cincinatos y Escipiones, sino el albergue de la ambicion y del desenfreno.

Cuando llamados por Rufino y Estelicon se vieron los hijos del norte dentro del imperio romano, comprendieron fácilmente la distancia que separaba á aquel pueblo del que en otros tiempos habia rechazado á sus antepasados.

De todas las naciones bárbaras que asolaron la Europa, los que más se señalaron indudablemente, fueron los godos, nacion guerrera y numerosa, la que mejor comprendió la monarquía hereditaria y la que más contribuyó á la civilizacion de las nacionalidades que resultaron de la destruccion del imperio romano.

Salidos estos pueblos de las inmensas estepas del Asia, estableciéronse en un principio en las inmediaciones del Báltico en un país llamado *Reid-Gothlan*, probablemente entre las bocas del Vístula y del Oder, y parte en las islas de Ey-Gothlan, que debe ser la Escandinavia.

Segun Jordanes, conservaron en todas sus emigraciones la denominacion de ostrogodos ú orientales y visigodos ú occidentales, en que se subdividia su país natal. Las tradiciones de es-

tos pueblos suponen que salieron de la Escandinavia en tres grandes bajeles, uno de los cuales se quedó atrás, por lo que recibieron el nombre de *gepidos* ó perezosos.

Los godos comenzaron á moverse en el siglo III siguiendo la corriente del Vístula; despues atravesaron la cadena de los montes Carpatos, y en tiempo de los Antoninos habitaron la Prusia. Siguiendo siempre en su movimiento de avance, rechazaron y por último Absorvieron á los herulos, burgundios y otros pueblos esparcidos á lo largo del Oder y del litoral de la Pomerania y Meklemburgo: descendieron á modo de avalancha hasta ocupar las bocas del Borístenes y el Tanais, hoy Dnieper y Don: abandonaron las fértiles campiñas de la Ukrania y de la feracísima Dacia: numerosas y ligeras barcas surcaron el Ponto-Euxino: asaltaron el Bósforo, lo atravesaron, y al invadir el Archipiélago, se asentaron en Grecia.

De esta suerte la dominadora del mundo vió desaparecer una á una sus mejores provincias sin oponer resistencia á aquel torrente devastador, viéndose precisado, en vez de empuñar las armas y morir peleando, á hacer proposiciones á los hijos del norte, para que, ocupando más lejanos países, dejasen tranquila y envuelta en su timidez á la que, por su indomable fortaleza, se dió un dia á sí misma el arrogante título de Ciudad Eterna.

No paró aquí: aquellos pueblos guerreros á quienes Roma en su orgullo apellidaba *bárbaros*, la obligaron, por fin, á pagarles tributo, último escalon de la decadencia de un pueblo.

La falta de cumplimiento en los tratados hizo que Alarico, al alborear el siglo V, se presentase ante los muros de Roma, y llevando consigo la desolacion y el terror, entró á sangre y fuego en la capital del mundo, entregándola despues á saco á sus soldados.

Muerto Alarico, su sucesor y cuñado Ataulfo volvió sobre Roma y terminó la obra de destruccion de su antecesor, siendo su mejor presa Gala-Plácida, hermana del emperador Honorio.

El año 416 de la Era cristiana, segun S. Isidoro, Ataulfo siguiendo las instrucciones que al morir le dejó Alarico, asentó pacíficamente su planta en Barcelona para fundar el reino de los visigodos que se extendió por toda la península Ibérica, la Sep-

timania ó Galia gótica y las costas septentrionales de la Mauritania Tingitania.

Los godos, como todos los grandes pueblos que ocupaban un lugar preferente en la historia, deben ser considerados como aborígenes y conquistadores. En el primer periodo, cuando estaban en su mayor rudeza, su traje y armas, estaban en relacion con su rusticidad y falta absoluta de cultura: se cubrian con pieles de animales, razon por la que se les dió por los romanos el nombre de *empellejados*: la larga cabellera y la poblada barba eran los distintivos más característicos de esta raza, cuidando de ambas cosas con esmero, tanto en la paz como en la guerra, y usando para su mejor adorno de laminillas, agujas, pinzas y navajas. El pelo lo llevaban rizado y subido hasta la coronilla, formando cresta, y la barba partida en dos.

A pesar de que la larga permanencia de los godos en las provincias romanas habia sido causa de que estos hubiesen de puesto su natural rudeza, era tal, sin embargo, el orgullo de este pueblo vencedor, que en sus leyes se llamaban *nobilis* y los vencidos ó moradores que no eran de su estirpe, aunque fuesen ingénuos, se les daba el nombre de *vilioris*, prohibiéndose con severas penas, hasta el reinado de Recesvinto, los matrimonios entre vencedores y vencidos, para que, segun el texto de la ley, no se contaminase la ilustre sangre goda.

Todos los hombres libres estaban obligados á servir á la patria con las armas en la mano, pues la voz hombre era sinónimo de soldado, (1) llegando hasta el punto de que los hijos del mismo rey no podian sentarse á la mesa con su padre mientras que no hubiesen dado pruebas inequívocas de su valor y arrojo en los combates. En los primitivos tiempos, el ser soldado era la mayor honra que un hombre podia apetecer; pero cuando aquellos incomparables guerreros perdieron sus costumbres militares, efecto de la benignidad é influencia de los nuevos países conquistados, entónces viéronse sus monarcas precisados á formar leyes que castigasen con rigor la desercion y cohechos verificados por los Jefes del ejército.

Los siervos tenian tambien entrada en el ejército, siendo

(1) Ley 8.ª tit. 2.º lib. 9.º

obligacion de los señores el llevar á la guerra la décima parte de los suyos. Todos los godos aptos para llevar las armas, fuesen clérigos ó seglares, estaban sujetos al servicio militar y se castigaba con severas penas al que se ausentaba ó escondia para evitarlo.

Los culpables de este delito, si eran nobles que desempeñaban cargos superiores de importancia, eran depuestos y desterrados; si eran nobles de clase inferior, llevaban azotes y se les marcaba en el cuerpo ó rostro con una señal afrentosa é indeleble. Cuando por cohecho declaraban á alguno exento del servicio militar, se imponia á los Capitanes ó Jefes que lo habian patrocinado, una multa cuatro veces mayor que el sueldo que percibian, y otra muy cuantiosa al rey.

Estas penas y otras muy severas como las de Wamba fueron establecidas en los últimos tiempos de la dominacion goda, por las cuales se privaba de su dignidad á los duques y condes, y rebajaban á la condicion de siervos del monarca á los demás ciudadanos, ya fuesen clérigos ó seglares, siempre que no asistiesen con puntualidad á los llamamientos para la guerra.

El ejército regular de los monarcas godos, lo componian una especie de guardia real y las guarniciones de las fortalezas. Cuando habia necesidad de levantar tropas, salian mensajeros denominados *serci domici*, ó siervos del rey á recorrer los pueblos con encargo de hacer los alistamientos, y los condes y gobernadores de las ciudades y villas juntaban las provisiones de boca y guerra para pertrecharlas convenientemente. Estas tropas servian mientras duraba la guerra, sin retribucion alguna, pero se les concedia la venta de los cautivos ó prisioneros que cogiesen.

El rey era el jefe supremo del ejército y en su ausencia le sustituian los *duques*, cuya autoridad abrazaba indiferentemente lo civil y militar: al *duque* le seguia en categoría el *conde*, especie de teniente general en los ejércitos, y cuya autoridad en lo civil se concretaba á una ciudad. Conociase además otra clase de gobernadores militares y civiles, denominados *gardingos*, que seguian á los anteriores en categoría.

El general en jefe de un ejército apellidabase *prepositus hostis*, ó sea caudillo de la hueste. A éste le seguia en dignidad el

tiufado, que mandaba un número de soldados equivalente á nuestros regimientos del dia: cada *tiufadia* se dividia en dos batallones de á 500 hombres, mandado cada uno por un *quingentarius*; cada batallón se dividia en cinco centurias ó compañías, mandada cada una de ellas por un *centenarius*; y por último, cada compañía se subdividia en diez decenas subordinadas á los *decanos* ó cabos: de suerte que la *tiufadia* contaba con 1.000 hombres; con 500 la *quingentaria*; con 100 la *centuria* y con diez la *decania*.

Los ejércitos tenian sus comisarios llamados *armonarii*, que tenian á su cargo el sustento y alojamiento de las tropas; estando por último, á cargo de los prelados que acompañaban al ejército el entender en las treguas, parlamentos y tratados depaz.

La principal fuerza de los ejércitos godos la formaba la caballería, dándola suma importancia desde el momento en que comprendieron la superioridad que les daba sobre las legiones romanas, en un tiempo en que estas habian perdido su prestigio y antigua disciplina. Aunque la caballería era el nervio principal de los ejércitos, no se la conocia organizacion especial y lo mismo que la infanteria se dividia en *centurias*, *decanias*, et cétera. La caballería goda usaba armas defensivas de más resguardo que las que protegian al infante, formando en primera línea cuasi cubiertos de hierro. Era tal la pasion que los godos tenian por los caballos, que rayaba en idolatría, y sus relinchos se consideraban como de feliz agüero.

Así como habia penas que castigaban duramente las faltas cometidas en el servicio, en cambio los hechos heroicos eran premiados con empleos, tierras y distribucion de los despojos del enemigo. Durante la ausencia del soldado godo, sus conciudadanos tenian la obligacion de cuidar de su familia y conservar su hacienda.

El órden observado por los godos en sus marchas no es bien conocido, aunque se supone, con fundamento, debieron adoptar muchos principios tácticos de los romanos, que caminaban siempre aperecebidos para entrar en combate. Cuando marchaban por su propio país observaban la disciplina más rigurosa; pero por el contrario, en país enemigo ejercian el derecho más atroz de conquista.

Como todos los pueblos septentrionales, los godos en un principio peleaban formados en cuña ó triángulo; pero luego que supieron apreciar la ventaja de la caballería y que dieron á esta arma la preferencia, adoptaron para su orden de batalla la formacion en dos líneas: en la primera se colocaba la caballería y en la segunda la infantería, y el ataque se anunciaba por medio de instrumentos bélicos, entre los que figuraba en primera línea el célebre cuerno ó bocina con que se llamaba á las armas á los guerreros en las invasiones repentinas.

En lo que diferian mucho de los romanos, era en la castrametacion. Como todos los pueblos bárbaros, venian provistos de grandes carros en que conducian á sus mujeres, hijos y ancianos en union de lo más indispensable para el uso de la vida. Cuando se acercaba la noche rodeaban con estos carros su campamento, asegurando los unos con otros y formando con ellos una especie de parapeto que los ponía á cubierto de cualquier ataque brusco, dándose á esta clase de castrametacion el nombre de *carrago*. Cuando la permanencia en el campo atrincherado habia de servir para algun tiempo, entónces formaban una trinchera con estacas entrelazadas y fuertemente clavadas en tierra formando una cerca ó vallado: delante de esta cerca se abria un foso y con la tierra que se sacaba de él, terraplenaban la empalizada, formando una especie de muro capaz de resistir todo ataque que no viniese provisto de máquinas, dando á este género de atrincheramiento el nombre de *clausura*.

En vista del apego que siempre conservaron los godos á este sistema de fortificacion, varios autores han supuesto que tambien empleaban este sistema en la defensa de sus ciudades, mas si bien podrian en algunos casos echar mano de él, es lo cierto, que construian sus murallas y castillos de la misma forma y con los mismos materiales que los romanos, viéndose todavia en Toledo restos de las murallas con que la fortificó y ensancho Wamba, murallas altas, gruesas, de piedra y almenadas, en los pocos puntos que han podido resistir á la injuria de lostiempos.

En lo general, preferian el asalto á los demás medios, sistema que estaba en armonía con su audacia y esfuerzo, pero no por eso dejaron de emplear las máquinas y el sistema de circunvalacion.

En la historia del rey Wamba, dice San Julian, en su capítulo 13, hablando de los sitiadores «que lanzaban piedras de gran tamaño contra los muros», donde claramente se ve que empleaban las ballestas y fundíbalos y tal vez los arietes. Sam-piro en su crónica, part. 10, confirma el uso de las ballestas al hablar del ataque que D. Opas dió á la cueva de Covadonga, y tambien se sabe que Atila en el sitio de Orleans, empleó el ariete y toda clase de máquinas y eso que la nacion que regia éste jefe, era reputada por más bárbara que la de los godos; y por último, San Isidoro, describe el fundíbaló ó ballesta, el ariete y otras máquinas de guerra.

Estos datos que acabamos de indicar demuestran bien á las claras que los godos usaron las máquinas de guerra que tanto perfeccionaron los romanos.

En cuanto á la circunvalacion de plazas y á sus atrinchera-mientos, su método era el mismo que empleaban en la cons-truccion de los reales. Fijaban las estacas, abrian anchos y profundos fozos y ya no pensaban en más fuertes parapetos, distinguiéndose en esto de los romanos, que oponian muralla á muralla para estar así seguros de que no se escaparían sus enemigos.

Las armas que usaron en los primeros tiempos, eran muy toscas, y se componian de hachas de piedra, lanzas y saetas de pedernal, huesos y dientes de pescados muy agudos, embuti-dos en un palo.

Andando el tiempo y relacionados con pueblos cultos y ci-vilizados, modificaron su traje y mejoraron de armas. Muchas y de muy diferente clase, tanto ofensivas como defensivas, usaron entónces, pero sólo nos concretaremos á describir las que formaban, propiamente dicho, el equipo y armamento del soldado.

ARMAS DEFENSIVAS.

Helmo. Casco de hierro para defender la cabeza. La voz *hel-mo* es gótico-germánica, derivada del verbo *helen*, ocultar. Los habia de varias clases. *Fig. 1.ª, lám. 9.ª*

Loriga (1). Armadura para defender el cuerpo, hecha de escamas ó anillas de hierro.

Guarda-brazos. Mangas de malla de la loriga.

Almefar-cap-maill. Capucha de la loriga.

Luas. Guantes de malla.

Zaba. Loriga larga, que llegaba hasta más abajo de las rodillas, construida de cilicio, forrada de piel de búfalo y cubierta de planchuelas de hierro á manera de las escamas del pez. La voz *zaba* se deriva del griego Ζάβη, ης la coraza. *Fig. 2.^a, lám. 9.^a*

Thoracomaco. Perpunte construido de fieltro, á medida y para resguardo del cuerpo, entretelado de lana floja y forrado con pieles líbicas (2). El *Thoracomaco* se ponía debajo de la *zaba*. *Fig. 3.^a, lám. 9.^a*

Caliga. Armadura de la parte de la pierna, designada tambien con los nombres de *brimberga*, *bamberga*, y *breimberga*, voces derivadas del gótico-germánico de *beim*, pierna y *bergen*, resguardar. *Fig. 4.^a, lám. 9.^a*

Socketo. Zapato á manera de borceguí, de piel muy dura para defender el pié, llamado tambien *pedule*. *Fig. 5.^a, lám. 9.^a*

Espolas. Espuela ó acicate.

Balteo. Talabarte para llevar la espada, de la voz latina *balteus*, cinturón.

Scutum. Escudo, adarga, pavés; los habia de diferentes formas. *Fig. 6.^a y 7.^a, lám. 9.^a*

Cornua. Llamada tambien *cornia* ó *córnea*, era una bocina ó trompeta de guerra con el que hacian el mismo uso que se hace ahora en el ejército con las cornetas. *Fig. 8.^a, lám. 9.^a*

Testinia. Testera ó yelmo del caballo, llamado tambien *capizana*, era una armadura de yerro batido que á modo de careta defendia la cabeza del caballo. *Fig. 9.^a, lám. 9.^a*

(1) Conocianse tambien con los nombres de *hasberg*, *hasbergo*, *hasberch*, *hasberga*, *halssebergo* y *clibano*; voces tomadas del gótico-germánico, y la última del griego.

(2) Pieles de Africa, que aún hoy son muy estimadas y conocidas con el nombre de taflete ó marroquí.

Las figuras 10, 11, 12, representan la silla de batalla, brida y freno del caballo.

Bandophoros. Banderas ó estandartes: los habia de dos clases: el pendon posadero. *Fig. 13, lám. 9.^a*, y el pendon de Cabdillo ó mesnadero. *Fig. 14, lám. 9.^a*, que lo llevaban los que mandaban de cincuenta hombres para abajo.

ARMAS OFENSIVAS.

Spatha. Espada, las habia de varias clases; largas unas, otras anchas y todas de dos filos y punta aguda. *Figuras 15 y 16, lám. 9.^a*

Lancea. Lanza, de multitud de formas. *Figuras 17 y 18, lám. 9.^a* entre las que se distinguian unas que usaba la Infantería, cuya oja tenia la forma de una hoz. *Fig. 19, lám. 9.^a*

Conto. Arma á modo de baston con una punta muy aguzada de hierro en la parte inferior y con pomo de hierro en la superior, voz derivada del griego *ποντος*. *Fig. 20, lám. 9.^a*

Acilde. Porra ó maza de hierro. *Fig. 21, lám. 9.^a*

Securon. Hacha arrojadiza. *Fig. 22, lám. 9.^a*

Menaulo. Dardo ó lanza corta. *Fig. 23, lám. 9.^a* Vulgarizada esta palabra produjo la de *venábulo* y últimamente la de *venablo*.

Sckrama. Especie de cuchillo grande que servia para lidiar cuerpo á cuerpo. Tambien se le conocia con el nombre de *Skransaxo*. *Fig. 24, lám. 9.^a* De esta voz se deriva el verbo *Skrimer*, esgrimir. Habia variedad de puñales que se denominaban *jacélo*, *rhamba* y *taragulo*.

Delon. Puñal que se llevaba escondido dentro de un báculo de madera, y por ir óculto se le dió el nombre de *dolo* de la voz griega *δολος*, engaño, fraude. *Fig. 25, lám. 9.^a*

Balista. Especie de ballesta con la cual solian disparar saetas envenenadas, por lo cual se la dió el nombre de *Skorpio*.

EPOCA ÁRABE.

Entre las grandes catástrofes, ruinas de pueblos y de imperios, fines trágicos de esclarecidos varones que la historia registra en sus sangrientas páginas, pocos ejemplos ofrece tan terribles, como la desaparicion del Imperio goda. Veinte mil fanáticos procedentes de los desiertos arenales de la arabia y de las ásperas costas de la antigua mauritania, destrozán completamente á los godos en los campos de Jerez huyendo ante el atezado hijo del desierto, no tan sólo los nobles decendientes de los guerreros que hicieron temblar á Roma, sino tambien los hijos de aquellos héroes que supieron morir en las hogueras de Sagunto y de Numancia y que por tanto tiempo fueron el terror de las legiones Romanas, viéndose entónces á los infieles recorrer de triunfo en triunfo toda la Península, desapareciendo del mundo la nacion goda, para no volver jamás á figurar en los anales de la historia.

En los desiertos de la arabia y en sus fértiles costas, vivia libre é independiente desde la más remota antigüedad, ese pueblo, poeta, guerrero y pastor, descendiente de los santos patriarcas y que nunca habia conocido señores. En vano Roma y Babilonia quisieron imponerle su yugo repetidas veces; el árabe plegaba sus tiendas, ensillaba su veloz caballo, aparejaba sus sufridos camellos; secaba sus aljibes y cisternas, y llevando por

delante sus numerosos rebaños, en dos marchas poníase fuera del alcance de sus enemigos. Impetuoso como su corcel, y sóbrio como su camello, el árabe es á la vez supersticioso, sanguinario, generoso y vengativo hasta el extremo de considerar la venganza como dogma religioso.

Por los años de 570 á 578 de la era cristiana, Abdallah, hijo de Abdel-Motaleb, de la insigne familia de Haschem, de la tribu de los Coreiscitas, descendiente por Ismael de Abraham, se casó con la bella Amina (1) de la ilustre familia de los Zaritas. De esta union nació un niño á quien pusieron por nombre Mahoma ó Mohammed (2) el cual heredó de su padre, segun sus historiadores, la hermosura, el valor, el ingenio y la elocuencia.

A los cuarenta años de su edad, hallándose en toda la plenitud de su vida, emprendió la reforma de la religion de su pátria titulándose profeta y procurando sustituir la idolatría con el culto de un Dios único y verdadero. Los veinte y tres años restantes de su vida, los invirtió en predicar su dogma, en continuas peregrinaciones y en combatir á sus enemigos, muriendo á los sesenta y tres años de edad en brazos de su esposa Aicha legando al pueblo árabe un libro, que desde entónces mira como su código civil y religioso, lleno de poéticas imposturas.

Muerto Mahoma, fué elegido Califa su suegro Abu-Bekr, el cual enarboló el estandarte del profeta (3) y muchedumbre sin cuento, todos voluntarios, y pobres todos de armas y vestidos, pero llenos de fervor y religioso celo, acudieron á su voz de todas partes. El Califa dió el mando de estas fuerzas á Jesid-ben Abi-Sofian y despues de una larga arenga que de viva voz les

(1) En la poética y rica inspiracion de los historiadores árabes, se cuenta que en la noche de su himeneo, doscientas virgenes, murieron de envidia y de celos.

(2) El alabado; el glorificado.

(3) Llamado *Ucab, Sandjak-Scherif*, el cual se encuentra hoy en Constantinopla en la sala de las reliquias, envuelto en 40 cubiertas de seda. Todos los años, el 15 de ramadan, se le descubre con gran pompa, presentándole para que lo vea la Côte, y despues de cada beso, el escudero mayor lo limpia con un pañuelo de muselina, que el que acaba de besar conserva como una memoria preciosa. Concluida la ceremonia, la orilla besada se lava en una gran vasija de plata, y aquella agua se distribuye en frasquitos, que despues de sellados se envían á principes y grandes señores.

dirigió llena de engañadoras promesas, (1) se lanzaron como lobos hambrientos á la conquista de la Siria al grito de *¡A la muerte, al Paraiso!* y en pocos años sometieron la Fenicia, el Egipto, la Mesopotamia, la Persia, parte del archipiélago griego y toda la costa septentrional de Africa, hasta la mauritania Tingitania que fué respetada entónces como provincia del grande Imperio de los Godos.

Bajo el mando de Muza-ben-Noseir, los árabes conquistaron la Mauritania ó tierra del Moghrerb, así como á las tribus moras indómitas y valientes de Masmuda, Zanhaga, Ketama, Hoara y Zeneta, con las cuales aumentó sus formidables huestes, poniendo cerco á Céuta, capital de la Tingitania. Al siguiente año una formidable escuadra atravesó el estrecho con ánimo de invadir la parte meridional de la Península llamada por ellos Handalos ó Andeloses, (2) pero Teodomiro, general de la escuadra goda, destruyó á los agarenos, ántes de que sentasen su planta en las costas españolas.

Pero lo que hasta entónces no pudieron conseguir los árabes por medio de la fuerza, la traicion, sugerida por el rencoroso

(1) A continuacion transcribimos un trozo del discurso de Abu-Berk que tiene relacion con los premios que en la otra vida les estaba ofrecido por el profeta á los que morian defendiendo la creacion del Islam.

«El aire que allí se respira, (el paraiso) es una especie de bálsamo formado con el aroma del arrayan, del jazmin y del azabar y con la esencia de otras flores. Frutas blancas y de jugo delicioso, penden de árboles cuyas ramas y hojas, son de una labor de fina filigrana. Las aguas murmuran entre márgenes de meta bruñido. Hay preparada una mesa de diamantes, cuya extension tiene las jornadas de setecientos dias, cubiertas siempre de manjares sabrosísimos. Cada uno de los creyentes será dueño de alcázares de oro, y poseerá en ellos tiernas doncellas de ojos negros y rasgados y tez alabastrina: sus miradas más agradables que el iris, no se fijarán más que en vosotros, de quienes estarán enamoradas sin inconstancia; y aquellas beldades peregrinas, jamás pasarán á viejas ni se verán marchitas; y serán tales sus encantos, tan aromático su aliento, y tan dulce el fuego de sus lábios, que si Dios permitiera que apareciese la ménos hermosa en la region de las estrellas durante la noche, su resplandor, más agradable que el de la aurora, inundaria al mundo entero; y si cayese en los abismos del mar un átomo de su saliva, se convertirían en alibar las amar-gas ondas, y los veneros salobres, tomarian rico saber á miel».

(2) La Hesperia de los antiguos y de cuya palabra se formó la de Andalucía.

espíritu de partido, les falicitó los medios de concluir para siempre con el floreciente imperio de los godos.

La traicion del Conde D. Julian, Gobernador de Céuta, y la de los hijos de Witiza, que mandaban las dos alas del ejército de D. Rodrigo, undieron para siempre en las aguas del Guadalete al pueblo godo, y Tarik pudo pasearse triunfante por los ámbitos de España.

Un puñado de valientes, escapados de aquel desastre y guarecidos en las ásperas montañas de Astúrias, se oponen á aquel torrente devastador y guiados por Pelayo, desacen en el monte Auseba á Alkamah que muere en medio de los suyos, entablándose desde entónces una lucha á muerte, entre vencedores y vencidos. Cuarenta años habian pasado desde el primer desembarco de los árabes en España y durante este corto período, los celos, envidias, ódios y venganzas, traian revueltos y agitados entre sí á los caudillos árabes y miéntras que así se iba descomponiendo la sociedad mahometana en la península, amenazada ya de una rápida disolucion, los cristianos iban extendiendo y afirmando sus conquistas, rescatando con las armas su antiguo poder.

Gobernada la España árabe por Walies y Emires turbulentos, rapaces y ambiciosos, bien pronto hubiera sido reconquistada por los valerosos adalides que lanzaron el grito de guerra en Covadonga; pero la gran revolucion política, concebida en Córdoba en secreto conciliábulo por los jefes principales, trajo á España á un príncipe ilustre, el último de la esclarecida estirpe de los Beni-Omeyas, Abd-el-Rhaman-ben-Moáwia, fugitivo en las desiertas comarcas del Africa, y al declararse independiente del califato de Damasco donde reinaban sus crueles enemigos los Abbassidas, creó un Emirato independiente año 756 consiguiendo sujetar á los turbulentos Walies, y hacer con que durasen aún ocho siglos las conquistas de Muza y de Tarik.

Abderraman III nieto de Abdallak, toma en 912 el nombre de Califa de Occidente, el monarca más grande, magnífico y poderoso de su tiempo, y extingue las revueltas civiles que desde los reinados anteriores venian manteniendo la constante insurreccion de las principales ciudades del califato á las que

redujo á la obediencia, castigando con mano fuerte á los promovedores de aquella.

Alhaken II digno heredero de su padre Abderraman III señala con su reinado el apogeo de la gloria del califato de Córdoba y al sucederle su hijo Hixen II, empuña las riendas del gobierno su primer ministro Mohammed, conocido con el nombre de Almanzor (1) *el victorioso*, hombre audaz, valiente y dotado de sobresaliente talento político-militar, supo aprovechar las discordias civiles que dividian á los cristianos, dejando reducida en 57 batallas, la monarquía leonesa á los estrechos límites de los primeros tiempos de la reconquista, y sabe Dios á donde hubiera llegado este afortunado Capitan, si deponiendo sus antiguas rencillas los Reyes de Leon, Navarra y Condes de Castilla, no lo hubieran derrotado completamente en los campos de Calatañazor año 1002.

A la muerte de Almanzor, volvióse á desencadenar la guerra civil entre los Walies de España y despues de una série no interrumpida de crímenes y excesos de todo género, desaparece para siempre con Hixem III no tan sólo el grande imperio árabe de Occidente, sino que tambien quedó borrado de la haz de la tierra, la dinastía omiada.

Medio siglo de lucha tenaz iniciada por los Walies de las provincias por sacudir el yugo de los Califas, dieron por resultado la formacion de diez y nueve pequeños reinos independientes, siendo entre estos los más notables el de Zaragoza, Valencia, Toledo, Sevilla y Córdoba.

La historia de estos pequeños reinos oscura y de ninguna influencia en la condicion social de los pueblos cristianos, y llenas de discordias y guerras intestinas, permitió á los monarcas, de los diferentes estados de España, el poder concluir poco á poco con los sectarios del Islam.

Don Alfonso I el Batallador, conquista en 1018 á Zaragoza; Alfonso VI en 1085 á Toledo; D. Fernando III en 1236 se apodera de Córdoba; en 1238 Jaime I el conquistador desace

(1) De la familia y linaje de *Maafir*, descendiente de los antiguos *Himyaritas* del Yemen, nació en 938 en Torrox, alquería entónces de la jurisdiccion de Málaga, y hoy cabeza de partido.

para siempre el reino moro de Valencia, mientras que el Santo Rey en el mismo año toma á Jaen, coronando este esclarecido monarca sus triunfos en 1248, con la toma del importante reino de Sevilla, de suerte que á mediados del siglo XIII sólo quedaron de la nacion árabe, los reinos de Granada y Murcia, y aun estos, prestando homenaje á los Reyes cristianos.

Aben-Hudiel reinaba en Murcia, cuando apoyado por Mohammed I Alhamar, Rey de Granada, sublevóse contra D. Fernando. Jaime I de Aragon, entró á sangre y fuego en su reino, que desde entónces pasó á la corona de Aragon, por lo cual sólo quedó en España la dinastía de los Alhamares que Mohammed fundara y que proporcionó algunos dias de gloria á la dominacion árabe.

Alfonso XI en el Salado derrota en 1340 á Jucef Rey de Granada, y á su formidable auxiliar el Rey de Marruecos, siendo esta la última vez que los formidables hijos del Islam intentaron renovar la atrevida empresa de Tarik, tocando su vez á las escuadras de castilla, el llevar la guerra al imperio de Marruecos, dando por resultado la toma de Tetuan y un inmenso botin.

Al advenimiento al trono de Castilla de los Reyes católicos, reinaba en Granada Ali-Abul-Hasan, y ya en aquel entónces se dejaba sentir de una manera clara, síntomas de descomposicion como resultado de las discordias intestinas de aquel decrepito reino.

La toma de Zahara, aunque por la forma en que se realizó no alterase la paz existente entre los Reyes católicos y el Rey moro, fué el pretexto de la guerra que se inició en seguida, negándose los moros á pagar el tributo á que estaban sometidos, y á fuerza de sacrificios sin cuento y de una voluntad inquebrantable de arrojar á los moros de España, consiguieron los Reyes católicos despues de diez años de lucha, plantar las tiendas ante Granada y despues de nueve meses de asedio, colocar el 2 de Enero de 1492 en las altas torres de su poética alcazaba el glorioso pendon de Castilla.

Así pues desde D. Pelayo hasta los Reyes católicos, desde el siglo VIII, hasta el siglo XVI, la historia de España nos ofrece un espectáculo tan sublime y grandioso, como ningun otro pueblo ó nacion del mundo. Los estandartes musulimes on-

deaban por todas partes; no hay lugar, villa ó aldea que no vea alzarse en su recinto magníficas mezquitas erigidas por el fanatismo infiel al Dios de su grosero paraíso. Las ordas que el Africa arroja como olas del mar en las playas españolas se extienden, asientan y arrojan por todo el ámbito de España, y solamente, allá en el Norte, entre las nieves de las montañas y las espesas brumas del mar cantábrico, se perciben escondidas y ocultas, entre las agrestes breñas, las miserables reliquias del grande imperio de los godos. Acá y acullá, en las extensas cordilleras que cruzan la España en todas direcciones, tambien se ven algunos castillos, como nidos de águilas inaccesibles al cazador, donde todavía se oye resonar la bocina del caballero cristiano.

Mas sonó la hora del combate, y vemos trabarse una lucha á muerte entre la cruz y la media luna: pasan años, transcurren siglos, vienen y desaparecen nuevas generaciones, la lucha continúa, cada vez más tenáz, cada vez más sangrienta, y mientras las costas de Africa se despueblan enviando sus taifas de guerreros, criados en los abrasadores arenales del Sahara, á morir sobre la fresca yerba de nuestros campos, y los califas de Córdoba aumentan el número de sus guerreros con legiones mercenarios de Slavos, procedentes de las tribus germanas, el español se basta á sí mismo, aprendiendo en su niñez á adorar con viva fé al Divino Crucificado, á montar un fogoso corcel, á tirar mandobles y botes de lanza; y en la adolescencia á acompañar á su padre en los campos de batalla.

Así la fé, las creencias, las virtudes, el valor y los ódios de los padres, se transmitieron á los hijos, y para que los árabes hubiesen llegado á poseer pacíficamente la España, hubiera sido necesario exterminar hasta el último individuo de la indómita raza española.

En los primeros tiempos los árabes, como todos los pueblos nómadas, desconocian por completo el arte de la guerra; pero tan pronto como Mahoma al transformarse de profeta en conquistador, tuvo necesidad de dominar á los pueblos que no le reconocian como tal, comenzó el árabe á tomar de las naciones más adelantadas en el arte de la guerra, todo aquello que estaba en armonía con su manera de ser y con lo impetuoso y

aventurero de su carácter. El viejo y carcomido imperio de Oriente les sirvió de maestro, y unidas la prudencia del imperio griego vizantino, al arrojo indomable del habitador del Yemen, formáronse soldados aguerridos que guiados por el fanatismo más intolerante, crearon un imperio floreciente que llegó con el tiempo, y dulcificado por las costumbres de los pueblos que dominaron, á sacar del oscurantismo en que yacian, las artes, las ciencias, la agricultura y la industria.

Largo y prolijo sería por demás bajo el punto de vista militar, el poder seguir á este pueblo paso á paso en los primeros tiempos de sus conquistas, concretándonos única y exclusivamente á describir su organizacion, táctica y armas que usaron desde que fijaron su planta victoriosa en la península española.

En tiempo del profeta el ejército (1) lo formaba todo verdadero creyente que á su vez se reunian bajo su estandarte, sin paga ni estipendio alguno, siendo recompensados con la parte de botin que les correspondia. Este se dividia en cinco partes: un quinto para el Emir y el resto para sus tropas. Amer-ben-el-Khrethab fué el primero que inscribió los nombres de sus soldados pagándolos un sueldo de los fondos generales del Tesoro. A los Jefes de division y gobernadores de plazas fuertes se les asignaron 7.000 *dirhems* (2) y Otman le hizo subir hasta 10.000. Muchas veces el estado precario del Tesoro, como sucedió en tiempo de los Abassidas, redujo los sueldos, lo que dió motivo á sublevaciones en el ejército, siendo una de las principales la que tuvo lugar en tiempo de Motasem que descontó al año cuatro meses á sus soldados, sublevacion que repetida en tiempo de Amin, dió por resultado el licenciamiento del ejército. La paga la recibian los Jefes y soldados diariamente y tambien por meses vencidos, y siempre en presencia de los Califas ó Emires. Cuando los ejércitos se aprestaban á entrar en territorio enemigo, re-

(1) Toda la organizacion del ejército árabe, su táctica y demás costumbres militares de tan importante época, las tomamos de un autor árabe inedito, libro lleno de interés y que, por lo tanto, pensamos dar á luz su traduccion tan pronto como esté terminado este tomo.

(2) Moneda de oro de valor y peso de 52 reales.

cibian una gratificación extraordinaria, así como una recompensa pecuniaria al advenimiento de un nuevo Califa, que se denominaba *Djelus*. Siempre que el ejército entraba en campaña debía ser racionado por los países tributarios, contribucion denominada *Dhiffa*. El soldado en marcha debía llevar vituallas para algunos días, las cuales compraba en los mercados con su sueldo, exceptuando algunas veces en que la munificencia de los Califas, les suplía de todo lo necesario.

Desde el momento en que un ejército se preparaba á entrar en campaña, se pasaba una revista escrupulosa á las legiones y taifas, pues sucedia con mucha frecuencia que los sueldos que aparecian en las relaciones que llevaban los Emires eran ficticias y superiores al número de individuos que componian el ejército, lo que producía grandes concusiones. El funcionario que á modo de nuestros Comisarios modernos, tenia á su cargo el pasar la revista para cobrar las pagas, se llamaba *Aaredh*.

Tan pronto como una nueva conquista venia á engrosar el imperio de los Califas, sus habitantes, sometidos al Islam, tenían obligacion de dar su contingente de hombres y dinero, habiendo sido los primeros países que lo verificaron, el Egipto, la Siria, y el país de los Filisteos que fueron el núcleo, por decirlo así, de los primeros ejércitos de los Califas.

Terminada la campaña, los soldados se despedían del servicio y marchaban con su botín á sus tribus, á excepcion de la guardia especial del Califa, fuerte de 600 hombres, la cual, defendía constantemente su persona. En tiempo de los Fatimitas y Ayubbitas, comenzóse á emplear en los ejércitos esclavos armados, al servicio de los jefes principales, y en tiempo de Amerben-el-Khretab, verificáronse tratados, por los cuales, la Nubia, Abisinia y la Esclavonia, suministraron tropas á sueldo, al nascente imperio Muslímico, llegando á tomar incremento ese sistema en tiempo de los Beni-Omeyas y Beni-Abbas, pudiendo asegurarse que en más de una ocasion se debió á estas tropas mercenarias, la salvacion del imperio de los Fatimitas, habiendo llegado á darse al jefe que los mandaba, el pomposo nombre de *sosten de los Califas*. Por aquel tiempo, Motassem-ben-Rechid, formó una guardia especial compuesta de jóvenes apenas llegados á la edad de la pubertad, y arrancados de los brazos de

sus padres en los países conquistados, guardia que llegó, por los privilegios que gozaban, á producir hondas perturbaciones en el reinado de los Califas.

El mando superior de los ejércitos pertenecía á los Califas, los cuales, nombraban los Emires (1) que mandaban los ejércitos, con poderes absolutos, los cuales, llevaban en su compañía uno ó dos auxiliares que secundaban sus órdenes, y cuyo nombramiento procedía del Califa.

A los Emires, seguían en gerarquía los Walies, especie de generales de division y gobernadores de plaza; luego venían los jefes de Taifas, especie de coroneles que mandaban 800 hombres, fuerza que se dividía en dos mitades de á 400 hombres denominadas *Seraia*; á estos seguían los capitanes que mandaban 100 hombres, y por último, la escuadra compuesta en tiempo del Profeta, de siete hombres; de 10 en tiempos de Amer, y de cuatro durante el reinado de Mauia, sistema excelente que permitía reunir y fraccionar las fuerzas instantáneamente.

Difícil es el poder determinar cual de las dos armas, Infantería y Caballería, llevaba la supremacía en los ejércitos árabes, pues segun el capricho ó inclinacion de los Califas, preponderaba la una ó la otra arma. Antes de la venida del Profeta, la caballería árabe montaba indistintamente en caballos, camellos y asnos, pero tan pronto como se organizaron los ejércitos, se desecharon estos dos últimos, empleando tan sólo yeguas y caballos. El primero que organizó la caballería fué Amer al invadir el Egipto formando divisiones de á 4.000 caballos, denominadas *Adi* y escuadrones de á 100 jinetes.

Amer-ben-el-Aas fué el primero que dispuso sus masas á imitacion de los griegos, para lo cual hizo traducir los libros escritos en Grecia, Persia y la India, contándose entre ellos los de Polibio vertidos del griego al árabe.

(1) Segun el autor árabe que tenemos á la vista, los Emires debían reunir las siguientes virtudes militares: discernimiento, inteligencia suma, paciencia, grandeza de alma en la adversidad, y un conocimiento superior para la estratagemas y emboscadas, pues el Profeta dijo, que la guerra no era más que una serie de emboscadas.

Los ejércitos siempre que entraban en orden de batalla se dividían en cinco cuerpos, á saber: *Fig. 1.^a, lám. 10*, el centro, las dos alas, la vanguardia y retaguardia. Los árabes contaban varios órdenes de formacion, á saber: *Figuras 2.^a, 3.^a, 4.^a, 5.^a, 6.^a, 7.^a y 8.^a, lám. 10*; media luna con la parte cóncava hácia el frente de batalla; la media luna con sus puntas abiertas en forma de alas; el cuadrilátero; la media luna con la parte convexa al frente del enemigo; el losange ó rombo; el triángulo y el anillo. En el centro se colocaba el Emir ó Wali que mandaba la accion vigilando por sí mismo el comportamiento de sus tropas y comunicando las órdenes por medio de señales convencionales hechas por una especie de pregonero que voceaba repitiendo las órdenes del Jefe superior, y tambien con los tambores, trompetas ó banderas que se agitaban de cierta forma y manera.

La línea de batalla se componia, *fig. 9.^a, lám. 10*, de nueve filas; la primera la formaban soldados completamente armados; la segunda de soldados con javalinas y escudos, tras de los cuales se guarecian; la tercera compuesta de tropas ligeras que llevaban la lanza incendiaria y la *nafta* (1). Estas tres las componia la infantería. La cuarta la formaba la caballería armada de lanzas ó mazas; la quinta de caballería armada de jabalinas; la sexta de flecheros á caballo; la sétima se componia de caballería escogida; la octava de ginetes á la ligera que en momentos dados aparecian en los flancos de la línea de batalla y volvian á replegarse en su puesto, y la novena y última la formaban los servidores y toda la impedimenta.

Grandes eran las precauciones que tomaba un ejército cuando debia presentar la batalla ó acampar al frente del enemigo. En este caso se elegian eminencias que dominasen el país, procurando apoyar cualquiera de sus alas en alguna montaña ó rio, para no ser sorprendido, huyendo siempre de las angosturas y sitios descubiertos.

La caballería jugaba un papel muy importante en la guerra de emboscadas á la que eran muy dados los árabes, siendo muy

(1) Fuego griego.

rígidos los preceptos que debían observarse en tales casos (1), y sobre todo á los que hacían el servicio de exploradores y avanzadas. El caballo que se empleaba en este género de guerra, requería también condiciones especiales, escogiéndose aquellos que no relinchaban, ni piafaban, ni se mordían entre sí y que se dejaban ensillar y poner el freno sin resistencia de ninguna especie.

El orden de marcha era el de columnas ó cuadros, fraccionado el ejército en cuatro divisiones, *fig. 10, lám. 10*. La primera marchaba á vanguardia y tenía á su cargo el abrir paso al ejército separando todos los obstáculos que se presentaban, así como el escoger y fijar el lugar de alto, bien fuese para campar, bien para descansar y dar al soldado el preciso sustento. La retaguardia velaba de recoger los despeados ó enfermos que se quedaban atrás, así como de no permitir el que los soldados de un cuerpo se mezclasen con los de otro, y los dos flancos vigilaban porque no fuesen sorprendidas sus alas. En el centro de estos cuatro cuerpos marchaban los jefes superiores, los estandartes, el tesoro, los servidores, bagajes é impedimenta del ejército. Estos llevaban siempre un jefe de superior graduacion que hacia las veces de Jefe de Estado mayor, toda vez que le estaba encomendado el orden de marchas, la eleccion del camino que debia seguirse, y tomar las precauciones para el paso de los desfiladeros y de los rios.

Estos se pasaban á nado colocando, como lo verificaban los celtiberos, su equipage en odres de cuero, ó construyendo puentes. Para formar estos se cortaban maderos si los habia próximos al rio y se iban uniendo lo mejor posible con tiras de corteza verde y se tendian sobre caballetes. Cuando la corriente del rio era grande, hacian unas á modo de faginas de leña seca y corcho, y por medio de maromas las sujetaban y tendian de una orilla á la otra, dejando entre fagina y fagina una distancia su-

(1) Segun el autor árabe que tenemos á la vista, debían guardar el más completo silencio, no toser, no respirar con fuerza, no meter ningun ruido con las armas ni con los estribos, no dormirse, no tener debilidad alguna que le obligue á abandonar sus armas y puesto, olvidar los dulces recuerdos de su pais natal que enervan el corazon y distrae el entendimiento, etc.

ficiente para que corriese el agua, y sobre ellas y sujetos con ligaduras se tendian maderos que terminaban el puente, teniendo este sistema mucha semejanza con los modernos de barcas. *Fig. 11, lám. 10.*

La castrametacion estaba muy adelantada entre los árabes. Antes de acampar un ejército se escogia el sitio de suerte que hubiese cerca de él algun rio ó agua potable, víveres y forraje. Solian ser rectangulares ó circulares. En uno y otro caso la tienda del rey ó del emir se colocaba en el centro con todas las dependencias necesarias para colocar el consejo privado, al visir, el harem, los eunucos, guarda-muebles, repostería, las cocinas, familiares y esclavos. Luego seguian en torno de esta, las tiendas de las tropas, los hospitales, depósitos de armas, mercados, etc., rodeando todo el campamento un foso cuya contraescarpa se hallaba erizada de caballos de frisa, debiendo añadir á esto varios cuerpos de guardia con escuchas y centinelas que le rodeaban á cierta distancia. La *fig. 12, lám. 10*, representa el campamento de un emir. La *fig. 13* de la misma lámina, el campamento de los sultanes; y la *fig. 14*, un detalle de sus departamentos con la servidumbre que les acompañaba.

En todos los campamentos habia un preboste, funcionario de gran importancia, á cuyo cargo estaba la vigilancia del mismo, evitando tanto de dia como de noche, los abusos que la aglomeracion de gentes traia consigo. Visitaba los mercados que se establecian en ellos, así como de que el servicio se hiciese con toda puntualidad, relevando las guardias de una oración á otra. Una parte de las fuerzas del campo, dormia vestida y con sus armas al alcance de la mano, para estar siempre dispuestos á combatir (1). Durante la noche se establecian rondas que recorrian el campamento y puestos avanzados, y que como las nuestras de hoy dia, tenian obligacion de rendir el santo y seña, por los cuales, eran reconocidos por los centinelas y cuerpos de guardia.

(1) La vigilancia fué siempre una de las grandes virtudes militares de los árabes, sujetándose en esto á una prescripcion del Profeta que dice: «un perro que va y viene, vale más que un leon dormido, y la espada no sirve, sino cuando está fuera de la vaina».

En tiempo de paz, y cuando las necesidades imperiosas de la guerra lo permitian, se dedicaba el soldado en aprender el manejo de las armas, maniobras de fuerza, equitacion, y todo aquello que condujese á dar al soldado una sólida instruccion militar. Los ejercicios de agilidad y fuerza, consistian en atar fuertemente al soldado los piés y las manos y hacer que rompiese sus ligaduras, así como atarlos de dos en dos espalda con espalda y codo con codo; en subir por palos y cuerdas; en saltar torrentes y altos parapetos; en pasar á nado los rios: en montar caballos fogosos en pelo y á la carrera, y todo aquello que desarrollase en el hombre sus fuerzas físicas. Con objeto de crear un buen plantel de Oficiales que en su dia pudiesen dirigir con aprovechamiento los ejércitos del Islam, creáronse academias ó escuelas en tiempo del Aarund-el-Rachid, en las que educaban jóvenes apénas llegados á la edad de la pubertad. En estas academias habia clases donde se enseñaba todo lo concerniente al arte de la guerra, y otras donde se desarrollaba la fuerza física de los jóvenes alumnos, observándose un hecho curioso y es que habia separacion entre pequeños y grandes, para que los vicios de éstos últimos, no inficionase á los primeros.

Tanto en los ejércitos como en las academias, se dedicaban con preferencia al manejo de lanza, para la cual, habia, segun explica el autor árabe que consultamos, un sin número de voces de mando (1). Además de estos ejercicios que formaban el verdadero manejo de la lanza; entreteníanse en poner en tierra ó sujetas á una estaca, monedas, hojas, pedazos de tela ó anillos, y á toda carrera, debian con la punta de la lanza, recoger estos menudos objetos, para todo lo cual, habia instructores que se dedicaban á enseñar estos ejercicios, los cuales, gozaban de ciertas distinciones y privilegios.

El sable y el tiro del arco, eran objeto tambien de un estudio especial, dándose premios á aquellos que sobresalian entre los demás por su certeza en el tiro. El manejo del sable, como el

(1) Tales como arrollar la banderola; desatar el cordon; de la posicion hácia atrás, á la vertical; de la vertical, sobre el hombro; del hombro, sobre el arzon; molinete á su frente; id. á los costados; estocada de frente; id. á los costados; estocada y parar el golpe, etc.

de lanza, tenia una porcion de voces que omitimos por no ser pesados, llegando la agilidad y pulso con que manejaban esta arma, hasta el extremo de cortar con la punta del alfange la atadura de un saco, relleno de arena, sin inferir á éste, la menor cortadura.

Los caballos se sometian tambien á una enseñanza especial, acostumbrándoles al ruido de los tambores, trompetas, y á la vocería que se levanta en los combates.

La obediencia en los ejércitos árabes, era tan exstrictamente observada (1), que se castigaba con severas penas á todo el que la infringia, imponiéndose por ella muy frecuentemente, la pena de muerte. El valor, la constancia, la firmeza y el silencio, eran premiados entre los soldados con el aumento de un quinto de su paga, y á los que sobresalian, se les llegó á dar por una sóla vez, hasta 3.000 *dirhems*. Las recompensas que se daban á los jefes y personas de elevada dignidad, consistian en cinturones de oro, en trages de honor y en collares y distinciones honoríficas.

Pasados los primeros tiempos de la invasion, se dedicaron con preferencia á fortificar las plazas y castillos conquistados, pudiendo asegurar que pocas ó ningunas fueron las innovaciones introducidas por los árabes en la fortificacion, siguiendo como hoy día se ve aún en muchos puntos de España, el mismo sistema de murallas torreones, y demás obras usadas por los godos. Tanto en el ataque como en la defensa de plazas, usaban máquinas de batir (2) en un todo iguales á las empleadas durante la edad media.

(1) «Obedecer es ceñer (dice el texto árabe) á la impulsión y marchar derecho al objeto propuesto sin quitar ni añadir nada; sin mostrar ni debilidad ni pesar. Obedecer, es marchar el primero cuando se os pone el primero y el último, cuando se os destina el último lugar; es dejarse empujar al trabajo si se os empuja, y detenerse despues de haber sido empujado; es el marchar á pié si se manda ir á pié, y á caballo si se os manda montar; absteneros de toda palabra y murmullo si se os manda callar, y si se os llama á la guerra santa, marchad á ella con ardor, haciendo el sacrificio de vuestra vida, y dad al enemigo golpes seguros».

(2) No damos aqui su explicacion por hacerlo detalladamente al describir las usadas durante la edad media. (V. edad media).

Además de las máquinas empleadas por los árabes para derribar las murallas y torreones de las plazas ó castillos enemigos, se valian de un medio terrible precursor de las minas. Para hacer que se undiera un trozo de muralla, comenzaban á cierta distancia de la plaza ó castillo, una galería subterránea y cuando llegaban debajo del sitio designado, hacian una grande escavacion que iban entibando con gruesos maderos y traviesas, las cuales despues de untadas de *nafta* (1) las prendian fuego por medio de una mecha y consumida la madera, se undia el terreno con el trozo de muralla ó torreón.

Quando los ejércitos entraban en combate, lanzaban el grito de guerra adoptado desde el tiempo del profeta, *No hay más Dios que Dios y Mahoma es su profeta*, grito que debia ser repetido con mucha frecuencia y con gran veneracion, para que, segun dice el texto árabe, no dejase de ser meritorio en el momento del peligro.

Las taifas tenian soldados escogidos para recitar diariamente versículos del Koran, para lo cual á las horas convenidas, se formaban en pequeños destacamentos y puesto á su frente el lector, oian con gran recogimiento las máximas de su Profeta. Antes de dar una batalla, se les leian pasages adecuados á las diferentes situaciones en que podrian encontrarse y todos relativos á la guerra santa.

Grande era la variedad que existia en las banderas y pendones que usaron los árabes. En tiempo de los Omyadas el estandarte de los Califas era blanco; y negro, el de sus sucesores los Abassidas. Los Emires llevaban banderas y enseñas de gran variedad de colores y formas. *Fig. 31, lám. 11* distinguiéndose entre ellas la cola de caballo, sola ó acompañada de un pendoncillo; las banderas con inscripciones aterradoras, y con el sol y la luna dibujadas en ellas, y la de la caballería en tiempo del Emir Timur llamada *Bederfesh*, cuadrada, pintada en ella un sol y un carnero. Almanzor usaba un pendon en la forma de lengua de fuego con una inscripcion que decia. «La fuerza proviene de Dios y la victoria está próxima» distinguiéndose en todos los ejércitos la bandera que indicaba el símbolo de la unidad,

(1) Véase el apéndice «Balística, Pirotecnia, y fuego griego.»

«No hay más Dios que Dios y Mahoma es el enviado de Dios,» existiendo además gran número de ellas que se distinguían por sus inscripciones y colores, en la que aparecía el nombre del Califa, de los Sultanes y también de los Emires, habiendo llegado el caso de adornar algunas de estas banderas con objetos preciosos y sagrados.

En los ejércitos marchaba siempre un cierto número de médicos así como mujeres viejas que cuidaban de los heridos y hacían el servicio parecido al de nuestras hermanas de la caridad. Los médicos desde el momento en que empezaba el combate, se dedicaban á detener la sangre de los heridos con trapos viejos, con específicos ó con suturas y con la aplicación del papel quemado, deteniendo las hemorragias de las arterias, por medio de la cascarilla del incienso y fuertes ligaduras. Sacados los heridos del lugar del combate y en sitio más seguro; se dedicaban á poner emplastos sobre las heridas hechas con arma blanca y en las llagas producidas por el fuego ó la *nafta* (1) y amputaban cuando lo requería el caso los miembros, quemando en seguida la herida que resultaba, con hierros enrojecidos. (2)

Uno de los grandes medios de ataque y defensa empleado por los árabes, fué sin disputa el *fuego griego*, importado por ellos de la Pérsia (3) y el cual perfeccionaron introduciéndolo en España. Además de los aparatos y máquinas (4) que usaban para lanzar este elemento de destrucción, confeccionaban unas á manera de granadas de mano que encerraban la *nafta* y que por medio de pedazos de yesca comunicaban el fuego á dicha materia. Para propagar el fuego á los buques, edificios, puertas y demás objetos fáciles de quemar, usaban flechas incendiarias de muchas y variadas formas, unas lanzadas por medio del arco de mano y otras por medio de máquinas y aparatos, comunicándose el fuego á la *nafta* lo mismo que en los botes, por medio

(1) Fuego griego.

(2) Abi-el-Qassem y Aben-Sena, médicos árabes han dejado obras que tratan de las curas en campaña.

(3) Véase apéndice «Fuego griego».

(4) Véase «Edad media».

de la yesca que se encendia ántes de lanzar la flecha. Para los combates cuerpo á cuerpo se usaba tambien la lanza y dardo de *nafta* que producía estragos sin cuento en las filas enemigas. Aficionados los árabes á todo género de estratagemas y sorpresas, empleaban este elemento destructor como defensa en los aproches de sus plazas y puntos fortificados, así como en sus líneas de batalla. El autor que consultamos sobre el particular, explica de la manera siguiente una de las estratagemas empleadas por los árabes en la que el fuego griego jugaba el principal papel. Colocábase una línea de maniqués vestidos con turbante y demás prendas militares, y la lanza de *nafta* en la mano. Detrás de esta línea de maniqués formaba la caballería y detrás de esta la infantería, teniendo cuidado de que entre cada diez maniqués quedase un espacio suficiente para por él poder pasar la caballería en pelotones. A una señal del jefe, esta salía por dichos claros en son de ataque á las líneas enemigas, y ántes de llegar á ellas retrocedía á la desbandada; visto lo cual por los contrarios, arremetían á los fugitivos. Estos se abrían á derecha é izquierda de los maniqués, y en su arremetida el enemigo tiraba por tierra á aquellos soldados fingidos que al caer se incendiaban por tocarles entónces varias mechas que tenían en diferentes sitios, produciendo estragos sin cuento que venían á agravarse con la arremetida de la infantería que formaba á retaguardia.

La pólvora y el modo de usarla así como la introduccion de este nuevo y terrible invento en nuestro país (1), fué tambien debido á los árabes no pasando á describir esta primitiva artillería por hacerlo en otro lugar con bastante extension.

Muchas y muy variadas fueron las armas tanto defensivas como ofensivas que usó el pueblo de que venimos ocupándonos, y difícil por demás el presentar todas las que usaron desde que con el Korán en una mano y el alfange en la otra se lanzaron á la conquista de vastos y dilatados países. concretándonos única y exclusivamente en hacerlo de aquellas que completaban el verdadero equipo del soldado, no haciéndolo de otras muchas por ser equivalentes á las descritas en la parte correspondiente á la época de la reconquista.

(1) Véase apéndice «Artillería».

ARMAS DEFENSIVAS.

Casco. Por lo general en forma de semi-esfera con un pico por cimera. Se construía de cuero de búfalo, de pieles de vaca y de hierro. Algunos de estos cascos solían tener en su parte delantera una barra de hierro que bajaba hasta la barba y servía como defensa de la cara. Los cascos de los jefes superiores estaban por lo regular adornados con preciosos adornos incrustados de oro, plata y concha, y de su parte posterior pendía un trozo de cota de malla que defendía el pescuezo y los hombros. Al rededor de todos estos cascos se enrollaba el turbante, pieza de tela de lana ó seda, algunas tejidas de oro y plata. *Fig. 1.ª, lám. 11.*

Megfar. Capucha de cota de malla en forma de toca de monja que defendía la cabeza y hombros. *Fig. 2.ª, lám. 11.*

Zardia. Loriga en forma de camisa con mangas hasta el puño formada de menudos anillos de hierro, sobre la cual se colocaba el Khaftan. *Fig. 3.ª, lám. 11.*

Coraza. Pieza que servía para defender el pecho y la espalda. Construíanse de piel de búfalo, de cuero de vaca y de hierro. Las había perfectamente adornadas de dibujos de oro y plata, y entre las altas gerarquías militares solían verse algunas de concha. *Fig. 6.ª, lám. 11.*

Belmez. Túnica de lienzo entretelada sobre la cual se colocaba la zardia.

Algalota. Especie de sobre-señal ó cota de armas en la cual llevaban bordados ó pintados, los jefes, geroglíficos y señales para distinguirse en el combate, prenda que se colocaba sobre la loriga ó coraza. *Fig. 5.ª, lám. 11.*

Ataras. Cota de malla corta y sobre la cual se colocaba el jubon de armar.

Botute. Pieza de hierro ó cuero que servía para defender el cuello. *Fig. 12, lám. 11.*

Muska. Camisa de lienzo con las mangas de malla y sobre la cual se colocaba la coraza. *Fig. 4.ª, lám. 11.*

Darka. Escudo hecho de hierro, de pieles de búfalo ó de vaca, de nérvios de buey, de cañas de Bambú, de maderas duras

y de concha de tortuga. Sus formas variaban mucho. Los había ovalados, rectangulares, triangulares, en forma de media luna, abombados en su parte media, y todos ellos por lo general con uno ó más pinchos en su centro. *Fig. 7.^a, lám. 11.*

Alfagara. Paramento ó caparazon que se ponía al caballo de batalla hecho de tela de lana, y que le cubría la grupa y los riñones. También llevaban paramentos de cota de malla que les llegaba hasta los corbejones.

Schak. Espuela ó acicate de hierro con una punta en vez de la rueda de pinchos. *Fig. 8.^a, lám. 11.*

Bend. Cinturon para llevar la espada. También tenía este nombre el cordon de seda del que pendía el alfange.

Korsi. Silla de montar. *Figuras 9, 10 y 11, lám. 11.*

ARMAS OFENSIVAS.

Espada. Las usaron rectas y curvas, con vaina y sin ella, sujeta por medio del cinturon ó cordon que pasaba sobre el hombro en forma de bandolera. *Fig. 13, lám. 11.*

Kharemájjar. Alfange corvo que formaba un semicírculo completo, de oja muy afilada, con corte por ambos lados. Las ojas de mejor temple se construían en Damasco de donde se deriva el nombre de *damasquina*. Se llevaba colgada del hombro por medio de un cordon. *Fig. 14, lám. 11.*

Koma. Gumía, puñal con alguna curvatura, afilada por ambos lados con empuñadura sin guardas. *Fig. 15, lám. 11.*

Lanza. Compuesta de moharra, asta de madera y regaton. La forma de las moharras variaba hasta el infinito y todas ellas llevaban una banderola. *Fig. 16, lám. 11.*

Azgaya, Tarahsebt. Armas ambas arrojadizas, y por lo tanto más ligeras que la lanza que nunca se soltaba de la mano. Las formas de sus hierros variaron mucho. *Fig. 17, lám. 11.*

Scham, Nivel. Flecha, por lo general construida de caña, aunque las había de madera; conocíanse varias clases de flechas, tales como la persa de madera llamada *nechab*; la de dientes de serpiente; la flecha sin barbas, la cautiva que tenía un largo cordon que quedaba sujeto á la mano del que la tiraba para poder recuperarla; la flecha de avisos *rechag* destinada á llevar en

su extremidad y en lugar del hierro, un escrito ú otro objeto cualquiera, etc. *Fig. 18, lám. 11.*

Kebad. El arco de mano hecho de tres piezas atadas con tendones de animal y de una sola curvatura. Tambien habia un arco pequeño que usaba la caballería llamado *Rahich*. Estos arcos se hacian de bambú, de madera y de goma. Para hacerlos de esta última materia, hacian incisiones en el arbol llamado *nebá*, y de ellas salia una resina que combinada con vinagre de Siria y raspadura de asta de buey, búfalo ó ciervo, formaba una liga gomosa y dura al par que elástica, la cual recubierta con tendones de animales, le daba una consistencia muy superior á la madera. *Fig. 19, lám. 11.* La cuerda de estos arcos era de seda, de *quetham* ó *kretam*, algodon; de instestinos, ó de tiras de piel.

Djada. Carcaz para llevar las flechas, construidas por lo general de cuero y madera. *Fig. 20, lám. 11.*

Ballesta. Pequeña catapulta que lanzaba flechas y la manejaba un solo hombre. *Fig. 21, lám. 11.*

Botes de fuego griego. Conocidos con diferentes nombres (1) que indicaban la forma que representaban los botes ó cápsulas donde se encerraba el fuego-griego. *Fig. 22, lám. 11.* Estos botes que se confeccionaban de fieltro, de madera, de cobre, de cristal, de hierro, de cuero y de tierra cocida, se lanzaban con la mano y por medio de máquinas en forma de catapultas, las cuales ántes de funcionar se las mojaba con vinagre ó con tierra desleida en orines, medio empleado para evitar el que se incendiasen dichos aparatos. Los que manejaban estas máquinas iban cubiertos de pieles muy gruesas, untados tambien de vinagre ú orines.

Flecha incendiaria. Las habia de dos clases, la sencilla que se lanzaba con el arco ordinario, la cual llevaba debajo del hierro y en su parte inferior la *nafta* envuelta en cápsulas de suela ó fieltro, y las llamadas *Djerida* que se lanzaban con balista

(1) *Gethá*, cono truncado; *bidha*, de forma ovalada, *quedur*, de forma de marmita; *djuz*, de forma de nuez; *Keráriz*, de forma de bocal y otros muchos cuya traduccion es imposible por no asemejarse á ninguna forma conocida.

y que además del fuego griego que encerraban, tenían al pié del hierro un cartucho de cuero ó caña como nuestros cohetes, al cual se le daba fuego ántes de partir, por medio de un pedazo de yesca y servía para dar más impulsión al proyectil cuando este empezaba á perder la que le había impreso la máquina ó la mano del hombre. *Fig. 23, lám. 11.* Estas flechas tenían un carcax especial. *Fig. 24, lám. 11.*

Maza de nafta. Maza de mango de madera ó hierro y en su parte superior en vez de la cabeza ó porra que tenían todas ellas, colocábase una cápsula ó bote lleno de *nafta* con tres espoletas que comunicaban el fuego al interior de la cápsula. Esta arma se lanzaba con la mano en medio de las filas enemigas, produciendo su explosion grandes destrozos. *Fig. 25, lám. 11.*

La lanza incendiaria. Era una lanza arrojadiza que llevaba debajo de su moharra, el fuego griego encerrado dentro de su cápsula de fieltro ó de metal. Tambien las habia sin hierro. *Fig. 26, lám. 11.* Todos los que manejaban estas armas que llevaban consigo la muerte y el incendio, guardaban el fuego con que lo comunicaban, en unas pequeñas cajas de hierro perfectamente cerradas para que no se comunicase á dichas armas. *Fig. 27, lám. 11.*

Los instrumentos bélicos con que los árabes daban sus señales de ataque y que servian para animar al soldado durante la pelea, eran el *Atambur*, *fig. 28, lám. 11;* el *Al-tabal* especie de timbal usado por la caballería, *fig. 29, lám. 11* y el *Aña fil* y *Chirimia*. *Fig. 30, lám. 11.*

EDAD MEDIA.

Consumada la destruccion del imperio romano por las hordas descendidas del Norte y constituidos ya aquellos pueblos en nacionalidades, convirtiéronse al cristianismo sometiéndose con fervor religioso á la dulce guía del Padre comun de los fieles, ocupándose desde entónces en asentar con sólidos cimientos la civilizacion cristiana.

De repente y desde el fondo de los desiertos de la Arabia alzóse amenazadora una horrible tempestad contra la nueva civilizacion. Las hordas errantes de beduinos, reunidas por los lazos de una religion alhagadora de sus ardientes pasiones, obra de un hombre audaz, abandonan sus abrasadas arenas y guiados por atrevidos y fanáticos capitanes, invaden, con el Koran en una mano y el alfange en la otra, la Siria y la Palestina; recorren y conquistan con ímpetu asolador el Norte del continente africano; atraviesan el estrecho que separa el Avila del Calpe, y en la infausta batalla del Guadalete destrozan el grande y floreciente imperio de los visigodos.

Muerto D. Rodrigo, terminó la monarquía goda, paseándose triunfantes las huestes agarenas por todos los ámbitos de España. Sus flotas infestan las costas bañadas por el Mediterráneo, establecen su dominio con sólidas bases en la península Ibérica y procuran proseguir despues sus conquistas por las naciones

meridionales de nuestro continente, formando de esta suerte el imperio más grande que pudo soñar la ambicion de un hombre. Nada parecía poder detener aquel torrente devastador: un paso más, y Europa entera hubiera desaparecido bajo la cortante guma del sectario de Mahoma.

La espada de Pelayo en Covadonga y la francisca de Cárlos-Martel en las llanuras de Poitiers, abatieron el orgullo del invasor y les cerró para siempre el paso hácia el centro de Europa.

Fórmanse los reinos de Astúrias, Galicia y Leon; caballeros atrevidos que primero se apellidan condes y andando los tiempos ciñen sus sienes con regias coronas, levantan audazmente sus formidables castillos en medio de las comarcas de Castilla, y con sus lanzas hacen respetar sus moradas y señoríos á los infieles que por todas partes los cercan.

Inangúrase el siglo XI con la célebre batalla de Calatañazor que hace pedazos el califato de Córdoba, el imperio muslin más floreciente de España. La espada del Cid destroza á los almogávares: Alfonso VI conquista á Toledo, y á los gritos de los emperadores de Constantinopla en demanda de auxilio para defenderse de los turcos, nuevos sectarios del Islam, más bárbaros que los árabes, los guerreros de todas las naciones de Europa, inspirados de fervoroso celo, se lanzan á la conquista de los santos lugares, dando comienzo á aquella série de memorables batallas, conocidas con el nombre de cruzadas. Retrocedamos y fijemos, aunque ligeramente, las causas que produjeron esta magnífica epopeya que tanto contribuyó á cambiar las condiciones de la sociedad Europea.

Las profecías se habian cumplido; no quedaba en Jerusalem piedra sobre piedra: en su recinto desierto, visitábase aún una tumba cavada en la roca, tumba de un Dios salvador, vacía por el milagro de la resurreccion. Allí se alzaba la montaña donde se habia consumado el misterio de la redencion; el sepulcro de Jesus y el calvario, debian, naturalmente, ser para los cristianos prenda de profunda veneracion y respeto.

Constantino, en el siglo IV, cubrió con un suntuoso templo la tumba del Redentor. Desde entónces, millones de cristianos visitaron pacíficamente aquellos Santos Lugares, hasta que los sectarios del falso profeta, apoderándose de la Palestina, veja-

ron y maltrataron á los fieles. Un vértigo se apoderó entonces de la vieja Europa, y á la voz de *Dios lo quiere* vióse al Occidente marchar sobre el Oriente. La iglesia puso en manos de los fieles el estandarte de la libertad cristiana; en sus vestiduras colocó el signo de la humanidad rescatada, y la civilizacion se salvó.

Al toque de llamada de los príncipes y señores, seis millones de europeos toman las armas en la primera cruzada. Sus huesos, esparcidos á lo largo del camino que desde los puntos más lejanos de Europa conduce á Jerusalem, aguardan otro toque que los reuna en la santa ciudad.

Los españoles no marchan á Oriente, el mismo papa se lo prohíbe, porque sustentan una cruzada continua. Al comenzar el siglo XIII, los almohades desembarcan en España dando nueva fuerza y vigor al vacilante imperio musulmico; pero la espada de Alfonso VIII los destruye en las *Navas de Tolosa*, y su nieto D. Fernando III, de exclarecida y santa memoria, prosigue con valor la misma carrera de victorias y conquistas. Alfonso XI se acerca y enseñorea de las costas que miran á las playas africanas, y vence en el *Salado* á las huestes agarenas.

Llega por fin el siglo XV y los reyes católicos consuman la obra de la reconquista de España, sujetando á su dominio el reino de Granada, con lo cual la Península toda quedó libre de mahometanos.

Pero en este siglo de tanta gloria para los cristianos españoles, la Europa sufre en Oriente una terrible desgracia. Los turcos atraviesan el Bósforo y al apoderarse de Constantinopla, desaparece para siempre el imperio griego bizantino.

La Europa tembló, y otra vez, despues de siete siglos, se hubiera visto envuelta en sangre y fuego, si Juan Sobieski no hubiera detenido delante de los muros de Viena á aquel torrente devastador.

La edad media, llamada con admirable propiedad *la edad de hierro*, fué, como dice un ilustre escritor, la tempestad que purifica la atmósfera y precede á la bonanza, é ínterin la Europa se hallaba sumida en las tinieblas de esa edad de tan distintos modos calificada, España recobraba palmo á palmo el terreno perdido en la rota del Guadalete, y esta fué una lucha sin tre-

gua, magnífica epopeya que empezó en el monte *Auseba*, se desenvolvió en toda su grandeza en *Calatañazor* y las *Navas de Tolosa*, terminando con un himno de victoria sobre los minaretes de la Alhambra.

Los ejércitos fueron el principal agente de que se valió la Providencia para operar tan grande revolucion social. Ocupémonos, pues, de su organizacion, órden gerárquico, táctica y armamento.

En los primeros tiempos de la Edad media, los ejércitos habian vuelto á su infancia como todas las demás clases de la sociedad: la ciencia no venia en auxilio del arte de la guerra, como se verá por el exámen que vamos á hacer de sus ejércitos, fijándonos principalmente en los de nuestro país, que alcanzaron mayor grado de perfeccion que los de las demás naciones.

En la Edad media, los españoles estaban sujetos al servicio militar desde la edad de veinte años hasta la de cincuenta. La necesidad de defenderse les obligaba á abandonar la esteva y empuñar la lanza, razon por la cual las leyes pátrias no fueron más que unas ordenanzas militares. En los primeros siglos de esta época, cada pueblo que gozaba franquicias municipales, y cada gran señor ó rico-home, formaba una *mesnada* ó compañía, mandada por su *mesnadero* y cierto número de *decenarios* que ejercian el mando subalterno.

Cada mesnada llevaba á su frente un alférez ó porta-pendon, y un cursor llamado *anubdator*, que tenia á su cargo publicar el bando del señor territorial, ó merino, para ponerla sobre las armas. La mesnada se dividia en dos clases á saber *peones* ó *escuderos* y *jinetes* ó *caballeros*. Cuando el enemigo invadia el país, se anunciaba por medio de los *atalayeros* que, sobre las torres ó *atalayas*, hacian las señales convenidas en tales casos, que consistian en humazos de día y hogueras durante la noche. En la torre principal de la iglesia del pueblo se colocaba la *vela*, campana de guerra que tocaba á rebato á la aproximacion del enemigo, y el *anubdator*, con su *añafil* ó bocina, daba el toque de *apellido* ó llamada.

Todos aquellos que pudiesen eximirse del servicio, bien fuese por causa física ó canónica, debian de pagar varios tributos,

conocidos con los nombres de *anubda*, *fonsadera*, *carnero militar*, *castillera*, *excusado* y *caballería*. El primero estaba destinado al pago del cursor ó *anubdator*; el segundo para atender á los gastos del *fonsado* ó de campaña; el tercero se invertía en la compra de reses destinadas á la manutencion del ejército; el cuarto para reparar las fortificaciones y aumentar los medios de defensa de las plazas fuertes y castillos; el quinto lo formaba las cantidades entregadas al Estado por todos los que por cualquier motivo no tomaban las armas, y por último, el sexto era el sueldo señalado por el rico-home á los jinetes que con él iban á la guerra.

Toda villa ó ciudad tenia la imprescindible obligacion de tener alistados y armados todos los individuos de su mesnada, que por fuero le correspondian, y el mayordomo del ayuntamiento debia, cuando el merino convocaba la fuerza, suministrar á la caballería, segun el fuero de Castroverde (año 1197), las calzas, capas y espuelas.

Uno de los fueros más explícitos, con respecto al contingente de sangre, es el de Cáceres (año 1229). En él se dice que el que iba al ejército con tienda de campaña, de veinte ó más cuerdas, debia llevar dos excusados, dos jinetes ú ocho peones; siendo armado con loriga, ó almofar, ó lorigon con capellina, dos excusados; y por último, siéndolo con brafoneras, tres excusados, tres jinetes ó seis peones, debiendo ser los primeros de la clase de aldeanos ó siervos. Al balletero que tenia balleta con dos cuerdas y una avancuerda, con sesenta saetas, se le daba media racion si se presentaba montado, y una cuarta si iba á pié.

Cuando la mesnada salia á campaña, llevaban los soldados en un saquillo, llamados *arquenas*, los víveres necesarios para mantenerse hasta llegar al campo de asamblea ó reunion, llamado *descania*. (1)

Existia en los ejércitos feudales un cuerpo de tropas, institucion muy parecida á los vélites romanos, denominados *almogávares*. Las condiciones que debian reunir los que servian en dicho cuerpo, se hallan perfectamente determinadas en la ley 7.^a

(1) Del árabe *descan* ó *mescan*, lugar determinado.

título 22 de la Segunda Partida, que dice: «Há meester que sean afechos et acostumbrados et criados al aire, et á los trabajos de la tierra, et si tales non fuesen non podrien hir luengo tiempo et vevir sanos magüer fuesen ardidos et valientes... et demás que sean ligeros et ardidos et bien faccionados de sus miembros, para poder sufrir el afan de la guerra, et que anden siempre guisados de buenas lanzas, et dardos, et cuchiellos... que sepan tirar bien de ballesta, et que trayan los aguisamentos que pertenescen á fecho de ballestería».

El servicio que prestaban estas tropas ligeras, era muy parecido al de nuestras guerrillas, empleándose con preferencia en el reconocimiento del terreno en que operaba el ejército; en marchar á vanguardia y sobre sus flancos; tener continuamente en jaque al enemigo; molestarle con incesantes acometidas; sorprender sus grandes guardias, é interceptar sus convoyes. Apesar de que el almogávar combatia en orden abierto, lo verificó alguna vez en orden cerrado.

Eran tan sumamente sóbrios, que, segun Montaner, los almogávares aragoneses marchaban sin bagajes, provistos de un zurron, en el que llevaban el pan, y con yerbas y agua se mantenian en campaña. Su trage era sumamente sencillo, compuesto de un sayo corto de malla, que dejaba los brazos al descubierto; gastaban en las piernas antiparas, los piés los envolvian con abarcas, y en la cabeza llevaban una redecilla de hilo para sujetar el cabello. Sus armas eran el dardo y la lanza.

Las *compañias* de los almogávares estaban mandadas por unos jefes llamados *almocadenes*, y segun las leyes 5.^a y 6.^a del mismo título y partida, debian tener mucha práctica en la guerra y gozar de una lealtad á toda prueba.

La eleccion se hacia por doce *almocadenes* veteranos, que colocaban al aspirante de pié derecho sobre dos lanzas cruzadas en cuya posicion se le entregaba otra con banderola; se le alzaba en alto, y enristrando su arma, repetia, mirando á los cuatro puntos cardinales, el mismo juramento que el *adalid*.

Las conquistas de Fernando III el Santo en Andalucía, y las de Jaime el Conquistador en Valencia y Murcia, pusieron en relieve los defectos de la organizacion militar usada hasta entónces, produciendo en ésta un cambio completo; y si bien las leyes

de la milicia no llegaron aún á formar un cuerpo separado de los códigos civiles y criminales, en cambio se perfeccionaron de una manera notable, consignándose sábias disposiciones, tales como las descritas en *El opúsculo de todos los derechos*, publicado á mediados del siglo XIII, y en las leyes de Partida de Don Alfonso el *Sábio*.

El título de conde, en esta época, pasó á calificar una de las clases aristocráticas de la sociedad, perdiendo por completo el carácter militar que hasta entónces habia tenido, y creándose en su lugar los *adelantados mayores*, que correspondian al *proeses provinciae* de los romanos. Estos funcionarios ejercian en tiempo de paz, segun la ley 22, tit. IX, partida 2.^a, la jurisdiccion civil y la justicia suprema en el territorio de su mando, para lo cual tenian un juzgado privativo sobre los *adelantados menores* y *merinos* de su provincia. En tiempo de guerra ó de revueltas, tomaba el mando de las tropas, y á su frente marchaba contra los enemigos exteriores ó interiores, siendo sus funciones muy parecidas á las de nuestros actuales capitanes generales de provincia.

Era obligacion de los *adelantados mayores*, no tan solo concurrir con sus tropas á la defensa de su distrito, si era invadido por el enemigo, sino tambien el venir en ayuda á los que liudaban con él. Segun la ley segunda, los *adelantados mayores* cuidaron de remitir las mesnadas de su distrito al punto que anticipadamente se marcaba, dando para esta operacion tres meses de término, segun se desprende de la misma ley, que dice «é débense contar estos tres meses del dia que salieren de sus casas é de sus tierras... haciendo sus jornadas derechas é sin engaño.» El contingente que formaba la hueste se componia de: los *ricos omes* de pendon y caldera; los *acostados* ó tierratenentes; los *omes de orden* ó caballeros de las órdenes militares; los súbditos de los abades, priores y obispos, y los *soldados concejiles* ó de las mesnadas de las ciudades y villas. Estos cuerpos traian sus banderas que las leyes 13, 14 y 15 llaman *señas*, y que debian ser llevadas «por *omes señalados*, porque sean guardadas é onradas».

El general en jefe de un ejército tomaba el nombre de *capdiello mayor*, el que, segun las leyes 4.^a y 5.^a, tit. XXIII, par-

tida 2.^a, debía poseer prendas y virtudes muy sobresalientes-tales como «linaje, que é cosa que face ennoblecer, al ome... es-fuerzo, maestría et seso... buen sabidor, maestro de facer guer-ra... facer sus fechos encobiertamente, porque los enemigos non entendiesen lo que ellos decian, ni tomasen ende apercivimien-to... bien razonado et buena palabra, para saber fablar con las gentes, etc.»

Seguia á éste en jerarquía el *adalid mayor* (1) el cual tenia á su cargo, segun las leyes 1.^a, 2.^a, 3.^a y 4.^a, tít. XXII, partida 2.^a, la organizacion de las tropas, siendo las funciones de este jefe superior una mezcla de las del cuartel-maestre, intendente é inspector general de un ejército. Era obligacion suya el dirigir las descubiertas y las *algaras* para molestar al enemigo; dispo-ner las *celadas* ó emboscadas; fijar la situacion de los campos atrincherados; establecer atalayas, centinelas, escuchas y ron-das; mantener buenos confidentes y espías; organizar las expে-ediciones; nombrar los *almocadenes*; señalar las raciones de las tro-pas; y por último, cuidar del abastecimiento de los almocadenes.

A pesar de los adelantos verificados en la organizacion de los ejércitos, echábase de ménos, cerca de la persona del monarca, una jerarquía militar que bajo su inmediata inspeccion se ocu-pase de todo lo concerniente á la guerra, y en los ejércitos, un jefe permanente, que secundase las miras de aquel, tanto más, cuanto que, al terminar la campaña, los *capdiellos* y *adalides* cesaban en sus funciones.

Con objeto de llenar este vacío, D. Juan I introdujo en el ejército, por Real orden de 6 de Julio de 1382, la dignidad de *condestable* y de *mariscal* ó *senescal*. Las funciones del primero equivalian á las que hoy ejerce el Ministro de la Guerra; y el

(1) Para hacerse acreedor á este elevado puesto debía haber dado pruebas muy positivas de instruccion, talento, pericia y lealtad, observando para inves-tirle de tan alto mando de las siguientes formalidades.

Doce adalides ponian sobre un escudo al nombrado, el cual era levantado en alto y despues de volverse á los cuatro puntos cardinales, empezando por el de Oriente y de hacer el novicio cuatro veces la señal de la cruz con su espada, pronunciaba el siguiente juramento: «Yo (aqui el nombre), desafio en nombre de Dios á todos los enemigos de la fê, et mio señor et Rey et de la tierra» Hecho esto se le bajaba y un rico-home poniéndole una bandera en la mano le decia: «Yo te otorgo en nombre del Rey que seas adalid.»

segundo tenia á su cargo el régimen y gobierno de la infantería y caballería, juzgado militar, aprecio de los comestibles, alojamientos, etc. El primer condestable de Castilla lo fué D. Alonso de Aragon, el cual segun dicen las crónicas, hincó las rodillas en tierra y recibió de manos del Rey un anillo de oro, como expresion de los sagrados deberes que debian pesar sobre él.

Con la creacion de estas dignidades, el ejército comenzó á sujetarse á reglas fijas en su organizacion y evoluciones, adelantos que al recibir nuevo impulso, en tiempos de D. Juan II, caminaron con rapidez á su perfeccion.

El mismo Rey publicó en Segovia una ordenanza en la cual se determinaba por la renta que cada hombre tenia, la clase de armas con que debia presentarse al entrar en campaña. (1)

En la crónica manuscrita del condestable D. Miguel Lucas, se lee tambien que en Jaen por el año de 1463, se hizo un ensayo de organizacion de la infantería, que lo componian, espingarderos, ballesteros y lanceros con escudos, que se dividieron en *collaciones* al mando de *jurados* y éstas en decurias mandadas por un *decenario*.

Al inaugurarse el reinado de este monarca en el año 1405, el alistamiento para el ejército se sujetó á reglas especiales segun aparecen en las ordenanzas dadas por el Infante D. Fernando y cuyo testimonio fué dado por el escribano Gil Gomez, en Baeza el 1.º de Diciembre del citado año (2), en el cual se decia que en el dicho dia, se juntaron los regidores, alcaldes y Oficiales en un sitio determinado y se nombraron personas que matriculasen á todos los vecinos de ella y su tierra, colocándo-

(1) «Todos los omes que ovieren cuantia de 20,000 maravedis é dende arriba, que sean tenudos de tener cada uno armas complidas en que haya cotas é fojas de pieza con su faldon; et con cada uno de estos, quijotes é canilleras é avan brazos et fuyas et bacinete con su canal é capellina con su gorguera ó yelmo é glave é estoque et facha et daga etc...» Y asi sigue describiendo de todos los demás hasta llegar á la última clase en que dice: «et los homes que non ovieren cuantia de 200 maravedis aunque non hayan al si non los cuerpos, sean tenudos de tener lanza et dardo et foja, si fueren sanos de sus miembros: et esto que lo fagan ó cumplan así, desde que este nuestro ordenamiento fuese publicado en las ciudades et villas donde han iglesias catedrales, hasta seis semanas.» Real Academia de la Historia. Coleccion diplomática de Abella.

(2) Archivo de Simancas, secretaria de la Guerra, núm. 4343.

los por *decenas*, nombrando *decenarios* ó jefes de cada una de ellas, separando los viejos, enfermos y clérigos, decurias que andando los tiempos vinieron á formar las compañías, pues en la crónica del mencionado Rey, al hablar en su capítulo 56 del pedido de tropas que hizo á Sevilla, dice, que vengan «hechos decenarios, poniendo á cada diez hombres un cuadrillero, é que cada cien, diez cuadrilleros, é uno mayor por quien los cien se gobiernan, por que la gente esté concertada.»

Tambien durante este reinado, se escribió y publicó un tratado de tormentaria, puentes y pirotécnia, introduciendo notables innovaciones en la artillería, para facilitar su uso y movilizacion, poniéndose por primera vez en manos del soldado las armas manuales de fuego.

La caballería, (1) arma la más importante en la Edad media, se dividia en cuatro clases. La primera, la componian las órdenes militares, principio y fundamento de la caballería, y que, con sus esfuerzos, contribuyó poderosamente á contener el islamismo, que tendia, con la vehemencia de una secta nueva, á destruir por completo el imperio de la cruz. Las que más gloria alcanzaron en España fueron las cuatro de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa. La de los Templarios sostuvo su esplendor hasta su extincion, contándose otras muchas órdenes militares, que no llegaron á adquirir ni tanto renombre, ni duracion, tales como la de la Encina, la Paloma, la Banda, la Escama, la Azucena, San Salvador, etc. (2)

Terminada la guerra con los árabes, recobrada la integridad del territorio y extendida por toda la Península la luz del cristianismo, extinguiéronse en España las órdenes militares, quedando convertidas en títulos de honor, por haber desaparecido las causas que motivaron su creacion; cabiéndoles la gloria de haber influido poderosamente en los adelantos de la milicia, pues haciendo en tiempo de paz, del ejercicio de las armas su principal instruccion y recreo favorito, sirvieron de modelo á las demás fuerzas de aquellos ejércitos que, por ser colectivos, ne-

(1) Véase apéndices: «Caballería en la edad media.»

(2) Véase apéndices: «Órdenes militares y religiosas.»

cesitaban un cuerpo reglado á quien imitasen en sus maniobras y movimientos, y por último, á saber combatir y vencer.

Los ricos-homes de pendon y caldera componian la segunda clase de la caballería española. Los que contaban con la sola denominacion de *pendon*, tenian facultad de levantar gente; y los que á esta añadían la de *caldera*, debían mantener á sus expensas las tropas que reclutasen, sin gravámen del Rey y del país. La tercera la formaban los fijos-dalgos de las mesnadas de las ciudades, villas y lugares; y la cuarta los propietarios, cristianos viejos, limpios de sangre, sin mezcla de la raza de moros y cristianos. Todas estas tropas tenían sus reglas en el cuerpo de leyes forales y municipales, dadas por los monarcas á las ciudades y villas, de cuyos ordenamientos daremos á conocer algunas disposiciones, que más caracterizan el espíritu de la época de que venimos ocupándonos.

El caballero que tenía caballo, capellina y escudo, tenía derecho á eximirse de la carga conocida con el nombre de *hospitam in domo suo*, ó sea alojamiento.

Los que pagaban el derecho de *anubda*, por fuero les correspondía servir en la caballería, y debían dar cada año á su merino seis cabalgadas para la salida á campaña denominada *egidos* cuando les tocaba por turno el *apellido* ó llamada.

Los que tenían que marchar al *egido*, eran provistos por el mayordomo de un par de calzas, otro de espuelas y un manto ó capa de color.

Todo caballero que al oír el toque de *apellido* no salía al trote de la ciudad, villa ó aldea, sufría la pena afrentosa de ver cortado el maslo de su caballo.

El caballero que volvía de la *almofalla*, ejército, con el caballo herido ó dañado, debía mostrarlo á tres vecinos ó dos alcaldes para su abono, ante cuyo tribunal justificaba con cuatro testigos que se le había inutilizado en campaña.

Cuando un caballero se presentaba en el *otero*, campamento con caballo de batalla del diestro, lorigas, coberturas ó paramentos, sonajas ó cascabeles, disfrutaba de nueve á doce escudos enteros.

A ningun hijo de caballero le era permitido el sentarse á la mesa con su padre ántes de ser armado como tal, ni usar calzas

encarnadas, á no ser que mandase *peonada*, infantería; y de esta suerte, estaban especificados, con una minuciosidad increíble, todos los deberes y derechos de los caballeros y hombres de armas como se puede ver en los fueros de Jaca, Sepúlveda, Molina Uclés, Toro, Tordesillas, etc.

Se denominaba mesnadas á las secciones de caballería, de cualquiera de las clases enunciadas, tomando el que las mandaba el nombre de *caudillo*, que tenia por segundo el *adalid*. La fuerza de la mesnada no era fija, y dependia del mayor ó menor número de caballeros avecindados en la merindad, jurisdiccion ó territorio, siendo de cuenta del *adalid mayor* el organizar estas fuerzas cuando llegaban al ejército en compañías de ciento á ciento cincuenta caballos.

Toda *mesnada* que pasaba de cien caballos, llevaba á su frente un estandarte llamado *pendon posadero*, llamado así porque el que lo llevaba era el encargado de tomar las *posadas* ó alojamiento para la *compaña*, el cual, segun la partida 2.^a, título XXIII, ley 14, era «ancho contra el asta é agudo facia los cabos... é líevanlo en las huestes los que van á comer á las posadas... Mas dende fasta diez, ordenaron los antiguos que trajese el capdillo otra seña cuadrada, que es más luenga que ancha, bien el tercio del asta aguso, é non es ferpada».

El caballo que el caballero ú hombre de armas debia presentar en campaña, debia ser de buena alzada, sano y apto para las fatigas de la guerra y cuyo precio no debia bajar de 800 maravedís, segun se desprende del ordenamiento publicado por D. Alfonso XI en las Córtes de Alcalá de Henares, el año 1348, en el cual se dice que los caballos «sean de contia de ochocientos maravedís, é dende arriba».

Todos los que mandaban fuerza armada, llevaban algun distintivo para ser reconocidos por sus subordinados. Unos los llevaban en la armadura, otros sobre los yelmos ó capellinas que cubrian su cabeza; pero el más notable y más en uso, era el pendon. Las *señas* conocidas con este nombre, eran varias, á saber: la bandera real, guiton, estandarte, pendon, palon, grímpola y confalon. *Fig. 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, lám. 12.* La bandera real y el guiton eran el distintivo peculiar de los reyes, desplegándose la primera solamente al frente del enemigo. Los duques

y demás señores llevaban banderas con las armas de sus casas, diferenciándose de la real por ser de menores dimensiones. Los órdenes militares usaban el pendon con la cruz de la orden en el centro. Los hijos-dalgos y los primogénitos usaban el *gonfalon* y bandera con cola, empleándose por último, la *grimpola*, como distintivo, sobre los sepuleros de los caballeros.

Los órdenes de formacion usados para combatir en la Edad media, eran pocos y bastante sencillos. Conocíanse con los nombres de *haz*, *muro*, *cerca*, *muela* y *cuneco*.

El *haz* lo componia la *compaña* en línea, tocando codo con codo, orden de formacion que se empleaba cuando se aguardaba á pié firme alguna carga ó se queria desbordar los flancos del enemigo para envolverlo. *Fig. 1.ª, lám. 14.*

El *muro* era una masa compacta, cuadrada ó rectangular. *Fig. 2.ª, lám. 14.*

La *cerca* ó *corral* la formaba un cuadro de tres hombres de fondo, atados unos á otros por los muslos, con las lanzas clavadas en tierra é inclinadas las puntas hácia el enemigo. Este sistema se empleaba, segun la partida 2.ª tít. XXII, ley 16, para rodear y proteger á las personas reales. *Fig. 3.ª lám. 14.*

La *muela* consistia en una masa circular, preferible en algunos casos á la cuadrada, por presentar igual defensa en todas sus partes. *Fig. 4.ª, lám. 14.*

El *cuneco* era muy parecido al triángulo de que ya hemos hablado, al ocuparnos del orden de formacion de los godos, y que se puede decir era el verdadero orden de ataque. *Fig. 5.ª lám. 14.*

Todos estos sistemas estaban protegidos en sus flancos por cuerpos envolventes, denominados *citaras*, tropas que tenian mucha semejanza con nuestros batallones de cazadores, y que, segun D. Alfonso el Sábio, «posiéronse las *citaras*, porque si acaesciese que las haces se alongasen mucho unas de otras, que non pudiessen los enemigos de travieso entrar en ellos, etc.»

Habia ademas otros pelotones, llamados *tropesles*, que se diferenciaban de las *citaras* en que éstas combatian en correcta formacion, y los primeros obraban independientes unos de otros abandonados á su propia inspiracion, los que, segun la ley, «fueron fechos é puestos para facer derramar las huestes; et otro si

para rescibir los que viniessen derramados, tomándolos las espaldas, de manera que los desbaratasen».

De lo que acabamos de decir de la táctica de la Edad media se deduce el que, apesar del estado de infancia en que se encontraba, ha servido de base para la táctica moderna, pues el *haz* se asemeja al orden extendido ó de batalla; el *cunco*, á la columna de ataque; las *citarras* á los batallones de cazadores que protegen los flancos, y por último, el *tropel* era la viva imagen de nuestras actuales guerrillas.

Cuando los ejércitos se ponian en movimiento, deber era de los jefes adoptar todas las precauciones necesarias para conjurar cualquier peligro. La hueste emprendia su marcha, cubriendo con la flor de sus tropas la delantera ó vanguardia, y la zaga ó retaguardia, debiendo ser esta última más fuerte y vigorosa, por estar expuesta á un ataque brusco, sin tantas probabilidades de auxilio como la vanguardia.

Si el ejército debia atravesar terrenos ásperos y poco transitables, precedian al ejército, convenientemente protegidas, escuadras de hombres provistos de herramientas, con las que dejaban el camino expedito para el paso de la hueste. Si el terreno que ésta debia atravesar era sumamente quebrado, entónces el grueso del ejército marchaba protegido por flanqueadores que coronaban las alturas de los barrancos y desfiladeros.

Cuando los beligerantes venian á las manos, peleando ordenadamente con sus caudillos y enseñas á la cabeza, el combate se llamaba *fascienda* y *batalla* cuando asistian los emperadores ó reyes. *Fig. 6.ª lám. 14.*

La castrametacion ó arte de construir los reales en la Edad media fué objeto de grandes estudios, que dieron por resultado el perfeccionamiento de este arte. La fisonomía y aspecto del terreno servia de regla, en general, para la colocacion de la hueste, siendo muchos y muy bien entendidos los detalles que debian observarse en semejantes casos. Cuando se establecia el campamento en campo raso, se circundaba con un muro formado por los carros que llevaba el ejército, resto de la antigua costumbre de los godos, y en su defecto con gruesas estacas enlazadas por fuertes maromas ó cadenas; cuando faltaban ambos medios, se aproximaban las tiendas de modo que formasen una

perfecta relacion de continuidad. Los campamentos eran circulares, cuadrados ó rectangulares, colocándose la tienda del monarca, en todos los casos en el centro, y alrededor, figurando un alcázar, las de los capitanes y personas de su servidumbre. Seguian inmediatamente las de las huestes ó contingentes de los pueblos, y á su alrededor, formando una especie de muro, las de los caudillos, adalides y capitanes de alta reputacion. *Fig. 7.^a lám. 14.* Hasta que no entraba en el real el último soldado de la hueste, no se apeaban de sus caballos, ni el rey ni los de su inmediata comitiva.

Al considerar los adelantos de la táctica en esta época; al estudiar el espíritu verdaderamente militar que presidia á las evoluciones de las tropas; el sistema prudente y bien entendido para asentar los reales; el modo de dividir las huestes en vanguardia, centro y retaguardia, y por último, la institucion de los exploradores y guerrillas, se comprende bien á las claras que debe consignarse en honor de aquella época, que las conquistas verificadas en la táctica, y de que tanto se envaneció el siglo XVII, no son más que modificaciones de las que ya existian anteriormente, y que como dice muy bien un ilustre escritor, á medida que se va recorriendo ese largo y tenebroso velo que separa la Edad media de nuestros dias, se descubren nuevos rayos de luz, que pueden esclarecer grandemente la ciencia militar moderna.

Pasemos á describir las indemnizaciones, premios y castigos usados en la época de que nos ocupamos. Tan pronto como se acababa de obtener una victoria, recogíase el botin y formábase con él una masa general de bienes y tan pronto como hubieren regresado al campo todos los peones y jinetes que habian salido al alcance de los fujitivos, procedíase á su reparto en la forma siguiente: Lo primero que se separaba de la masa comun, era el quinto que de derecho le pertenecia al Rey, bien como dice un entendido escritor militar, por darle esta prueba de deferencia y respeto como á señor natural, bien porque la guerra se hacia bajo su bandera, nombre, ó suprema direccion, ó finalmente para proporcionarle nuevos medios con que atender á las cargas del Tesoro. Cuando por efecto de una derrota caian en poder del Rey el Príncipe ó General enemigo, tenia aquel el derecho de con-

servar tan distinguidos prisioneros, así como á sus familias é inmediatos servidores si corrian la misma suerte. Asimismo eran de pertenencia exclusiva del monarca las villas y castillos conquistados, los palacios ó moradas de los reyes enemigos, las casas de los particulares de alta alcurnia que hubiese en el país conquistado, y por último los lugares abiertos y las naves aprehendidas en la mar. Si el Rey hubiese suministrado todos los fondos para hacer la guerra, entónces se le adjudicaba la mitad del botin, haciéndose extensiva esta prerogativa á los señores que con dicho objeto hubiesen facilitado recursos, debiendo los que se hallaban en este caso dar al Rey de la parte que les correspondia, la cuarta parte por derecho de señorío. El monarca tenia el derecho de rescatar por cien maravedís, á un prisionero que hubiera costado mil y este privilegio se ejercia siempre, sin tener en cuenta en ningun caso el valor primitivo del prisionero, y sí sólo la aptitud y servicios que pudiese prestar.

El derecho del quinto sólo desaparecia con la remision tácita ó explícita del Soberano, estando siempre fuera de este derecho lo ganado en el género de combate llamado torneo. (1) Tambien dejaba de pertenecer al monarca el quinto de lo ganado en una *espolonada*, (2) siempre que esta fuese concertada y conducida por un caudillo ó jefe superior, así como todo lo que el enemigo arrojase ó abandonase en su fuga y que hubiese pertenecido al pueblo, cuyo contingente le fuese persiguiendo.

Las indemnizaciones ó resarcimientos que gozaban los inutilizados en campaña, y que en la Edad media se llamaban *henchas*, de la palabra latina *erigere*, levantar, reponer la cosa en su ser y estado primitivo, se hallan descritas con una gran claridad en la leyes de partida.

«Ome, dice la ley 11, tít. XXV, part. 2.ª, es la más honrada cosa que Dios fizo en este mundo», y por eso el pensamiento del legislador, acudia con preferencia á todo á compensarle y protegerle; máxima tan respetada como justa, y bajo cuya influen-

(1) Véase apéndices: «Torneos.»

(2) Salida violenta que hacian los sitiados, cuando el enemigo se acercaba con ánimo de dar el asalto.

cia, el que experimentaba en campaña lesiones más ó ménos graves, siempre encontraba cerca de sí la mano benéfica de la ley, que acudia presurosa á dulcificar sus dolores morales, procurándole recursos materiales con que acudir á las necesidades de la vida.

Así, pues, el soldado que recibia herida en la cabeza, de modo que no pudiera cubrirla con los cabellos, percibia doce maravedís de oro, si de resultas de la herida fuere necesario extraerle algun hueso, se le daban diez maravedís más; si la herida traspasaba el cuerpo, diez maravedís, y ocho si hubiera penetrado un brazo ó pierna; si en vez de herida fuese fractura, pero de modo que no quedase lisiado, doce maravedís; si hubiese que cortarle la pierna ó brazo, la indemnizacion subia entónces á ciento veinte maravedís. La pérdida de una mano, pié ó la nariz, se evaluaba en cien maravedís, y en cuarenta la pérdida de una oreja. La amputacion ó pérdida del dedo pulgar, se compensaba con cincuenta maravedís; con cuarenta, la del dedo índice, y los otros tres restantes, con treinta, veinte y diez, respectivamente; pero si perdia todos, á excepcion del pulgar, se le concedian ochenta maravedís. Cada uno de los cuatro dientes superiores ó inferiores, perdidos en campaña, se indemnizaban con cuarenta maravedís, cantidad que hoy dia pareceria excesiva, si no se tuviese en cuenta lo grave que se reputaba entónces la falta de los dientes.

El génio protector de la ley descendia hasta el sepulcro. Cuando un caballero perecia en campaña, de los fondos de *cabalgatas*, se sacaban ciento cincuenta maravedís, que se invertian en sufragios por su alma, siempre que ántes de morir hubiese expresado este deseo, pues, en caso contrario, una tercera parte se dedicaba á este objeto y el resto se entregaba á sus herederos.

La indemnizacion alcanzaba tambien á la pérdida de animales y armas, para lo cual se justipreciaban ántes de entrar en campaña; y si esto no podia verificarse, se ajustaba la indemnizacion al juramento de su dueño ó á la apreciacion de peritos.

En la época que estamos recorriendo, los premios por hechos de armas sólo se conferian á aquellos actos de valor tan marcados que no pudiesen nunca confundirse con el cumplimiento del deber.

Cuando un soldado salvaba al Rey en una batalla, bien fuese escudándole con su cuerpo, bien dejándole su caballo; cuando se apoderaba del estandarte contrario ó defendía el suyo, matando, hiriendo ó cautivando al caudillo que le conducía ó al que mandaba las huestes contrarias, entónces el monarca le llenaba de mercedes, elevándole á la categoría de fijo-dalgo, si era pechero, concediéndole también la manumisión, si fuere siervo de otro. Si el guerrero perecía en alguno de estos hechos de armas, todas las mercedes pasaban á su mujer, hijos ó herederos trasversales.

Cuando una plaza era tomada á viva fuerza, á los tres primeros soldados que salvaban el muro se les concedía, como premio de esta hazaña: al primero, mil maravedís y una de las mejores casas que él eligiese; quinientos maravedís al segundo y otra casa á su elección, y al tercero doscientos cincuenta y otra casa, no pudiendo elegir ninguno de ellos ni el alcázar, ni la casa de la moneda, que de derecho pertenecía al monarca. Las reglas de justicia en la adjudicación de premios, se hacían guardar hasta el punto de que si uno solicitaba premio por un hecho heroico que pudiese ponerse en duda, se abría un juicio contradictorio, presidido por el rey ó caudillo, y se concedía ó negaba la gracia, segun el grado de exactitud del hecho presentado para obtenerla.

Grande era á su vez la severidad que se empleaba en la aplicación de los castigos. La ley estaba terminante, y marcaba como crímenes militares los siguientes: participar al enemigo los planes del caudillo ó movimiento de las tropas; abandonar sus banderas, militando en las contrarias; venir afiliado en éstas para hacer la guerra en su país; desobedecer las órdenes de los jefes; romper el lazo de la disciplina, sublevando las pasiones; hurtar ó robar á compañeros de armas; no custodiar los víveres ó consumirlos sin mandato superior y ántes de tiempo; negar auxilio y protección á la justicia, ó impedirle el ejercer desembarazadamente su acción y, por último, faltar torpemente á los compromisos ó estipulaciones hechas.

La escala de penas correspondientes á estos delitos, variaba entre la multa y la muerte. Todo aquel que promovía pendenencias en el campo, debía sufrir la pena del Talion; si uno de los

contendientes quedase herido, debía el otro ser herido en el mismo sitio y con iguales dimensiones. Si el uno muriese, el otro debía ser enterrado vivo debajo del muerto. El robo en tiempo de guerra era castigado con el duplo ó cuádruplo de lo hurtado. También se solía cortar al ladrón las orejas ó la mano con que había perpetrado el delito. Si el hurto fuese de los víveres, debía el soldado perder las orejas y pagar el cuádruplo, y si reincidía lo mataban de hambre; si el que cometía el hurto era jefe, estaba obligado también á la devolución cuadruplicada y extrañamiento del reino.

Las severas y terribles ordenanzas de la Edad media, aspiraban á convertir en héroes como sucedió en más de una ocasión, á los Alcaldes ó Gobernadores de las fortalezas y castillos que les estaban encomendados. Para ser Alcaide de un castillo se requerían condiciones sobresalientes y de tal suerte que pudieran formar un guerrero perfecto. Debían de ser de noble y preclara estirpe, de lealtad acrisolada, de esforzado corazón, grandes y variados conocimientos militares y algún bien de fortuna á fin de que la pobreza, no le indujera á apropiarse las cosas y efectos puestos bajo su custodia.

Para llenar por completo su delicada misión y responder en todos casos al Rey de la gran confianza que en él depositaba, debía tener el castillo guarnecido de caballeros, ballesteros y escuderos suficientes para su completa seguridad, siendo condición precisa en los primeros ó fijo-dalgos, para formar parte de la guarnición, el que ni por sí, ni por sus ascendientes por línea paterna y materna hubiese existido el feo crimen de traición. La vigilancia debía ser esquisita, para lo cual el Alcaide debía recorrer de noche sobre todo, los puestos de más peligro é infeliz de aquel que por tres veces se dormía, pues la dura ley de la ordenanza le condenaba á ser despeñado desde el torreón más alto.

Deber del Rey ó del señor del castillo era el avituallarlo convenientemente y del Alcaide el conocer los abastecimientos y repartirlos con la debida y prudente economía, así como el tener la fortaleza bien provista de armas é ingenios propios para su defensa.

Las armas defensivas y ofensivas usadas en el largo periodo

que abraza esta época, así como los ingenios y máquinas empleadas en el ataque y defensa de las plazas y castillos, fueron muchas y de diferentes clases. Para especificarlas mejor, las dividiremos en dos grandes épocas; la primera comprendida entre los siglos X al XIII ó sea hasta la introduccion de la pólvora y artillería en España, y la segunda desde este último período, hasta fines del siglo XV.

SIGLOS X AL XIII.

ARMAS DEFENSIVAS.

Atodos. Nombre dado á todo el juego de piezas que componian la armadura del hombre.

Perpunte. Jubon acolchado y perpunteado de algodón ó lana, que vestia el guerrero por bajo de su armadura. *Fig. 8.ª lám. 12.*

Gambaj. Perpunte más corto y con las mangas de malla voz derivada del árabe *kánbaa*.

Loriga. Armadura para el cuerpo del guerrero, formada de una túnica de triple tela de lienzo crudo y sobrepuesto de *manchas*, planchuelas de hierro batido ó colado, en forma de escamas de pez. La *loriga cumplida* constaba, además de *cap-maill brafoneras* y *luas*: á la armadura cuyas mangas no pasaban del codo, se la llamaba *lorigon*. Todas estas *lorigas* tenian aberturas en los costados y el cuello para poderlas vestir; las de los lados tomaban el nombre de *ventanas*; las de los hombros inmediatas al collar, *gorgueras*; y la que por fin cerraba por la espalda el cuello, la de *brochar*. *Fig. 9.ª, lám. 12.*

Alsebergo ó asberch. Loriga de la misma forma que las anteriores, construida de mallas de hierro con mangas hasta el puño; voz usada exclusivamente en la corona de Aragon.

Gonion. Otra variedad de loriga, voz derivada del cambro-británico *gwn*.

Certania. Loriga construida de *arrodesuelas*, sortijuelas de hierro que, trabadas entre sí, hacian una malla de acero, derivada del árabe *zardia*.

Brunia. Otra especie de loriga construida de malla de hierro, pero con mangas, guarda-brazos, braceletes y bracerotes.

Coraza. Loriga tejida á modo de estera, con tiras de cuero cocido; voz derivada de *corio*, *corambre*, que significa el cuero.

Quiza, queza, quizote ó belmez. Túnica de lienzo ó lana tupida que se colocaba encima del perpunte ó gambaj, á fin de que la coraza ó la loriga no rozase el cuerpo.

Sobre-gonel, sobre-señal ó algalota. Cota de armas sin mangas, sobre la cual ponía el caballero los emblemas heráldicos de su casa, y que se colocaba encima de la loriga. *Fig. 10, lám. 12.*

Cofia de armar. Gorra de lienzo ligeramente acolchada, que servía para sujetar el pelo, y sobre ella se ponía el *almofar*. Esta palabra se deriva de la voz árabe *jafa*, tapar, ocultar. *Fig. 11, lám. 12.*

Almofar, almofre. Armadura para la cabeza, de malla, de hierro, parecida á la toca de monja, del árabe *megfar*. En Aragon, llamábase *cap-maill*. *Fig. 12, lám. 12.*

Capellinas ó capiellos. Cascos de hierro batido, en forma de semi-esfera ó cónico-oviales, que se colocaban en la cabeza sobre el almofar. *Fig. 13, lám. 12.*

Yelmo. Armadura de la cabeza: los habia de diferentes hechuras, pero generalmente de forma cilindrica, cerrado por todas partes, descansando sus bordes inferiores sobre los hombros, y con una abertura para ver, llamada *visera*. La parte superior del yelmo tomaba el nombre de *calva del helmete*, en la que se colocaban las *monchuras* ó espigones, donde se clavaban los *airones* de plumas de avestruz, de diversos colores, y tambien se adornaban con figuras de aves y cuadrúpedos. *Figura 14, lám. 12.*

Brafoneras. Armadura construida de malla de hierro, en forma de calcetas, con su correspondiente pié, que servían para la defensa de las piernas. Estas brafoneras se colocaban sobre unas botas de cuero muy gruesas, llamadas *trabuqueras*. *Figura 15, lám. 12.*

Luas. Guantes de malla, de hierro. *Fig. 16, lám. 12.*

Espolas, esporones, acicate. Espuela, voz derivada del árabe *schak*, que significa punzar. *Fig. 17, lám. 12.*

Albenda. Cinturon de donde se colgaba la espada, del árabe *bend*, que significa cordon.

Renga. Ceñidor construido de cadenillas de hierro forradas en cuero, del latin *renale*, ceñidor.

Cintorio. Cinturon de cuero para sujetar la *algalota*, del verbo *cingere*, ceñir.

Adarga. Escudo ó pavés construido de duplicados cueros de buey ó búfalo, engrudados y cosidos unos contra otros, de figura oval y de corazon, del árabe *darka*. *Fig. 18, lám. 12.*

Goldre, aljaba. Carcax ó bolsa de cuero donde se llevaban las saetas, tomando el nombre de *carcajada* la que media de sesenta saetas para arriba; ambas palabras deben su origen al árabe *djeld*, que significa el cuero y *djaaba*, carcax. *Figura 19, lám. 12.*

ARMAS OFENSIVAS.

Las armas ofensivas usadas en el mismo período de la Edad media, eran las siguientes:

La espada. De poco más de una vara de longitud y empuñadura para dos manos; ésta se componia además de las piezas llamadas *manzana* ó pomo y *arriaces* del árabe *alarias*, que significaba en la Edad media gavilanes. La vaina estaba formada de dos costillas de madera, aforradas de cuero ó terciopelo. *Figura 1.ª, lám. 13.*

Cutello ó cochiello. Puñal de corta longitud. *Fig. 2.ª lám. 13.*

Facha de armas ó seguron. Hacha de armas con cuchilla y martillo. *Fig. 3.ª, lám. 13.*

Maza ó porra. Arma en lo general de madera gruesa y redonda por la cabeza, la cual estaba guarnecida de puntas de acero y por el mango tenia una correa para sujetarla á la muñeca. Tambien las habia todas de hierro. *Fig. 4.ª, lám. 13.*

Plomada. Mango de madera ó hierro, del cual pendía una cadena, terminada con una gruesa bola de plomo ó hierro. *Figura 5.^a, lám. 13.*

Lanza. Compuesta del *cuento*, *moharra* y *regaton*: la cuchilla variaba mucho en sus formas; las había en forma de hoja de laurel, de doble anzuelo, etc. Por lo general, colgaba de ella una banderola llamada *pendon*, que, según su corte demostraba la jerarquía de la persona. *Fig. 6.^a, lám. 13.*

Tragacete. Dardo cuyo nombre se cree es un compuesto de las dos palabras árabes *tarah* y *sebt*, que significa acertar con el tiro. *Fig. 7.^a, lám. 13.*

Azagaya. Dardo, derivado del árabe *ajaii*. En los reinos de Castilla, Navarra y Aragón, usábanse varias especies de dardos conocidos con los nombres de *dalle*, *gorguz*, *d' Aragon* y *day*.

Aniblo. Flecha, del árabe *nibel*. *Fig. 8.^a, lám. 13.*

Saeta. Flecha que llevaba la cola emplumada, por lo que se la llamaba *empeñalada*.

Cuadriello. Flecha de mango cuadrado sin empenalar.

La armadura del caballo se componía de las siguientes piezas:

Loriga de caballo. Armadura de malla con la cual se cubría á este animal. *Fig. 9.^a, lám. 13.*

Testera, capizana ó yelmo. Pieza construida de hierro batido, y que se apropiaba á la cabeza del caballo. *Fig. 10, lám. 13.*

Alquifara ó alcafar. Paramento ó cubierta que se ponía al caballo de batalla sobre la loriga, derivada del verbo árabe *galfar* cubrir, y sobre la cual se pintaban ó bordaban las armas ó geoglíficos del rico-home. *Fig. 11, lám. 13.*

Anfaz. Funda de malla en forma de antifaz, que servía para cubrir la cabeza del caballo. *Fig. 12, lám. 13.*

Cocera. Silla de montar del caballo ligero, del árabe *korsi* el asiento. *Fig. 13, lám. 13.*

Lidona. Silla del caballo de hombre de armas, para lidiar pesadamente armado. *Fig. 14, lám. 13.*

Airon. Manejo de plumas de diversos colores, y que servian para adornar las testeras de los caballos de combate. *Fig. 15, lámina 13.*

Ballesta. V. *Fig. 21, lám. 11.*

Los instrumentos bélicos usados en esta época, eran el *añafil*, trompeta larga del griego *enfir*. *Fig. 16, lám. 13.*

Atabal ó atambal. Timbal de la caballería, del árabe *at-tabal*. *Figura 17, lám. 13.*

ATAQUE Y DEFENSA DE LAS PLAZAS. (1)

En cuatro clases pueden dividirse los ingénios ó aparatos de la antigua tormentaria. La primera abraza todas aquellas que se empleaban en el aporche de las plazas y castillos, tales como la Bastida de puente y de torno, los Manteletes, Fonda-fuste, Grua, Manta y Zarza: la segunda las que obraban horizontalmente como la Balista, Gossa, Escorpion, Catapulta y los Arietes ó Carneros, Helopolas, Buzones, etc., que herian el revestimiento del muro; la tercera las de movimiento parabólico como el Fundibalo, Almagana, Trabuco, Almojaneque, Bricola, Garrote, Libra y otras y por último las accesorias, donde estaban comprendidos los caños de Arambre, Galgas, Abrojos, Capsas de puente ó semi-bastidas, Paneras, Terrazos de cal y jabon, etc.

Vamos pues á clasificar estos elementos de destruccion y hacer de ellos una ligera descripcion. (2)

Bastida de puente. Torre de varios pisos construida de madera en la cual cabia cierto número de combatientes. Esta gran máquina se removia por medio de pesadas ruedas y tenia dos puentes levadizos, el uno á la altura del piso principal y el otro en su parte más elevada, los cuales por medio de cadenas, se dejaban caer sobre las obras de defensa del enemigo. Tan pronto como las tropas que guarnecian la torre conseguian con sus dardos y flechas desalojar al enemigo de las murallas, lanzaban el

(1) Véase apéndices: «Antigua Tormentaria».

(2) Para mayor claridad puede consultarse la historia inédita de la muerte del Emperador Nicephoro que se halla en la Biblioteca Nacional de Madrid.

puente y pasaban á la plaza, dando tiempo á que nuevas tropas y por el mismo camino viniesen en su ayuda. En el caso en que el enemigo resistiese el ataque de las tropas que guarnecian las torres y no les fuese posible lanzar el puente levadizo, entónces funcionaba el ariete que conducia en su parte baja, y despues de echado abajo el muro, el puente colocado sobre él, daba paso por la brecha á la guarnicion que encerraba la torre. (1)

Conocíase tambien otra clase de Bastida, llamada de torno, la cual era de ménos coste y de más fácil manejo. *Figura 1.^a, lám. 15*, si bien es cierto que no era tan completa y por lo mismo ofrecia ménos ventajas. Consistia este ingenio como se ve por la lámina, en varios cajones de madera que encajaban unos dentro de los otros, los cuales subian ó bajaban á impulso de un torno que se hallaba colocado en su centro, guareciéndose los combatientes en el último ó más pequeño y batiendo desde él á los defensores de las murallas ó torreones.

Mantelete. Parapeto movable de tablones que servia para facilitar el aproche de los soldados á la plaza ó fuerte enemigo. Su construccion y forma variaba segun el uso y aplicacion que de ellos se hacia. Si su objeto era cubrir á los trabajadores que abrian el camino á la Bastida de puente, ó facilitar el aproche á los muros, tenia por lo regular la forma de los que representa la *fig. 2.^a lám. 15* y si se trataba de cubrir algun camino ó foso al pié del muro ó de proteger cualquier otro trabajo que se verificase en un punto dado al alcance del enemigo, se hacia uso del mantelete *fig. 3.^a, lám. 15*, que cargaban de tierra y cubrian con pieles frescas para preservarlos del fuego griego.

Fonda-Fusta. Aparato construido en forma de paraguas y cubierto con pieles, bajo el cual, se guarnecia el soldado que marchaba al asalto, preservándose por consiguiente de los dardos y fuegos que lanzaban desde las murallas. *Fig. 4.^a, lám. 15*.

Manta y Gata. Especie de mantelete que ponía al sitiador á cubierto de los tiros del enemigo en los trabajos de zapa y minas. *Fig. 5.^a, lám. 15*.

Zarza. Especie de ceston que servia como el mantelete para resguardarse de los proyectiles enemigos. *Fig. 6.^a, lám. 15*.

(1) Véase época griega. *Lám. 2, fig. 23*.

Grua. Máquina que se empleaba indistintamente para lanzar piedras y tambien para elevar los soldados á la altura de la muralla y batir á los que la defendian. *Fig. 7.^a, lám. 15.*

Balista. (Véase época griega. *Lám. 2, fig. 19.*) Máquina que servia para lanzar flechas y para arrojar piedras. Componiase de un fuerte bastidor vacío que descansaba sobre cuatro zócalos. Inmediato al travesañó trasero y por la parte interior habia un grueso cilindro, cuyas espigas que salian por los dos lados del bastidor, tenian los correspondientes agujeros para darle movimiento por medio de unas palancas de hierro. En el lado opuesto se levantaban dos vigas apoyadas por dos estribos, y que unia un travesañó, cuyo centro por la parte de adentro estaba guardado con una almohadilla de cuero, rellena de crines y lana. Por la parte inferior atravesaba estas vigas un barrote de hierro que llevaba en el medio una rueda dentada y movable. En este barrote se colocaba un mango compuesto de uno ó dos maderos fuertemente unidos con cuerdas, y que finalizaba en una cuchara de madera ó hierro cuyo hueco era de dos piés de longitud, ocho pulgadas de latitud y seis de profundidad. Por medio de las cuerdas con que se le ataba y de las ruedas que jugaban en este mecanismo, la cuchara quedaba como clavada perpendicularmente al lado de la almohadilla de que se ha hecho mérito. Para hacer uso de esta máquina, se colocaba una garrucha al remate del mango, y por medio de una maroma que estaba afianzada por un lado al travesañó de hierro inmediato al cilindro, y que pasando por ella iba á parar al torno, se hacia bajar el mango de la cuchara hasta que el extremo de esta fuese á parar á su punto de apoyo que era un encaje de madera con su correspondiente canal para recibirle, y con un resorte ó escape de hierro para detenerle y afianzarle. Estando la cuchara en esta disposicion, si se trataba de disparar flechas, colocábase un canalon de madera en el travesañó por el lado opuesto á la almohadilla, apoyándolo con dos pequeños estribos que formaban un batarol y en este canalon se ponian las flechas en forma de un cartucho atadas todas ellas muy ligeramente y sobrepujando unas seis ó siete pulgadas fuera del travesañó por encima de la almohadilla. Dábase despues un golpe con una palanca de hier-

ro á la parte inferior del escape y recibiendo aquellas el choque de la cuchara que se disparaba con grande ímpetu, se esparcian con mucha violencia por la campaña rompiendo la cuerdecita que las tenia unidas. Si se queria arrojar piedras, colocábanse éstas en la cuchara, la cual disparándose del modo que se ha indicado, despedia la carga á muy larga distancia.

Catapulta. (Véase época griega. *Lám. 2 fig. 18.*) Era esta máquina un fuste cubierto con tablones, sobre el cual habia un canalon de madera, redondo por la parte interior y apoyado por un estribo que iba á parar á una de las vigas en que descansaba el fuste. Levantábanse en uno de los lados dos largueros apoyados por fuertes estribos, y del travesaño que los unia bajaban dos maromas dobladas que sostenian dos listones unidos por una cuerda de crin ó de cáñamo. Cogíase esta cuerda con un gancho puesto en el extremo de otra que iba á parar al cilindro y dando vueltas á este se la atraia con la saeta colocada en el canalon hasta un resorte ó escape de hierro que la afianzaba. Preparada así la máquina, para dispararla no habia más que apretar el resorte por medio de una llave, y la cuerda al soltarse, hacia partir la saeta con mucha fuerza.

Ariete. Véase época griega. *Lám. 2, fig. 20 y 21.*

Gossa. Especie de ballesta que lanzaba dardos, voz derivada del lemosin *gossa* que quiere decir *perra*. *Fig. 8.^a, lám. 15.*

Fundibalo. Ingenio que constaba de un madero horizontal, cuyo centro se apoyaba en un eje sostenido por un pié derecho y clavado profundamente en el suelo. Para servirse de él, colocaban en una de las extremidades del palo horizontal, una honda en la que ajustaban una gran piedra ó saco lleno de plomo, cuyo peso, destruyendo la posicion horizontal del mástil, le obligaba á inclinarse hácia el suelo. Entónces asian el extremo opuesto, valiéndose de cuerdas, varios hombres cuyo número se hallaba en proporcion con la magnitud del fundibalo; tiraban hasta que el madero tomase su posicion horizontal, y dando vaivenes vigorosos, salia la piedra con tal ímpetu que no tan sólo destruia hombres y caballos, sino que tambien hacia grandes destrozos en los edificios. Esta máquina se la conocia tambien con los nombres de *Fonevol*, *fundero* ú *hondera*, y *Fonda-fustes*. *Fig. 9.^a, lám. 15.*

Almagaña. Máquina arrojadiza que funcionaba casi del mismo modo que el fundibalo. *Fig. 10, lám. 15.*

Almojaneque. Voz derivada del árabe *Al-manchanick*, era otro de los medios de destrucción de que se hacía uso en los sitios de las plazas, arrojando por medio de él no tan sólo piedras de todas dimensiones, sino que también mixtos incendiarios. *Fig. 11, lámina 15.*

Trabuco. Ingenio que varió mucho según los progresos de la maquinaria, pero su forma más regular y constante era la de un armazón de madera, *fig. 12, lám. 15*, en la cual se ponía una pieza de metal en forma de bocina ó trabuco, estivada con nervios de buey. Por medio de un cabrestante se volvía la cabeza hacia la espalda, y en esta disposición se cargaba con piedras ó mixtos. Soltándose después la amarra, lanzaba el proyectil al recinto de la plaza ó desde esta al campo enemigo.

También existía otro ingenio llamado *Brigola* que consistía en dos vigas puestas en forma de balanza y ajustadas de suerte, que obligando á bajar el extremo superior con el gran peso que en el otro extremo ponían, desataban las cuerdas y el otro extremo impulsado por la fuerza de reacción, arrojaba las piedras á larga distancia. La *Libra* era otro aparato muy semejante al anterior, pues si bien en su estructura variaba algo, había en ella el mismo poder de equilibrio y la misma fuerza destructora.

Garrote. Aparato destinado como los anteriores á lanzar proyectiles y mixtos incendiarios, el cual como su nombre indica, lo componía una larga palanca que se hallaba sujeta por medio de un fuerte garrote de cuerdas ó tendones, á un eje que apoyaba en dos soportes, llevando en el extremo de dicha palanca una honda con gárfios [donde se colocaba la piedra ó el mixto incendiario y después de quedar bien retorcido el garrote se soltaba la palanca, y el proyectil era lanzado con gran estrépito por los aires. *Fig. 13, lám. 15.*

Caño de arambre. Aparato formado por dos largueros apoyados á una base de sólidos estribos y cuyos extremos superiores los unía una barrita de hierro que sostenía un caño de cobre.

Empleábase comunmente esta máquina en la defensa de las plazas, y servia para pegar fuego á las obras de ataque por medio de los mixtos incendiarios que derramaba sobre ellos. *Fig. 14, lámina 15.*

Capsas ó semi-bastidas. Hacian veces de caballetes en la construcción de puentes y tambien eran susceptibles de aplicación en los asaltos de las plazas, proporcionando paso á los combatientes por medio de la tablazon que los cubria y que podia apoyarse sobre el muro enemigo. *Fig. 15, lám. 15.*

Panera ó Ceston. Se hacia con mimbres y su objeto era el mismo que el de los que hoy se usan. Una línea de estos cestones rellenos de tierra, favorecia las operaciones de aproche del sitiador. *Fig. 16, lám. 15.*

Abrojos. Piezas de hierro con varias puntas colocadas de suerte que echadas por tierra quedase siempre alguna de las puntas hacia arriba. Estos se esparcian en los fosos y brechas para que clavándose los sitiadores, quedasen inútiles para la refriega. *Fig. 17, lám. 15.*

Sandalia de madera. Servia para pasar el foso cuando el sitiado lo tenia sembrado de *abrojos* para dificultar el asalto. *Fig. 18, lámina 15.*

Grande y muy variado era el material de guerra para la defensa de los recintos y plazas fortificadas. Hé aquí la descripción que hace un ilustre escritor militar (1) de los enseres, útiles y demás efectos de guerra que debian abastecer una plaza. «Establecíanse en ellas talleres de ballestas, carpintería, picapedreros y arquitectura militar. Tenianse á prevención y se empleaban con la destreza que da una larga práctica, ballestas de torno, ballestas de dos piés y de estribera, ballestas de cuerno y madera con sus tornos nuevos y correspondientes fundas de lienzo para reservarlas, porras de fierro y mangos encañenados, lanzas con sus asteros, dardos, lanza-fuegos, palancas, clavillos, zarcillos y pulgares de fierro; paleyas, poleas, yugos, verjas, vigas, rollos de cuerdas, cueros de honda, capiellos de fierro,

(1) Clonard. Historia orgánica de las armas de Infantería y Caballería. T. I, página 31.

capellinas de madera, escudos grandes y pequeños y targas, lorigones y lorigas, arpones con bordon, segures, saetas de gran torno de dos piés y de estribera, martillos, picos, y azadones. Hacíase tambien gran provision de hierro en barras, seda para cuerdas de ballesta, lana en rama, estopa, teas, cera, fuego de alquitran, fuego grecisco ó griego, plomo, cadenas, cuero para el calzado, tiendas y pabellones para campaña, linternas, madera de construccion y molinos con manubrios de hierro. Para disminuir los estragos de las máquinas del sitiador, se construian grandes blindajes y para la seguridad de los víveres y efectos de guerra, se abrian almacenes subterráneos. En todos los puntos fuertes habia para llevar pliegos en caso de necesidad, palomas adiestradas al efecto. Entre las prevenciones que se hacian á los encargados de su defensa, hay una segun la que debian establecerse en sitios seguros, palomares y corrales para criar palomas, pavos y ganses, y plantarse en las huertas puerros, y cuando menos cebollas, berzas, menta, sálvia, peregil, olivos y otras yerbas aromáticas; y al mismo tiempo se disponia que se hiciese gran provision de pimiento, vinagre, sal de cardona, bellotas cocidas y secas, manteca, sain (1), miel, resina y pez». (2)

La curacion de los enfermos y heridos, era objeto de cuidado especial, pues estaba mandado que en las plazas fuertes hubiese cirujanos entendidos y practicantes que tuviesen consigo estuches de cirugía y botiquines bien provistos de bálsamos, hongüentos, y trapos nuevos y viejos para hacer hilas y vendas.

Tan pronto como los sitiados apercibian que las Bastidas de puente se aproximaban á la ciudad ó castillo, apresurábanse á levantar sus muros ú obras de defensa, á fin de que pudiesen dominar á estas terribles máquinas ó aparatos, dentro de las cuales venia el enemigo pronto á dar el asalto.

Cuando la elevada torre de madera se hallaba junto á la muralla, lanzaban sobre ella aceite hirviendo, azufre, plomo derretido y el terrible fuego griego, envuelto con una nube de

(1) Gordura ó grasa de un animal.

(2) Del inventario de las armas y pertrechos del Castillo de Tudela: Cámara de Compts de la Casa Real de Navarra, cajon 5.º núm. 40.

piedras, dardos y saetas. Si á pesar de todo, lograban echar sobre el muro el puente levadizo, inundaban este de mixtos incendiarios, grandes vigas y piedras de gran peso á fin de romperlo ó quemarlo, y por último con sus cuerpos formaban un muro no ménos fuerte y ménos terrible que el primero.

Si el sitiador tenia que recurrir al ariete ó carnero para conmover y derruir los muros de la fortaleza, el sitiado, lanzaba sobre la potente máquina, además de todo lo indicado en el párrafo anterior, troncos de árboles, ruedas, carros y tinajas llenas de piedras. Tambien cubrian la parte que habia de ser batida por el ariete con una fuerte tablazon ó con una especie de colchon, que por ser materia blanda, paralizaba el choque de este formidable ingenio, haciendo jugar sobre los que la manejaban, la catapulta, ballesta y aun la grua, construyendo por dentro cortaduras y barricadas para defenderse en el caso de no poderse sostener sobre la brecha.

Para destruir trozos de muro se comenzaba á cierta distancia de la plaza ó fuerte, una escavacion ó mina, y al llegar debajo del punto que se queria derribar, se hacia una gran escavacion que se entivaba con grandes maderos, á los cuales se prendia fuego y consumidos se undia el terreno y con él el trozo de muro que se queria derribar.

Descritas las armas y máquinas de batir que se usaron hasta el siglo XIII, vamos á ocuparnos de las que desde este hasta finalizar el XV, usaron los ejércitos de nuestro país, empezando por la introduccion de la artillería y su terrible agente la pólvora, que vino á trastornar todas las ideas en orden á táctica, estrategia y fortificacion de los campos y plazas, ennobleciendo la profesion de las armas y dando una supremacía constante á la inteligencia sobre la fuerza física, resolviendo al mismo tiempo los grandes problemas que en vano la mecánica y la química pretendieron resolver durante muchos siglos.

que para el uso que quedaba próximo al cañón para volver a cargar de nuevo estas piezas, debía de ejecutarse una operación por donde las piezas y enojos, pues era indispensable para las cañoneras de la recámara y soltar las sotabrazas por la parte de la culata o montura, y en esta forma tiraban por medio de cuerdas del tipo o cañón, hasta que pudiese sacarse la recámara y poner otra cargada, dejando este segundo resaca en la culata de la pieza hasta que empezaba con la recámara, por medio de un resaca.

SIGLOS XIII, XIV Y XV.

En el siglo XIII y XIV se usaban ya las cañoneras y sotabrazas, lo cual indica que estas piezas ya habían sido inventadas en el siglo anterior.

ARTILLERÍA. (1)

Lombarda. Pieza de artillería de grandes dimensiones. *Figura 1.ª, lám. 16, (2)* construida con duelas de hierro sujetas por medio de aros ó zunchos provistos de anillas que servían para sujetar la pieza á su montaje. Las más antiguas eran recamradas contando cada una dos ó más recámaras. La pólvora se encerraba en el receptáculo de estas; *fig. 2.ª, lám. 16,* y sobre ellas y á mazo se introducía un taco de madera y en seguida se unía esta pieza á la lombarda, y por la boca se dejaban escurrir los proyectiles de piedra ó hierro llamados Bolaños ó Pellas, *Figura 3.ª, lám. 16.* Los cañones de gran calibre estaban montados en *bancos ó cureñas* y sujetos á estos por medio de cuerdas que pasaban por las anillas de la pieza, apoyando la culata de ésta en un grueso durmiente de madera, sujeto en tierra por medio de fuertes estacas hincadas en ella, y su boca se levantaba por medio de un cepo que se graduaba para alzar ó bajar la puntería. *Fig. 4.ª, lám. 16.* Dispuesta la pieza en esta forma, el artillero introducía por el fogon un estopin de azufre y otro artillero por medio de una orquilla en donde estaba la mecha, daba fuego á la pieza, volviendo la espalda y tapándose con la

(1) Véase apéndices: «Artillería en la Edad-media.
(2) El dibujo que representa este trozo de cañón, está copiado exactamente del que existe en el Museo de Artillería.

otra mano el oído que quedaba próximo al cañon. Para volver á cargar de nuevo estas piezas, debia de ejecutarse una operacion por demás larga y enojosa, pues era indispensable abrir las cuatro abrazaderas de la recámara y soltar las sotabragas que le unian á la cureña ó montaje, y en esta forma tiraban por medio de cuerdas del tubo ó cañon, hasta que pudiese sacarse la recámara y poner otra cargada, dejando acto seguido resbalar la caña de la pieza hasta que encajaba con la recámara, procediendo en seguida á sujetarla de nuevo á su montaje por medio de las argollas y sotabragas, lo cual hacia con que estas piezas no pudiesen tirar arriba de ocho disparos en veinticuatro horas.» (1)

Lombardilla. Cañon pequeño hecho de una sola pieza con una abertura en su parte inferior en donde se colocaba una recámara que se adaptaba perfectamente con el ánima de este. Solian tener unos pequeños muñones que servian para montarlas en su cureña. (2) *Fig. 5.^a, lám. 16.*

Pedreiros. Grandes piezas de hierro parecidas en su estructura á nuestros morteros modernos y de igual construccion que las grandes lombardas. *Fig. 6.^a, lám. 16.* Estas piezas lanzaban *bolaños* de grandes dimensiones, siendo sus tiros por elevacion tan poco certeros, que por casualidad daban en el blanco. La pieza era muy corta, el ánima cónica y por esta razon no necesitaba de recámara postiza. Su montaje en extremo sencillo, consistia en un grueso madero donde descansaba la boca, verificándolo la culata en un cepo tambien de madera guarnecido de planchas, cavillas y ligamentos que la sujetaban al montaje.

Bate-muro. Pieza de hierro que obraba horizontalmente colocada su boca sobre un cojinete de madera al cual se sujetaba por medio de anillas y cuerdas y su recámara se empotraba en un durmiente sujeto en tierra por medio de grandes estacas profundamente clavadas. *Fig. 7.^a, lám. 16.*

(1) En la silleria baja del coro de la Catedral de Toledo, trabajada por el maestro Rodrigo en el año 1495 de orden de los Reyes católicos, véase perfectamente esculpidas esta clase de piezas y montajes.

(2) El original de estas piezas existe en el Museo de Artilleria.

Piezas de campo. Cañones de menores dimensiones que la primitiva lombarda montada sobre un mástil en el cual existia un rebajo en donde quedaba empotrada la pieza, sujetándole además con abrazaderas que rodeaban el cañon. Este mástil tenia un eje que terminaba por ambos lados con dos ruedas macizas guarnecidas de calces, llantas y claveras. Estas piezas cuyos tiros eran sólamente fijantes, tenian bastante movilidad empleándoles en las líneas de batalla, por lo cual se las dió el nombre de Campo. *Fig. 8.^a, lám. 16.*

Más adelante y entrado ya el siglo XV, el mástil ó cola de pato se acertó, dejando las ruedas de ser macizas sustituyéndolas con las de cubo y rayos, modificacion que si bien contribuyó poco á la mayor certeza de los tiros, influyó sobremanera en la ligereza y movilidad de las dichas piezas. *Fig. 9.^a, lám. 16.*

Poco tiempo despues y con objeto de poder dar á esta artillería de campaña mayor seguridad y fijeza en sus disparos, adoptóse en el extremo de la gualdera ó mástil, un graduador de hierro (1) por medio del cual el artillero subia ó bajaba la boca de la pieza. *Fig. 10, lám. 16.*

Organos. Muchos y muy variados fueron los sistemas empleados en la construccion de estas máquinas destructoras que usaron los españoles al terminar la Edad media, concretándonos á representar la que más frecuentemente llegó á usarse. Esta consistió en un mástil con muñones sujetos en dos ejes y en cuya cabeza cilíndrica ó cónica truncada, estaban sujetos cuatro, seis y hasta ocho pequeños cañones: el extremo del mástil subia ó bajaba para hacer la puntería por medio de un graduador de hierro como se ve en la *fig. 11, lám. 16.* Estos pequeños cañones no disparaban de una vez, sino progresivamente. (2)

(1) En la sillería del coro de Toledo de la cual ya hemos hecho mencion, se encuentra esculpida, una pieza como la que acabamos de describir.

(2) No hemos creído prudente dar el dibujo del ingenio llamado *Cortago* y que á lo que aparece servia como las minas para hacer volar la muralla, pues es tal la confusion que sobre dicha pieza existe y tantos los pareceres que sobre ella se han emitido, que seria aventurado el decidirse por cualquiera de ellos. En los apéndice, en la parte que se refiere á la introduccion de la artillería en nuestro país, encontrará el lector lo que las crónicas de aquel tiempo han dicho sobre el particular.

ARMAS MANUABLES DE FUEGO.

Culebrina. Cuya denominacion viene tal vez de presentar su figura, alguna semejanza con la culebra; consistia en un cañon de hierro más corto que el del fusil, sujeto á una caja de madera por medio de abrazaderas, variando la longitud de toda el arma, entre vara y media ó dos varas y terminando su culata ó mástil en punta.

El soldado que usaba esta arma llamado *culebrinero*, llevaba un baston con una horquilla en su extremo superior, el cual tenia dos usos, sirviendo tan pronto para cargar el arma como para clavado en tierra, servir de punto de apoyo á esta para hacer la puntería. *Fig. 12, lám. 16.* En esta última posicion, el soldado sujetando el arma con la mano izquierda por el extremo del mástil, aplicaba al oido del cañon la mecha que iba colocada en un baston llamado bota-fuego, llevando el culebrinero en un saquillo, la pólvora, balas y una turquesa para confeccionar éstas. (1)

Espingarda. El mecanismo de esta arma era muy poco complicado y variaba poco de la que anteriormente acabamos de describir. El cañon se hallaba empotrado también en un trozo de madera con la diferencia que en lugar de terminar en punta, era más corto y se apoyaba en el hombro y el cañon en la horquilla, pudiendo de esta suerte hacer la puntería. El fuego se comunicaba como en la culebrina por medio de una mecha. *Figura 13, lám. 16.*

Scoppieta. Arma sumamente curiosa que se cargaba por la recámara y cuyo cañon tenia de longitud cuatro piés y su calibre de catorce adarmes. (2) Esta interesante arma que demuestra bien á las claras no pertenecer á este siglo la invencion de las

(1) Biblioteca del Escorial. «Instrumentos y máquinas de guerra» num. 21, pluteo 2.º, Estante Y.

(2) En los apéndices, «Armas manuales de fuego» se halla explicada con gran claridad, la manera de funcionar esta arma, en el luminoso informe que de ella hizo el inteligente artista armero D. Eusebio de Zuloaga, con otros detalles muy importantes.

armas cargadas por la culata, duró poco tiempo y fué relegada al olvido, bien fuese, como dice un ilustre escritor militar, porque el mecanismo de esta arma, aunque en lo posible sencillo, se reputase entónces complicado, ó bien por que ocupada la mano derecha en sostener la culata unida al hombro, tenia al mismo tiempo que dar fuego con la mecha, lo cual producía muy poca seguridad en la puntería. *Fig. 14, lám. 16.*

Arcabuz de mecha. Esta arma reunía las dos ventajas de solidez y ligereza, midiendo su cañon una vara y cuatro pulgadas, siendo su calibre de cinco adarmes. La recámara y la cazoleta donde se vertía un poco de pólvora que comunicaba por el oído con la carga, estaba unida á calda, lo que indica que no se conocian los instrumentos necesarios para ejecutar las roscas. Esta arma fué la primera que llevó llave que permitía comunicar el fuego á la cazoleta, sin necesidad de aplicar la mecha con la mano, quedando esta expedita como en el dia, para sujetar el arma por la culata y con uno ó dos dedos oprimir la palanca ó gatillo, que al sentir la presión hacia bajar el porta mecha hasta la cazoleta, comunicando el fuego á la pólvora en ella depositada. La caja era de pino con culata bastante bien dispuesta para que se adaptase al hombro. Estos arcabuces solian tener una mira hueca, por donde el infante dirigia la puntería y la horquilla en que apoyaban el arma para apuntar servia al mismo tiempo de baqueta para cargarla. *Fig. 15, lám. 16.*

Mosquete de rueda. Esta arma se disparaba por medio de una rueda que movía un pié de gato, en el que se colocaba la pirita ó piedra azufrosa, y chocando con un punto acerado, arrojaba las chispas al fogon. El largo del cañon era igual á cuarenta veces el diámetro de su calibre y la bala pesaba onza y media formando el todo del arma, la *cureña* ó caja, el cañon y la *escaramucha* ó llave. *Fig. 16, lám. 16.*

Esta que era sumamente ingeniosa, *fig. 17, lám. 16,* estaba formada por una rueda dentada, sostenida por el muelle real, sujeta á una nuez que tenia un doble movimiento de ejes ó sea una doble cadena. Merced á esta disposicion quedaba espacio suficiente para que la rueda al tiempo de colocarla en el punto de disparo, diese la vuelta completa con el auxilio de una llave, en la que existía un agujero cuadrado que coincidía con el pi-

ton saliente de la nuez, sosteniendo el fiador el movimiento y preparando el disparo. Entónces se tiraba del pié de gato, impulsaba la piedra hasta colocarla encima de la rueda y bajo la accion del muelle del mismo gatillo, se verificaba el choque de la piedra y ruedas mencionadas, lo cual producía muchas chispas y la inflamacion instantánea de la pólvora. A fin de evitar el que las piedras se rompiesen como sucedía con frecuencia al chocar contra el cuerpo acerado, hizo con que se adoptase el empleo de piedras de chispa muy duras y tambien el hierro sulfurado y piritita marcial.

Mosquete de muralla. Esta arma en un todo igual al arcabuz de mecha bajo el punto de vista de su estructura, se diferenciaba de él únicamente en la mayor longitud de su cañon, y su calibre superior en un doble que el del arcabuz de mano. Estas armas se colocaban en el muro por medio de un pivote sobre el cual giraba el arma. *Fig. 18, lám. 16.*

Bandolera. Como su nombre lo indica, se colocaba esta prenda hecha de cuero, del hombro izquierdo á la cadera derecha, llevando suspendidos unos saquitos de la misma materia, dentro de los cuales se metian los cartuchos ya hechos. *Fig. 19, lám. 16.*

Frasco de pólvora. Esta pieza construida de madera, asta y hierro, encerraba la pólvora y se llevaba pendiente de un cordon que cruzaba el pecho. Por lo regular en union de este frasco, iba otro de menores dimensiones que servia exclusivamente para cebar el arma. *Fig. 20, lám. 16.*

Horquilla. Baston de madera que tenia en un extremo una horquilla de hierro donde se apoyaba el cañon del mosquete ó arcabuz, y en el otro un pincho que se clavaba en tierra, sirviendo al mismo tiempo de atacador para cargar el arma. *Figura 21, lám. 16.*

Descritas ya las piezas de artillería y armas de fuego manuales empleadas durante los siglos XIII, XIV y XV, vamos á ocuparnos de las armas blancas tanto ofensivas como defensivas que durante el expresado período se usaron en nuestros ejércitos, omitiendo por no ser pesados, algunas de las ya descritas en el primer período de la reconquista y que á pesar de los adelantos en el arte de la guerra siguieron usándose hasta muy entrado el siglo XVI.

ARMAS DEFENSIVAS. (1)

Arnés. Conjunto de todas las piezas que componian la armadura del caballero. *Fig. 1.ª, lám. 17.*

Jupon de armas ó jubete. Perpunte ó gambaj.

Camisote. Loriga de malla de hierro, con mangas de lo mismo, más ligeras y más cortas que las usadas en la primera época. *Fig. 2.ª, lám. 17.*

Alpartaz. Cota de malla que no pasaba de la cadera, la cual se colocaba encima del jupon de armar, derivada del árabe *at-aras*.

Falso-peto. Jubon abrochado, que hacia las veces del coselete completo, revestido generalmente de estofa ó tela de oro, plata, terciopelo, etc. *Fig. 3.ª, lám. 17.*

Piastron. Pieza con faldon, de hierro acerado, que se colocaba encima del falso-peto; partia desde la cintura en dos semicírculos, y venia á formar un ángulo, cuyo vértice terminaba en el pecho. A esta pieza se adheria el *faldon*, formado de hojas de hierro batido, trabadas con goznes, que sujetas á la cintura, descendian hasta medio muslo, defendiendo las caderas. Esta palabra fué tomada del francés. *Fig. 4.ª, lám. 17.*

Fojas, platas. Armadura compuesta de hojas de acero, unidas entre sí y colocadas encima del jupon de armar.

Jaco, jaque, jaqueta, jaqueton. Cota de armas ó sobrevesta, en la que se bordaban los geroglíficos del rico-home, y que sólo descendian hasta medio muslo. *Fig. 5.ª, lám. 17.*

Jornea. Gambaj ó perpunte aforrado de telas ricas, y en la que tambien colocaban sus divisas los caballeros.

Galato. Cota heráldica de tela esquisita, muy corta y manga breve y que se colocaba encima del coselete. *Fig. 6.ª, lám. 17.*

Gamisa de armas. Sobrevesta ligera, abierta por los costados desde la cadera abajo, con manga ancha y corta, y en la cual se estampaban tambien las armas del dueño. *Fig. 7.ª, lám. 17.*

Albaneza ó garbin. Nombres dados á las cofias de armar, y so-

(t) Véase apéndices: «Armamento de la Edad media».

bre las cuales se colocaba el casco, del árabe *beniga* y *gerbi*. *Figura 8.ª, lám. 17.*

Helmete, armerola. Yelmo forjado de hierro, al que se adherían las piezas llamadas *visera*, *babera* y *barbuda*. *Fig. 9.ª, lám. 17.* Sobre el capacete se colocaba una pieza de quita y pon, llamada *velctada* *fig. 10, lám. 17*, donde flotaban penachos de diferentes colores, y se adornaban con joyas de gran valor.

Huca. Velo de rica tela que descendía por la parte de atrás del yelmo y caía sobre los hombros y espalda; derivado del francés *huque*. *Fig. 11, lám. 17.*

Bacinete. Casco de hierro batido, en forma de medio limón, con visera en redondo, y dos piezas movibles para sujetarlo por bajo de la barba; del francés *bassinot*. *Fig. 12, lám. 17.*

Batut. Pieza de la armadura que defendía el pescuezo; del árabe *botute*. *Fig. 13, lám. 17.*

Gorjal, gorguete y gorguera. Era la pieza construida de tiras de hierro, orbiculares y enlazadas entre sí para la defensa del cuello.

Museguies. Mangas de malla de hierro, cosidas á un juboncillo para la defensa de los brazos, sobre las que se colocaban las piezas de punta en blanco; del árabe *muska*. *Fig. 14, lám. 17.*

Aban-brazo, añabrazo. Pieza de hierro batido para defender el antebrazo, en forma de teja, y sujeta por medio de correas y hebillas. *Fig. 15, lám. 17.*

Cañon. Tubo de hierro que cubría el brazo desde la muñeca al codo. *Fig. 16, lám. 17.*

Guantelete. Nombre de la manopla herrada, para defensa de las manos. *Fig. 17, lám. 17.*

Quijote. Armadura de hierro batido, que cubría la parte anterior del muslo, llamado también *cuja*. *Fig. 18, lám. 17.*

Canillera. Pieza del mismo metal que servía para la defensa de la parte anterior de la pierna y cubrir la canilla y tibia. *Figura 19, lám. 17.*

Greva. Bota de hierro que cubría totalmente la pierna desde la rodilla al empeine del pié. *Fig. 20, lám. 17.*

Guardas. Piezas de hierro que por medio de goznes, cubrían las articulaciones, llamadas también *caderas*, *rodilleras* y *hombreras*. *Fig. 21, lám. 17.*

Rodela broquel. Escudos orbiculares, compuestos de tablas forradas con pergamino, con una pieza de metal en el centro en forma de media naranja, cuya pieza se llamaba *brocal* ó *voel*. *Figura 22, lám. 17.*

Tarja, tarjon. Escudo pequeño cuadrangular. *Fig. 23, lám. 17.*

Pavés. Escudo largo que cubria la mayor parte del cuerpo, por lo regular de forma triangular, formado como la rodela, de tablas ensambladas y forradas de pergamino, sobre el cual se pintaban los emblemas ó signos heráldicos. La cara exterior se llamaba *brisadura*, y *brisar* el pavés, el acto de pintarlo. *Figura 24, lám. 17.*

Arnés del caballo. Armadura de hierro batido que cubria completamente el cuerpo del caballo. *Fig. 25, lám. 17.*

Silla lidona. Silla de montar construida de cuero, hierro y telas preciosas, usada por el hombre de armas. *Fig. 26, lám. 17.*

Bridon. Brida del caballo de hombre de armas. *Figura 27, lámina 17.*

Espuelas. De gran tamaño, sujetas á la bota herrada por medio de correas y hebillas. *Fig. 28, lám. 17.*

Los colores que se empleaban en la Edad media para pintar los escudos, se denominaban: *azul de Alemania*; *indi bagadel* (añil), *mini* (bermellon), *orpiment* (arsénico amarillo), *ocre* (blanquet), *grana* (cardenillo), *bol-armelit* (bol-armalico), *aguajate* (amoniaco, especie de goma).

ARMAS OFENSIVAS.

Lanzon ó lanza de armas. Lanza grande con manija y arandela, para combatir cuerpo á cuerpo, y que se apoyaba en una pieza que habia en el coselete denominada *ristre*. Las habia de varias hechuras. *Fig. 1.ª, lám. 18.*

Terciado. Espada de armas, larga, ancha y para dos manos. *Figura 2.ª, lám. 18.*

Vasalar, vasalardon. Variedad de la espada. *Fig. 3.ª, lám. 18.*

Fagü. Especie de cimitarra. *Fig. 4.ª, lám. 18.*

Broncha, capagorja. Puñal. *Fig. 5.ª, lám. 18.*

Misericordia. Puñal largo de hoja fina que penetrando con

facilidad, por los muñones de la armadura, servia para rematar al vencido. *Fig. 6.^a, lám. 18.*

Azcona, javalina, rajasola, manesga y jabuda. Lanzas cortas y arrojadizas de diferentes formas y tamaños. *Fig. 7.^a, lám. 18.*

Ballesta. Arma que servia para disparar flechas, compuesta de un pequeño mástil de madera de cuatro ó cinco palmos de largo con un arco flexible de acero en su parte superior, con un nervio ó cuerda desde el uno al otro extremo, la cual traida violentamente á un disparador colocado en el centro del mástil, despedia con gran fuerza la flecha ó los *bodogues*; (1). *Fig. 8.^a, lám. 18.* Cuando el muelle ó arco de éstas ballestas era muy fuerte y la fuerza del hombre no bastaba para hacer llegar la cuerda á la nuez ó resorte en que se sujetaba, se empleaba un aparato denominado *Gafa*, que haciendo palanca en el mástil de la ballesta, atraia por medio de dos ganchos la cuerda del arco, hasta colocarla en la nuez. *Fig. 9.^a, lám. 18.*

Ballesta de estribera. Ballesta igual á la anterior pero de más potencia y dureza en su muelle ó arco, por lo cual para montarla el soldado metia el pié en un estribo que dicha arma tenia en su extremo superior, y sujeta de esta suerte y apoyado el extremo del mástil en la cintura que quedaba encorbada, empleaba la gafa movida con las dos manos para montarla. *Fig. 10, lám. 18.*

Flecha. Construida de madera con punta aguda de hierro en su parte superior y provista de plumas en el otro extremo. *Figura 11, lám. 18.*

Viraton, vira, virote. Flechas que variaban segun su magnitud y la forma de su hierro.

Maza de armas. Las habia de muchas y variadas formas, usándolas los caballeros de gran valor, nieladas de oro y plata. *Figura 12, lám. 18.*

Hacha de armas. Estas servian como arma contundente y arma arrojadiza á la vez. Sus hechuras variaban mucho así como el lujo y riqueza en el material con que estaban construidas. *Figura 13, lám. 18.*

(1) Pelota ó bola de barra hecha en turquesa y endurecida al aire como una bala de mosquete, la cual se tiraba con la ballesta.

Alabarda. Arma compuesta de una asta ó palo largo por lo regular de seis á siete piés, llevando en uno de sus extremos un hierro como de dos palmos de largo por tres pulgadas de ancho. En este hierro hay una cuchilla plana atravesada, y de dos filos con una punta aguda en un lado y una media luna en el otro. *Figura 14, lám. 18.*

Partesana. Especie de alabarda cuyo hierro en forma de cuchilla, tenia dos cortes y en el extremo una como media luna. *Figura 15, lám. 18.*

Carcax. Bolsa de cuero para llevar las flechas. *Figura 16, lám. 18.*

Como instrumentos se usaban el atambor, el timbal, la chirimía y el clarin, ya descritos en la parte correspondiente á la época árabe.

Los caballos llevaban una cubierta que llegaba hasta los cascotes llamada *paramento*, en la cual se pintaban ó bordaban las armas de los caballeros. *Fig. 17, lám. 18.*

Terminada la descripción de las armas que se usaron en España durante el último período de la reconquista, vamos á dar á conocer aunque sea á grandes rasgos, la creación de los primeros ejércitos permanentes de nuestro país.

Los Reyes Católicos, solícitos siempre por enaltecer la majestad de la corona, trataron por todos conceptos de crear fuerzas que, obedeciendo exclusivamente sus órdenes, pudiesen contrarrestar la influencia de los grandes señores. Buscaron para ello un apoyo firme y decidido en el corazón del pueblo, ejercitando las fuerzas de este contra los altivos y poderosos vasallos que, prevalidos de su posición, degradados por la inmoralidad, y envalentonados por la debilidad de los monarcas que les precedieron, y muy particularmente en los reinados de don Juan II y D. Enrique IV, tenían el trono en tutoría y obligaban á veces al monarca á aceptar condiciones humillantes.

Cuando Fernando é Isabel empuñaron las riendas del Estado, los ejércitos estaban formados como anteriormente hemos dejado sentado, además de las órdenes militares, de las mesnadas de los prelados y ricos-hombres, fuerzas que obedecían tan sólo á la nobleza; demasiado débiles para obrar aisladamente, y poco dispuestas á unirse en un momento dado bajo el mando de una

sola persona; y si á esto se unia la carencia de armonía en su constitucion y uniformidad en el armamento, se comprenderá fácilmente la irregularidad en sus movimientos, y no poca confusion en los *adalides* que las mandaban. Entónces vióse á estos augustos monarcas emprender con teson la organizacion de sus ejércitos, dedicando á tan importante objeto los momentos de tregua que les daba la obstinada lucha con los árabes.

Para destruir ó disminuir los efectos producidos por la viciosa disposicion de la fuerza armada, trataron de organizar las *batallas* bajo otro pié. En vez de dejar las mesnadas en el mismo ser y órden en que se presentaban, las dividieron en *batallas* de á quinientas plazas, constando cada una de ellas, y por partes iguales, de espingarderos, ballesteros y lanceros. A cada cierto número de batallas que formaban una division, se les agregó un cuerpo compuesto de cavadores, canteros, albañiles y carpinteros, que llevaban sobre sí las herramientas de su oficio. Cada *batalla* se dividió en diez cuadrillas, regidas por jefes, llamados *cuadrilleros*, los cuales tenian á su cargo la formacion de las listas nominales de sus escuadras y pasarlas á los regidores para el abono de sus haberes.

Estas tropas tomaron el nombre de *acostamientos*, cuyo traje variaba segun las provincias de que procedian. Las del Norte llevaban un sayo de lana blanco, con manga perdida, borgoñota y capuchon, calzas de paño, y en los piés abarcas ó zapatos.

Esta organizacion era á todas luces superior á la que hasta entónces habian tenido los soldados de la España cristiana, pues reunidas, formaban un conjunto, al par que imponente, fácil de manejar, y aisladas, contaban con todos los elementos necesarios para poder obrar con entera independendia, existiendo por consiguiente uniformidad de miras y medios de accion en las masas.

Sin embargo, estas tropas carecian aún del defecto de la colectividad, pues concluida la campaña, regresaban á sus hogares, por ordenarlo así las leyes forales, quedando de esta suerte el trono huérfano y sin medios de accion contra la ambicion de algunos nobles, y contra las maquinaciones del enemigo comun.

Existia entónces en Castilla una institucion, cuyo origen se

ocultaba en los más tenebrosos períodos de los siglos medios, denominada *Santa Hermandad*, institucion enteramente popular, creada desde su principio para la persecucion de los malhechores, y protegida por el sentimiento de conservacion de los pueblos, que asociaron sus miras y esfuerzos bajo el dulce nombre de *Hermandad*. Dedicada exclusivamente esta fuerza, como ya hemos dicho, á la persecucion de los malhechores, vióse, á pesar de esto, con frecuencia, tomar una parte activa en las minoridades de los reyes ó en tiempos muy agitados y revueltos, empleando tambien á su vez las comunidades este temible instrumento, en defensa de sus fueros y franquicias.

El pensamiento de los Reyes Católicos, aunque fundado tambien en la idea de robustecer la acción de la justicia ordinaria, fué más alto, más perfecto, y con una doble tendencia política y militar bien pronunciada. En 1488, resolvieron darla más importancia, formando con ella un ejército, que al par que fuese un poderoso elemento contra los enemigos exteriores, constituyese tambien un contrapeso formidable contra la turbulenta aristocracia.

Para llevar á cabo este pensamiento, se encomendó por real cédula de 15 de Enero del expresado año, la revision de las ordenanzas de la Santa Hermandad al arzobispo de Palencia, al provisor de Villafranca, y al contador mayor de cuentas, don Alonso de Quintanilla, verificando al mismo tiempo levas, cuya fuerza subió á diez mil infantes, eligiendo de entre ellos, trescientos espingarderos y setecientos piqueros. Dividióse este cuerpo en doce capitanías que fueron encomendadas á doce ilustres varones.

Al propio tiempo, y á instancias de los Reyes, la Hermandad de Vizcaya organizó otra fuerza, compuesta de dos mil quinientos peones con corazas, bacinete, lanza y espada, y dos mil quinientos ballesteros con sus aparejos, espada y puñal. Este ejército, si bien aún no dependía directamente del gobierno, en cambio nada tenia que ver con los prelados ni con los grandes, y á su sombra el trono adquiria una superioridad decidida sobre las clases privilegiadas. Las pagas de estas capitanías corrian por cuenta de los pueblos; pero la provision de los capitanes y cuadrilleros pertenecia á la corona.

Cada compañía constaba de setecientos veinte lanceros, ochenta espingarderos, veinticuatro cuadrilleros, ocho atamboreros y un abanderado. Total, ochocientas treinta y tres plazas.

Las doce compañías que formaban la division de diez mil hombres, contaban además, para todas ellas, con un capitán general, jefe supremo, un contador y un tesorero.

Los cuadrilleros, como Subalternos de los Capitanes, tenían á su cargo la instruccion, policía y disciplina de las compañías, tanto en los aposentamientos y campos, como en las marchas y combates.

A la reunion de varias capitanías se las denominaba *batallas*, las cuales se componian á veces de infantería sola, pero generalmente se las agregaba caballería.

El traje de la Hermandad era muy sencillo, y por primera vez se observó una rigurosa uniformidad en su equipo y armamento. Consistia en un sayo de lana blanca, con una cruz roja en el pecho y espalda, calzas de paño encarnado, casco de hierro batido, muy ligero; y su armamento, quitando los espingarderos, consistia en la lanza y espada, pendiente del talabarte.

Terminada la creacion del primer cuerpo permanente de infantería, los Reyes Católicos, que habian desde los primeros dias de su reinado mostrado gran interés y predileccion por el arma de caballería, trataron é hicieron grandes esfuerzos por mejorar su organizacion.

Antes de emprender la conquista de Granada, regularizaron los *hombres de armas y jinetes á caballo*, modificando su equipo y armamento.

La armadura del cuerpo se redujo al falso peto, piastron y faldon, gola, guardabrazos y guanteletes; al casco se le quitó la visera, y la armadura de las piernas quedó reducida á los medios quijotes, guardas de rodillas, grevas y zapatos herrados, adoptando para armas ofensivas la lanza de armas, maza, estoque y espada con pavés. A los caballos se les desembarazó del clíbano; adquiriendo de esta suerte más ligereza y movilidad en sus movimientos.

Despues de tremolar en los altos minaretes de la Alhambra el pendon de Castilla, los reyes trataron sériamente de dar un nuevo impulso á su arma predilecta.

Recordando que algunos de sus antepasados habian formado para su seguridad personal y prestigio del trono, que en aquellos tiempos andaba á veces asaz malparado, unos cuerpos escogidos que con diferentes nombres habian sido los baluartes más seguros de las prerogativas reales, les indujo en 2 de Mayo de 1493, á decretar la formacion de un cuerpo permanente de caballería, con el titulo de *Guardias viejas de Castilla*.

Segun este decreto, el cuerpo de *Guardias viejas* debia constar de dos mil quinientos caballos, divididos en veinticinco compañías de á cien plazas. Cada compañía tenia un capitán, teniente, alférez, porta-estandarte y trompeta. La plana mayor la formaban, como en la infantería, un capitán general, un alcalde, un contador general, un alguacil y un escribano. Cada hombre de armas poseia dos caballos, el uno para su uso, encubertado con la divisa de Castilla y Leon, y el otro llamado *dobladura*, destinado al paje de lanza. Los cuatro quintos de cada compañía estaban armados de punta en blanco, con lanzon de armas de arandela y ristre, maza, estoque y escudo ó pavés. El resto, ó sea la quinta parte, estaban armados á la ligera, con peto, faldon, medios quijotes, grevas, morrion sin celada, espada, puñal y ballesta.

Formáronse reglamentos para la admision en el servicio de estos cuerpos, los cuales manifiestan bien á las claras que no á todo el mundo se franqueaba la entrada en el cuerpo de guardias de Castilla.

Esta institucion, como toda obra en la que interviene la mano del hombre, tenia grandes defectos, pues además de lo muy costoso que era el sostenimiento de esta caballería escogida, no habia entre ella y la infantería de la Santa Hermandad bastante cohesion, pues la primera obedecia única y exclusivamente á los reyes, y la segunda dependia de los pueblos, si bien como ya hemos dicho, los jefes recibian nombramiento real.

Tales fueron los ensayos que, al terminar la Edad media, tuvieron lugar en España para hacer de la caballería é infantería una institucion permanente, partiendo desde esta época todos los proyectos y disposiciones que han tenido lugar durante cuatro siglos, para llegar al estado de perfeccionamiento en que hoy se encuentran.

Aquí hubiéramos dado fin á la tarea que nos habiamos propuesto al escribir estos *estudios militares*, si el aviso de personas para nosotros de gran valia por sus profundos conocimientos en la materia, no nos hubiesen aconsejado el terminar este trabajo con la importante organizacion del ejército español dada por el Gran Capitan al finalizar el siglo XV, organizacion que si bien es cierto no adquirió su completo desarrollo hasta el año 1512, ó sea al alborear el siglo XVI; tuvo su comienzo el año 1495, estando por consiguiente dentro de los límites hasta los cuales nos habiamos propuesto llegar.

Sentadas las razones que nos han movido á dar á conocer en este libro la táctica del Gran Capitan, táctica que produjo una revolucion completa en el arte de la guerra, hemos creido oportuno transcribirla tal y como la describe el Teniente general Conde de Clonard, en su importante obra titulada: *Historia orgánica de las armas de Infanteria y Caballeria*.

TÁCTICA DEL GRAN CAPITAN.

El espíritu de un grande hombre se forma con dos elementos; la observacion asidua de las circunstancias dominantes, y las lecciones de la historia. El Gran Capitan conocia á fondo la índole de su época y habia lanzado su vigoroso pensamiento en la carrera más brillante de la antigüedad. Los imponentes tipomilitares, á la vez magestuosos y heroicos, que presentan los anales griegos y asiáticos eran para él, ejemplos y modelos; no los contemplaba con ese entusiasmo frívolo, noble pasion de las almas vulgares, sino con la audacia del verdadero génio que quiere arrancar á la naturaleza sus secretos, y que rompe el velo de las apariencias más deslumbradoras, para conocer el enlace de la causa y sus efectos.

Pero el magnífico espectáculo del pueblo romano, del pueblo rey, que partiendo de tan humilde principio extendió el calor de su vida y el esplendor de sus conquistas por todas las regiones del mundo conocido, cautivó especialmente la atencion de Gonzalo. Los romanos no tenian ni la ardiente impetuosidad de los asiáticos, ni el fogoso denuedo de los africanos, ni las fuerzas hercúleas de las tribus septentrionales, ni más patriotismo

y abnegacion que los demás pueblos de Europa, y sin embargo sus legiones mandaban á la fortuna, y reportaban asombrosas victorias, lo mismo en Oriente que en Occidente, sobre los abrasados arenales de la Libia, como sobre las heladas crestas del Cáucaso. Ni los numerosos caballos numidas, ligeros como el viento, ni los colosales elefantes asirios, ni los más terribles accidentes del terreno, ni el ingenio y pericia de muchos príncipes, habian sido suficientes á detener por largo tiempo el curso victorioso de aquellas formidables legiones. Estos triunfos tan constantes no podian atribuirse á la casualidad, pues aunque esta sea decisiva en un combate, no entra para nada en la vida de los pueblos belicosos, y aun su influjo suele ser más funesto para el vencedor que para el vencido. Remontándose á orígenes más puros, el Gran Capitan halló las verdaderas causas de la dominacion romana en la organizacion de sus ejércitos, en el orden inmutable que observaban, en las virtudes militares de las tropas y en los fecundos talentos de sus caudillos. Eligiendo de los principios los más ciertos, de los hechos los más lógicos, y acomodándolos á las condiciones de las nuevas armas, les dió mayor consistencia y realce, uniéndolos con el vínculo de un sistema, y dejó muy atrás al reformador Gonzalo de Ayora y á todos los ejércitos de Europa.

En efecto, sus ideas abrazan casi todas las ocurrencias ordinarias y extraordinarias de una guerra, y al paso que despiden abundante luz sobre la fisonomia militar de aquella época, hacen recordar los rasgos principales de la antigüedad más gloriosa. Sus contemporáneos no las adoptaron al pronto aunque venian rodeadas con una aureola de gloria; pero la posteridad que nunca es ingrata para con los grandes hombres, hizo justicia al mérito de Gonzalo y planteó las más de aquellas excelentes reglas que él habia presentado. Nosotros las expondremos siguiendo el orden más gradual posible, y procediendo desde las más simples, hasta las más complexas y complicadas. La guerra es un mal necesario, decia el Gran Capitan, y ningun individuo ni pueblo debe adoptarla como condicion de subsistencia. Siendo mal necesario, debe evitarse todo lo que contribuya á hacerla más calamitosa, y siendo necesaria en muchas ocasiones es preciso tener elementos hábiles que puedan conducir al logro de la

victoria. De estos dos principios tan puros y elevados, se desprenden como consecuencias legítimas, la observancia de las virtudes militares, la consiguiente severidad en la disciplina, la existencia de cuerpos de tropas y la instrucción de estas en todas las evoluciones tácticas.

La organización de grandes masas de reserva, y la manera de ejecutarlas, se comprendía bajo la palabra genérica, de ordenanza. Gonzalo creía que en todas las provincias de un reino, y en todos los pueblos de una provincia, debían reunirse los hombres que fueran hábiles para el manejo de las armas, tal como hacían los romanos con su conscripción, tal como entonces se hallaba imperfectamente establecido, y tal como hacen todos los países modernos con sus sistemas de reemplazos.

Pero la conscripción de Gonzalo, era una verdadera reserva: los alistados debían tener armas, cabos y capitanes, y á la primera señal de peligro, se hallaban aptos para volar al punto en que su presencia fuera necesaria. Durante el tiempo de paz, estos soldados se entregaban á sus faenas ordinarias, sin percibir sueldo alguno del Erario y aun en los de guerra, sólo debían elegirse aquellos que se reputaran más idóneos, cuyo número varía en proporción de los enemigos, y la cantidad de fondos para mantenerlos y estipendiarlos. A los caballeros debía abonarse en períodos de tranquilidad la costa del caballo y el precio de los arneses, si bien en Andalucía y en alguna otra de nuestras provincias, se observaba una costumbre contraria. En los días feriados, los conscriptos de infantería reunían en puntos céntricos y bajo la inspección de sus cabos ó capitanes y verificaban las maniobras prescritas por la ordenanza. Los caballeros celebraban también justas, en que bajo el aparato de una pompa militar, adquirían la instrucción necesaria para alcanzar mayor prez y más sólidos triunfos en los combates.

Gonzalo, mostrándose superior á las preocupaciones dominantes, consideraba útiles para el servicio, á hombres de cualquiera profesión, siempre que concurrieran en ellos, ciertas condiciones físicas y morales. Las condiciones físicas consistían en la edad, y en el vigor y agilidad de su cuerpo. Para formar un nuevo ejército, quería soldados que tuviesen de diez y siete á cuarenta años; para aumentar un ejército constituido, los que

tuvieran diez y siete años. Explica esta diferencia diciendo que en el primer caso, eran necesarios algunos hombres cuyos sentimientos estuvieran ya completamente desarrollados y sostuvieran con su ejemplo, á los que apenas rayaban en la adolescencia; en el segundo los soldados noveles tenían ante su vista veteranos educados en la escuela de los peligros.

Ciertos signos fisiológicos, entre los que no se contaba la estatura, servían para distinguir una constitucion vigorosa de otra débil; á falta de signo, fijaba la atencion en el género de vida normal que ántes hubiera tenido el soldado. Gonzalo, si bien aceptaba los hombres de todos los oficios, concedía alguna preferencia á los que se hubiesen dedicado á los trabajos del campo ya por que su musculatura debía estar más desenvuelta, ya por que en las aldeas y pueblos pequeños, mejor que en las grandes poblaciones, se conservaba la moralidad, objeto á que él atendía sobre todas las demás consideraciones.

Un ejército dócil, subordinado, obediente á las órdenes de los jefes, sensible al amor pátrio, movido por el resorte del amor nacional, tan poderoso aún en las situaciones supremas, aunque careciese de práctica marcial, llevaba sin duda grandes ventajas á aquella milicia mercenaria tan estimada en Europa, que traficaba vilmente con cuanto hay de más noble y respetable en el ser humano, y que reputaba el brigandaje como su único patrimonio. Gonzalo combatía la existencia de estas turbulentas tropas, y proclamaba por primera vez el principio de que ninguna nacion podía ser fuerte no teniendo en su seno suficientes elementos de defensa.

Planteada la ordenanza en la más lata esfera posible, y elegidos los soldados que debían formar sus ejércitos ¿qué armas ofensivas y defensivas serían las más propias para reportar la victoria?

Gonzalo, comparando hábilmente las que empleaba la infantería romana y la que había adoptado la infantería Suiza, señaló los defectos que tenía una y otra, y se propuso corregirlos combinando sus ventajas. La armadura defensiva de las legiones, era muy pesada, y aun podía ser abrumadora para hombres que no estuvieran acostumbrados á soportar grandes fatigas, pero la espada corta, el capacete, el escudo y los pilos, eran excelentes para pelear contra jinetes y peones.

Las armas enhastadas de los suizos y tudescos, ofrecian grandes ventajas para combatir á algunas distancias, mas se hacian inútiles y embarazosas, llegando á lo estrecho de la accion, y aquellos terribles cuadros erizados de picas ante los cuales recejaba la caballería más nutrida y valerosa, eran impotentes contra los peones cuya cabeza y pecho estuvieran cubiertos de hierro, cuyo costado se hallara defendido por una rodela, y cuya diestra mano esgrimiese una espada. Es verdad que tambien tenian esta arma los suizos, pero su uso les era siempre muy perjudicial, porque un cuerpo y cabeza desarmados, presentaban un blanco cierto y seguro al enemigo.

A la combinacion que en las piezas de la armadura hizo Gonzalo, se debe principalmente la superioridad que adquirió la infantería española sobre la suiza y sobre todas las del mundo. Cada infante español debia cubrirse la cabeza, el pecho y los brazos, y al efecto se le daba la celada, un coselete con gola ó gorjal y braceles. De todos los peones que constituian el ejército, la mitad tenia picas para resistir el ímpetu de la caballería; las dos sextas partes, rodela con espada corta y dardo para llegar á lo estrecho de la pelea, y una sexta era de arcabuceros, sustitucion ventajosa de los antiguos honderos. Ya veremos al describir la colocacion respectiva de estas fuerzas, los poderosos elementos que poseia para resistir tanto á un ataque de caballería, como al de una infantería bien provista de armas enhastadas.

La gran revolucion que verificó Gonzalo en el sistema militar de Europa revolucion ciertamente inaugurada por los suizos, pero en choque todavia con las preocupaciones dominantes, fué la de dar una preferencia marcada á los infantes sobre los caballos. Las razones en que apoyaba esta preferencia eran tan obvias como luminosas. La idoneidad de los peones para moverse sobre todos los terrenos, aun los más accidentados, y su mayor precision en las maniobras, permitian realizar las más extensas complicaciones de una campaña, neutralizar la inferioridad numérica con la ventaja de posiciones escogidas, y mantener inalterable el orden en los campos de batalla. El infante tenia además la plena conciencia de su valor, podia llevarle hasta el heroismo bajo el influjo de las causas que inflaman el corazon

humano, y recibia el valor de la asociacion, sino tan enérgico como el individual, mucho más consistente y decisivo en el trance de un combate. El jinete por el contrario, tiene que acomodarse á la índole del caballo, animal receloso que avanza sobre el peligro, obedeciendo al acicate, pero que al fin marcha obligado y retrocede cuando siente en cualquier parte de su cuerpo un dolor más fuerte que el producido por la espuela en sus hijares. En efecto, el caballo ó se precipita desbocado en medio de los peligros, en cuyo caso puede producir un desórden funesto al jinete y fatal á caso para todo el ejército, ó sigue su movimiento poco enardecido, y entónces pugna por retroceder ante el riesgo, segun lo acredita una experiencia constante. En suma, la diferencia entre infantería y caballería consiste en que en la una, el hombre sigue la luz de su razon ó el impulso de sentimientos nobles y generosos, y en la otra el hombre se ve muchas veces obligado á seguir los ciegos instintos del bruto, cuya organizacion física no tiene todas las ventajas que la de los seres racionales, obra la más digna y acabada de la naturaleza. Así Gonzalo concluía aseverando que seria muy débil un ejército cuando fiase su defensa únicamente á los caballos. Sin embargo, consideraba á estos como útiles y aun indispensables para recorrer y explorar al país enemigo, y juzgaba que debian ir sosteniendo las alas de los infantes, segun se comprende al ver el sitio que les asignaba en la formacion del ejército.

La *coronelia* ó escuadron, modelada sobre la legion romana, debia constar de seis mil hombres y dividirse en doce *capitanías* ó *batallatas*. El número de quinientos hombres, era el designado para cada capitanía; doscientos estarían armados con picas, doscientos con rodelas y ciento con arcabuces. Pero este orden inmutable respecto á diez capitanías, sufre una alteracion profunda, tratándose de las dos restantes que se denominarian de picas extraordinarias, y de las cuales quedaban excluidos los arcabuces y rodelas.

El coronel era el jefe inmediatamente superior del escuadron; un capitan de la compañía, cinco cabos de batalla, cada uno de los cuales regia cien hombres y los cabos de diez, tenían bajo diversos títulos, las mismas atribuciones de los centuriones y decuriones antiguos, y formaban la oficialidad.

El capitán había de tener á su lado un alférez con la bandera, dos tambores y un pífano, con lo cual se lograba reunir en un solo punto y á cubierto del mayor peligro, al símbolo de la gloria, al centro de la autoridad y de las órdenes, y á los instrumentos que servían para transmitirlos y hacerlos sensibles hasta en los últimos extremos de la capitania.

Cuando se ponía en marcha un cuerpo organizado de este modo, avanzaba en columna prolongada, llevando al frente las picas, despues las rodelas, luego los arcabuces, y cerrando la retaguardia con algunas filas de picas. La columna tenia cinco de frente á no ser que lo impidieran ó los accidentes del terreno ó la proximidad del enemigo. En este último caso, se desplegaba en batalla siguiendo el orden más adecuado á la situación topográfica y á las condiciones morales y materiales de las propias tropas. Tres eran los órdenes distinguidos por la razon y señalados por una experiencia luminosa y feliz; el primero al que debia darse la preferencia en igualdad de circunstancias, era sólido ó profundo.

Para que una capitania en marcha pudiera desde luego constituir el orden profundo y formar el cuadro, podian presentarse dos movimientos, uno el de redoblar las filas, avanzando sucesivamente la segunda sobre la primera, la cuarta sobre la tercera y la sexta sobre la quinta, y verificando dos veces esta operacion, las cien filas de á cinco hombres que componian la capitania, quedaban reducidas á veinte con veinticinco hombres de fondo. Así el cuadro presentaba una figura cuadrangular, cuyos costados tenian más longitud que el frente y la retaguardia, pues aunque sólo comprendieran cada uno veinte hombres en su primera fila, estos se hallaban distantes entre sí, cinco pasos, y los veinticinco del frente y retaguardia, constituian una masa más compacta.

Este orden, si bien fácil y sencillo, circunstancias ambas del más alto precio en las evoluciones tácticas, ofrecia un inconveniente muy grave, el de no dar á las diferentes armas, la influencia debida en el éxito del combate. Para ocurrir á esta dificultad, de la que podian surgir los inconvenientes más trascendentales, habia otro orden de marcha por el cual quedaba asignado á las diversas armas, su lugar correspondiente. Divi-

diéndose toda la capitania en cuatro centurias, á cuya respectiva cabeza marchaba un cabo de batalla. Las cinco primeras filas de cada centuria *lám. 19, fig. 1.^a*, eran de picas, las tres siguientes de arcabuces, las diez inmediatas de rodela y las tres últimas de picas tambien. La segunda centuria estaba alineada y dispuesta del mismo modo, pero con la diferencia sin embargo, de llevar cerrada su retaguardia con arcabuceros, en lugar de picas. En este cuerpo, y en el espacio comprendido entre los arcabuces y rodela, debia ir el capitan con el alférez y tambor. Las demás centurias avanzaban sosteniéndose y protegiéndose mútuamente. Los cabos de batalla iban como hemos dicho, á su frente; y de los cincuenta cabos de diez, veinticinco se colocaban en el costado izquierdo de la primera centuria, y otros veinticinco, en el derecho de la última. El quinto cabo de batalla, cuya mision era en este caso, la de velar por el órden de la capitania, marchaba en pos de todas las centurias para recoger ó castigar á los rezagados.

Para formar en batalla esta capitania el primer cabo hacia alto con su centuria, el segundo avanzaba rápidamente y venia á colocarse en la derecha de aquella y siguiendo este movimiento progresivo y ascendente de las cuatro centurias, apoyándose unas á otras, constituian el mismo cuadro. *Lám. 19, fig. 2.^a*. Componíase tambien de piqueros algunas veces la primera centuria, la segunda y tercera de rodela, la cuarta de piqueros y la quinta la formaban los arcabuceros. *Lám. 19, fig. 3.^a* En este caso para formar el sólido ó el órden de batalla de que hemos hablado, hacia alto la primera centuria, y las demás cerraban en masa á la derecha de ella, á excepcion de los arcabuceros que quedaban fuera del sólido para cubrirlo con sus fuegos. *Lám. 19, figura 4.^a*

Formando el cuadro, cuatro cabos de batalla quedaban en los cuatro ángulos para sostener con su presencia y su ejemplo la moral de las tropas y dirigir sus evoluciones; el quinto se colocaba en el centro con el capitan y el tambor entre los arcabuceros y enrodela, á fin de arrojar estas armas que tenian mucha más movilidad que las picas, ó sobre el lado más vulnerable del enemigo, ó sobre el sitio en donde el peligro fuera más perentorio é imponente.

Peró este orden de la capitania, aunque ofreciera en su constitucion grandes ventajas, sólo debia sostenerse en el caso en que la capitania figuraba como parte integrante de un escuadron ó ejército; mas si evolucionara con independencia de cualquiera otro cuerpo y hallara en la precision de resistir un choque enemigo, entónces la prudencia aconsejaba modificar el principio de las masas sólidas, principio tan fecundo en prósperas consecuencias, y extender dos alas del cuadro para que abrazaran á los convoyes y desarmados, ó bien dejar una plaza en medio del cuadro mismo. *Lám. 19, fig. 4.º*

Para formar el orden de marcha *lám. 19, fig. 5.ª*, admitiendo siempre la idea de que la capitania comprendiera quinientos hombres, el primer cabo de batalla llevaba la mitad de las picas ó cinco de frente, componiéndose de rodela de parte de las dos primeras filas; el segundo cabo de batalla dirigia cierto número de rodelas, llevando á su frente la bandera y el tambor, y apoyándose en otra division igual, conducida por el tercer cabo. Bajo las inmediatas órdenes del cabo cuarto, iba un número de soldados alineados, distribuidos y armados del mismo modo que la primera division, pero observando la diferencia que hemos marcado en otra parte, de que los cabos cubrian el costado siniestro. Por último, veinte filas de arcabuceros mandados por el cabo quinto, cerraban la retaguardia.

Para reducir estas tropas á un cuadro con dos puntas ó cuernos, se hacia simplemente un movimiento sobre el flanco de recho del primer trozo que servia como de base; el segundo avanzaba hasta que sus rodelas tocasen con las del primero, el tercero igualaba sus rodelas con las del segundo, el cuarto seguia adelantándose hasta poner sus picas en la misma altura que las del primero, y resultaba la figura indicada, por ser más largas que las otras, la primera y cuarta division. Los arcabuceros marchaban por la mano derecha ó la izquierda, protegiendo el flanco que se reputara más amenazado. Dos cabos de batalla quedaban en la extremidad de las alas, otro en el vértice de los ángulos que formaba la retaguardia y el quinto frente de los enrodelados y cerca de la bandera y tambor. Los cabos de diez cerraban las filas de ambos costados.

Así adoptando este orden, no se alteraba esencialmente el

empleo de las armas respectivas, y se lograba cubrir los carruajes, los gastadores y cuantas personas no fueran inmediatamente idóneas para sostener con vigor el combate. Sin embargo, como este cuadro no presentaba la consistencia que el primero, y era muy expuesto que sus alas fueran ó desbordadas ó arrolladas, se adoptaba convenientemente para el caso en que una capitania tuviera que pelear sola, el cuadro cerrado con una plaza en medio *lám. 19, fig. 6.^a*, capaz de contener á los inermes y equipajes. Para realizarlo bastaba que las ocho filas de rodellas, se colocasen á la altura de las picas, conservando las otras ocho su posicion respectiva, y quedando como plaza, el espacio comprendido entre ellas. Cuando la capitania llevaba cañones, se apostaban estos sobre los costados, fuera del alcance de las picas, y en su defecto los arcabuceros hacian en las direcciones convenientes, su fuego protector.

La táctica de los suizos prescribia otra formacion en figura de cruz con algunas bandas de arcabuceros en el vértice de los cuatro ángulos *lám. 19, fig. 7.^a*, pero este orden, bueno quizás en un campo de batalla, era insostenible en las marchas siempre que el terreno presentara algunos accidentes ó dificultades.

Más ventajosa y aun indispensable se conceptuaba en circunstancias extraordinarias, la formacion en círculos concéntricos. *Lám. 19, fig. 8.^a* Para realizarla se colocaba el capitán con la bandera y el tambor en el centro, é inmediatas á él, las rodellas en varios círculos ceñidas por las picas; estas á su vez lo estaban por los arcabuceros.

La formacion circular se adoptaba generalmente para resistir á un ataque de caballería y aun para emprender una retirada lenta é imponente; en este caso las picas presentaban el aspecto de una selva de acero, y apoyaban á los soldados de arcabuz que con la rodilla hincada en tierra fulminaban aquellos fuegos tan nutridos, tan certeros y tan temibles siempre para los enemigos del nombre español.

Estos principios tácticos que asignaban su influencia más útil á las diferentes armas, que concedian á las grandes masas una preponderancia casi irresistible sobre el teatro de las lides y que en medio de su complicacion aparente, prescribian evoluciones sencillas y breves, no era ménos luminoso, tratándose

de la colocacion de las picas extraordinarias. Como estas se hallaban destinadas á debilitar el primer ímpetu del enemigo, disponíase sobre el punto más inmediato ó más vigorosamente amenazado. Así las picas extraordinarias que adquirían máyor movilidad que las ordinarias y que por lo mismo debían estar más ejercitadas, formaban una especie de cuerpo preferente pronto á lanzarse en el punto y hora en que el peligro fuese más grave.

Tal era la organizacion, las maniobras, las evoluciones de las capitanías en particular, y del escuadron en general. Los principios que estableció el Gran Gonzalo, aunque sancionados por la victoria que es el poder más fuerte contra las preocupaciones, chocaban sin embargo con algunas ideas militares dominantes en su época. Se concebía bien la creación de los cabos de batalla, el número de soldados que abrazaba la capitanía y escuadron, pero se extrañaba la multiplicidad de los cabos de á diez, porque se suponía que dividiendo el mando, se engendraba confusion. Pero Gonzalo, á la luz de la experiencia, acreditó esta institucion, tomada segun hemos dicho, de la táctica romana. Los cabos de diez, en contacto con sus soldados, no sólo servían para infundir en ellos aquella fuerza moral mucho más importante que la material ó física, si que tambien para hacer que maniobrasen con más precision y se reorganizasen con más facilidad, caso de una derrota. Por otra parte, como los vínculos de la autoridad estribaban en los diferentes grados de la gerarquía militar, no podía temerse que las órdenes fueran peor comprendidas ó peor ejecutadas, habiendo más medios para transmitir las y más agentes subordinados para vigilar su cumplimiento.

Las grandes masas nunca comprenden las ideas abstractas, ni muchas veces los pensamientos más positivos, pero muestran un apego invencible á los símbolos que los representan. Hé aquí porque Gonzalo queria que las banderas fuesen perceptibles para todo el ejército, y sostuvieran con su vista á los ánimos vacilantes en un trance muy crítico, sirviendo además para traer en rededor suyo, á los dispersos ó fugitivos. La música, que conmueve las fibras más delicadas del corazon humano, inspira á las tropas un género de valor acomodado á las

circunstancias, el Gran Capitan velaba porque obtuviesen un lugar céntrico, los tambores y pífanos.

Los carruajes de cada capitania debian de ser pocos, y de estos, dos pertenecian al capitan, uno á cada cabo de batalla, uno á cada cinco cabos de diez, y tres al alferez, formando entre todos el número de veinte á veinticuatro carruajes por capitania. Sólo el capitan podia llevar una mula; los cabos de batalla iban á pié y á la cabeza de sus respectivas centurias.

El Gran Capitan, que habia alcanzado sus innarcesibles laureles con la infantería española, que habia humillado con ella á la brillante caballería francesa, daba, segun hemos dicho, á los jinetes, una importancia muy secundaria. Seiscientos caballos entraban en cada escuadron de seis mil infantes; la mitad de aquellos hombres de armas, y la otra mitad ligeros. Cada cien caballos afectos á quinientos infantes, tenia su capitan, una bandera y dos trompetas. Gonzalo, vituperando el orgullo de los hombres de armas, cada uno de los cuales llevaba en pos de sí cuatro caballos por ostentacion, opinaba por que se suprimiesen estos caballos inútiles, si bien no se resolvió á verificarlo temiendo herir el amor propio, el vicio y la virtud dominante de aquella época guerrera.

Correspondian cinco carruajes á cada cinco hombres de armas y dos á diez caballos ligeros, cuyos carruajes llevaban los instrumentos necesarios para la zapa y para las necesidades ordinarias que ocurran en la vida del soldado.

Al disponer á un ejército en órden de batalla, el Gran Capitan fiel á sus principios, procuraba conservar el influjo relativo de las diferentes armas, y enlazar las partes tan enérgicamente que no perdieran la posicion necesaria aun en medio de las más violentas conmociones. Suponiendo que el ejército se compusiese de dos escuadrones, fuerte cada uno de seis mil infantes y seiscientos caballos, y sub-dividido segun hemos dicho en batallas, centurias y decurias, Gonzalo prescribia su formacion de la manera siguiente.

Los escuadrones formaban una de las dos grandes secciones del ejército, uno á la derecha y otro á la izquierda. *Ldm.* 19, *figura 9.ª*. En el frente de cada escuadron, se colocaban cinco capitancias ó batallas, cubriéndose mutuamente el flanco derecho

y distantes entre sí cuatro pasos. Cuarenta detrás, se ponian otras dos batallas ocupando una línea perfectamente paralela con la de las cinco del frente, y guardando una distancia reciproca de treinta y tres pasos. Paralelamente tambien, y á la misma distancia de cuarenta pasos, se apostaban dos capitánias, dejando un espacio intermedio de noventa y nueve pasos. Dispuestas así, presentaban un cuadrilongo que tenia doscientos pasos de longitud por ciento cuarenta de latitud. Para llenar los huecos que resultaban entre estas tres líneas y que podian dar al enemigo acceso fácil hacia el corazon del ejército, quedaban las mil picas extraordinarias, las cuales avanzando rápidamente formadas en siete filas, cubrian todo el costado derecho é izquierdo respectivamente. Como aun despues de realizado este objeto, habia sobrantes cuarenta filas de piqueros, se destinaban á la custodia de los convoyes, colocados en la retaguardia. Los cabos de batalla y los de á diez, ocupaban sus lugares correspondientes; de los diez capitanes, uno se ponia al frente de la primera línea, otro en el centro, y otro en la retaguardia, desempeñando funciones análogas á las del antiguo tergiconductor; los siete capitanes restantes iban á los puntos donde el coronel ó capitán general creyera más necesaria su presencia. Los arcabuceros, ballesteros de á caballo y de á pié, los hombres de armas y los caballos ligeros, considerados como fuerzas movibles, no estaban sujetos á un orden invariable, unas veces los arcabuceros divididos en bandas, ceñian el costado de sus batallas segun se vé en la lámina, otras reunidos con los ballesteros de á caballo, cubrian el flanco izquierdo de las picas extraordinarias distantes de ellas cuarenta pasos, ó bien se colocaban formando una sola masa entre las picas extraordinarias y las cinco primeras capitánias, y no faltaba ocasion en que era preciso repartirlos en dos trozos de igual fuerza; dejando el primero entre las capitánias y picas, é intercalando el segundo en los espacios que dejaban abiertos los caballos y los hombres de armas. En este último caso, los arcabuceros despues de haber lanzado sus fuegos, corrian al lado de las rodela y hacian uso de su espada. Los caballos ligeros distribuidos en tres secciones, se apostaban ordinariamente sobre el flanco izquierdo de todo el ejército, y los hombres de armas sobre el derecho, más la

prudencia y principalmente la aptitud del enemigo, exigían en determinadas circunstancias, que las lanzas *extradiotas* y jinetes se colocasen detrás de los arcabuceros y ballesteros, y en pos de ellos á la distancia de cuarenta pasos, los trescientos hombres de armas divididos en tres filas equidistantes é igualmente dispuestas.

El sitio comprendido entre las cinco y tres capitanías, era el designado al coronel de cada escuadron en cuyo alrededor debían colocarse cuarenta ó cincuenta hombres, ágiles, espertos, dotados de fortaleza y susceptibles de honor suficiente á sucumbir en su puesto ántes que abandonarse á una fuga ignominiosa. Los dos escuadrones estaban apartados por la distancia de cuarenta pasos, cuyo intervalo se hallaba protegido por algunas piezas de artillería. En medio se colocaban el capitán general con el guion y dos trompetas. Ciento cincuenta hombres de caballos ligeros, hombres de armas y enrodelados, la flor del ejército, formaba su guardia de honor y constituían una escolta bastante fuerte, sinó por el número, por la calidad de los individuos para dividir en último trance, un combate obstinado. La artillería ordinaria de este ejército, constaba de diez cañones, ocho serpentinas, dos pedreros, cuatro culebrinas y veinte saeteres, y cubrían el frente de la primera línea. El Gran Capitán opinaba por que las piezas de campaña fuesen de poco calibre, y su ejemplo y sus ideas sirvieron para suprimir aquellas inmensas moles cuya conduccion era tan lenta y cuyos gastos eran tan desproporcionados á la utilidad que producía.

Un ejército ordenado de este modo, podía combatir en una sola masa ó en diversas, siguiendo la táctica de las legiones romanas ó de la falange griega, entónces muy en boga en toda Europa por haberla adoptado con ligera modificacion, la excelente infantería suiza. Si se empleaba la falange, no había más que ir nutriendo las primeras filas con las que estaban colocadas en lo interior; si por el contrario se prefería el sistema de ataques estensivos y de reconcentracion sobre la base, replegábanse al efecto los caballos y arcabuces sobre las picas, estas sobre las rodela, jugando todas las armas, hasta el último límite de la posibilidad.

Esta masa tan sólida, tan compacta, tan cuidadosamente

cerrada por todos sus extremos, debía resistir ventajosamente á un gran golpe de caballería lo mismo que al impulso enérgico de otro cuadro de infantería. Como no tenia punto alguno débil en la línea exterior y las fuerzas interiores se hallaban en disposicion de concurrir al que fuera más seriamente atacado, apenas le quedaba al enemigo otro recurso que el de ceñir este extenso cuadro, pero ciñéndolo se debilitaba él mismo, y debilitándose, se exponia á perder la ofensiva ó á quedar desbaratado insistiendo en ella imprudentemente. Por otra parte, los espacios que resultaban entre las diferentes capitanías y escuadrones, permitian el desahogo bastante para la trasmision de las órdenes y maniobras de los cuerpos. Ciertamente la idea de esta formacion, era la concepcion más feliz que hubiera tenido el génio militar para sostener la ofensiva. Cuando el número de las tropas excedia al guarismo que hemos presentado, se aumentaban proporcionalmente las capitanías y escuadrones, conservando el mismo orden de formacion.

La infantería española debió, segun hemos indicado, su más brillante gloria á la sábia combinacion que Gonzalo hizo entre los piqueros y enrodelados. Sucedia antes frecuentemente, que arrastrados por el calor del combate, los soldados llegaban al estrecho de las armas, y entónces solia decidirse la accion, ó por un golpe de caballería ó por un fuego de flanco hecho por los arcabuces. Pero estos refuerzos podian ser facilmente neutralizados por el enemigo que se apresuraria á lanzar en lo más recio del combate, su caballería y arcabuceros. Por otra parte un escuadron de picas bien lucido, era bastante poderoso para rechazar el ímpetu más formidable de los caballos, circunstancia á que debieron los suizos sus grandes victorias y su sobresaliente reputacion. Gonzalo ocurria á este movimiento colocando en el corazon de su ejército escudos y rodela. Cuando el enemigo armado de picas arrollaba á la caballería, á los ballesteros y arcabuceros, y penetraba con las filas de picas ordinarias y extraordinarias, venia á caer en brazos de los enrodelados, y entónces se renovaba el combate con muchas desventajas para el que hasta entónces se consideraba como vencedor. En efecto, el enemigo no habia podido llegar hasta aquel punto sin combatir fuertes obstáculos y sin quebrantarse en luchas sucesivas

y enérgicas; al contrario, los enrodelados españoles, eran tropas de fresco que no habían derramado aún una sola gota de sangre y que sentían el contacto de los cuerpos situados en las inmediaciones. La superioridad física correspondía en este caso á los soldados españoles los cuales avanzaban rápidamente al encuentro de sus adversarios, se ponían pronto bajo el alcance de las picas, y esgrimían con furia sus espadas cortas en aquella multitud que debía ya reputarse inerme.

El Gran Capitan daba un poco de valor al fuego de los cañones respecto de la infantería. En su concepto, esta arma solo debía disparar una vez y recojerse al interior del ejército. Las razones en que apoyaba esta opinion, eran sin duda muy apreciables. Cuanto más frecuentes y continuos fueran los disparos de la propia artillería, más frecuentes serian los del adversario, y entónces la batalla quedaba convertida en un fuego estéril, ó por lo ménos nunca decisivo. Además el denso humo que vomitaban los cañones, oscurecían la atmósfera y quitaba la vista á los oficiales y soldados impidiendo descubrir la verdadera existencia del peligro, ó exponiéndole quizá á ser víctima de alguna asechanza. Pero apagando á la primera descarga el fuego de los propios cañones, ¿cómo se neutralizaba el del enemigo? En este caso era indispensable apoderarse súbitamente de la artillería contraria, y para realizarse, se derramaba en el espacio que quedaba abierto á los disparos, una nube de soldados ágiles y valientes, los cuales avanzando á pasos de gigante sobre las opuestas baterías, debía apoderarse de ellas á viva fuerza si ántes no intimidaban con su aspecto á los artilleros. Todos los medios que pusiera en juego el enemigo, estaban sabiamente previstos. Si quería defender sus piezas con un movimiento progresivo, se acercaba á las picas españolas y no podía rehusar el combate: si colocaba sus cañones en el centro del cuadro, ó los cubría cerrando este, no podían disparar aquellos, ó dejaba un espacio ó intervalo suficiente para fulminar la metralla, y entónces las filas españolas replegándose sobre sus costados, dejaban el mismo hueco, y los disparos eran completamente inofensivos. No conociéndose en aquella época la teoría de los fuegos oblicuos, una maniobra rápidamente ejecutada casi anulaba los efectos de la artillería más formidable.

Aunque el orden de la batalla que hemos descrito llenara todas las condiciones ordinarias de la táctica europea, sin embargo, el Gran Capitan profesaba un principio singularmente profundo en resultados prósperos; el de que nada hay absoluto en la guerra y que el génio de los generales puede y debe suplir en muchos casos á la insuficiencia de las reglas generales. El suyo, inflamado por la probabilidad de que el turco se arrojará con una masa enorme de caballería sobre nuestro continente, habia concebido otro orden que debia dar al talento, á la intrepidez ilustrada y al orden, su merecida preponderancia sobre la multitud arrastrada por un fanatismo ciego. Suponiendo que el ejército turco, terror entonces del Oriente, constase de trescientos mil caballos, Gonzalo pensaba vencer á la cabeza de cincuenta y cuatro mil infantes, nueve mil hombres de armas é igual número de lanzas extradiotas, dispuestas en esta forma, *lámina 19, fig. 10*: los cincuenta y cuatro mil infantes se dividian en nueve escuadrones y estos á su vez estaban subdivididos en dos mil picas, mil arcabuceros, quinientos ballésteros y cuatro mil quinientos enrodelados, armados extraordinariamente con escudos, espadas cortas, puñales y dardos. Cuatro capitanías correspondientes á cada uno de los escuadrones que formaban el vértice de los ángulos, teniendo cada una en fondo, cinco filas de picas y doce de rodelas, cubrian el frente ó primera línea en un espacio de trescientos piés. Treinta pasos detrás de estas cuatro capitanías y sobre su flanco izquierdo, se colocaban otras tres al paso que dos mas, equidistantes, protegian al flanco derecho. Este orden, no obstante, sufría una alteracion análoga al punto que ocupaba cada uno de los escuadrones laterales, por que si estos se hallaban colocados á la izquierda, las capitanías protectoras de la vanguardia, permanecian en el sitio que hemos designado, pero si el escuadron estaba á la derecha, eran tres las batallas que cubrian este flanco y dos las que se establecian sobre el siniestro. Esta modificacion estaba dictada por un pensamiento excelente, pues segun que los escuadrones ofrecieran su flanco derecho ó izquierdo á la parte exterior, casi necesitaban tener mayor consistencia, al paso que la línea interior debia ser más débil por hallarse á cubierto del primer peligro. Para cerrar los intervalos que resultaban entre estas capitanías, y

enlazar vigorosamente las extremidades del cuadro, se ponian á cada lado cinco filas de picas, y doce de rodelas, con veinticinco hombres por fila. Esta masa de acero se robustecia con doscientas cincuenta picas extraordinarias, trescientas más se agregaban al costado interior y las doscientas cincuenta restantes, con un capitan y una bandera, constituian un cuerpo de reserva á la disposicion del coronel. Cuatro piezas de artilleria cubrian el frente del escuadron, los mil arcabuceros apoyados en quinientos hombres de armas, ocupaban el flanco izquierdo ó derecho respectivamente, quinientos ballesteros con un número igual de lanzas extradistas, se situaban en el opuesto flanco; el coronel sostenia la retaguardia á la cabeza de quinientos hombres entre enrodelados y piqueros. Los seis escuadrones laterales quedaban en el mismo orden, teniendo siempre el frente cubierto con la artilleria, y los arcabuceros y jinetes sobre sus flancos; los tres interiores correspondian con vigorosa exactitud á los de la vanguardia, de los flancos y de la retaguardia. El capitan general, en el costado derecho de todo el ejército podia volar con mil caballos escogidos sobre el punto mas seriamente disputado.

Al observar la disposicion de esta batalla, no se puede atribuir al presuntuoso orgullo de la ignorancia, sino á una inspiracion de verdadero génio la confianza que tenia el Gran Capitan en abatir con una tercera parte de fuerzas, á las hasta entónces omnipotentes de la raza otomana. Toda la fuerza, colocada en un corto espacio, estaba tan enérgica y hábilmente ligada que se podian socorrer unos á otros en pocos minutos y replegarse por líneas interiores ántes que el enemigo pudiera arrojar en el centro, la punta de una lanza. Para reconcentrar las fuerzas distantes sobre un extremo gravemente comprometido, no se necesitaba respecto de algunos escuadrones más que una marcha de flanco ó de frente, y respecto de otros, un simple movimiento de conversion sobre el centro. Si los orientales, siguiendo su táctica ordinaria, pretendian comprimir, envolviéndole al ejército cristiano; hallarian siempre tres cuadros que se protegian mutuamente y sin ningun esfuerzo sufririan á la vez el fuego de treinta y cuatro cañones terribles para los jinetes, y el de tres mil arcabuceros, cuyo ojo avizor y pulso firme, derrama-

rian la muerte y el terror en aquellas masas compactas; el choque imponente de los hombres de armas, el ímpetu de los caballos ligeros y el encuentro de las picas, cuyas cinco filas, según habia acreditado una experiencia victoriosa, eran capaces de resistir al más recio golpe de la caballería. En semejantes circunstancias, el pensamiento de composicion, era de todo punto irrealizable. Pero si el enemigo, abandonando su táctica ordinaria, con todo el peligro que puede correr un ejército cuando se le obliga á maniobrar de un modo distinto al que estaba en armonía con sus costumbres, con su instruccion, con el ardor de su carácter y con la naturaleza de sus armas, se precipitaba confusa y desordenadamente sobre una de las extremidades del gran cuadro, tenia al punto sobre sus brazos, treinta y cuatro mil soldados españoles apoyados de cerca por todo el resto del ejército. Si lograba romper el primer cuadro, caia en las picas del otro que se hallaba al lado y era preciso que renovara nueve veces el combate y reportara nueve victorias sucesivas, ántes de alcanzar la palma del triunfo definitivo. Como los españoles podian elegir un terreno accidentado, por que el nérvio de su ejército consistia en los peones, debia recibir muy poco daño de las baterías turcas, al paso que aquellas enormes masas de caballos, serian arrebatadas por el fuego de nuestros cañones. Este orden tenia además otra ventaja con respecto á los dos beligerantes, porque los turcos, malos tiradores siempre, no sabian contestar á las armas de fuego Europeas.

Pero no consiste la habilidad de un general unicamente en disponer la batalla, en tomar el viento ó el sol favorable al tiempo de darla, en elegir aquellos terrenos que por su fisonomía ofrecen más ventaja al número y la clase de armas más sobresaliente; su principal mision consiste en brindar oportunamente con el combate, en rehusarle sin desmoralizar las tropas, y en diferirle sin que el enemigo adquiera una influencia incontrastable en el porvenir de la campaña.

¿Más cuando se ha de convidar con la batalla ó admitir la propuesta por el enemigo? El Gran Gonzalo opinaba que nunca debe aventurarse la batalla sino en dos casos, ó cuando ofrece muchas probabilidades del triunfo, ó cuando sea preciso invocar el auxilio de la fortuna para evitar mayores males. Estos males

pueden ser la falta de recursos, causa eficiente de la desercion, la creencia de que el enemigo va á ser reforzado poderosamente y otros análogos.

En todo evento, el general debe estudiar, decia, el caracter de sus soldados, el influjo de sus armas, la fuerza relativa de éstas, la calidad de los jefes subalternos, el poder de las tradiciones, la confianza que en el caudillo supremo tenga toda ó parte del ejército, y lanzar en ciertos instantes decisivos, aquel cuerpo ó cuerpos que reunan en más alto grado, estas calidades.

Si el enemigo acomete al rayar el dia, convendrá permanecer en los atrincheramientos, para que la fria mano del tiempo apague ó debilite el belicoso ardor de los contrarios; si por el número ó la calidad de la gente propia no fuera verosimil el resultado de la accion, la prudencia aconseja que se difiere hasta que las tinieblas de la noche puedan encubrir ó favorecer una retirada probable. Muchas veces es preciso hallar en los accidentes del terreno, las ventajas que no ofrece la constitucion del ejército, y en este caso debe buscarse en lugares fragosos, pantanos ó grandes brazos de agua, una barrera insuperable para el enemigo. La historia militar de los romanos abunda en hechos de esta especie y la inmortal campaña del mismo Gonzalo, sobre el Garellano, es la sancion más elocuente de este principio.

El temerario valor del soldado, violenta los más sábios planes del general y compromete el porvenir de toda una campaña. En este caso, y habiendo empleado inutilmente los resortes de la autoridad y de la persuacion, es preciso aventurar la parte más ardiente del ejército á un choque desproporcionado para conseguir con el escarmiento de pocos, la salvacion de los más y el triunfo de la causa que se defiende.

Pero la mejor prenda del general, consiste en aquella penetracion de ingénio que se apodera de los planes enemigos y concibe los medios de frustrarlos.

Para lograr esto, es menester mantener un espionaje activo, y saber discernir la verdad de las apariencias fascinadoras.

Las cualidades morales de un jefe no contribuyen ménos que sus talentos y pericia á la obtencion de la victoria. El caudillo

debe ser afable con los soldados, inculcarles las ideas gloriosas que puedan inflamar más su corazón, darles el ejemplo de la sobriedad, de la perseverancia y de la intrepidez, y sobre todo de aquella impassibilidad de ánimo que vence, despreciando los más crueles desdenes de la fortuna. Cuando haya logrado captarse la voluntad de las tropas, cuando haya establecido con ellas la solidaridad de sentimientos, sus palabras serán respetadas como amenazas, sus deseos como órdenes, y su voluntad como un elemento superior á los mayores peligros. El dicho vínculo del amor en el concepto de este hombre eminente, es más poderoso para sostener la disciplina, que el violento resorte del temor.

Conviene también elevar el espíritu de los soldados, poniendo en juego aquellos sentimientos que pueden interesarle más; la codicia individual, el orgullo de corporación, el honor nacional, las preocupaciones dominantes y principalmente las creencias religiosas, que en los instantes de un peligro supremo, ejercen aun sobre las almas más vulgares, un influjo omnipotente.

Estas reglas, respecto á la formación en batalla, á la elección del momento en que debe ofrecerse, aceptarse y rehusarse, á las cualidades que debe tener un jefe para suplir con la fuerza moral, la falta de recursos materiales, y á las fibras que deben agitarse en el corazón del soldado; en una palabra, estas reglas que prescriben el modo de combatir y vencer á un enemigo conocido y ostensible, no se entiende al caso en que este se hallara oculto, pero se sospechará su existencia y proximidad. La guerra de cautela exige diferentes condiciones que la guerra franca y abierta.

Hé aquí lo que el Gran Capitán practicaba en este caso. El ejército al romper su marcha iba precedido por cien caballos ligeros; diez de estos distantes tres cuartos de legua de la masa general, hacían el oficio de exploradores; los noventa, con su capitán á su frente, marchaban á media legua del ejército. Diez capitanías formaban la vanguardia, marchando paralelamente y dividida cada capitanía en cincuenta filas de á diez hombres de fondo. Si el terreno no tuviese bastante latitud y se hallara bordeado por riscos y montañas, se sacaban de todas las capi-

tanías los arcabuceros y se lanzaban sobre la cresta de las colinas inmediatas, protegiendo los dos flancos. Las mil picas extraordinarias iban formando los costados. Seguían los carruajes puestos en fila, y en pós de ellos, avanzaban lentamente los cañones.

Los hombres de armas y las lanzas extradiotas, cerraban la retaguardia de cada escuadron. Cuando los exploradores descubrian al enemigo, destacaban uno de los jinetes para que diera la noticia al capitan de la vanguardia y este á su vez, debia comunicársela al Capitan General. Entónces se disminuía el frente; cinco de las diez capitanías conservaban su posicion primitiva; de las otras cinco, tres se replegaban sobre una distancia de treinta pasos y marchaban paralelamente con las primeras, las dos más, siguiendo el movimiento retrogrado, venian, á colocarse en otra misma línea, equidistante y paralela.

Si el enemigo acometia por el frente, encontraba la oposicion de las cinco filas de picas ordinarias, si por los costados iba á caer sobre las puntas de las picas extraordinarias, si por la retaguardia, recibia el fuego de los cañones que no era necesario volver por que las bocas miraban en aquella direccion, y el golpe de los hombres de armas y jinetes; y si lograban vencer esta resistencia, encontraba el acerado muro de las dos últimas batallas, las que podian ser reforzadas instantáneamente con las tres interiores y otras tres destacadas del frente. El ejército todo en muy pocos momentos quedaba formado en batalla de cuadros que hemos descrito en otra parte.

La rapidez en las maniobras, la agilidad en los giros, la brevedad en las conversiones, en suma, el buen éxito de las evoluciones tácticas, dependia esencialmente de la claridad y oportunidad de las órdenes. El Gran Gonzalo queria que el general se expresase siempre en términos claros y sencillos, dando á cada cosa su nombre genuino y verdadero, y absteniéndose sobre todo de palabras ambiguas ó susceptibles de doble interpretacion.

La opinion de este hombre eminente respecto á los gastadores era tambien original y digna de alto aprecio. En el último tercio del siglo XV, precedian á los ejércitos, millares de peones, cuya única funcion consistia en allanar los caminos para el paso de los trenes y carruajes. Esta multitud de hombres inermes, se

recogia al aspecto del enemigo, en la entraña del propio ejército, y no solo entorpecían sus evoluciones; si que contribuían poderosamente á derramar el pánico en espíritus afectados por la eminencia de un gran peligro. Para evitar estos graves inconvenientes, el Gran Capitan, sacaba de las filas un cierto número de soldados, los cuales manejando alternativamente la pica, la espada ó la azada, aplanaban las asperezas de los caminos, y peleaban en el momento de empezar una funcion marcial, al lado de sus compañeros.

En iguales condiciones estratégicas vence siempre el ejército más maniobrero. Y como el vigor y velocidad de las maniobras son tanto mas fáciles cuanto ménos obstáculos existan en el centro de las masas, Gonzalo creia con fundamento que la hueste más apta para obtener los laureles del triunfo, seria aquella que estuviese más libre y desembarazada. Esta premisa sacaba el corolario que hemos presentado respecto á los gastadores, y de la misma, dependian sus ideas en orden á las subsistencias. El soldado en quien la sobriedad es la primera virtud, debia mantenerse en sus marchas con el pan que pudiera cocerse él mismo en cualquier parte en donde se encendiera fuego, haciendo tortas parecidas á las de maíz, que se comen en nuestras provincias del norte. De este modo, solo era preciso conducir arina lo cual era mucho mas fácil que llevar pan, y como la decocion de este artículo en hornos necesita algunas horas, se expone el general á perder un tiempo que en la guerra es inestimable.

El vino lo consideraba como artículo de lujo, y decia que aunque el jefe se vea precisado á contemporizar con el gusto dominante de sus tropas, permitiéndolo, no debe practicar la menor diligencia para proporcionárselo. Los licores narcóticos, en concepto de este gran hombre, sólo producen un ardor artificial y efímero contrario algunas veces á la disciplina, que es el verdadero nérvio de un ejército. La verdadera intrepidez, la que no se entivia en medio de los mayores peligros, es la que nace del amor ó la gloria, sentimiento omnipotente que se sostiene sobre la energia del espíritu y no sobre una sensacion física, precaria y grosera.

Gonzalo á la luz de un criterio ilustrado por una práctica de

muchos siglos, no ignoraba los medios que debe poner en juego un general para precaverse contra las fuerzas del enemigo y los grandes accidentes de la naturaleza.

La existencia del enemigo puede conocerse no solo por las noticias de los exploradores, si que tambien por el polvo que se levanta á alguna distancia, por el ruido extraordinario y aun por el vuelo de las aves. Si estas son de las que giran en una órbita de poca estension como las palomas, los pájaros que tienen afecciones domésticas y en general todos los que moran en una zona determinada y permaneciesen revoloteando sobre un punto sin atreverse á posar, puede temerse que haya en el mismo alguna emboscada enemiga y deben redoblar las precauciones. Si se presenta un pequeño destacamento y huye á la primera embestida, es preciso recelar de sus intenciones, por que el general ha de tener siempre por norte de su conducta la máxima de que el enemigo no cede en valor á sus propia tropas, y aun la prudencia aconseja que se aprecien las fuerzas de un enemigo oculto mucho más de lo que valen en sí. El general debe tambien conocer con exactitud, la fisonomía del reino ó provincia en que haga la guerra, valiéndose al efecto de cartas geográficas y planos.

¿Pero á qué recursos ha de apelar cuando teniendo un ejército débil y estando al alcance de un enemigo poderoso, se viera detenido por un gran rio ú otro obstáculo insuperable? Gonzalo creia que en este caso habia un medio ciertamente muy ingenioso, el de ceñir los atrincheramientos con un foso ancho y profundo, el cual se llenaria de leña y se le pondria fuego. El enemigo más temerario debia retroceder ante el cráter de este volcan improvisado, y si era bastante imprudente para intentar el paso, se exponia á ser acometido en esta peligrosa maniobra, ó ametrallado por la artillería de los Reales. La existencia de una trinchera inflamada, neutralizaba ventajosamente la superioridad del número, y el ejército atacado, que combatiría en este momento supremo con las inapreciables fuerzas de la desesperacion, podia reportar una victoria completa.

El paso de un rio caudaloso estaba tambien previsto y prevenido por el Gran Capitan. Este paso, decia, podia intentarse teniendo al enemigo al costado y sobre la misma márgen, ó te-

niendole al frente sobre la orilla opuesta. En el primer caso convenia desorientar al adversario acerca del dia y hora en que habia de realizarse el paso levantando trincheras y organizando su campamento ó aparentando realizar un movimiento retrogrado y aun lanzando algunos cuerpos en esta direccion inversa. Cuando el enemigo aprestara á perseguirlos, se habia de arrojar al otro lado del rio la mayor parte del ejército y proteger despues desde aquella márgen el paso de los cuerpos destacados. Si por el contrario, el enemigo se hallaba situado en la otra orilla, era preciso hacer con él, una marcha paralela pero dejando ocultas algunas compañías que construyesen en él entretanto los puentes. Terminada la obra, el ejército retrogradaba con toda la velocidad posible y atravesaba el rio, tal vez ántes que el enemigo se apercibiera de ello, ó por lo ménos antes que pudiera evitarlo.

En estos dos casos se supone la existencia de materiales necesarios para la construccion de puentes; cuando faltaban, debia suplirlos la industria del general y la decision de las tropas. Se abrian venas considerables al rio para dividirlo en dos ó varios brazos y pasarlos sucesivamente; otras se colocaban en el rio dos líneas de caballos muy compactas, la primera para que evitase el ímpetu de las aguas, y la segunda para que recogiera á los infantes arrastrados por la corriente. Cuando el rio tuviese mucho legano ó no pudieran fijar sólidamente el pié los infantes y caballos, se arrojaban en el fondo tablas oradadas, y se formaban con ellas un suelo artificial.

Una de las eventualidades de la guerra y acaso la más funesta, es la de hallarse el ejército dentro de un valle encajonado entre altas montañas, cuyas crestas así como las salidas del valle, se hallaran ocupadas por una nube de enemigos.

El terrible ejemplo del cónsul Postumio en las horcas caudinas, ha herido vivamente la imaginacion de cuantos generales se han hallado espuestos á un peligro de este género. El pensamiento del Gran Capitan tambien se habia fijado en él, y preparado para salir de esta situacion angustiosa algunos medios, que, sinó son enteramente satisfactorios, ofrecen por lo ménos grandes probabilidades de éxito. Consistia el primero en levantar fuertes trincheras sobre uno de los extremos de la ondon-

da, ciñéndolas con su foso correspondiente. El enemigo seducido por esta precaucion aparente, creeria que el ejército que tenia encerrado procuraba cubrirse las espaldas para dirigir todas sus fuerzas por el frente y abrirse paso con la punta de la espada. Semejante presuncion es sin duda muy verosimil, y lo es mucho más el que llevara el gran golpe de sus fuerzas sobre el punto amenazado. Entonces el general arrojaría el puente sobre el foso y saldria de aquella horrible posicion, quizá sin romper una sola lanza con el enemigo. Pero si este era bastante esperto ó vigilante para descubrir la estratagema, se habia de lanzar fuera á todo trance algunos caballos ligeros que talasen é incendiasen el territorio de los enemigos, y divirtiendo la atencion de estos, le obligasen á debilitar sus fuerzas dividiéndolas. Por último, cuando ningun efugio era posible, hacíase indispensable recurrir á un ataque á viva fuerza, y al efecto se formaba el ejército entero en una masa enérgicamente compacta, y que impelida por los más vigorosos resortes del corazon, debia hacer sucumbir al enemigo cuya fuerza moral no estaria en este trance imperioso al nivel de la de su adversario.

El génio de un gran hombre puede traspasar los límites de una ciencia y enriquecerla con nuevas y atrevidas concepciones, pero debe tener siempre por norte principios inmutables. Gonzalo, que en la disposicion de las batallas procuraba ante todo conceder la preferencia debida á las diversas armas, que comprendia fácilmente la superioridad infalible de la disciplina sobre el valor ciego y temerario, este ilustre caudillo, fiel á las tradiciones romanas, del mismo modo juzgaba, tratándose de los campamentos, que un general no se hallaba en el caso de sujetarse servilmente á las condiciones del terreno, siempre que estas se opusieran á la ordinaria formacion del ejército. La razon en que se apoyaba era tan sencilla como conveniente. Nunca la fisonomía de un país presenta los mismos rasgos en un punto que en otro, y si el ejército se acampara sobre cada uno de ellos acomodándose á los accidentes locales, tendria que sufrir graves innovaciones en el orden á que se hallaba acostumbrado, innovaciones que teniendo el peligroso caracter de la novedad, serian muy fuertes caso de un ataque. Solo podian evitarse con una regla general adaptable á todas las situaciones.

Segun las prescripciones de Gonzalo, en el centro del sitio destinado al campamento, debia colocarse el estandarte ó guion y al rededor suyo el aposento del capitan general, *Lám. 17, figura 11*. Desde este punto cardinal, partian cuatro radios correspondientes á los verticales del horizonte y que se denominaban como ellos, Oriente, Occidente, Norte y Sur. Los radios que mediaban entre la vanguardia y la retaguardia, habian de ser más prolongados que los de los flancos, pues el campamento presentaba la forma de un paralelógramo regular. Habia en el campamento cuatro calles principales que se denominaban calle capitana, calle de provisiones, calle de media infanteria y calle de caballeros, y otras dos subalternas llamadas traviesa y de sobre plaza, por hallarse esta abierta sobre la plaza de los reales. La calle capitana, la más importante de todas, estaba formada por el radio vertical superior que desde el cuartel general iba á concluir á la cabeza de la vanguardia. Sobre los dos lados de esta calle se estendian los escuadrones en cuadros subdivididos en aposentos. Al frente de los dos órdenes de cuadros, se hallaban las picas ordinarias y extraordinarias, teniendo en medio su capitan con su bandera y el tambor; en la extrema vanguardia correspondiente á la izquierda, cien hombres de armas, y en la derecha cien caballos ligeros. Dos calles cruzaban esta gran seccion del campamento; la calle de la infanteria media, llamada así porque separaba su dos partes los cuerpos de infanteria, y la calle traviesa abierta sobre el vértice de la misma calle capitana y compuesta por las últimas filas del segundo departamento y las cuatro capitánias que formaban á los dos costados del cuartel general. En el espacio de estas tres calles, quedaba acampado el grueso del ejército, observando el orden acostumbrado de picas extraordinarias y ordinarias, arcabuces y rodelas.

La calle de provisiones se extendia verticalmente desde el cuartel general hasta la extrema retaguardia, y se hallaba cruzada á su vez por las de sobre plaza y de caballeros. La calle de sobre plaza, se habria sobre la espalda del cuartel general y en direccion horizontal, y unia los dos costados del ejército. En ella debian colocarse los maestros del campo, los dependientes de justicia y de administracion militar, y cuantas personas si-

guieran la suerte del ejército, sin tener en sus filas un lugar designado. Paralela corria la calle de caballeros, denominacion propia, por que á su derecha se alojaban los hombres de armas, en tantos aposentos cuantos fueran necesarios para disponer con desahogo la fastuosa pompa militar de los nobles que constituian aquel cuerpo. Los caballos ligeros se colocaban, bien á los dos flancos, bien sobre la extrema retaguardia. Al lado derecho de esta calle, habia un gran espacio dividido en dos cuadros, para las reses de raciones, y otro para los que ejerciesen algun arte mecánico ó profesion fabril en el ejército. Los cuarteles de la caballería pesada y los aposentos de los industriales, formaban lateralmente el resto de la calle de provisiones. Casi en el centro de los reales, entre las calles de sobre plaza y caballeros, se hallaba la plaza, donde se proveian los soldados de las cosas necesarias para su subsistencia ó sus placeres. En cada uno de los extremos de la plaza habia diversos cuadros destinados unos á los conductores de víveres y á los bagajes ordinarios de las tropas, y otro á los armeros y las municiones.

En este estremo se hallaba tambien la tienda del capitán general de artillería. La que hubiese en el ejército, se situaba sobre el perímetro del gran cuadro á la distancia suficiente para que pudiera jugar con resultado. Dispuesto de este modo el campamento ofrecia un verdadero órden de batalla, con las picas ordinarias al frente, las extraordinarias á los costados, y el general en frente, la caballería sobre los flancos y la retaguardia, y los inútiles para la pelea abrigados en el corazon del ejército. Al aspecto del enemigo todas estas tropas se podian poner en pié, y conservando su formacion ó haciendo cuando más algunas sencillas conversiones, defenderse con toda la ventaja relativa de sus armas. Como cada calle de campamento tenia treinta pasos de latitud, las compañías ó centurias se hallaban en aptitud de maniobrar con mucho desembarazo.

No siempre era necesario cercar el campamento con fortificaciones, más cuando la proximidad del enemigo lo exigia así, ó los reales se hallaban establecidos en campo habierto, ó estaban enfrente de una plaza, entónces debian habirse trincheras y fosos y aun erigirse fortines en los puntos amenazados, con el suficiente número de piezas de artillería.

Respecto á la guardia del campamento, el Gran Capitan, á imitacion de los romanos, condenaba las esterioridades ó escuchas, ya por que pudieran ser sobornados por el enemigo, ya por lo expuesto que se hallaba á caer en sus manos, y acometer bajo la influencia del temor, una defeccion perniciosísima para el ejército. La vigilancia debia desplegarse desde el interior de los reales, y al efecto, habia siempre de noche un tercio sobre las armas del cual se destacaban partidas para recorrer todos los puntos del campamento. Durante el dia la fuerza vigilante podia prestar el mismo servicio aunque fuera mas reducida.

Como la salvacion ó ruina de un ejército, pende muchas veces de la exactitud con que se hacen estas guardias, excitábase su celo castigando con severidad ejemplar aun las simples omisiones, por que en los delitos militares á diferencia de los que se perpetran en la esfera civil, la pena debe ser ménos proporcionada á la intencion de dañar que al daño que resulta efectivamente.

La fuerza mejor organizada, es impotente en estas ocasiones á vencer obstáculos de cierto linage; en otras es preciso extinguir en su gérmen algunos elementos de resistencia, ocasiones frecuentes hay en la guerra en que es necesario detener el brazo levantado del enemigo, y una experiencia deplorable ha acreditado la necesidad de sofocar en el propio ejército las ideas sediciosas, ántes que estallen en una violenta sediccion.

En todos estos casos debian sujetarse á la fuerza con los recursos de la imaginacion, pero como los ardidés mas hábilmente concebidos serian infructuosos si llegaran á divulgarse ántes de su realizacion, Gonzalo, profesando la gran máxima de Metelo, creia que el general debia envolver sus pensamientos en un misterio impenetrable.

Así, tratándose de imponer á un país la demolicion de sus fortalezas ó cualquiera sacrificio de diversos géneros que afectase á muchos pueblos ó individuos, convenia en su concepto disponer las ejecuciones en un mismo dia y en diversos puntos, pues de este modo, no pudiéndose afirmar toda la magnitud de perjuicios, se irritaría ménos el espíritu de oposicion.

Para traer al enemigo á una funcion marcial, nada era tan conducente como disponer una retirada rápida, haciéndoselo sa-

ber directamente por medio de transfugas; si por el contrario, se deseaba recibir un refuerzo, convenia brindar al contrario con la batalla, evitando sin embargo aventurarse en términos que fuera imposible el retroceder y forzoso pelear con grande desventaja numérica.

El medio más habil para divertir la atención del enemigo, es el lanzar sobre su territorio algunas bandas de tropas ligeras; no obstante, en algunas coyunturas conviene permitir al enemigo que penetre en el territorio contrario, y seducirle con la conquista de algunas plazas poco importantes, pues entónces estimulado por el aliciente de su fáusto progreso, se dejarían envolver por la retaguardia y quedarían postrados sobre sus funestos laureles.

Esta opinión del Gran Capitan, tenia mucho valor en aquella época, porque los principios estratégicos se hallaban poco desarrollados, y se fiaba mucho más en las evoluciones tácticas que en la elección de grandes líneas. Un beligerante solia destacarse imprudentemente de su base de operaciones, y dando una importancia temeraria á los golpes enérgicos, se precipitaban espada en mano, sobre el corazón del país que atacaban.

Gonzalo, era en muchos casos partidario de la ofensiva recíproca. Los romanos, sus grandes modelos, la habian empleado siempre en sus situaciones más críticas, y siempre la fortuna habia coronado aquellos sublimes esfuerzos de génio y de carácter. Más para plantearlo con éxito, el Gran Capitan queria que se fascinase al enemigo con ciertas maniobras, á fin de que debilitándose más y más en obsequio de su propia ofensiva, quedara sin recursos hábiles á sostener la defensa.

El cuidado de un jefe ó caudillo debia dirigirse tambien á desautorizar al general contrario, haciéndole perder la confianza que tuviera depositada en su ejército, en su soberano, lo cual se podia lograr, bien haciendo una excepcion favorable de los rigores de la guerra, en las cosas ó personas que le fueran afectas, bien haciendo públicamente la apología de sus cualidades, ó ya escribiéndole con frecuencia para empeñarle en una defecion. Sin embargo, estos principios de una política maquiavélica, estaban poco en armonía con el noble carácter de Gonzalo,

y aunque los profesase su teoría, nunca durante el curso de su gloriosa carrera, hubo de ponerlos en práctica.

Quería que un profundo secreto envolviera las ideas del general, relativas al castigo de los que hubiesen delinquido en su ejército. Es preciso que ántes de advertir la tempestad que amenaza su cabeza, siente el culpable el rayo de la ley que le hiere; pero el momento de la ejecucion debe ser público y tomar una parte activa en ella el resto de las tropas. De este modo obtenia el carácter más apreciable de la pena, el de la publicidad, y evitaba el que los delinquentes enarbolaran para salvarse el estandarté de la insurreccion.

Cuando Gonzalo advertia que traspiraba el secreto de sus plazas y sospechase de algun subordinado, léjos de castigarle, solia oponer un artificio á otro, haciéndole su confidente y revelándole con aire de misterio proyectos contrarios á los que habia de ejecutar. El enemigo caia entónces en el lazo que él mismo habia preparado, y la muerte del traidor era el desenlace de sus pérdidas maquinaciones.

La continuacion é interrupcion de las hostilidades durante el invierno, era hasta entónces un problema en cuya solucion se habian desplegado muchos y preciosos datos. Gonzalo se declaraba abiertamente por la suspension de las operaciones.

Esta era sin duda muy lógica y conveniente en su sistema. Siendo el órden y la precision en las maniobras los elementos principales del triunfo, cuanto contribuyera á entorpecer al uno ó á debilitar la otra, debia ser objeto de su reprovacion, y como nada estenúa tanto el nervio de un ejército como los rigores de la estacion en el invierno, el Gran Capitan condenaba sin restriccion alguna, la costumbre introducida en sus épocas de permanecer todo el año con las armas en la mano. No obstante, este ilustre caudillo, sabia sacar partido aun de las circunstancias más opuestas á su pensamiento dominante; la inmortal batalla de Garellano, lo prueba suficientemente.

El órden no puede sostenerse sino con una disciplina severa y sobre estos dos principios, como sobre dos polos, debe fijarse la atencion de un jefe.

Pero el vínculo del temor es muy fragil para mantener en la estrecha línea de sus obligaciones á hombres acostumbrados

á desafiar la muerte; es preciso que la autoridad tenga una sancion vigorosa, y ninguna lo es tanto como el ejemplo de los jefes. Lo que sobre todas las cosas tiene al ejército sujeto, decia Gonzalo, es la reputacion del Capitan, la cual nace solamente de su propia virtud, por que ni sangre ni autoridad, le dió jamás. Es difícil expresar una idea noble en términos más dignos, pero lo que le da mayor realce es el considerar que el hombre que se producía así, era por la severidad de sus costumbres una de las honrosas escepciones de un siglo corrompido.

El plan militar de Gonzalo, no se circunscribía á la disposicion de las batallas y á la castrametacion ó construccion de los reales; abrazaba tambien como parte integrante la fortificacion de las plazas y castillos. En este punto sus ideas estaban tambien encadenadas á un principio fijo, sólido y luminoso: los muros, los fosos y atrincheramientos, debian servir ménos para imponer á la imaginacion de los sitiadores, que para inutilizar sus armas ofensivas, y especialmente la accion de los proyectiles. Así, léjos de erigir una fortaleza sobre sitio eminente, habia de levantarse sobre sitio llano, en el que se pudieran desplegar todos los recursos del arte. Segun las prescripciones de este, la elevacion del muro debia proporcionarse á las circunstancias locales, pero nunca ser tanto que sirviera de fácil blanco á la artillería contraria; su grueso seria al ménos de doce piés, aumentándole siempre que el tiempo, la ocasion y los materiales lo permitieran.

El muro debia de estar siempre flanqueado por torres ó torreones, distantes entre sí doscientos pasos; la forma angular de estos torreones, era preferible á la esférica, por que rechazaria mejor los proyectiles. Dos fosos terminarian el muro, uno exterior y otro interior; el primero se consideraba conveniente, el segundo indispensable.

El foso interior tendria treinta pasos de latitud y doce de profundidad; con la tierra que se sacaba del foso, se levantaba otro muro, sostenido por una obra de mampostería lo más sólida posible. Sobre este muro interior y á la distancia respectiva de doscientos pasos, se levantaba una casamata coronada por la artillería. En esta parte se colocaban las piezas de mayor calibre, y las menores sobre la cresta del muro exterior, di-

ferencia que tenia por objeto el servirse con mayor facilidad de esta arma formidable.

El foso seco llevaba ventajas conocidas al que estaba inundado de agua; primero por que era más difícil de rellenar con la fagina que arrojase el enemigo; segundo, por que la humedad conmoviendo constantemente el pié del muro, destruia en parte su solidéz, y finalmente, por que el agua estancada exhala vapores mefíticos, impregna con ellos la atmósfera, y perjudica á la salud de los que habitan en la plaza. Es verdad que un foso inundado de agua entorpece ó destruye la accion de la mina, pero este mismo resultado podia obtenerse haciéndole tan profundo que la piqueta del minador, hiciera saltar á los primeros golpes los manantiales ocultos en el seno de la tierra.

CARROS FALCADOS.

APÉNDICES.

Los carros y ruedas del Asia menor, que se usaron en la caudalesa de la guerra de Troya, se componían de una rueda que se movía por tres ó cuatro ejes, y se conducían dos hombres, el uno que giraba y hacía los movimientos de cochero y el otro que combatía lanzando jabalinas y flechas á los contrarios. Felipe Xanthus, uno de los grandes maestros del uso de estos carros que se habían generalizado entre los griegos, armenios y arábigos, propuso por mejor que siendo los que mandaban estos carros gente joven, y la flor de las ciudades, se les pusiera una gran capa sobre el escudo, como promulga el uso más de una nación, con su arnés á imitación del Arme de la batalla, y se les pusiera por delante los carros que conducían los más trascendidos combatientes, se les pusieran los cocheros y los de guardia caballos, de que por lo demás esta masa de carros y caballos, con el uso de los carros se echaban los ejércitos á la batalla de aquel momento. Por el abuso del uso de estos carros se construyeron unas nuevas, esta construcción para la guerra, se le llama aligantia, los carros se construían más fuertes para que no se rompieran tan fácilmente, y añadían mucho el peso para de esta suerte evitar los ruidos. Á los dos extremos del eje eran dos ruedas con el eje para hacer largo cada uno de dos ejes. Detrás marcaban el cochero cubierto con el armadura completa y un soldado también cubierto de hierro que arrojaba dardos, habiendo sobre el carro á todo el

APENDICES.

CARROS FALCADOS.

Los griegos y pueblos del Asia menor, desconocieron la caballería por completo durante la guerra de Troya, haciendo sus veces, según se lee en Homero, los carros tirados por tres ó cuatro caballos, que conducian dos hombres, el uno que guiaba y hacia las veces de cochero y el otro que combatia lanzando jabalinas y dardos á los contrarios. Según Xenofonte, Ciro el grande abolió el uso de estos carros que se habian generalizado entre los medos, sirios y árabes, primero por notar que siendo los que montaban estos carros gente jóven y la flor de los ejércitos, se lanzaban con grandes ímpetus sobre el enemigo, comprometiendo en más de una ocasion con su arrojó é intrepidez el éxito de la batalla, y segundo porque trescientos carros que conducian tan solo trescientos combatientes, exigian trescientos cocheros y mil dociientos caballos, sin que por lo demás esta masa de carros y caballos consiguiese destrozár ni conmover los ejércitos numerosos de aquel entónces. Ciro al abolir el uso de éstos, hizo construir unos nuevos, más convenientes para la guerra, en la forma siguiente: las ruedas se construyeron más fuertes para que no se rompiesen con tanta facilidad, y ensanchó mucho el carril para de esta suerte evitar los vuelcos. A los dos extremos del eje salian dos guadañas con el corte para fuera, larga cada una de dos codos. Dentro marchaban el cochero cubierto con su armadura completa y un soldado tambien cubierto de hierro, que arrojaba dardos. Lanzados estos carros á todo el

correr de sus caballos, penetraban en las filas enemigas haciendo el destrozo consiguiente con sus guadañas, entre las apiñadas masas de los ejércitos de aquel tiempo.

El mismo historiador que hemos citado, asegura que Abracates, hizo construir para agradar á Ciro, cien de estos carros y que él mismo se puso á su frente montado sobre uno que tenia cuatro tinsones ó lanzas, y arrastrado por ocho caballos.

En tiempo de Alejandro, los carros falcados componian el primer elemento de ataque de los pueblos de la India. Quinto-Curcio al hablar del ejército de Pirro, dice que los carros que llevaba en su ejército, conducian hasta seis hombres á saber: dos provistos de grandes escudos, dos armados de arcos y flechas y dos cocheros que al venir á las manos, lanzaban tambien dardos y picas que á prevención llevaban en el carro; pero todo este aparato de fuerza se inutilizó el dia de la batalla de Hidaspe, pues habiendo llovido mucho ántes del combate, los carros y caballos quedaron enclavados en el barro, sin poder avanzar ni retroceder. (1)

Los macedonios, segun Quinto-Curcio, habiéndose aproximado á una ciudad, que por cierto no nombra, vieron salir á los bárbaros montados sobre carros atados de dos en dos, llevando achas, dardos y javalinas y saltando ligeramente del uno al otro cuando querian socorrerse mutuamente. Este nuevo sistema de combatir llenó de asombro en un principio á los macedonios, pero repuestos de su estupor, arremetieron á los carros, cortando por orden de Alejandro las ligaduras que los unian entre sí, pereciendo de esta suerte cerca de ocho mil combatientes.

Los cartagineses, como la mayor parte de los pueblos Orientales, usaron tambien los carros falcados. Cuando Agatocles llevó la guerra al Africa, el ejército que se le opuso contaba dos mil carros. Esta cifra que parece algo exagerada (2) no es nada comparada con la que aparece en la Biblia, en donde se lee que los filisteos presentaron para combatir al pueblo de Israel, treinta mil carros de guerra, cantidad que la mayor parte de los

(1) Quinto-Curcio, lib. VIII, cap. 14.

(2) El ejército no contaba más que 40,000 hombres.

escritores rechazan, pues segun opinion muy admitida, Faraon no contaba más que con seiscientos carros, Jabin rey de Azor, novecientos, Sesac rey de Egipto, mil doscientos, y Zaras, rey de Etiopía, trescientos.

Segun Zonaro y Paulo-Orosio, los galos introdujeron en Italia el uso de los carros falcados, empleándolos los mismos romanos en la batalla de Asculum contra Pirro. Estos carros guarnecidos de largas hoces y agudos clavos, iban montados por soldados que llevaban además de sus armas, teas encendidas y proyectiles incendiarios, con objeto de espantar á los elefantes del ejército enemigo, poniendo fuego al mismo tiempo á las torres que estos animales conducian sobre sus robustos lomos.

Mr. Armandi en su historia militar de los elefantes publicada en 1845 hace notar un hecho digno de estudio por más de un concepto, y es que mientras los cartagineses renunciaban al uso de los carros falcados, sustituyéndolos por elefantes de guerra, los romanos adoptaron estos carros con el único objeto de destrozar é inutilizar á estos animales.

Por lo demás, estos carros que bien dirigidos causaron grandes destrozos entre las grandes masas indisciplinadas de los ejércitos del Asia, llegaron á perder su importancia, tan pronto como tuvieron que combatir con soldados aguerridos y acostumbrados á batirse con sujecion á una táctica dada, debiendo tener en cuenta, como dice muy bien Vegecio, que semejantes máquinas requerian no tan solo un terreno llano sin accidente alguno, sino que no fuese herido ó muerto ninguno de los caballos que la arrastraban, pues tan pronto como esto sucedia, quedaba inutilizado por completo este medio de ataque.

Poliemo cuenta en sus *estratagemas*, que Alejandro sabiendo que los Tracios tenian el intento de lanzar sobre los macedonios un gran número de carros falcados, dió las órdenes á sus tropas para que tan pronto como se viesen sorprendidos por estas máquinas é imposibilitados de esquivar su choque se tirasen al suelo y cubiertos con sus escudos, dejasen pasar sobre ellos carros, caballos y combatientes. El exacto cumplimiento de esta orden desconcertó por completo á los tracios, que se vieron en la precision de retirarse.

En la célebre batalla de Arbella, Alejandro tuvo que hechar

mano de otro expediente para evitar el choque de los carros. Arrieno, cuenta que los persas lanzaron en carros armados de guadañas para romper la falange, pero ésta no llegó á verificarse, pues ántes de llegar á ella se subdividieron, dando paso á los carros que á su vez se vieron acometidos por todas partes por una lluvia de dardos y piedras, que lanzaban los agrienses y honderos Balacros, consiguiendo matar los caballos y apoderarse de esta máquina y de los hombres que las montaban.

Los romanos segun Vegecio, adoptaron para defenderse de los carros, del sistema de llenar el frente de batalla con abrojos de aceradas puntas, inutilizándose los caballos que los arrastraban al pisar éstos.

CAMELLOS DE GUERRA.

A pesar de las costumbres pacíficas del camello, se le ha visto en la antigüedad y aún en los tiempos modernos, representar un papel importante en los campos de batalla.

Segun Ctesias, en el ejército que Semíramis reunió para invadir la India, llevaba cien mil camellos montados por guerreros armados de espadas de cuatro codos de longitud. Ciro en la batalla de Thymbrea llevaba estos animales que conducian sobre sus lomos dos árabes colocados espalda con espalda, siéndoles de suma utilidad, pues su aspecto hizo que los caballos de Creso se espantasen y emprendiesen la fuga. Xerges, en su expedicion contra la Grecia llevó tambien gran número de camellos, montados por soldados que empuñaban una larga lanza. Antíoco á su vez, presentó algunos de ellos en la batalla de Magnesia, siendo esta la primera vez que hacen mencion los romanos de estos animales. Posteriormente volvieron á encontrarlos en los ejércitos de Mitrídates y más tarde Caracalla los encontró entre los Persas.

Vegecio dice, que en su tiempo se usaban los camellos en los ejércitos de algunos pueblos del Africa, que hoy son desconocidos, durando segun el citado historiador esta costumbre en dichos paises, hasta el siglo VI. En confirmacion de esto mismo asegura Procopio que en las inmediaciones de Trípoli, se dió una gran batalla en la que se presentaron estos animales en gran número, así como en Mamma, en donde los moros des-

plegaron delante del ejército romano hasta doce filas de estos cuadrúpedos.

Los Persas emplean hoy día los camellos para llevar unas piezas pequeñas de artillería llamadas *Samburaks*, piezas que han figurado con grande éxito en las guerras contra los rusos. Pero el verdadero uso que de estos animales puede y debe hacerse, es la de trasportar con gran rapidéz de un punto á otro tropas de infantería y muy particularmente en las grandes y áridas llanuras del Asia y del Africa. Este medio fué puesto en práctica á fines del siglo XVI por el Sultan Akbar, en una expedicion que hizo contra Guzarate, para lo cual salió secretamente de Agra á la cabeza de doce mil hombres montados en camellos y atravesando rápidamente el desierto, cayó de improviso sobre los enemigos, que sorprendidos se dispersaron sin oponer la menor resistencia.

Los franceses emplearon tambien con grande éxito el camello en su expedicion á Egipto. Los árabes beduinos acostumbraban á inquietar la retaguardia del ejército francés, llegando osadamente hasta los mismos arrabales del Cairo, cometiendo todo género de robos y asesinatos, prevalidos de la velocidad y supremacia de sus ligeros corceles, que los ponía siempre fuera del alcance de la caballería francesa. El general Bonaparte, quiso entónces poner un término á estas incursiones y ordenó por decreto de 9 de Enero de 1799, la formacion de un regimiento de camellos. Cada uno de estos llevaba encima dos hombres colocados espalda con espalda, armados de fusil de dragon, con bayoneta, sable de húsares (1) y agua y víveres para cinco días. Los oficiales llevaban pistolas y una pequeña brújula para poder caminar orientados por el desierto.

Tan pronto como los beduinos se acercaban á las inmediaciones del Cairo y la caballería francesa no podía darles alcancé, lanzaban en su persecucion un destacamento de camellos que por lo general conseguian alcanzarlos; verificado esto, los ca-

(1) El uniforme de estas tropas consistia en pantalon grana, dorman azul de cielo, botas de húsar, turbante blanco con un gran plumero amarillo y una ámplia dalmática encarnada sin cuello ni mangas, abrochada por medio de alamares que cubrian el pecho.

mellos doblaban las rodillas y los jinetes saltaban á tierra: en seguida los reunian en círculo, dejando en el centro un espacio vacío en donde quedaban algunos soldados para cuidar de ellos, y el resto arremetia á los árabes ya desconcertados, consiguiendo de esta suerte el escarmentarlos en más de una ocasion. Mientras que esta caballería de nueva especie, tenia en jaque á las hordas de beduinos que circunvalaban el Cairo, otros destacamentos del mismo cuerpo, cruzaban el desierto y mantenian francas las comunicaciones del valle del Nilo contra la Siria, y las costas del mar Rojo.

El general Desaix, que mandaba el alto Egipto, quiso emplear el mismo sistema contra los mamelucos de Murad-Bey, organizando en su consecuencia un segundo regimiento de camellos, pero éste no llegó á obtener los buenos resultados que se creyó en un principio, y se dispuso que se incorporasen al primero, formando un solo regimiento de 700 camellos.

EMPLEO DEL ELEFANTE EN LOS EJÉRCITOS.

El elefante, según Buffon, es, exceptuando el hombre, el ser más notable de este mundo, pues excede en magnitud á todos los animales terrestres, y se aproxima al hombre por la inteligencia, á lo ménos todo cuanto puede la materia aproximarse al espíritu.

Los hombres han tenido en todos tiempos una especie de veneracion á este animal, mirándolo los antiguos como un milagro de la naturaleza, exagerando sus facultades animales y atribuyéndole, sin ningun reparo, cualidades intelectuales y virtudes morales. Plinio, Eliano, Plutarco y otros autores más modernos, no han tenido reparo en dar á estos animales costumbres racionales, una religion natural é innata, la observancia de un culto, el espíritu de adivinacion y la piedad hácia el cielo y con sus semejantes, etc.

Los indios, preocupados con la idea de la metempsícosis, están todavia persuadidos de que un cuerpo tan majestuoso no puede ser animado sino por el alma de un grande hombre ó de un rey.

El empleo de los elefantes en la guerra se pierde en la oscuridad de los tiempos, siendo los pueblos de Oriente, y muy particularmente la India, los primeros que emplearon este elemento militar con grande éxito. La primera vez que un ejército europeo tuvo que luchar contra estos animales, fué al pasar el Hidaspes (327 años antes de Jesucristo), en cuya orilla opuesta

encontró Alejandro á Poro, á la cabeza de un ejército formidable, y cuya primera línea la formaban 200 elefantes, con intervalos de cien piés.

Quinto-Curcio al hablar de esta batalla, dice que los elefantes dispersaron en un principio á las tropas ligeras que precedían á la falanje, y que fué grande el terror de los macedonios al ver á sus soldados elevados por los aires, y enlazados con la trompa del elefante, ser entregados á los soldados que los montaban. Esto hizo á los macedonios más circunspectos, y notando la dificultad con que este animal se movía, daban vueltas á su alrededor, hasta que conseguían con hachas cortarle las piernas, y por medio de unas espadas encorvadas llamadas *copides*, herían al elefante en la trompa hasta dividírsela.

La batalla de Hidaspe, así como la de Arbela, que abrieron á Alejandro las puertas del Asia, y en las que tuvo que luchar contra estos terribles animales, le hicieron variar de táctica y abrir sus formidables falanjes para dejar libre el paso al corpulento enemigo. Entre los elefantes cogidos por Alejandro en la batalla de Hidaspe, se hallaba uno de grande estatura, el cual montaba Poro. A este elefante se le dió por el vencedor el nombre de Ajax, se le cubrió de telas preciosas, sus colmillos se adornaron con brazaletes de oro y plata, en los que se grabó la siguiente inscripcion: «Alejandro, hijo de Júpiter, ofrece este elefante al sol».

El gran número de elefantes que Alejandro el Grande conquistó en la India, fueron repartidos despues de su muerte entre sus sucesores, que los emplearon á su vez con grande éxito en la guerra, distinguiéndose entre otros, Seleucus-Nicator, que llegó á reunir tan gran número de estos animales, que recibió el sobrenombre de *Elefantarca*, presentando en la batalla de Iso (año 301 ántes de Jesucristo) 400 elefantes de guerra contra su adversario, que disponia sólo de 75.

Antipater fué el primero que, cuatro años despues de la muerte del gran conquistador, trajo á Grecia los primeros elefantes que pisaron la Europa. El año 280 antes de Jesucristo, los mismos elefantes que presenciaron la derrota de Poro, fueron llevados á Italia por Pirro, los cuales decidieron de la batalla de Heracléa.

El elefante de la India era preferido al de Africa, por su mayor tamaño, su arrojo, superior al de la Libia, y por su mayor comprension y obediencia. En la batalla de Rafia, que tuvo lugar el año 217 ántes de Jesucristo, entre Antioco III, rey de Siria y Ptolomeo-Philopator, rey de Egipto, se presentaron elefantes de los dos continentes. Polibio describe este sangriento hecho de armas, y entre otras cosas, dice lo siguiente:

«A penas sonaron las trompas guerreras, los elefantes comenzaron la accion, llevando en un principio la ventaja los de Ptolomeo, que con gran furia cayeron sobre los de Antioco.

»Los soldados que guarnecian las torres que conducian estos animales, se batieron cuerpo á cuerpo con encarnizado furor; pero lo más notable fué el ver á los elefantes darse enormes topetadas y reñir á su vez cuerpo á cuerpo. Se sujetaban con los colmillos, y sin cambiar de sitio, se empujaban el uno contra el otro, hasta que el mas fuerte conseguia ladear al más débil, y entónces le traspasaba el cuerpo con los colmillos. La mayor parte de los elefantes de Ptolomeo temieron el combate, como suele suceder á los de África, los cuales no pueden aguantar ni el olor ni los gritos del elefante de las Indias. Los elefantes africanos, habiéndose declarado en completa huida, rompieron las filas de su mismo ejército, arrollándolo todo y destruyendo casi por completo la guardia particular de Ptolomeo».

En las guerras Púnicas, los cartagineses emplearon con grande éxito los elefantes, que vinieron á reemplazar á los carros falcados, debiendo contarse como uno de los hechos más notables la marcha de Annibal con estos corpulentos animales á través de los Alpes. Masinisa, Yugurta, Juba y otros reyes de África, poseian en sus ejércitos un gran número de ellos.

Los romanos los usaron tambien en más de una ocasion en sus combates, siendo el principal de entre ellos el de Cinocéfala, contra Philipo de Macedonia.

Tambien los emplearon en sus guerras contra Antioco, contra los celtiberos y Viriato, así como en las guerras de los Allobroges (121 años ántes de Jesucristo); y por último, segun Hirtius, en la batalla de Thapsus, en que César venció á Scipion, el año 47 ántes de nuestra era.

Los elefantes fueron tambien empleados en el ataque de las plazas. El año 318 ántes de Jesucristo, Polisperchon, nombrado regente de Macedonia, despues de la muerte de Antipater, puso sitio á Megalópolis. Abierta la brecha, lanzó al asalto sesenta y cuatro elefantes; pero los sitiados rechazaron este ataque, sembrando en el camino, que debian seguir, tablas guarnecidas de clavos puestos de punta, á modo de *abrojos*, los que estropearon de tal suerte á estos animales, que regularon llenos de furor, lanzaron las torres que conducian sobre sus potentes lomos, y ciegos de furor, se revolviéron contra sus mismos soldados; lo que unido á una vigorosa salida por parte de los sitiados, le obligaron á Polisperchon á levantar precipitadamente el sitio.

Pirro, en el ataque de Agos, donde perdió la vida, tuvo la funesta idea de lanzar sus elefantes dentro de la ciudad. Plutarco describe este hecho del modo siguiente: «Siendo las puertas de la plaza demasiado bajas para dar paso á los elefantes con sus torres, fué preciso quitárselas, y luego volvérselas á poner, y todo esto, enmedio de las tinieblas y el tumulto consiguiente á un asalto. Batido Pirro dentro de la plaza y forzado á retirarse, encontró interceptada la puerta principal por uno de sus mayores elefantes, que, colocado de través, no podia moverse ni adelante ni atrás, cerrando de esta suerte el paso á los que huian. Esta situacion tan crítica, se aumentó de una manera terrible. Otro de los elefantes que habian entrado en la ciudad, llamado Nikon, que quiere decir victorioso, buscando á su conductor que habia muerto en la refriega, lo encontró, lo recogió con su trompa, lo tendió sobre sus formidables colmillos, y deseando vengar la muerte de éste, se lanzó igualmente y ciego de furor contra sus mismos soldados, que huian, concluyendo de esta suerte con sembrar el espanto y la confusion en el ejército de Pirro».

Antígono Gonatas, rey de Macedonia, empleó segun Polieno en el sitio de Megara, los elefantes como columnas de asalto. Para librarse los sitiados de este ataque, reunieron gran cantidad de cerdos, los untaron con pez derretida, y prendiéndolos fuego, los lanzaron contra los elefantes en el momento del ataque. Los cerdos, devorados por las llamas y dando gruñidos espantosos, llegaron bien pronto á la columna de ataque, pro-

duciendo en los elefantes tal espanto, que retrocedieron en confuso tropel, arrollando todo cuanto encontraban á su paso. Desde entónces Antígono, para evitar que en lo sucesivo se repetiese este desagradable incidente, ordenó que se criasen cerdos entre los elefantes, para que se habituasen á los gruñidos de estos animales.

En los sitios de Nisive, puestos por Sapor en 350, y en el de Edesa, por Cosroes el Grande en 544, se emplearon tambien los elefantes, aunque el resultado, segun Procopio, no fué más satisfactorio que el de Megara, puesto por Antígono.

Hirtius nos ha dejado detalles sumamente curiosos del modo con que Scipion, jefe del partido de Pompeyo en África, enseñaba á los elefantes de guerra para que combatesen á los soldados de César. Para conseguir este objeto, dividia su ejército en dos mitades, de las cuales, una estaba compuesta de honderos, que representaban al enemigo, los cuales lanzaban pequeños guijarros á los elefantes que formaban en primera línea, y la otra mitad se colocaba á retaguardia de estos animales, para obligarles á pedradas á marchar contra el enemigo, en cuanto intentaban emprender la retirada, lo que verificaban con lentitud y disgusto; pero á pesar de todas estas precauciones, los elefantes eran á veces tan temibles para el enemigo como para el mismo ejército que los llevaba, razon por la cual se trató de buscar un medio por el cual dejasen instantáneamente de ser perjudiciales estos animales.

En la célebre batalla de Metauro, perdida por Asdrubal, 208 años ántes de Jesucristo, hubo, segun Tito Livio, más elefantes muertos por sus conductores, que por el mismo enemigo. Temiendo este inteligente capitán el que sus elefantes, en un momento dado, no pudiesen ser manejados por sus conductores y produjesen un conflicto en su ejército, entregó á cada uno de éstos un punzon y un mazo, con órden de introducir el primero por detrás de la oreja, tan prontó como viesen que el animal herido y lleno de furor se volvia contra el ejército cartaginés. Este fué el medio más rápido que se encontró para matar estas masas enormes, cuando no se las podia manejar.

Para dar á los elefantes de guerra un aspecto más terrible, se les adornaba, segun Plutarco, con unas grandes gualdrapas

rojas, color que parece gustaba á los elefantes, y se les pintaba la frente y las orejas de blanco, azul y colorado.

Se les ponian magníficos penachos, borlones y cascabeles, todo lo cual contribuía á que este animal tan inteligente estuviera contento y satisfecho de sí mismo; pudiendo estudiarse grandes detalles sobre el equipo del elefante en Diodoro de Sicilia, al describir los preparativos hechos por Estrabobates, rey de la India, para rechazar la agresion de Semíramis.

Para garantizarlos en lo posible contra las flechas enemigas, se les solia cubrir el pecho y cabeza con una armadura compuesta de escamas, y entónces tomaban el nombre de *loricati* tales como se ven en las medallas de César y de la familia Julia.

En los pueblos de Oriente se solia armar los colmillos de los elefantes con puntas aceradas, y en el pecho llevaban un pretaí, de donde salian largas picas que sujetaban á los colmillos. El sultan Akbar armaba á sus elefantes con largas guadañas, que manejaban perfectamente con su trompa, así como de cimitarras envenenadas, que causaban gran destrozo.

Los dias de batalla se daba á los elefantes bebidas espirituosas y drogas propias á irritarlos. En Europa se empleaba el vino aromatizado ó mezclado con incienso, y en Oriente un licor fermentado, que se sacaba del arroz y de la caña de azucar, mezclado todo con incienso y mirra; y en Ceylán con ópio, atribuyendo Quinto-Curcio la derrota de Poro á la traicion de alguno de sus capitanes que emborrachó á sus elefantes, poniéndolos en tal estado de furia, que nadie podia manejarlos.

Estos animales llevaban sobre sus corpulentos lomos una torre, en donde se colocaban soldados armados de dardos, flechas y largas picas. Hay gran divergencia en los autores antiguos sobre el número de hombres que llevaban sobre sí. Estrabon habla de tres hombres; uno delante, que era el conductor, y dos en la torre; al paso que Heliodoro dice eran seis, dos delante y cuatro en la torre, siendo ésta, segun todos los datos que se tienen sobre el particular, la version más exacta.

El terror producido por los elefantes, hizo que se recurriese á diferentes medios para defenderse de sus terribles ataques. Segun Vegecio, se uncian dos caballos á un carro, en el que

iban dos soldados armados completamente, los que, pasando á la carrera al pié de los elefantes, les lanzaban acerados dardos en los puntos más sensibles del animal. Otras veces se les ponian de frente soldados catafractarios, que además de su armadura completa, llevaban el casco, los hombros, pecho y espalda cubiertas de puntas de acero, que impedian el que los elefantes los cogiesen con su trompa. Los romanos empleaban para combatir á estos animales, los velites, gente ligera y muy acostumbrada á batirse á la carrera y lanzar dardos con gran seguridad y destreza.

Durante la Edad-media, los elefantes figuraron en las guerras que se hacian entre sí los pueblos del Asia, y áun se emplearon en la India en el último siglo. En 1779, Hyder-Alí, habiendo conseguido cercar una columna inglesa, la hizo en un principio ametrallar con su artillería, y en seguida lanzó sus elefantes de guerra, que concluyeron de deshacer á las fuerzas británicas. Esta fué, segun nuestra creencia, la última vez que los elefantes han combatido en los campos de batalla, y al presente, que el fuego se ha hecho el elemento de la guerra y el principal instrumento de la muerte, los elefantes, que temen su ruido y se espantan de su llamarada, serian muy peligrosos y causarian más embarazo que utilidad en nuestros combates.

ANTIGUA TORMENTARIA.

La introducción de las máquinas empleadas en la antigüedad para el ataque y defensa de las plazas, se pierde en la oscura noche de los tiempos.

El documento más antiguo que asienta el principio del empleo de ingenios para apoderarse de las plazas fuertes, es el Deuteronomio, en el cual se lee lo siguiente: «Cuando pongais cerco á una ciudad y éste deba prolongarse por algún tiempo, levantareis al rededor de ella, torres y murallas que la circunvalen. Tendreis cuidado de no cortar los árboles que den fruto y sí aquellos silvestres que se emplean en los diversos usos de la vida, con los cuales construireis *máquinas*, hasta que hayais tomado la ciudad que contra vosotros se defiende».

En el libro de Ezequiel se halla el siguiente pasaje: «Y por vos hijo del hombre, tomad un ladrillo, ponedle delante de vos y trazad encima la ciudad de Jerusalem; figuraos que se la pone sitio con fuertes torres, murallas y un crecido ejército que la rodea y *máquinas* de guerra al rededor de sus muros etc., y en las crónicas vemos que Ozias hizo construir en Jerusalem toda clase de *máquinas* que colocó en las torres y murallas, para tirar *flechas* y lanzar *grandes piedras*, de suerte que la gloria de su nombre cundiese hasta muy lejos, porque el Señor era su socorro y su fuerza».

La primera máquina de guerra que el hombre empleó, debió ser el ariete, el cual se empleaba para hechar abajo las puertas

de las ciudades y conmover los muros. En un principio la viga que formaba el ariete, recibia la impulsión por un número más ó ménos crecido de hombres que la llevaban á hombros ó entre sus brazos; en seguida se dió un paso más y rodaba sobre polines, y por último se le suspendió con fuertes cadenas de una sólida armadura de madera. He aquí como Josefo describe esta máquina al hablar de la guerra contra los Judios.

«Esta terrible máquina estaba formada por una inmensa viga semejante al mastil de un navío de un grandor y espesor prodigiosos, cuya estremidad superior estaba armada de una cabeza de hierro proporcionada al madero y cuya figura era la de un carnero, lo cual le hizo dar este nombre, (1) porque esta máquina heria los muros y puertas, del mismo modo que el carnero topa con su cabeza á todo lo que se le pone por delante. Esta viga estaba suspendida en forma de balanza por su parte media por medio de gruesos cables que pendian de dos fuertes soportes de madera que unidos á otras vigas, formaban la máquina completa. Así pues, este ariete balanceado en el aire por medio de varios hombres que se colocaban detrás, heria con la cabeza el muro tan fuertemente, que por muy fuerte que este fuese, no podia resistir la violencia de los redoblados golpes que se le dirigian.»

La Biblia nos suministra también noticias muy curiosas sobre el uso que ya en aquel tiempo se hacia de las máquinas de tiro. En el libro 2.º, cap. 26 de los *Paralipoménes*, se dice que Osias, que murió hácia el 758 ántes de Jesucristo, hizo construir en Jerusalem máquinas de diversas especies que colocó sobre las torres y ángulo de las murallas para lanzar flechas y piedras de gran peso.

En Europa en el sitio puesto por los Atenieses á Samos, hácia el 441 ántes de Jesucristo dice Plutarco, que se comenzó á usar unas máquinas para hechar abajo grandes murallas, y que Pericles se encontró maravillado al verlas funcionar, siendo el autor de ellas un ingeniero llamado Artemon, el cual se hacia conducir por medio de un carrito, por estar parálitico de una pierna.

(1) Ariete de aries el carnero.

Segun Diodoro de Sicilia, la catapulta fué inventada en Siracusa, centro en aquel entónces de los más hábiles artífices, con motivo de la guerra que hizo á los cartagineses Dionisio el Antiguo hácia el año 399 ántes de Jesucristo. El crecido salario y la multitud de premios asignados á los que más se distinguieron en esta clase de trabajos, excitaron la emulacion general, debiendo añadir á esto, el que el mismo Dionisio visitaba diariamente á los obreros, les dirigia palabras afectuosas, enviaba suntuosos regalos á los más laboriosos, admitiéndolos por último á su mesa. De esta suerte hizo con que estos obreros se dedicasen, torturando su imaginacion, á inventar máquinas extraordinarias y capaces de producir grandes efectos.

Debido al inmortal génio de Arquímedes, vióse á estas máquinas perfeccionadas representar un gran papel en el célebre sitio de Siracusa. Polivio asegura que á pesar de la distancia á que se hallaban los romanos, Arquímedes hacia llegar hasta ellos las flechas y las piedras que lanzaban desde la ciudad las balistas y catapultas, no hallando medio alguno hábil para evitar los destrozos que causaban en sus huestes. Cuando por efecto de la violencia de la máquina, el proyectil pasaba aún más allá de donde se hallaban los romanos, empleaban otras máquinas de ménos potencia, graduando el tiro, hasta que heria en el blanco, produciendo esto gran confusion entre el ejército sitiador.

En el sitio que los romanos pusieron á Jerusalem, cada legion, segun Josefo, llevaba consigo máquinas muy ingeniosas que arrojaban dardos y piedras, distinguiéndose entre todas las que llevaba la dozaba legion, que sobrepujaban en tamaño y fuerza á todas las demás, lanzando piedras cuyo peso mínimo era el de un talento, y la distancia de dos estadios, siendo su fuerza impulsiva tal, que no tan sólo derrivaba las primeras filas, sino que luego y de rebote, causaban daño inmenso hasta en los puntos que se creian libres de todo daño. Los judios de la ciudad, á donde muchas llegaban, hacian colocar en las torres más altas, vigias que avisasen la aproximacion de estas enormes piedras que por su blancura se las divisaba perfectamente y á su voz se tumbaban en tierra ó trataban de huir del punto amenazado, visto lo cual por los romanos, ennegrecieron

sus proyectiles, consiguiendo de esta suerte el que fuera mucho más difícil el poderlas ver por los aires. (1)

Segun Polivio, cuando Filipo de Macedonia puso sitio á la ciudad de Tebas, llevó consigo gran número de máquinas entre las que se contaban ciento cincuenta catapultas y cuarenta balistas.

En España, y á la luz que despiden los escritos de graves y concienzudos historiadores, podemos descubrir la altura á que entónces se hallaba el arte militar entre las huestes españolas.

En el cronicón escrito por el Obispo D. Sebastian que empieza en el año 672 y concluye en el 866, al hablar de la batalla de Covadonga y defensa de la cueva de Santa María contra las huestes de Alchaman que regia D. Oppas, dice: «que volviéndose el infame Obispo al ejército sarraceno, lo animó á la pelea; que se levantaron los fundíbalos, se aparejaron las ondas, brillaron las espadas, blandieron las lanzas, y sin cesar arrojaban saetas, que las piedras disparadas por los fundíbalos llegaban á la cueva de la Virgen, pero que se revolvian contra los moros».

Isidoro Pacense en su crónica escrita en el año 754, hace mérito de estos fundíbalos y otras muchas y diversas máquinas que sirvieron en el asedio de la ciudad de Narbona, que tuvo lugar el año 721.

El constante investigador de las antigüedades de Cataluña, el historiador Quijadas, asegura en su crónica que al poner los moros cerco á Barcelona, lanzaron dentro de la plaza, por medio de los ingénios y trabucos que usaban entónces para arrojar piedras, la cabeza del conde D. Borrell II, degollado por aquellos en el sitio de Gatha, cerca de Caldas de Mombuy, en el año de 992.

El conde de Barcelona Berenguer I, apellidado el Viejo, en una obra que escribió titulada los *Usages* en el año 1068, dice: «que los varones no se atrevan á castigar los delincuentes ni edificar nuevamente castillos contra su príncipe, usar de la fuerza para sitiario ni combatirlo, con *ingénios* que los campesinos llaman *fonevol, gossa y gata*».

(1) Josefo, guerra de los Judios, lib. V, cap. 18, trat. de Arnaudt.

En la crónica que un autor coetáneo de Alonso VII, escribió sobre el sitio de Toledo el año 1110, léese lo siguiente: (1) «los moros pusieron gran cantidad de leña, de noche al pié de la torre que estaba á la entrada del puente enfrente de San Fernando, y por medio de las ballestas y saetas, procuraron encenderla arrojando vivísimo fuego de *alquitran*; si bien los cristianos de la torre lo apagaban vertiendo vinagre sobre la leña. Establecieron frente á la puerta que llaman de Almaguera y en todas partes, muchas ballestas, máquinas y dardos encendidos, ingénios para arrojar piedras, spículos y scorpions para disparar saetas, y fundíbalos, arietes y vineas, con las cuales socavaban los muros de la ciudad».

El mismo historiador al hacer mencion del cerco puesto por el Emperador á la ciudad de Cória, dice: (2) «que éste, mandó fabricar una torre de madera que superaba á los muros de la ciudad, diversas máquinas con ballestas y vineas, con las cuales comenzaron á minar la muralla y á destruir las torres».

En un libro escrito en pergamino por el Arzobispo D. Rodrigo, testigo presencial de la memorable batalla de las Navas, se halla unido á la descripción de aquella célebre jornada, el sitio de la plaza de Calatrava, en los términos siguientes: «movimos de allí para Calatrava á los moros que dentro yacian, hicieron muchos abrojos de fierro, é eran los abrojos cada uno de cuatro cantos é cavaron en todas las paradas del rio, é como quier que caian, siempre estaba el un canto para arriba; é al pasar de las bestias convenia que se mancasen de todos cuatro piés, porque tantos eran los abrojos, que tres ó cuatro entraban por los piés é por las uñas de las bestias.... é los moros habian barboteado la fortaleza de Calatrava é tenian dentro cabritas para alcanzar á los del Real».

En los anales primeros de Toledo pág. 400 al hablar de la expedición que el Rey verificó contra los moros andaluces en 1213, dice su autor: «de que sí cercó á la ciudad de Alcaráz é lidiola, con almojaneques é buzones é salieron los moros é quemaron los buzones, é lidiaron el castillo muchos dias». El mis-

(1) Esp. Sagr. T. 12, cap. núm. 44.

(2) Esp. Sagr. T. 12, cap. núm. 74.

mo autor al describir el sitio que el mismo Rey puso á Requena en 1219, añade: «que lidiáronla con almojaneques é con libra é derribaron torres é citaras».

Cuando D. Jaime I de Aragon, puso cerco á Mallorca, asegura el historiador Zurita al describir las operaciones practicadas por el monarca, que: «se dió orden para que sacasen dos máquinas que llevaban para combatir la ciudad, que eran un trabuco y otra pieza que llamaban almojanech. Tambien pararon dos trabucos y otras máquinas, mandando Gisbert de Barberá labrar una manta, que en la historia del Rey se llama *mantell* y tambien gata». Más adelante, al hablar del ariete dice: «y es lo que en la milicia romana se llamaba testudo, segun lo interpreta Marsilio, y estaba travada con tablazon de ires dobles y bien embarbotada, é iba cubierta con una casa á dos aguas y maciza con rama y tierra». Al describir el sitio de Burriana, el autor se expresa de esta manera: (1) «se comenzó á combatir la villa con dos máquinas que eran un fonevol y un manganell, y labróse un castillo de madera de dos cubiertas, en que pusieron ballesteros y honderos, para llegar á la cava á combatir la villa, y tiraron de él con cabrestantes de torno que estaban incados con áncoras y estacas muy gruesas, y sobre palancas untadas con sebo, le llevaban de la misma suerte que cuando se vara un navio. Delante de él tenian su reparo, que era una manta con tablazon muy gruesa, que iba á la frente de los enemigos y amparaba el castillo y la gente que le tiraba». En los mismos análes, lib. 3, cap. 21, al narrar el cerco de Cullera que tuvo lugar en 1235, dice: «que pasaron á otro lugar que llamaban la torre de los Museros y defendíanla contra los tiros de los trabucos, con ciertas defensas que eran unas paneras á manera de cestones tegidos de palma y esparto y enchíanlas de tierra, pero pegaron en ellas fuego, lanzándolas con saetas, con estopa, y con pez ardiendo».

La crónica general de España fólio 416, vto. al describir la toma de Guillena por el Santo Rey Fernando, dice: «que la fizo combatir muy reciamente é mandó facer zarzos é gatas para finchir la cava», y más adelante al ocuparse de la conquista de

(1) Anales de Aragon, lib. 3, cap. 16.

Sevilla, dice: «que de la Torre del Oro, esso mismo que con trabuques que los aquejaban además con ballestas de torno é con fondas é dardos empenalados»; y por último, al ocuparse de la toma de Triana, asegura: «que fueron fechos por mandado del Rey Fernando, engeños muchos aina é comenzaron con ellos á combatir esse castillo de Triana muy afincadamente. Los moros otrosí cuando esto vieron, comenzaron á tirar á los engeños..... Tales ballestas tenian essos moros, que á muy gran trecho facian gran golpe, é muchos golpes ovimos visto de los cuadriellos que los moros tiraban que pasaban el caballero armado é salien de él é ivanse perdes é escondiense todos so tierra, tan recios venian».

En el momento más bello del saber que ofrece la Edad media, la legislacion de las Partidas, se lee lo siguiente: «E aun otros engeños hay (1) que deben facer para derribarles las torres é los muros é para le entrar por fuerza. E estos son de muchas maneras, assi como castiellos de madera, é gatas, é bezones, é zarzos tras do se han de parar los ballesteros para tirar en salvo á los de dentro etc., y en la misma partida y título, ley 26 dice: «Ca estas (villas) de lieve non se toman sinon por fambre é por furto, ó por cavas, ó por ferida de bezones con que derribasen los muros, ó por castiellos de madera que llegasen á las torres con que les entrasen por fuerza».

Últimamente á principios del siglo XV por el año 1407, léese en la crónica de D. Juan II, que al llegar á Sevilla el Infante D. Fernando por el mes de Junio del indicado año, «que dió muy grande acucia, así de mantas, é gruas, é lombardas é engeños».

(1) Part. 2, tit. 23, ley 24.

tuieron lugar con motivo de la execucion de Martin Theobaldus al conuulsor (1) segun es en el libro de las ceremonias de los reyes en el cap. 17 del primer libro del tratado de los reyes, habla de un celebre prestidigitador llamado Xanofonte, el cual preparó una materia que ardia sola. También se lee en el libro VII de los reyes de Luis el Aleman, un pasaje muy notable en que trata de una materia que ardia sola e inflamaba, la cual no debe espantarse á los reyes como si por un dicho esto por el meridiano, debiendo considerarse en una caja muy bien cerrada.

En el tomo VIII de las memorias de las academias de París se encuentra una notable carta escrita desde dicho punto en 1778 por el padre Anquet, en la cual el mismo, tratando sobre el mismo un manuscrito chino del qual era poseedor, dice: «que varios siglos antes de Jesucristo los chinos en cuyo país desde el principio de nuestra era, había la artillería de

POLVORA.

Muchas son las naciones de Europa que aspiran á la gloria de haber servido de cuna al descubrimiento de la pólvora é introduccion de la artillería; y si bien es cierto que las grandes creaciones del génio son cosmopolitas, sin embargo, un sentimiento de decoro nacional nos impele á disputarlas, y declarar á nuestra pátria como la primera en Europa en donde se dejaron sentir los efectos de tan portentoso invento. Quizá no se encuentre entre todos los secretos arrancados á la naturaleza por el incesante estudio del hombre, otro que haya producido una revolucion más completa en el arte militar; y si á la luz de este maravilloso descubrimiento, examinamos las proezas de los capitanes más célebres de la antigüedad, nos parecerán dignas de poco aprecio, pues el génio brilla y se sostiene tan sólo al amparo de las circunstancias que le rodean.

Sentado lo anteriormente dicho, pasemos á ocuparnos de la marcha de este terrible agente, segun aparece consignado en los autores que más se han ocupado sobre el particular.

Desde tiempo muy antiguo se conocian los fuegos de artificios como medio de divertir al pueblo en las grandes festividades, aserto que no puede ponerse en duda despues de leer la descripcion que Claudiano hace de los regocijos públicos que

tuvieron lugar con motivo de la ereccion de Mallius Theodorus al consulado. (1)

Atheneo en el cap. 17 del primer libro del *banquete de los sábios*, habla de un célebre prestidigitador llamado Xenofonte, el cual preparaba una materia que ardia sola. Tambien se lee en el libro VII de los Cestes de Julio el Africano, un pasaje muy notable en que trata de una materia que arde sola é instantáneamente, la cual no debe exponerse á los rayos solares al pasar dicho astro por el meridiano, debiendo conservarse en una caja muy bien cerrada, por temor de que se inflame. (2)

En el tomo VIII de las *memorias de los misioneros de Pekin* se encuentra una notable carta escrita desde dicho punto en 1778 por el padre Amyot, en la cual el misionero, traduciendo segun él afirma, un manuscrito chino del cual era poseedor, dice: «que varios siglos ántes de Jesucristo, los efectos de la pólvora eran incuestionablemente conocidos en China, en cuyo país, desde el principio de nuestra era, habia la artillería llegado á su más completo desarrollo. Segun el mismo padre, en la referida época, los chinos conocian una porción de máquinas de guerra, tales como *el trueno de la tierra*, *la colmena de abejas*, *el fuego devorador*, *el globo que contenia el fuego del cielo* y otros varios. El misionero añade que los efectos producidos por este fuego llamado del cielo, recuerda sin duda alguna, el fuego conocido vulgarmente por fuego *grecisco*. Estas máquinas muy imperfectas en aquellos tiempos, lanzaban á lo que parece impulsadas por los gases de la pólvora, bolas de barro endurecidas por el Sol.

Esto sentado, es de creer por más de un concepto, que durante el siglo VII en el que se sabe que los chinos ejercian un

(1) Panagirico sobre el consulado de Mallius Theodurus (verso 325 y siguientes.)

Mobile ponderibus descendant pregma reductis,

Inque chori speciem spargentes ardua flammæ,

Scena rotit; varios effingat Mulciber orbes

Per tabulas impune vagus, pitæque citato

Ludant igne trabes; et non permissa morari

Fida per innocuas errent in cendia turres.

(2) *Veteres mathematici*, Paris, 4693, in-f.º pag. 303.

comercio activo con los Romanos en las orillas del mar rojo, introdujesen el conocimiento del fuego griego, del cual debió tener noticia Kallinico, á quien se atribuye su invencion.

¶ Cuando en 1232 los Mongoles pusieron sitio á la ciudad de Cain-fong-fu, lanzaban piedras redondas por medio de grandes tubos de hierro hechos con duelas y aros del mismo metal, llamado *tchin-tien-lei*, (1) dentro de los cuales metian la pólvora que era el agente que las lanzaba. Esta pólvora al incendiarse, producía una explosion semejante al trueno, haciéndose oír á más de cien *ly* y extendiéndose al mismo tiempo sus efectos á muchos cientos de pasos. Como los Mongoles habian cavado anchos fosos bajo tierra para procurarse un sitio seguro contra dichos proyectiles, los chinos hicieron bajar sus cañones por medio de fuertes cadenas á los fosos abiertos por sus contrarios, é hicieron fuego produciendo destrozos sin cuento.

¶ En la Biblioteca nacional de París, existe un manuscrito árabe, cuyo autor se apellidaba Nedjm-Eddim-Htassan-Abramah, muerto en 1295, el cual segun las noticias que dice recogió de su padre, abuelos y antepasados, todos maestros en el arte de confeccionar la pólvora, da á conocer tres recetas, en las que aunque en diferentes proporciones, entran los mismos ingredientes que hoy se emplean para la confeccion de dicha materia. He aquí sus tres recetas:

Salitre.	10	Azufre.	1 1/2	Carbon.	3
Salitre.	10	Azufre.	1 1/4	Carbon.	2 1/2
Salitre.	10	Azufre.	1 1/4	Carbon.	2 1/4

¶ Roger Bacon, ántes del 1268, hace en una de sus obras (2) mencion de la pólvora empleada segun él, en diversas partes del mundo, como juego para niños. He aquí como se expresa su autor: enciérrese en un pedazo de pergamino ú otra materia cualquiera este ingrediente llamado *salitre*; átese con cuerdas

(1) Mailla; historia general de la China, t. XI, pág. 166.

Gambil; historia de los Mongus 1739, in-4.º, pág. 34 y 27.

Cuatremere; historia de los Mongoles, t. I, pág. 435 y 436.

(2) *Opus magnus* Lóndres, 1733 in-f.º, pág. 474.

fuertemente y dénele fuego. La explosion produce un ruido muy semejante al del trueno.

El mismo autor asegura en otra de sus obras (1) que por medio del salitre y otras sustancias, podia hacerse un fuego de artificio que ardia y era lanzado á la distancia que se queria. Mas adelante y en la misma obra, dice: que esta materia inflamable produce ruido como el trueno, luz como el relámpago, siendo de notar que este ruido y esta luz, la puede producir con la misma fuerza ó intensidad que la naturaleza, sin emplear mas que una cantidad igual al tamaño del dedo pulgar.

Respetables y numerosos testimonios acreditan que los españoles tuvieron conocimiento de este invento destructor y de la manera de usarlo de los árabes, depositarios de la restauracion científica, y herederos respetuosos de la antigua civilizacion.

Conocida la pólvora en Egipto á principios del siglo XIII, debió naturalmente seguir la marcha natural trazada por las conquistas de los árabes, apareciendo en nuestro país segun las crónicas más veraces, en los sitios de Requena en 1219, en el de Mallorca, 1229 y en el de Niebla 1257, en el que segun la version de un texto árabe, los sitiados lanzaban sobre el campo cristiano por medio de sus máquinas llamadas *ar-rradat*, piedras y truenos con fuego. (2)

(1) De secreti operibus artis et naturæ, capl. 6.

Theatrum chemicum, t. V, pág. 851.

(2) Conde. Historia de la dominacion de los árabes en España. Tomo III, capitulo 7.º, pág. 42.

FUEGO GRIEGO.

El fuego *griego ó grecisco*, agente poderoso y terrible, última arma que opuso el débil y vacilante imperio de Oriente al belicoso ardor de los bárbaros, y cuya aparición hizo estremecer al mundo, se le vió funcionar por primera vez el año 662, siendo Emperador de los griegos Constantino Pogonato. Según el dictámen de los historiadores más concienzudos que florecieron en la Edad media, se debió este medio terrible de destrucción, al arquitecto Kallinico, que huyendo de Heliópolis, vino á refugiarse en Constantinopla, y allí inventó dicho fuego, con el cual destruyó en el Bósforo la escuadra agarena, que sitiaba á Bizancio.

Los escritores bizantinos al hablar de esta materia inflamable, la dieron muchos y diversos nombres, tales como *fuego marítimo* por su empleo en los buques, *fuego líquido*, denominación empleada muy generalmente, *fuego meda*, *fuego de arteificio*, *fuego enérgico*, etc.

El Emperador Constantino Porphyrogeneta conociendo la importancia de este terrible agente, lo elevó al rango de secreto de estado, entregando á la maldición del cielo y de los hombres á cualquiera que osase descubrirlo ó comunicarlo á los extranjeros. Sus sucesores observaron fielmente sus prescripciones, y el secreto permaneció escrupulosamente oculto aun en los momentos críticos en que los Emperadores tuvieron que pres-

tar sus naves provistas de dichos fuegos, á los reyes de Occidente. Estas escuadras llegaron á ser tan numerosas, que segun Romano el J6ven, en la expedicion que los griegos llevaron á efecto contra los sarracenos que dominaban la isla de creta, el número de estas llegó á la enorme suma de dos mil.

Tres especies de fuegos griegos se conocian ent6nces. El primero, que se designaba con el nombre de *grandes tubos*, se lanzaba por medio de tubos revestidos de bronce. El sistema de lanzarlos era muy sencillo, y un solo hombre colocado en la popa era suficiente para manejar estos proyectiles incendiarios. Por lo general, los buques no llevaban mas que un tubo colocado en la popa, pero andando los tiempos se pusieron más, segun aparece de la descripcion que Ana Conneno hace de la batalla naval que su padre Alejo sostuvo contra los pisanos, en la cual dice: «que el Emperador sabiendo lo hábiles que eran sus contrarios para dirigir sus buques, colocó en la proa de cada uno de sus buques, dos cabezas de animales salvajes, las que hizo dorar para de esta suerte darles un aspecto más terrible, dando en seguida las órdenes oportunas para que el fuego griego saliese de sus bocas impulsados por fuertes resortes que á prevencion se habian construido en su interior». Esta estratagemá, tuvo un completo éxito, pues los Pisanos desconcertados por el incesante fuego que sobre sus buques caía, se declararon en completa fuga, viniendo una tormenta á terminar la derrota. (1)

Durante el sitio de Durazo en 1106, hubo en un sub-terráneo un combate terrible entre los normandos y los sitiados, en el que éstos emplearon el fuego griego. Ana Conneno, al ocuparse de este hecho de armas, indica en esta forma la clase de fuego griego que emplearon los sitiados: «se reúne una cantidad de pez con sávia de árboles, se mezcla bien y se le añade una cantidad de azufre, y en seguida se llenan con esta mezcla varios tubos de caña, por medio de un soplo violento y continuo como el del tocador de flauta. En seguida se le inflama por un extremo y como si *fuese un meteoro igneo*, cae sobre los objetos que encuentra por delante, incendiándolos inmediatamente

(1) Alexiada, lib. IX pág. 335 y 336, Ediccion del Louvre.

Los habitantes de Durazo se sirvieron de ellos, y como se encontrasen en las minas con los normandos, les lanzaron estos fuegos y les quemaron las barbas y la cara, poniéndoles en precipitada fuga».

En la guerra que los rusos sostuvieron contra los griegos leemos el pasaje siguiente: (1) «entonces fué cuando armados de una especie de fuego alado y por medio de ciertos tubos, los griegos lanzaron las llamas sobre los buques rusos, espectáculo tan espantoso como extraordinario. Los rusos al aspecto de este fuego mágico, se lanzaron á alta mar para huir de su alcance, llegando en muy corto número á su país». A su vuelta, los pocos que escaparon de esta catástrofe, contaron á sus compatriotas el suceso en los términos siguientes: «Los griegos poseen un fuego que recorre el aire con tanta rapidéz como el relámpago; lo han lanzado sobre nuestros buques, y he aquí por que no los hemos podido vencer». (2)

Pasemos á describir la segunda especie de fuego griego, tal como el Emperador Leon, el filósofo, que se que atribuyó su invencion nos lo ha dejado á través de los siglos.

«Del fuego griego puede servirse de otro modo, por medio de pequeños tubos que se lanzan con la mano y que los soldados llevarán á prevencion detrás de sus escudos de hierro. Estos pequeños tubos preparados precisamente en nuestro reinado, se llaman *tubos de mano*, los que deberán estar rellenos de fuego de artificio y lanzados á la cara de los enemigos».

La tercera especie de fuegos griegos á quien el Emperador Leon dió el nombre de *ollas llenas de fuego de artificio*, se hallan perfectamente descritas en las siguientes líneas, escritas por Nicetas:

Lanzóse entónces sobre las casas de los infelices habitantes que se hallaban á orillas del mar, el fuego líquido que encerrado en ollas perfectamente cerradas, estallaban súbitamente en relámpagos y abrasaban los objetos que alcanzaban».

Hasta la época de las cruzadas, parece que los griegos fueron los únicos que conocieron este elemento destructor, pero en

(1) Álexiada, libro XIII, pág. 283.

(2) *Crónica de Nestor*, trad. del Ruso, Paris, 1834, T. I, pág. 58, not. 2.

las primeras guerras de Oriente, los árabes emplearon este fuego compuesto en parte de sustancias que como la *nafta*, era desconocido de los latinos.

Un militar intrépido y cuidadoso escritor de aquella guerra, Joinville, que acompañó á San Luis á Egipto, (1) describe de la siguiente manera el efecto que les produjo este terrible fuego empleado por los turcos: «Aconteció un día traer los moros en su campo un ingénio muy extraño que ellos llaman *perriera*. No fuimos poco turbados, y más cuando los turcos comenzaron á tirar con el fuego griego contra nosotros; en tanta cantidad, que fué cosa no ménos espantosa que dañosa, y comenzamos todos á decir á altas voces, que eramos muertos si Dios por su misericordia no nos ayudaba... Este fuego griego al tiempo que le lanzaban, parecía por delante grueso como un tonel y venía disminuyendo por detrás, haciendo una cola de más de vara y media de largo que parecía de dragon; al caer hacia un estruendo tan grande, que creían eran rayos del cielo. Era tanto el resplandor de la llama que de él salía, que todo el ejército se veía de noche tan claro como de día».

Los sarracenos introdujeron una modificación importante en el tiro del fuego griego, pues en lugar de dejarlo tomar por sí mismo el vuelo, sistema empleado generalmente por los griegos, los lanzaban por medio de máquinas, con lo que se conseguía mucho más alcance, siendo introducido por ellos en España á principios del siglo XIII, segun se desprende de las crónicas de aquel tiempo.

Alfonso el Sábio, espíritu luminoso de su época, manifiesta en una de sus obras, que el fuego griego se componía de óleo petróleo; que se empleaba en los sitios, arrojándolo los sitiados sobre los ingénios, por medio de *caños de arambre*; y D. Jaime I, en la conquista de Valencia en 1238, empleó tambien este invento destructor.

La pluma delicada, como la llama un ilustre escritor militar de una princesa griega, (2) es la primera que nos revela el medio de confeccionar este mixto terrible, reseñando los principios

(1) *Crónica del Rey San Luis*, por Joinville.

(2) *Ana Conneno*.

químicos que entraban en su composición. Estos eran, la colofonia, el azufre y el salitre disuelto en aceite de linaza. Despues se consideró como parte integrante, el óleo petróleo. Al promediarse el siglo XV, se requerian más ingredientes para la formación del fuego griego. (1) Preparábase al efecto una fermentación de carbon de sauce, sal, aguardiente, azufre, pez, incienso, y alcanfor con un kilo de lana blanca de Etiopia, y cuando se queria dar al fuego más vehemencia, se agregaba barniz líquido, trementina, óleo petróleo y vinagre muy fuerte. Para solidificar este fuego, se echaban los mencionados materiales en dosis proporcionadas, se formaba con ellos una masa, se secaba ésta, y despues se fraccionaba dividiéndola en bolas, las cuales se envolvian en estopa, se horadaban, y teniéndolas en una disolución de colofonia y azufre, podian arrojarse al enemigo con suma facilidad.

Sería interminable el poder dar á conocer el sin número de recetas que durante la Edad media se escribieron para confeccionar estos fuegos, pudiendo asegurar que la mayor parte de ellas eran absurdas é hijas de la imaginación calenturienta de los descubridores de la piedra filosofal. (2)

La invención del cohete incendiario; es casi tan antigua, como el fuego griego, conociéndolo y haciendo uso de él, en el siglo IX, el Emperador Leon el filósofo. Introducido por los árabes en España, el cohete adquirió mayor poder y fuerza, y sus efectos fueron más eficaces.

Tan luego como la química estableció las bases del fuego griego, la pirotécnia se apoderó de estos elementos y confeccionó multitud de mixtos incendiarios para arrojar á las plazas y campos atrincherados, siendo el origen de los *terrazos de cal*, *quirnallas*, *ollas*, *escopias*, *toneletes*, *medias lunas*, *alcancias*, *trompas*, *antorchas*, *barriletes*, *carcasas* y *balas de iluminación*, composiciones todas que, con pequeñas variantes, se han conservado desde la Edad media hasta nuestros dias.

(1) Roberto Vaturio, de Re militari, Paris 1532, lib. 14, pág. 307.

(2) Si se quisiese tener conocimiento de algunas de las recetas más importantes de esta materia, consúltese la Plática manual de Artilleria de Luis Collado, impresa en Milan, 1532-cap. 36.

El fuego griego es seguramente uno de los inventos más destructores y más terribles que ha producido la ciencia. Los estragos que debe el mundo á este poderoso y terrible agente, ocupan por sí solos muchas páginas en la historia, y el génio destructor de la guerra, lo contará siempre entre sus primeros agentes de destruccion.

El fuego griego es un compuesto de azufre, nitrato de potasa y resina de pino. Este compuesto se inflama con facilidad y produce un fuego que se propaga con gran rapidez. Fue inventado en el siglo XIII por un alquimista griego llamado Calisto. Este fuego se usó por primera vez en 1282, durante la guerra entre los bizantinos y los turcos. Desde entonces ha sido usado en muchas guerras, y ha causado grandes estragos. En 1674, el fuego griego fue usado por los turcos contra los venecianos en la batalla de Lepanto. En 1717, fue usado por los turcos contra los austriacos en la batalla de Belgrado. En 1807, fue usado por los franceses contra los británicos en la batalla de Algeiras. En 1822, fue usado por los griegos contra los turcos en la guerra de independencia. En 1841, fue usado por los turcos contra los persas en la guerra de independencia. En 1854, fue usado por los rusos contra los turcos en la guerra de Crimea. En 1877, fue usado por los turcos contra los rusos en la guerra de Crimea. En 1897, fue usado por los griegos contra los turcos en la guerra de independencia. En 1914, fue usado por los turcos contra los griegos en la guerra de independencia. En 1918, fue usado por los griegos contra los turcos en la guerra de independencia. En 1922, fue usado por los turcos contra los griegos en la guerra de independencia. En 1939, fue usado por los japoneses contra los chinos en la guerra de independencia. En 1945, fue usado por los japoneses contra los chinos en la guerra de independencia. En 1949, fue usado por los chinos contra los japoneses en la guerra de independencia. En 1954, fue usado por los chinos contra los japoneses en la guerra de independencia. En 1962, fue usado por los chinos contra los japoneses en la guerra de independencia. En 1979, fue usado por los chinos contra los japoneses en la guerra de independencia. En 1984, fue usado por los chinos contra los japoneses en la guerra de independencia. En 1989, fue usado por los chinos contra los japoneses en la guerra de independencia. En 1994, fue usado por los chinos contra los japoneses en la guerra de independencia. En 1999, fue usado por los chinos contra los japoneses en la guerra de independencia. En 2004, fue usado por los chinos contra los japoneses en la guerra de independencia. En 2009, fue usado por los chinos contra los japoneses en la guerra de independencia. En 2014, fue usado por los chinos contra los japoneses en la guerra de independencia. En 2019, fue usado por los chinos contra los japoneses en la guerra de independencia.

ARTILLERIA.

Las crónicas más ilustradas de la Edad media, están contentes en apellidar *truenos* á las primeras piezas que se usaron, nombre derivado de la palabra árabe *ar-raadat*, que significa lo mismo, y que, corrompida, degeneró en la de *algarrada*, nombre que se le siguió dando hasta el año 1342.

Los *Anales de Toledo*, en la página 400, hacen mencion de las *algarradas* con que los castellanos atacaron en 1219 la plaza de Requena, y en el sitio de Mallorca, en 1229. Segun Zurita, en sus *Anales de Aragon*, dice que los árabes tenian en la plaza *algarradas* tan sùtiles, que lanzaban *pelotas*, con tal furia que pasaban de claro cinco y seis tiendas.

Cuando D. Fernando III atacó á Sevilla, los árabes, segun las crónicas de aquel tiempo, lanzaban pelotas con las *algarradas* al ejército cristiano desde el barrio de Triana; pero donde con más claridad se empieza á conocer los detalles de tan mortífera invencion, es en la crónica que describe el sitio de Algeciras, puesto por D. Alfonso XI, en 1342, en donde, despues de muchos y curiosos detalles sobre la artillería de aquel tiempo, dice: «Et los moros de la cibdat lanzaron muchos truenos contra la hueste en que lanzaban *pellas* de fierro muy grandes, et lanzábanlas tan lejos de la cibdat, que pasaban allende de la hueste algunas de ellas».

En el asedio de Burgos, por D. Pedro el Cruel, en 1367, en las crónicas de D. Juan I, en 1383 al hablar del sitio de Gijon

y en la batalla de Egea, en 1394, reinando D. Enrique III, se hace mencion de los truenos, algarradas, pellas y pelotas, lanzadas contra las plazas y huestes enemigas.

En los años de 1407, 1408 y 1409, el ejército castellano, acaudillado por el infante D. Fernando, alcanzó varias victorias sobre los infieles, arrebatándoles muchos castillos y villas fortificadas, entre otras, Pruna, Setenil, Zahara y la torre de Alhaquín, jugando en todas ellas la artillería, y principalmente en el sitio de Setenil, en el que hizo fuego por primera vez la gran lombarda apellidada *Gijon*, mandada por Juan Alonso de Solís; pero donde verdaderamente la artillería se presenta ya como arma importante, en los sitios de plaza, fué en el de Antequera, puesto por el mismo infante en 1410.

Para poder dar una idea exacta de lo que en aquella época era un tren de batir, vamos á trascribir á continuacion las disposiciones que tomó D. Fernando para que el trasporte de la artillería y material de guerra pudiera hacerse con facilidad y prontitud, distribuyendo los diferentes cargos entre varios caballeros, en la forma siguiente:

«A Juan Hernandez de Bobadilla, encargó la conduccion de la lombarda *grande* con la su curueña, con las carretas é bueyes é 200 homes que eran necesarios para llevarlos».

«A suer Alonso de Solís, la lombarda de *Gijon*, su curueña, carretas é bueyes é 150 homes».

«A Juan Sanchez de Aguilar, la lombarda de la *Banda* con su curueña, carretas, bueyes é 150 homes».

«A Sancho Sanchez Londoño, las dos lombardas de *Fustera* con sus curueñas, carretas, bueyes é 200 homes 100 por cada una».

«A Fernan Sanchez de Badajoz y Gutier Gonzalez de Torres, diez *mantas*, cinco cada uno é la madera de repuesto por cada una é 150 homes para conducillas».

«A Juan Hernandez de Valera, los pertrechos de mina é del alquitran, las carretas é bueyes nescesarios é 100 homes».

«A Diego Rodriguez de Zapata (primer jefe de la artillería, en España), toda la pólvora é las carretas é bueyes nescesarios para llevarla, é cinco carretas vascías, para que si alguna de las cargadas se rompiese, la conduccion de la pólvora no sufriese entorpecimiento en el camino é 80 homes».

«A Sancho Vazquez de Medina y Fernan Rodriguez, todos los paveses, carretas é bueyes necesarios para su conduccion, é 150 homes».

«A Juan Sanchez Salvatierra, las arcas de los pasadores, carretas é bueyes é 80 homes».

«A Garcí Rodriguez y Diego Hernandez de Medina, las nueve fraguas de herreros, é carretas é bueyes é 80 homes».

«A Luiz Gonzalez de Bozmediano, cincuenta quintales de fierro é 50 homes para llevarlo».

«A Diego de Monsalve, todas las herramientas, que eran picos, azadones, *almadanas* (mazos de hierro), *destrales* (segures y hachas de cortar), palas de fierro, clavazon, pernos, palancas, chapas, clavazon, menudas para las carretas é 150 homes para llevarlas».

«A Juan Vazquez de Casasola, las muelas de aguzar con los pertrechos necesarios; los torneros é cordoneros, los tacos fechos para las lombardas, la madera para fascer tacos é carretas é bueyes necesarios é 50 homes».

«A Micer Gilio y Rodrigalvarez de Arévalo, el ingenio grande con la *fastada*, é carretas é bueyes é 200 homes».

«A Ruiz de Hinestrosa, los diez y seis truenos, carretas, bueyes é 50 homes».

«A Pero Sanchez, jurado de Sevilla y Fernan Sanchez, de Villa Real su sobrino, todas las piedras de las lombardas é truenos é carretas é bueyes é 150 homes».

«A Juan Gonzalez de Villa Nueva, el carbon é los carbones para facer carbon, é carretas é bueyes é 30 homes para llevarlo».

«A Lopez Ruiz de Cárdenas, el cuidado de facer cortar la madera para ejes de carretas, é componer las carretas que se rompiesen é facer tacos para las lombardas».

«A Luis Gonzalez de Ledesma, el cuidado de los carpinteros».

«A Juan Alvarez é Diego Bolaños, el tener á su cuidado los pedreros é mandar facer las piedras (*llamadas Bolaños*) para las lombardas é truenos».

«A Luis Gonzalez de Salamanca, el llevar á todos los que labraban con hachas».

«A Martín Hernandez Nieto, el tener á su cargo to-

dos los bueyes, así los que iban cargados, como los de repuesto é 40 homes para cuidarlos».

«A Alonso Alvarez de Bolaños, el tener á su cuidado veinte maestros carpinteros para componer las carretas, con dos carretas para herramientas é 10 homes, con encargo de recibir los cueros de bueyes para facer las coyundas, y por último Juan Gonzalez Arenas, vecino de Olmedo, el encargo de llevar las escalas en acémilas é 15 homes».

He aquí el material de guerra que usaba el ejército castellano en los primeros años del siglo XV, que no dejaba de ser vario y complicado, siendo de admirar las atinadas disposiciones del infante D. Fernando, para movilizar la conduccion y transporte de tan pesada impedimenta.

La descripcion más antigua de la lombarda, se debe al historiador italiano Radugio. Estas piezas, que hoy dia pueden estudiarse en nuestro Museo de artillería, el primero de Europa, lanzaban proyectiles de piedra de un tamaño enorme, proyectiles apellidados *Bolaños*. La idea que por mucho tiempo prevaleció, de que cuanto mayor fuese el proyectil, mayores estragos habia de hacer en los cercos de las plazas, hizo que se construyesen algunas lombardas de dimensiones colosales, tales como la *Banda*, *Gijon* y *Grande*, que lanzaban balas de piedra de 120 libras, las siete conocidas con el nombre de las *Hermanas Gimonas*, que batieron á Málaga en 1487, el *Isla de Dios*, que tiraba balas de 100 libras y 80 de pólvora, el *San Juan de Almarza*, en Mazalquivir, el *Triquitraque*, etc.

Estas inmensas moles, que sólo podian hacer de cuatro á seis disparos por dia, ofrecian en la práctica gravísimos inconvenientes, tanto para moverlas, como para cargarlas y hacer la puntería; y en corroboracion de esto, tenemos la crónica de don Juan II, que al hablar del sitio de Zahara y de las lombardas que la batian, dice: «E los lombarderos eran tales que tiraban días que non acertaban en la villa» y en el mismo año, D. Pedro Niño, conde de Buelna, al describir el sitio de Setenil, refiere que: «luego que partieron del real, cayóseles en el campo la gran lombarda que havian de tirar d'ella, 20 pares de bueyes.... é luego en este punto comenzaron á adobar el carro.... é cargando la *gran* lombarda que se tardaron más de cuatro horas,

é andaba tan poca tierra porque era muy fragosa é cayó la lombarda tres ó cuatro veces, cada vez iba rodando é los bueyes con ella».

Antes de pasar adelante, debemos hacer mención de una clase de artillería llamada *organos* muy en boga en la Edad media y que segun parecer de la historia de la dominacion de los Señores de Carrara en Padua, tuvo su origen en 1387, debido al talento de un ingeniero llamado Scalizar. Este unió algunos cañones de poco calibre los cuales debian dispararse á un mismo tiempo, construyendo para conducirlos, tres carros de los que cada uno llevaba tres filas de estos cañones. Cada fila se dividia en cuatro compartimentos, y cada compartimento llevaba doce cañones con otras tantas balas. Cada carro contenia 144 cañones con un hombre por fila, el cual debia dar fuego á las lombardillas de doce en doce; de tal suerte que los cañones de las tres carretas, se disparasen en treinta y seis descargas. Cada carro iba arrastrado por cuatro fuertes caballos cubiertos de armadura, y cada caballo era guiado por un hombre armado con una hacha. (1)

El uso de estos *organos* se conservó por largo tiempo. En 1444 en el combate de San-Tiago, los suizos presentaron unos cañones llamados *cañon de granizo* (Hagel Buchse) que consistian en un tren de carros que llevaban nueve cañones cada uno. En Italia, en el combate de Ricarduia en 1446, el general Bartolomé Coleoni presentó tambien baterías de órganos y el duque de Ascoli en su *tratado de la Milicia*, al hablar de la composicion de un ejército de veinte mil hombres, les asigna cien pequeños carros llevando cada uno dos piezas que llama *cerbatanas*, debiendo estos carros llevar en su parte delantera y á modo de pavés, planchas de madera cubiertas de cuero, que cubriesen no tan sólo á los cañones, sino que tambien á los arbalesteros y arcabuceros. (2) En nuestros ejércitos de la Edad media, se hizo uso de estas baterías, empleándolas en el sitio

(1) Véase el texto italiano en los *Estudios sobre el pasado y porvenir de la artillería*, por Luis Napoleón Bonaparte. Tomo I, pág. 40.

(2) *Estudios*, pág. 95.

de Rávena el célebre ingeniero Pedro Navarro, contra las tropas de Gaston de Foix.

Entre la diversidad de piezas de todas formas y tamaños que se usaron en la época que nos ocupa, merece especial mención el *compago* ó *cortago*, pieza que tenía la figura de un ángulo recto y su recámara debía estar según la opinión de Diego Ufano, en el vértice del ángulo. (1) Aunque no se tengan los datos más luminosos é irrecusables sobre el modo de emplear el *cortago*, puede creerse que esta pieza se colocaba perpendicularmente al cimiento del muro (2) contrayendo ántes y con este objeto á la zapa una galería, y haciendo este cañon las veces del hornillo.

Pulgar en su crónica de los Reyes Católicos, cap. 91, dice al hablar del uso que en aquellos tiempos se hacia de esta pieza que «Francisco Ramirez hizo una mina que llegaba fasta el cimiento de la torre, é allí puso un *cortago* la boca arriba é armáronla para que tirase al suelo de la torre, sobre la cual estaban los mozos que la defendian..... Un dia los cristianos llegaron las escalas, é las mantas é otros pertrechos para subir á la torre, estando la gente en la furia del combate, los artilleros pusieron fuego al *cortago* que estaba armado debajo del suelo de la torre, é con el tiro que hizo, derribó gran parte del suelo do estaban los moros que la defendian.

A principios del siglo XV, la artillería dió un gran paso en el desarrollo de su inmenso poder, no habiéndose empleado hasta entónces más que en los sitios de las plazas; pero al advenimiento al trono de los Reyes Católicos, hicieron venir maestros de Francia y Alemania, los cuales trataron de reducir el volúmen de las piezas, dando á este ramo toda la importancia que se merecía y nombrando director del arma á Francisco Ramirez, de Madrid, por Real orden de 17 de Julio de 1475; el título de maestro mayor de artillería á Micer Domingo Zacarías, y el de Maestro lombardero en 12 de Noviembre de 1477, á

(1) Un crítico moderno, D. Ramon de Salas, en su *Memorial histórico de la artillería española*, no concibe y con razon, que los antiguos pudiesen usar unas piezas cuya ánima formaba un ángulo recto.

(2) *Clonard*. Historia orgánica de la inf.^a y cab.^a española, T. I, pág. 48.

Tomás de Barberá y al maestro Alonso, dando por resultado inmediato la invención de las piezas llamadas de *Campo*, montadas en carruajes acomodados á la movilidad de las tropas, pudiendo maniobrar con bastante ligereza en los campos de batalla.

Muy entrado el siglo XV, las gualderas se acortaron, se suprimieron las ruedas macizas y adoptaron las de cubo y rayo, lo cual influyó considerablemente en la movilidad de los trenes.

Poco tiempo despues, y con objeto de poder hacer la puntería, adoptóse en el extremo de la cureña, ó cola de pato, un graduador de hierro, por medio del cual, aunque muy imperfectamente, el artillero subia ó bajaba la boca de la pieza, dando, por medio de este ingenioso mecanismo, un gran paso en el perfeccionamiento de las piezas de campaña.

Sin embargo, á los franceses, en el último tercio del siglo XV, se debe los verdaderos y sensibles adelantos en las baterías de campo, pues lograron conciliar la rapidez de los disparos con el mayor efecto de los proyectiles, alterando por completo la aparición de estas baterías, en Italia, las antiguas condiciones del arma.

Ciento treinta años habian de pasar para que la artillería diese un nuevo paso en su desarrollo, debido al célebre ingeniero Tarragona, en 1630; pero siendo sólo nuestro ánimo dar á conocer esta arma, durante el período de la Edad media, no creemos deber pasar de los límites que nos hemos trazado.

ARMAS MANUABLES DE FUEGO.

Muy semejante el objeto de la artillería y de las armas manuales de fuego, y uno mismo su origen, parecía que su introducción debiera haberse verificado á un mismo tiempo; pero no fué así, pues la artillería era ya conocida por toda Europa, cuando aún no se conocían las armas de fuego manuales.

La primera noticia que se tiene de las armas de fuego data del año 1334, pues, segun los datos de Muratori, célebre escritor y celoso investigador de los sucesos concernientes á la Edad media, dice que el marqués Reinaldo de Este, preparó en el citado año, al par que gran cantidad de ballestas, unas máquinas llamadas *schopettas* y *æspingardas*, y en el año 1364, segun cuenta Weyden, en su opúsculo histórico sobre la invención de la pólvora y armas de fuego, las tropas de Perugia llevaban cañones pequeños, de una tercia de longitud, que disparaban con mecha, atravesando la bala los coseletes más bien templados.

En 1378, se emplearon en Alemania las armas de fuego, bajo el nombre de *arco-bugios*, *culebrinas*, *schiooppettas* y *bombardellas*; y segun aparece de los documentos más auténticos del siglo XV, de los 31,000 suizos que asistieron al sitio de Morat, en 1476, 10,000 iban provistos de *schoppettum*, que manejaban diestramente.

En 1447, segun las crónicas de D. Alvaro de Luna, se usaron en España, en el sitio de Atienza, y cuando se procedió á

la prision del Condestable, la misma crónica dice que «Alfonso Gallego fizo con tiro con una culebrina de mano, conque mató luego un home de armas».

Esta arma consistia, segun los dibujos que de aquella época se conservan, en un cañon de hierro, más corto que el del fusil, sujeto á una caja de madera, por medio de abrazaderas, terminando la culata en punta. El culebrinero llevaba un baston con horquilla y regaton de hierro, la cual servia de baqueta y de punto de apoyo á la culebrina, dando fuego á esta arma por medio de una mecha.

Muy poco tiempo despues de conocida la culebrina, apareció otra arma mucho más perfecta, denominada *espingarda*, usándose la primera en España, en el sitio puesto á Toledo en 1449 por D. Alvaro de Luna.

Otros muchos datos vienen á corroborar el uso de esta arma durante el siglo XV, tales como los que aparecen en Cascales, Alfonso de Palencia y otros, y finalmente, en la ordenanza expedida por los Reyes Católicos en Tarazona, á 5 de Octubre de 1495, en donde se dispuso: «que los vecinos del estado medio y que fuesen aptos para llevar espingardas, tuvieran en su poder cincuenta pelotas é tres libras de pólvora».

El mecanismo de la espingarda era muy simple, pues el cañon se colocaba sobre una caja de madera, cuyo corte estaba dispuesto para dirigir la puntería, para lo cual se apoyaba la culata en el hombro, y se disparaba por medio de una cuerda-mecha.

El Gran Capitan, en su deseo constante de perfeccionar durante las guerras de Italia, que tanto enaltecieron las glorias del ejército español, las armas de fuego, encomendó á los armeros italianos este cometido, dando por resultado el mosquete de mecha y la escopieta, así como una arma que se cargaba por la culata, (1) y cuyo invento se abandonó para que apare-

(1) En uno de los viajes que el Sr. conde de Clonard hizo á Toledo, observó muy detenidamente un cuadro pintado por Juan de Borgoña en la capilla mozárabe, y que representa la conquista de Orán por el gran Gimenez de Cisneros. Entre los hombres armados que aparecen en primer término, advirtió que uno cargaba su arma por la recámara, teniendo otro esta misma ya cargada y en ap-

ciese en todo su esplendor á mediados del siglo presente; pero siendo nuestro ánimo ceñirnos exclusivamente á la edad media, y perteneciendo esta clase de perfeccionamientos al siglo XVI, hacemos punto, pues de lo contrario tendríamos que hacer un estudio detenido de todas las vicisitudes que durante cuatro siglos han sufrido las armas de fuego manuales, hasta la carabina aguja de nuestros dias.

titud de dispararla. Desde luego comprendió, aplicadas al hecho las noticias históricas que poseía, que el arma referida era la escopeta, pero como su construcción probaba un vuelo tan atrevido en las ciencias mecánicas, anhelaba vivamente tener á la vista un ejemplar de esta arma que sirviese para dar firmeza á sus ideas y demostrar la fidelidad del cuadro. La casualidad hizo venir á manos del inteligente artista armero D. Eusebio Zuloaga, un cañon bien conservado procedente de la espoliación del depósito de armas ofensivas y defensivas que existía en la Universidad de Alcalá, desde la conquista de las plazas de Meyalquivir y Orán, verificadas en los años 1505 y 1509, bajo las inmediatas órdenes del mismo Cardenal Cisneros. La luz de estos elementos históricos y artísticos, desvaneció todas sus dudas; y Zuloaga despues de un maduro exámen, concluyó asegurando en un curioso y extenso informe, que puede verse en el primer tomo de la Historia orgánica de las armas de infantería y caballería de Clonard, página 62 y siguientes, que la arma en cuestion, era la antigua escopeta.

LA CABALLERIA EN LA EDAD MEDIA.

La caballería, mezcla de sentimientos, de instituciones y de usos difíciles de definir, era una exaltación de la generosidad, que impelia á respetar y proteger al débil contra el fuerte, cualquiera que éste fuese; á venerar á la mujer con un amor que elevaba las facultades morales, encaminándolas al bien, á mostrarse liberal, hasta la prodigalidad: todo esto impregnado de un sentimiento religioso que determinaba las acciones, consagraba las hazañas y purificaba los fines; siendo la caballería, como dice un ilustre escritor, el incidente más notable de la historia Europea entre el establecimiento del cristianismo y la revolución de Francia.

Algunos autores atribuyen á los árabes el origen de la caballería, y si bien es cierto que en ellos se descubren muchos elementos caballerescos, hay que tener presente que los encomiadores de este pueblo han incurrido en exageración, atribuyéndoles con frecuencia ideas que corresponden á tiempos posteriores. Así, pues, aunque amenudo se veía durante la dominación árabe en España á los caballeros de Aragon y de Castilla dirigirse á la corte del rey moro de Granada, para obtener campo libre en que ventilar sus querellas, en las que segun el historiador Perez de Hita, en sus *Guerras civiles de Granada* los combates entre moros y cristianos no reconocian por causa el ódio de raza ni la religion, y que por el contrario, iban siempre acompañados de gran cortesía, no por eso dejaba de existir una gran diferencia entre ésta y la verdadera época caballerisca.

Los verdaderos gérmenes de la caballería se hallan sin disputa ninguna entre los germanos, donde la mujer era objeto de una veneración muy próxima al culto.

A los germanos son debidos también los juegos militares solemnes, y cuando se designa á Godofredo de Preully como inventor de los torneos en 1066, debe entenderse que introdujo en estos simulacros de la guerra regularidad y forma, pues el Valhalla de los Escandinavos, era un paraíso de continuos combates, en que los dioses, después del banquete, justaban y se hacían pedazos para reaparecer enteros y curados al día siguiente. Pero la caballería no podía, fuera del cristianismo, conservar su lealtad, ni su reputación, ni la fidelidad á una sola mujer. Las guerras que estuvieron obligados á sostener los pueblos de Europa en los primeros tiempos de la invasión, habían ofrecido suficiente ocupación á su ardor belicoso y hecho predominar los instintos brutales, razón por la cual la caballería, en toda la fuerza de la expresión, no llegó á desarrollarse sino á principios del siglo XII.

Puede tenerse por seguro que la caballería, tal como nos la pintan las novelas y leyendas de aquella época no ha existido nunca, siendo modificada por los libros que opusieron á la caballería verdadera una ideal, la que, andando los tiempos, degeneró en otra falsa, toda de imitación. Sin embargo, hubo mucho de real, y los caballeros formaron un orden efectivo, con fórmulas de iniciación, derechos y prerogativas. En las *Siete Partidas* de D. Alfonso X, está prescrito el modo cómo debían vestirse los caballeros, cómo debían alimentarse y emplear su tiempo, etc.

En la época de la primera Cruzada existía ya la orden de caballería, que tanto contribuyó á llevar á cabo tan arriesgada empresa, llegando á alcanzar tanto lustre en la tercera, que el mismo Saladino quiso ser armado caballero.

En el Mediodía de Francia fué donde esta institución estuvo mejor organizada; desde allí pasó á Cataluña, Aragón y Castilla, y por último, á toda España, ya caballeresca de suyo.

Cada pueblo modificó, según su carácter peculiar, esta institución, que aunque nunca alcanzó la sublimidad ideal de sus

sentimientos, excitó, sin embargo, nobles esfuerzos y vino á ser un manantial de generosidad.

En tres épocas se puede dividir la historia de la caballería: una heroica, que se halla en los romances de los Carlovingios; otra femenina, de dulces aspiraciones y cortesés modales, representada en los de la Tabla Redonda, y por último, otra artificial, toda constituida en falso, en la cual el entusiasmo es imitación, hasta ceder el puesto el desinterés al cálculo, vender el caballero su espada, y traficar con los prisioneros, engendrado este último, por la sátira del inmortal Cervantes.

Muchos han creído que la caballería como institución existía en tiempo de Carlo-Magno y Arturo, pero esto no es cierto. La caballería, al llegar á su mayor grado de esplendor, quiso ennoblecer su origen, suponiéndole antecedentes remotos, y buscó entre los paladines del Emperador franco y los convidados del Rey breton los primeros ejemplos y los tipos de las virtudes que proclamaban, suministrando el feudalismo á esta institución sus formidables castillos y las armaduras perfeccionadas que convertían al caballero y al caballo en una masa de hierro, en que hasta las junturas eran impenetrables á las armas del contrario.

La ceremonia de la investidura, por la cual el vasallo recibía de su señor las armas como prenda de lealtad, vino también del feudalismo. A la tierna edad de siete años, arrancándole de manos de las mujeres, se le sometía á una educación varonil, en medio de juegos militares en el castillo paterno. Al salir de la infancia entraba de *paje* ó *doncel* en casa de algún gran señor, famoso por su fausto, por la antigüedad de su alcurnia ó por sus grandes hechos de armas, y allí servía al señor y á la dama en los viajes, paseos, visitas y en la caza, donde, á caballo, perseguía á las piezas ó cazaba las aves con el halcón, acostumbrando su alma á la guerra en las faenas militares y en los simulacros, aprendiendo en medio de esta vida, como dice un reputado escritor de la Edad media, á amar á Dios y á una dama, al paso que unos lábios graciosos le iniciaban en el catecismo del amor y en las reglas de la virtud y el decoro.

A los catorce años, el doncel era ascendido á escudero, para lo cual era conducido por sus padres al altar con un cirio en la

mano. El sacerdote celebrante cogía una espada y un cingulo y despues de bendecir ambas cosas, se las ceñía al jóven. Entónces los padrinos le calzaban las espuelas de plata y prometian, en su nombre, amor y lealtad. Terminada esta operacion, el novel escudero se ponía á las órdenes de algun famoso paladin, para servirle corporalmente, ya trinchanto los manjares, escanciando las bebidas, cuidando de los caballos y de las armas, que debia tener siempre limpias, y llevárselas á su señor cuando debia vestir las; siendo tambien de su obligacion el tenerle el estribo al montar á caballo. En campaña, llevaba del diestro el caballo de batalla del señor, y á su cargo estaban los prisioneros de guerra. Podia usar la coraza, la gola, el espaldar, las manoplas, las faldas, guardarrénes, musleras, rodilleras, grevas, escudo como el caballero, así como las mismas armas ofensivas, estándole prohibido el uso del yelmo, el ristre de la lanza, los escarpes de hierro y las espuelas doradas.

Cuando el escudero se habia hecho digno por sus hazañas y comportamiento de ser armado caballero, se preparaba por medio de ayunos, penitencias y oraciones para el solemne acto de ser armado caballero, comenzando por comulgar y ponerse el traje blanco, señal de la pureza que habia adquirido; se lavaba con esmero en un baño, cambiaba en seguida la túnica blanca por la roja, que expresaba el deseo de verter sangre por la religion, y se le cortaban los cabellos, lo cual denotaba servidumbre. La noche la pasaba en oraciones, con algun sacerdote y con los padrinos, velando al mismo tiempo las armas.

Llegado el momento, marchaba hácia el altar, acompañado de caballeros, escuderos y pajes, con la espada pendiente del tahalí, y despues de presentarla al sacerdote, que la bendecia y se la entregaba, se hincaba de rodillas delante del que debia armarle caballero, el cual le preguntaba: *¿Con qué intencion quieres entrar en la caballería? ¿Para enriquecerte? ¿Para descansar? ¿Para alcanzar honores sin honrar á la caballería? Vete, eres indigno de ella.* El neófito contestaba que era para honrar á Dios, la religion y la caballería, y lo juraba con la mano puesta sobre la cruz de su espada. Entónces, las damas y caballeros le ayudaban á armar, calzándole las espuelas, distintivo de su dignidad.

El señor se levantaba de su asiento, y con la espada desnuda le daba tres golpes de plano en la espalda y cuello, ó en su lugar un bofeton, última injuria que debía sufrir sin vengarse, y le decia: *En nombre de Dios, de San Jorge y de San Miguel, te hago caballero; sé valiente, intrépido y leal.* Acto continuo le entregaban el yelmo, el escudo, la lanza y el caballo, y montándose en él sin poner el pié en el estribo, caracoleaba blandiendo las armas.

Si un caballero faltaba á sus deberes, se le degradaba como desleal, para lo cual se le colocaba en un carro ó en un tablado, se rompía su armadura, se le quitaban las espuelas, el blason de su escudo era borrado y atado á la cola de un caballo; enseguida los heraldos le proclamaban villano y el clero entonaba el salmo CVIII, siendo conducido con una cuerda al cuello y sobre unas angarillas á la iglesia, donde cubierto con el paño mortuorio, se le cantaba el oficio de difuntos.

Una de las empresas en que más demostraban los caballeros su valor, era el ataque de las minas, por el mayor peligro que en ellas se corria, viéndose al duque de Borbon entrar en una que habia debajo del castillo de Verteuil, en el Argumés, haciendo allí proezas de valor.

Como á todas las instituciones que llegan á alcanzar grande honra y prez, á la caballería llegó su hora de decadencia. La juventud armada quiso acreditar más el valor que la virtud, y escaseando esta última, empleaban aquel en satisfacer rencores y en enemistades personales.

El amor degeneró en descarada licencia, la religion se convirtió en prácticas supersticiosas, que produjeron la caballería andante, estravagante período de la decadencia de tan ilustre institucion, poniéndose ya en ridículo en el siglo XIV la manía de ir en busca de aventuras. Comenzóse poco tiempo despues á prohibir los libros de caballería; la iglesia empezó á declamar contra ella, y en el siglo XV, Carlos V les cerró la entrada en el Nuevo Mundo, y las Córtes de Valladolid suplicaron que esta prohibicion se extendiese tambien á España, dando, por último, á la caballería el golpe de gracia el *Quijote*, que con el aguijon de la burla, hundió para siempre una institucion que habia sobrevivido á los males cuyo remedio se habia propuesto.

ORDENES MILITARES Y RELIGIOSAS.

Las órdenes militares, centinelas avanzadas en el camino de la gloria, contribuyeron poderosamente á contener á los sectarios del Corán, que con su formidable empuje comprimieron á la Europa por Oriente y Occidente, con la vehemencia de una secta nueva, que tendia á destruir por completo el imperio de la cruz.

Unidos entre sí con homogeneidad de fines, dedicados á la caridad y á la gloria, colocados muy alto en el concepto de sus contemporáneos, aquellos esforzados guerreros sacrificaron sus vidas y haciendas en cumplimiento de sus deberes, acreditándose en todas partes por su intrepidez heroica en los combates y admirado al mundo más de una vez con sus hazañas.

Si los servicios prestados por las órdenes militares fueron muy apreciados en toda la cristiandad, debieron serlo mucho más en España, donde la guerra continúa con los árabes durante más de siete siglos, heria de un golpe todas las fibras principales del corazon, á saber: el sentimiento religioso, el deseo de la independenciam y la antipatía de las razas.

William Prescott, célebre escritor contemporáneo, en su *Historia de los Reyes Catolicos*, supone que las órdenes militares fueron instituidas en España á semejanza de otras confederaciones religiosas que existian entre los árabes; pero esta opinion no tiene otro fundamento que la idea de que todos los

rasgos de la civilizacion cristiana vienen reflejados de la civilizacion musulmana.

Lo que creó efectivamente las órdenes militares en España, fueron: 1.º El deseo y necesidad de establecer nuevos y robustos elementos para la defensa y la agresion. 2.º Un momento de inspiracion que tuvieron algunos hombres para despedirse de los goces mundanales y purificar sus almas en el estudio y el trabajo, y por último, la fuerza misma de las circunstancias, que pugnaban por dar expansion y desarrollo á un pensamiento de gran porvenir.

Sentadas las causas que motivaron la creacion de las órdenes militares en nuestro país, pasemos á describir las más principales, por orden de antigüedad.

La primera orden que se conoció en España fué la de la Encina. Cuenta la tradicion que D. García Jimenez, caballero navarro de esclarecida estirpe, y capitan muy reputado, al preparar sus huestes para lanzarse sobre el agareno, que habia invadido su territorio, dirigió la vista al cielo, como para implorar su auxilio, y vió sobre una encina el símbolo de nuestra redencion, rodeado de arcángeles y querubines, que lo adoraban postrados de hinojos.

El valiente caballero creyó en su piadoso fervor, que aquel nuevo lábaro era la señal cierta de la victoria, y poniéndose él mismo una cruz en el pecho, y haciendo que se la pusieran sus capitanes y soldados, marchó con ánimo esforzado contra el enemigo, al cual desbarató en el primer encuentro, expulsando á los moros, despues de una lucha sin tregua, de las ásperas montañas de Navarra; por lo que sus soldados, agradecidos, lo alzaron sobre el pavés, proclamándole rey. Entónces (el año 722) impetró y obtuvo del Pontífice Gregorio II permiso para fundar una orden militar con el título de la Encina, y cuyo emblema era una cruz roja, puesta sobre un árbol de este nombre.

Una de las órdenes que más influencia ejercieron sobre los destinos de España, fué sin disputa alguna la de Santiago.

Dos son las versiones que aparecen sobre la época de su creacion y forma con que ésta tuvo lugar. La primera y más general supone que habiendo fundado los canónigos de San Eloy un hospicio para los que iban en peregrinacion á Santiago de

Galicia, y careciendo de las suficientes fuerzas para protegerlos, acudieron á D. Pedro Fernando de Fuente Encelada, el cual puso á su servicio algunos caballeros, que tomaron el nombre de *caballeros de Santiago de la Espada*, el año 1170. Comprendiendo al poco tiempo que su asociacion no podria subsistir sin un vínculo eclesiástico y cierta disciplina, la solicitaron en 1175 del Papa Alejandro III, con el carácter de canónigos regulares de San Agustin, Breve que fué confirmado sucesivamente por Lucio III, Urbano III, Honorio III y Gregorio.

Estos caballeros hacian voto de castidad conyugal, y tuvieron su primer asiento en la ciudad de Velez, reino de Castilla, y su casa hospitalaria en el reino de Leon. Las insignias de esta orden consistian en una cruz encarnada, en forma de espada, puesta sobre un manto capitular, de lana blanca. A la muerte de su último gran Maestre D. Alfonso de Cárdenas pasó el maestrazgo, como el de Calatrava, á la corona, en tiempo de los Reyes Católicos.

La segunda version (1) hace remontar la creacion de esta orden al 23 de Mayo del año 844 dia en que tuvo efecto la batalla de Clavijo. Esta version es como sigue:

Resuelto el Rey D. Ramiro I á dominar el orgullo de los moros, reunió numeroso ejército, y puesto al frente de él, se dirigió á las fronteras de Aragon por la parte de la Rioja, llevando en su compañía al señor de Cameros D. Sancho Martinez de Tejada, que figuraba en aquel ejército como maestre del campo. Una vez á la vista los dos ejércitos, no hubo medio de impedir que ántes de preparar la batalla vinieran á las manos, siendo la suerte poco favorable á los cristianos. Llegada la noche, unos y otros se retiraron á sus campos á esperar el dia siguiente. El Sr. de Tejada, sus siete hijos y otros cinco caballe-

(1) A la incansable aplicacion de nuestro amigo el señor Coronel de Estado mayor D. Angel Alvarez de Araujo y Cuellar, debemos la siguiente relacion abreviada de la creacion de la orden de Santiago, relacion que acompañada de preciosos é ineditos datos, aparecen en la obra que dicho señor empezó á publicar con el titulo de *Recopilacion histórica de las cuatro ordenes militares*, sintiendo no esté terminada una obra que ofrece tanto interés y que en lo concerniente á la orden de Santiago, destruye por completo las apreciaciones que hasta el dia se habian hecho sobre la fecha de su creacion.

ros más, acordaron aquella noche tomar un distintivo que los señalase y con el cual se reconocieran y fuesen reconocidos por sus gentes en la batalla que al rayar el día debía comenzar con nuevo encarnizamiento, el cual consistía en una cruz colorada en forma de espada, puesta sobre sus capas. Mejor conducidos los cristianos, arremetieron valerosamente á los árabes, destruyéndolos por completo.

El general Maestre de campo D. Sancho Martínez de Tejada, manifestó al Rey después de la victoria, que él y los trece caballeros de que hemos hecho mención, en unión con otros, habían acordado formar una orden de caballería bajo la advocación del Santo Apóstol Santiago, en memoria de la victoria de Clavijo. Ramiro aprobó dicha orden, y armó caballero de ella á su general Maestre, y para la organización y gobernación de ella, le unió los trece caballeros que habían coadyuvado á la victoria, teniendo esta orden su fundación canónica el mismo año en la iglesia de Santiago el Real ó de los caballeros de la ciudad de Logroño.

Por los años de 1020, dueños aún los califas Fatimitas de la Siria, algunos mercaderes de Amalfi fabricaron en frente del Santo Sepulcro un hospicio para los peregrinos que visitaban los Santos Lugares, servido por monjes, que eligieron por patrono á San Juan Bautista, de donde tomaron el nombre de Hospitalarios de San Juan. Al estallar la primera Cruzada, Gerardo, prior de la orden, se separó de aquel convento para instituir una regla particular, adoptando como trage un vestido todo negro, con una cruz blanca de ocho puntas en el pecho.

El Papa Pascual II, se hizo cargo de la regla y los bienes que ya poseía la orden, y posteriormente Calixto II sancionó los estatutos compilados por Raimundo Du-Puy, segundo preposito de la orden, llegando á ser inmensamente rica en posesiones y privilegios. Esta sociedad, militar y religiosa, comprendía tres clases de *freires*: eclesiásticos, para el socorro de las almas; legos para los servicios corporales, y caballeros de armas, encargados de proteger á los peregrinos que, llenos de ferviente celo, marchaban á visitar la tumba del Salvador, presididos todos por un jefe, al que Inocencio IV confirió en 1259 el título de gran Maestre.

Célebre por su poder, su influencia y sus desgracias, fué la órden militar de los Templarios. Los ilustres caballeros Hugo de Payens y Godofredo de Ademar, fundaron, siguiendo el ejemplo de los hospitalarios, una órden que en los nueve primeros años no contó más que con nueve *freires*, y tan pobres, que cada dos de ellos tenian un caballo; lo que dió origen á su sello, el cual representaba un palafren montado por dos caballeros. El Rey y patriarca de Jerusalem les concedieron, para que habitasen, una casa al lado del templo de Salomon, por lo cual tomaron el nombre de Templarios.

A los tres votos de pobreza, castidad y obediencia, añadian el de combatir por la seguridad de los peregrinos, siendo su distintivo una cruz roja, sobre un vestido blanco. En 1118, el Papa Honorio y Estéban, patriarca de Jerusalem, les prescribieron la regla de San Bernardo, el cual redactó para ellos una ordenanza mística y austera, que les imponia, entre otras cosas, el perpetuo destierro de su pátria, el deber de combatir incesantemente á los infieles y de admitir siempre su reto, aunque fuesen tres para uno, sin admitir cuartel.

Los templarios llegaron á adquirir grandes posesiones en todo el mundo conocido entónces. En España llegaron á adquirir numerosos bienes, especialmente en la corona de Aragon. En Galicia les pertenecian Ponferrada y Faro; Balduelna, Javara, Almansa y Cañices, en tierra de Leon; en Extremadura, Valencia, Alconeta, Jerez de Badajoz, Fregenal, Nertobriga, Capilla y Caracuel; en Andalucía, Palma, y en Castilla, Villalpando.

Despues de haber prestado grandes servicios á la causa del cristianismo, estos valerosos caballeros fueron acusados en Francia de graves crímenes, por los que Felipe el Hermoso los llevó en un mismo dia á la hoguera. En España, y á pesar de lo que se opuso D. Jaime II de Aragon, fueron, por disposicion del Pontífice, reducidos á prision, no sin que ántes se defendiesen denodadamente en el castillo de Monzon; y á pesar de que en el Concilio reunido en Salamanca nada resultase contra los Templarios, la Santa Sede dispuso fuese extinguida esta órden en España.

D. Alfonso I el Batallador, rey de Aragon, creó en Monreal

la orden de San Salvador, el año 1118, la que adquirió muy pronto un grande auge y valimiento, dotándola el rey de muchos comendadores, á imitacion de la del Temple. Los caballeros que la formaban eran españoles y franceses, y combatieron con tanta gloria y perseverancia, que sus riquezas excedieron á su fama. El traje de estos caballeros era blanco, con una imágen del Salvador sobre el pecho, y sus miembros hacian triple voto de castidad conyugal, de obediencia al gran Maestre y de defender la fé católica.

Dueños los templarios en Sierra-Morena de la ciudad de Calatrava, y no sintiéndose bastante fuertes para defender tan importante punto contra los ataques de los árabes, se la ofrecieron al Rey D. Sancho III de Castilla, y careciendo éste á su vez de medios de defensa, se presentaron al monarca fray Raimundo, abad de Fitero, y fray Diego Velazquez, que habiendo sido en su juventud valerosos soldados, conservaban entre las frias sombras del claustro destellos de su valor marcial.

El rey los acogió con júbilo y los autorizó para formar una orden, concediéndoles en encomienda perpétua la misma ciudad de Calatrava. El arzobispo de Toledo allegó recursos pecuniarios, y muchos caballeros, atraidos por el mérito de la empresa se agruparon alrededor de la nueva orden. Espléndidamente favorecida por los príncipes, lisonjeada por la opinion, con gran copia de honores y riquezas, la orden de Calatrava ejerció en un principio una especie de protectorado sobre las órdenes de Alcántara y Avis.

Los caballeros usaban una cruz encarnada y escapulario puesto sobre un manto blanco, con capucha. Pablo III concedió á estos caballeros el derecho de casarse, desapareciendo el esplendor de esta orden al morir García Lopez, último gran Maestre elegido en capítulo de la orden, pasando desde entónces la jefatura de la orden á la corona, á fines del siglo XVI.

Alfonso Enriquez, primer rey de Portugal, creó en 1162 una orden militar, denominada *Nueva Milicia*, bajo la regla cisterciense, cuyos caballeros hacian voto de castidad y de guerrear contra los moros; despues les donó la ciudad de Evora, cuya defensa y nombre tomaron, para cambiarlo luego por el de Avis, al fijar definitivamente su residencia en dicha ciudad. Independen-

diente en su origen, secuela despues de la órden de Calatrava, emancipada al fin y gozando por largo tiempo de vida propia, la órden de Avis en Portugal llegó á adquirir mucha consideracion y prestigio.

El voto de castidad religiosa que, á semejanza de otras órdenes hacian los caballeros aviseos, fué convertido por Pablo III en el de fidelidad conyugal. La cruz de esta órden era verde, estriada, y segun se ve en un sello antiguo, tenia á sus lados dos polluelos de águila, símbolo de la rapidez en las empresas y expediciones de los caballeros.

Invadido el reino de Portugal por los árabes, al mando de su caudillo Atvarac, el rey D. Alfonso Enriquez corrió á su encuentro, invocando en su auxilio al arcángel San Miguel. Oyó el cielo propicio sus votos, y en lo más recio de la pelea, cuenta la tradicion que vió al arcángel, con una espada de fuego, destruir á las huestes agarenas y obtener un completo triunfo.

D. Alfonso quiso perpetuar la memoria de este hecho insigne, y creó la órden del *Ala de San Miguel*, en el año de 1167. La divisa que usaba la órden fué en un principio un ala bordada en el manto y rodeada de esplendores, y despues se trocó por una cruz roja, en forma de espada, cuyos brazos remataban en flores de lis, con una banda por cima, donde se leia el lema *¡Quis ut Deus!* Los caballeros de San Miguel vivian bajo la regla y disciplina del Cister.

D. Suero Fernandez y D. Gomez, su hermano, altos y poderosos señores del reino de Leon, deseando poner coto á las continuas incursiones de los árabes en lo que era cuna de la restauracion española, instituyeron una órden de caballería, bajo la regla del Cister y con la advocacion y título de San Juan del Peyro, nombre éste del castillo en que tuvieron su residencia. En 1177 la aprobó el Papa Alejandro III, confirmándola en 1183 Lucio XIII. La divisa de esta órden consistió en un principio en un peral verde sobre campo de oro, pero habiéndoles cedido el gran maestre de Calatrava la villa de Alcántara para que la defendiesen contra los árabes, colocaron desde entónces la cruz de Calatrava sobre el peral, siendo su cuarto gran Maestre Diego Sancho.

Los caballeros entónces se fijaron en Alcántara y tomaron

el nombre de esta villa; mas acrecentándose luego su poder y sus dominios, lograron emanciparse de la órden de Calatrava, erigiendo la de Alcántara, por concesion de Benedicto XIII, en 1441, adoptando la cruz de Calatrava como forma, pero de color verde, en memoria del peral. Los caballeros de Alcántara hacian voto de castidad; mas por indulgencia de Pablo III, se les permitió contraer matrimonio.

D. Jaime I de Aragon instituyó en el año de 1218 una órden militar, con el título de Santa María de la Merced y de la Redención. En una vision que tuvo el Rey, se le presentaron los sufrimientos que los cautivos padecian por la fé, y deseando dulcificar su suerte, creó la antedicha órden, secundado por San Raimundo de Peñafort y San Pedro Nolasco, varon noble y fuerte, oriundo de Francia. Nombrado éste gran maestre, recibió su investidura con gran solemnidad en Barcelona. Los caballeros observaban la órden de San Agustin, por decreto de Gregorio IX. Parte de los caballeros eran eclesiásticos y parte militares; y miétras los primeros se dedicaban al altar, los segundos recorrían los campos, entraban en tierra de moros y rescataban los prisioneros. La túnica, distintivo de la órden, era blanca, donde campeaba una cruz de plata sobre escudo encarnado. Concluido el objeto de la institucion, la parte militar desapareció, quedando la eclesiástica, que continuó formando la órden de la Merced.

En 1290, Juan I, Rey de Castilla, creó una órden denominada *caballeros de la Paloma*, cuya mision, era defender la fé católica y mantener ilesos los fueros de la justicia. Los que á ella pertenecian, llevaban al cuello un collar de oro, del cual pendia una paloma, rodeada de rayos. Hacian voto de castidad conyugal y consagraban su vida á la defensa de la religion. Aunque esta órden prestó grandes servicios, su existencia no fué de larga duracion.

Abolidos los Templarios en el concilio de Viena, el Papa Clemente V quiso adjudicar todos los bienes que la órden poseía en Valencia, á la de Malta; pero el rey de Aragon D. Jaime II se opuso, y con dichos bienes creó la órden de Montesa en 1319.

El Papa Juan XXII aprobó sus estatutos, y la insignia de

esta orden era una cruz encarnada de dos brazos iguales, sobre trage blanco. Adoptó la regla del Cister, y tuvo por cabeza y jefe supremo al Rey de Aragón.

Existieron además otras órdenes militares de ménos importancia, tales como la de la *Banda*, creada por D. Alfonso de Castilla en 1320; la de la *Azucena*, creada segun unos por don García, Rey de Navarra, y segun otros, por D. Sancho IV; la de la *Escama*, creada por D. Juan II de Castilla en 1420, y otras de muy escasa importancia.

Las órdenes militares representan ellas solas toda una fase social. Estas dejaron de existir tanto en España como en los demás países, y cualquiera que sea el concepto que se forme de ellas, nunca podrá ponerse en duda que contribuyeron eficazmente á afianzar en España y en todos los demás países la religion cristiana, que recogieron y cultivaron las pocas virtudes que habia en el fondo de una sociedad degradada por su corrupcion y que, por último, influyeron poderosamente en los adelantos de la milicia.

TORNEOS.

Siendo en la Edad media de grande importancia todo aquello que condujese á desarrollar la robustez corporal y desplegar la destreza y el vigor de los miembros, instituyéronse los torneos, juegos militares que preparaban á los caballeros para las verdaderas guerras cuando éstas cesaban.

Los torneos tuvieron su cuna, segun la opinion de algunos autores, en Francia, siendo el primero que los puso en planta Godofredo II, señor de Preully, el año 1066; pero como quiera que en documentos auténticos (1) aparece que los juegos militares existian en épocas más remotas que la indicada, es de creer que Godofredo fuese el primero que estableciese leyes ciertas que rigiesen en esta clase de ejercicios, perfeccionando las evoluciones que fueron adoptadas sucesivamente en España, Inglaterra, Alemania é Italia.

La voz torneo, significaba vuelta en redondo, porque los caballeros debian recorrer el palenque de figura circular ú oval. La opinion dió á estos ejercicios tal importancia y consideracion y exigió tantos y tales requisitos, que el ser admitido en ellos, se consideraba como una prueba de honor muy esclarecido. Para que un caballero pudiese aspirar á la honra de ser admitido en

(1) Desde el siglo VI, habla Enodio de torneos, elogiando á Teodorico; y Nit-hard, refiere las fiestas militares celebradas por Luis el Germánico y Cárlos el Calvo, despues de la batalla de Fontanet.

el palenque, debía contar con ilustre progenitura, si es que por sí no habia alcanzado una reputacion sin mancilla.

El que queria entrar en liza, debía presentarse con anticipacion á los heraldos con objeto de acreditar su nobleza, colgando su escudo en el peristilo del castillo ó bajo los sombríos cláustros de un monasterio, indicando el heraldo á quien pertenecia. Si alguna dama ó caballero le acusaban de descortés ó de cobarde, tocaba en el escudo para que los jueces del torneo le administrasen justicia; y si éstos, oidas las partes, creian que habia faltado á las leyes del honor, ó que se habia hecho indigno de la estimacion de una mujer, se le excluia de la fiesta, expulsándole violentamente en caso de que se atreviera á comparecer en la liza.

Antes de verificarse el torneo y con la debida anticipacion, salian heraldos acompañados muchas veces por dos doncellas, que unidos pasaban de castillo en castillo, llevando cartas y carteles á los adalides más atamados, convidando al mismo tiempo á todos los valientes que encontrasen en su camino, acudiendo en tropel como antiguamente á los juegos olímpicos de Grecia, los caballeros y escuderos que deseaban probar su destreza en el manejo de las armas.

Fijado el terreno donde debía verificarse el torneo, elevábanse espléndidos pabellones de tapicería y sedas para los nobles y señores de la corte; en seguida y al rededor de la empalizada, alzábanse tablados de diferentes alturas, á veces en forma de torres de muchos pisos, con puestos reservados para las señoras, otros para ancianos caballeros de conocida experiencia, los cuales debian fallar acerca de la bravura de los contendientes, y por último se construian barracas para dar cabida á la muchedumbre. En un sitio desde donde pudiese distinguirse hasta las menores peripecias del combate, se colocaban los mariscales del campo, cuya mision era la de mantener las leyes de la caballería dar avisos y socorrer al que lo necesitaba. Tapices, pendones, banderas, escudos, colgaduras y flores, adornaban el palenque por todas partes, debiendo añadirse á esto, el lujo de los trages, de las piedras preciosas, de las plumas, de las pieles, y como dice muy bien un concienzudo escritor, de las desnudeces seductoras.

Dada por los jueces del campo la señal que indicaba el comienzo de la liza, adelantábanse los caballeros, cubiertos desde la cabeza á los piés con armas resplandecientes de oro y de acero, llevando cada uno en la lanza un pendoncillo con los colores de su dama, y cabalgando sobre soberbios corceles cuyos jaeces deslumbraban por su riqueza.

Entre tanto, los escuderos contenían á la multitud que se estrechaba sobre el palenque, embridaban los caballos y preparaban las armas que necesitasen los combatientes; los juglares y ministriles se disponían á celebrar con sus cantos al vencedor, y las damas elegían un juez de paz el cual encomendaba á los caballeros la clemencia con los vencidos. Los heraldos recordaban á todos y á cada uno en particular, las leyes de la buena caballería, las cuales consistían en no herir de punta sino con el corte de la espada, en no dirigir golpe alguno al caballo, en no pelear fuera de las filas cuando así lo exigía el combate, en descargar los golpes tan sólo en el rostro del adversario y en el cuerpo, en no herir al caballero que tuviese alzada la visera, con otras mil prescripciones largas de enumerar.

Comunmente el torneo empezaba por la justa, que consistía en lanzarse á todo correr de sus corceles el uno contra el otro lanza enristre. Al choque saltaban las fuertes astas en pedazos mil, cayendo por lo regular alguno de los contendientes así como su caballo, reputándose mal caballero á aquel que había herido á su adversario en un brazo ó muslo, y villano el que hacía daño al corcel del contrario, tendiendo los heraldos sus mazas entre los combatientes, en el caso de que ocurriese alguno de los casos antedichos, con cuya acción quedaba terminado el combate.

Tres veces se renovaba la justa, y si de las tres lanzas rotas salía vencedor uno de los contendientes, tenía que renovar con otro el combate, dándosele á este último el nombre de *lanza de las damas*, porque se combatía en su honor con espada, hachá y daga, esforzándose en desplegar más desnudo que en las anteriores. Si de esta última prueba el caballero salía vencedor, entónces los heraldos repetían: *¡Honor al paladin! ¡Honor á los hijos del paladin! Es el amor de las damas y el terror de los caballeros;* decretándosele en seguida el premio del combate en

medio de los vítores de la multitud, de las trovas donde su nombre era repetido al son del laud por los cantores que siempre acudían á estos actos, y últimamente por el testimonio de satisfacción que las damas le enviaban. (1) Como todos los campeones que entraban en liza, bien fuesen mantenedores (2) ó forasteros, debían tener una dama que fuera á la vez la reina de sus pensamientos, el íman de todas sus nobles acciones y el principio y fin de las empresas más heroicas, veíasele correr presuroso á los pies de su adorada, y al ofrecerle el premio (3) obtenido por su indomable valor, recibía por lo general en justa recompensa, un beso en la frente.

Terminado el torneo, el vencedor era conducido en triunfo y rodeado de sus deudos y amigos que llevaban las armas de los vencidos, al palacio ó Castillo, donde era desarmado por las damas y doncellas, ocupando en el banquete que tenía lugar en seguida, el sitio de honor. Las mugeres más hermosas le escanciaban el vino y le servían delicados manjares, mientras que los juglares cantaban las hazañas y hechos militares del vencedor.

No siempre los torneos y las justas terminaban con felicidad, pues hubo veces en que la rivalidad entre los contendientes bien fuesen producidas por las distintas nacionalidades ó por odios entre las familias, convirtieron aquellos juegos ó simulacros militares en verdaderas batallas, no dando oído á las voces

(1) Los vencedores recogían á su paso por el redondel, diges, joyas y prendas que les arrojaban las damas, llegando hasta tal punto la exageración de estas en los referidos casos, que se cuenta de un torneo verificado en Francia, en el cual las damas se encontraron sin ningún adorno, con la garganta y brazos desnudos, flotándoles los cabellos por la espalda, pues todo lo habían cedido á sus campeones. Al principio se ruborizaron de su desaliño, pero advirtiendo después que aquella desnudez era general, se echaron á reír por haber regalado tantas cosas sin caer en cuenta de que á penas quedaban vestidas.

(2) Los caballeros se llamaban mantenedores ó forasteros, según procediesen del pueblo donde se verificaba el torneo, ó de otras provincias ó reinos.

(3) En 1175 diez y seis caballeros perecieron en varios torneos dados en Sajonia; cuarenta y dos caballeros y un número igual de escuderos, en uno que se verificó en Neusse; y en otro que presenció Darmstad en 1403, se suscitó entre los campeones de Hesse y los de Franconia una disputa, que no terminó sin derramar ántes mucha sangre.

de los heraldos y jueces del campo ni áun á las del mismo Rey si asistia al acto. (1)

A veces tambien la casualidad podia producir desgracias lamentables ocasionando la muerte de campeones afamados (2), lo cual, unido á la decadencia de la caballería y á la introduccion de nuevas armas, hizo que fuese desapareciendo esta diversion militar, debiendo tambien citar como causa de su terminacion, la constante guerra que la Iglesia en distintas ocasiones habia declarado á estos juegos, llegando el caso hasta el punto de negarle sepultura eclesiástica á los que morian en ellos.

(1) El premio del combate consistia por lo general, en una cinta, una guirnalda, una armadura, anillos, collares y joyas de gran valor.

(2) Godofredo Plantegenet, hijo de Enrique II, Rey de Inglaterra, fué muerto en un torneo en Paris en 1186; lo mismo aconteció á un príncipe de la casa de Mirnia en 1175 y á Juan, marqués de Branderburgo en 1269. Federico II, conde palatino del Rhin, se rompió la espina dorsal al caer del caballo, y por último Enrique II de Francia, murió á la vista de su Esposa, y toda la Corte por efecto de la herida que le produjo en la frente, una gruesa astilla que saltó de una lanza.

PASO HONROSO.

El Paso honroso, hipóbole del caballerismo, substituyó á una emulacion noble y generosa como era la que presidia á los torneos, por un sentimiento más mezquino, como hijo del egoismo creando un género de aventuras que por ser más fantásticas que sublimes, degeneraron bien pronto en ridículas. Pero en cambio exaltaron el valor hasta un grado inaudito, desarrollando una serie de proezas que áun apesar de los tiempos transcurridos, han quedado impresas con profunda huella en las tradiciones populares.

El Paso honroso comenzó á instituirse á principios del siglo XIV y en este tiempo en que tan graves y fuertes violaciones sufrió la moral pública, no se requería [como en los torneos el que los adalides sacaran triunfantes en la liza los colores ó divisas de sus damas; era preciso que el amor que por ellas sentían, tuviera un eco superior á toda ponderacion, haciendo el caballero declarar á todo el mundo la sin par hermosura de su dama, apelando al fallo de las armas, si alguno se negaba á esta confesion humillante.

El caballero que tal cosa pretendia acudia al Rey en demanda del Paso honroso, rodeándose, para dar mayor auge y brillantez á su persona, de los parientes y amigos que cubiertos de ricos trajes y preseas, marchaban á la córte precedidos de un faraute ó heraldo, intérprete cerca del monarca, de las pretensiones del enamorado caballero. Fijado por el Rey el dia

de la recepcion, marchaban todos á palacio y doblando la rodilla, comenzaba el faurate su peroracion á nombre del caballero mantenedor que estaba reducido á pintar con vivos colores la triste situacion á que le habia reducido la esquivez de la dama de sus pensamientos (1) por lo cual y con ánimo de conquistar su amor retaba á todos los caballeros de naciones extranjeras que quisieran acudir al sitio que se designase para probar el temple de sus armas.

Concedido por el Rey el permiso para verificar el Paso honroso, elegian el sitio en que este debia tener lugar, que por lo general era un punto céntrico y cerca de los caminos más concurridos. Al rededor del palenque que se cercaba con una verja de doce piés de altura, levantábanse, siete tablados, el uno más proximo á la entrada, para los caballeros mantenedores; los dos que le seguian, albergaban á los caballeros aventureros; los jueces del campo, rey de armas, farautes y escribanos, ocupaban los dos tablados del centro y los dos restantes, y en lugar más subalterno, se colocaban los trompetas, escuderos y gentiles-hombres de los señores que peleaban. Si el Rey asistia al Paso, se le levantaba un tablado en lugar privilegiado, pero en este caso, la presidencia no correspondia al monarca, sino á los jueces del campo.

Antes de verificarse el Paso honroso, se convenian las leyes y reglas que habian de regir en dicha funcion, y los reyes de armas precedidos de farautes, marchaban á diversas y lejanas tierras anunciando la celebracion del Paso, y la fama volando de castillo en castillo, llevaba el eco de este notable acontecimiento al corazon de los caballeros que ávidos de conquistar laureles que ofrecer á las damas de sus pensamientos, se lanzaban á través de largos y peligrosos caminos en busca de aventuras.

(1) He aquí el comienzo del discurso que Suero de Quiñones, mantenedor del célebre paso honroso que sostuvo en el camino que conducia á Santiago de Compostela dirigió al Rey por medio de su faraute: «Deseo justo é razonable es, los que en prisiones é fuera de su libre poder como deseen libertad; é como yo vasallo natural vuestro sea en prision, en señal de lo cual traigo á mi cuello todos los jueves este fierro, segund notorio es en vuestra magnificencia é regnos é fuera de ellos, por los farautes que la semejante prision con las mis armas han llevado, etc.»

Como muestra de las ridiculas leyes que por lo general regian en estos hechos de armas, daremos aunque ligeramente, una idea del paso honroso que en 1434 sostuvo Suero de Quiñones.

Situado en el camino que conducia á Santiago de Compostela, declaró que rompería una lanza con cualquiera que pasase; pues habia hecho voto de romper trescientas en treinta dias. El reto estaba concebido en los siguientes términos.

«Todo caballero extranjeró hallará caballo y armas, sin que mis compañeros y yo nos reservemos ninguna ventaja.»

«Serán rotas tres lanzas con todo caballero que se presente, y se considerará como rota la que saque de la silla á un caballero y haga correr sangre.»

«Toda noble dama que pase por aquí ó por estas cercanías sin tener caballero que lidie por ellas, perderá el guante de la mano derecha.»

«Cuando dos ó más caballeros acudan á rescatar el guante de una dama, sólo será admitido á prueba el primero.»

«Como muchos no aman de veras, y podrian querer rescatar el guante de más de una dama, esto no les será permitido, y no se romperán más de tres lanzas con cada uno.»

«Tres damas de este reino serán designadas por los heraldos de armas para asistir como testigos á los combates, y responder de cuanto suceda; pero aseguro que la dama que me cautiva no será nombrada jamás, por cuanto respeto sus magnánimas virtudes.»

«El primer caballero que se presente á rescatar el guante de una dama, recibirá un diamante.»

«Si, como acontece á menudo, fuere herido un caballo, se tendrá con él el mismo cuidado que conmigo.» etc. concluyendo este curioso reto con las siguientes palabras: «Sepan todos los señores del mundo, y todos los caballeros y nobles que oyeran hablar de las condiciones de esta batalla, que si la dama á quien sirvo llegare á pasar por este camino, deberá seguir libremente sin que su mano pierda el guante; y que ningún caballero que no sea yo, combatirá por ella, pues esto me conviene á mi más que á otro alguno.»

Este reto fué enviado por Suero de Quiñones á la Corte de Castilla; manifestando que á causa del voto que habia hecho de rom-

per trescientas lanzas en un mes, necesitaba muchos adversarios por lo cual rogaba muy encarecidamente viniesen á su socorro. (1) Púsose sumo ardor en los preparativos y su madre le mandó una dama para que le ayudase á disponer todolo necesario.

Largo y prolijo seria por demás el poder referir el sin número de incidentes que tuvieron lugar en aquel paso de armas. Entre ellos citaremos un caso imprevisto. Dos damas cruzaban acompañadas de dos caballeros y habiéndolas exigido que dejasen segun lo establecido en el programa de la funcion el guante de la mano derecha, los dos acompañantes las escusaron diciendo iban en peregrinacion á Santiago y que además no conocian las leyes de aquel Paso. En su consecuencia las fueron devueltos los guantes con vituperio, diciendo que habia muchos caballeros dispuestos á combatir hasta por señoras desconocidas. En el paso á que nos referimos murió en el palenque uno de los justadores, quedando su cuerpo segun lo dispuesto por la iglesia, sin recibir sepultura en sagrado.

Terminados los treinta dias, sesenta y ocho caballos, rompieron setecientos veinte lanzas, de las cuales ciento sesenta le correspondieron al caballero mantenedor Suero de Quiñones y á pesar de no haber llegado á la cantidad que él se habia propuesto, los jueces del campo le relevaron de su voto, y le hicieron deponer el collar de hierro que debia llevar hasta haber cumplido su promesa.

Las crónicas de aquel tiempo hacen mencion de otro Paso honroso del cual fué mantenedor Amadeo VII de Saboya, venciendo en combate cuerpo á cuerpo con lanza, espada y hacha, á los condes de Hedington, Pembroke y Arundel.

Con el Paso honroso acabaron las justas y torneos, y el espíritu de la Caballería cesó de ser el más poderoso resorte de las guerras.

(1) «Rey de armas, vos diredes á todos los reyes, duques, principes ó señores, á cuyas señorías llegaredes que como yo haya seido en prision de una Señora de gran tiempo acá, e como haya concertado en rescate en trescientas lanzas rompidas por el asta, e como sin ayuda de caballeros que conmigo, e con mis ayudadores justen, non pueda llevar á efecto mi rescate, vos les ofrecedes mis respetos pidiéndoles por gentileza e por amor á sus damas les plegue venir á mi socorro.»

EMPLEO DE LOS PERROS EN LOS EJERCITOS.

El perro, dotado de una inteligencia fina y penetrante, al par que de un valor y fidelidad á toda prueba, es sin disputa, uno de los cuadrúpedos más útiles al hombre. El labrador, el comerciante, el pastor, etc., deben la conservación de su hacienda, de sus rebaños y de su propia existencia, al perro fiel, que comparte con el caballo todas las fatigas y penalidades por que atravesara el hombre.

En los tiempos antiguos, en la Edad media y hasta en los tiempos modernos, ha sido empleada la raza canina en las guardaciones de las plazas y en las batallas. La primera vez que con datos irrecusables se ve á estos fieles animales empleados en la defensa de los castillos ó plazas, fué, segun Ciceron y Tito Livio, en la custodia del Capitolio, mucho ántes de que se empleasen en su guarda, los célebres gansos que despertaron á Manlio á la llegada de los galos, y segun el ilustre orador, eran mantenidos por el Tesoro público.

Cuando, segun Polivio, Agesilao, á la cabeza del ejército macedonio, puso cerco á Mantinea, estableció puestos avanzados de perros, que á manera de policía incorruptible, daba buena cuenta de los desertores y espías, que se atrevian á salir ó entrar en su campo atrincherado. El mismo escritor asegura que Aliates, Rey de Lidia, llevaba en sus ejércitos, en guerra con los cimerianos, jaurías de perros de extraordinaria magnitud, los que más de una vez proporcionaron la victoria á los de

Lidia. Filipo al invadir el territorio de Arbela, áspero y montañoso en demasía, llevaba como vanguardia, perros buscadores que ejercían el papel de nuestras guerrillas. Segun Eliano, en un sangriento combate que tuvo lugar entre los habitantes de Efeso y Magnesia, éstos debieron la victoria al arrojo y fiereza de sus perros que marchaban á vanguardia.

Plinio, hace muchas veces mencion de estos valientes animales, y lejos de mirar con desprecio á estos combatientes, los considera como aliados utilísimos, y cuyo auxilio era tan eficaz, que una vez empezada la accion, ni retrocedian, ni soltaban su presa, teniendo en su abono sobre el soldado, el no exigir nunca como éste, ni honores, ni aumento de sueldo.

La historia de Inglaterra está llena de grandes hechos de armas, en los que los perros de Escocia representaron un gran papel. El obispo de Upsal, Olans Maguns, historiador verídico del siglo XVI, nos refiere que los filandeses enseñaban hábilmente á sus perros á combatir contra la caballería, y á derribar á los caballos, mordiéndoles en el hocico. El mismo autor asegura que cuando el Emperador Carlos V se disponia á luchar contra Francisco I, Rey de Francia, Enrique VIII de Inglaterra envió al monarca español un ejército auxiliar y 400 perros de las montañas de Escocia, empleando los reyes de este último punto, segun Walter Scott, los perros en la persecucion de los clánes sublevados.

Sabellica, historiador veneciano que escribió á principios del siglo XVI, asegura que la plaza fuerte de San Maló (en Francia) no contaba con más guarnicion que con una compañía de perros, la cual se soltaba de noche despues de cerrar las puertas de la ciudad, conservándose este uso hasta que en 1770, habiendo desembarcado imprudentemente un oficial de marina, fué devorado por los perros.

Los piamonteses, en el siglo XVI, durante sus guerras de montañas, emplearon con grande éxito los perros de la gran raza de los Alpes; y los turcos, en las campañas de 1769 al 1774, llevaban grandes jaurías de perros para custodiar los campamentos. En el año 1788 y en el sitio de Dubitza, los perros turcos no dejaron al enemigo abrir la trinchera, y los del campo de vanguardia, acampados en Gino-Berdo, formaban

una línea que nunca pudieron rebasar las patrullas y grandes guardias austriacas.

Los descubridores y conquistadores del Nuevo Mundo, nuestros heroicos antepasados, se sirvieron tambien de perros de presa en sus guerras con los indios, debiendo más de una vez aquellos héroes su vida á los perros que llevaban consigo.

La primera vez que éstos tomaron parte activa en una batalla, en la conquista de América, fué el año de 1495, en la expedicion que Colon se vió obligado á dirigir contra los indios sublevados de la isla Española, hoy Santo Domingo, en el hermoso distrito conocido entónces con nombre de Vega-Real. Hecho prisionero el cacique Caonabo por Alonso de Ojeda, su hermano Manicaotex, atrevido guerrero y mortal enemigo de los españoles, para vengarlo y ponerle en libertad, sublevó toda la isla, y juntando un ejército numeroso, que algunos contemporáneos hacen subir á 100.000 hombres, se puso en marcha para la ciudad de los españoles, creyendo poderla reducir á cenizas, como algunos años ántes lo habia verificado su hermano Caonabo, en una noche aciaga, con el fuerte de la Navidad.

Por primera vez en aquel Nuevo Mundo iba á darse el triste espectáculo de una batalla en regla entre los invasores que habian llegado á aquellas remotas playas con la oliva de paz y los sencillos indígenas que los habian recibido como á seres sobrenaturales.

Colon y su hermano D. Bartolomé no tenian á sus órdenes más que 200 peones, 20 jinetes y 20 perros de presa, á los que se agregaron algunos centenares de indios con el cacique Guakanaharí. Los españoles se dividieron en pequeñas partidas, y aprovechando la oscuridad de la noche, atacaron por distintos puntos la gran selva de Vega-Real. La violencia del choque, el formidable estampido de la artillería, el estruendo de las culebrinas y el brillo de sus detonaciones en la enlutada atmósfera, unido á la brillante carga que con los 20 caballos dió Juan de Ojeda, conmovieron en tales términos la imaginacion de los indios, que sólo pensaron en buscar su salvacion en la fuga. Entónces se dió la orden de soltar los perros, y abalanzándose éstos sobre los fugitivos, cundió el espanto y consideraron desde entónces á sus enemigos, como agentes de la cólera divina.

Aquella masa de hombres, ya vencida por las armas del almirante, se deshizo ante los agudos dientes de los perros de presa, como una columna de humo ante la violencia del embravecido huracan. Con esta batalla terminó la guerra, asegurando la dominacion de los españoles en aquel privilegiado país.

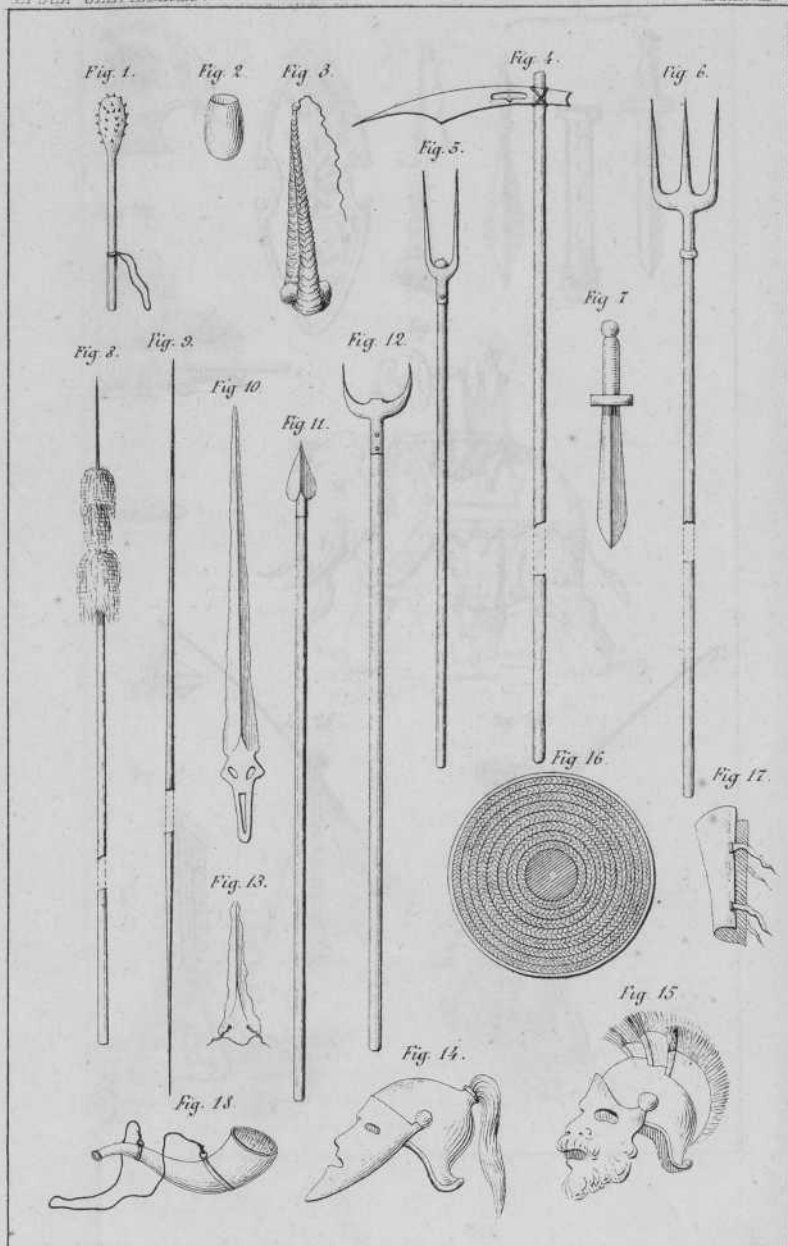
En el descubrimiento y conquista de Puerto-Rico se emplearon tambien los perros, descollando entre todos ellos el perro *Becerrillo*. Este animal tenia parte y media, como si fuese un ballestero, de todo lo que se ganaba en las expediciones, tanto de oro como de esclavos, lo cual pertenecia á su amo.

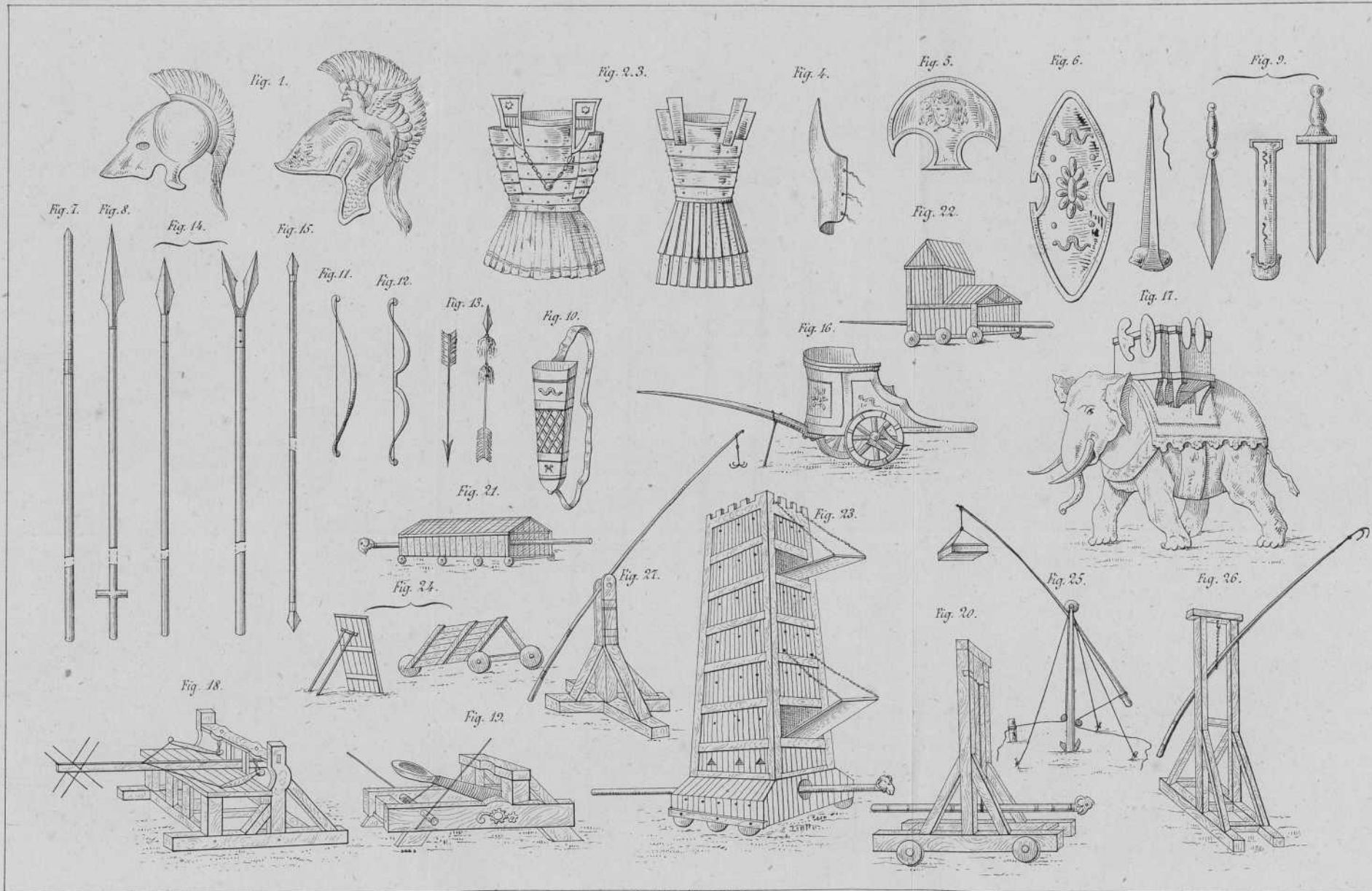
Becerrillo fué padre del famoso perro *Leoncico*, que perteneció al ilustre descubridor del mar Pacifico, Vasco Nuñez de Balboa. Segun el cronista Oviedo, este perro ganó á su amo, durante el tiempo que le tuvo, 2.000 pesos de oro. «É este perro era tal, que lo merecia mejor que muchos compañeros soñolientos.»

Algunos escritores extranjeros, y sobre todo, los franceses, al hablar de nuestras conquistas en el Nuevo Mundo, han criticado duramente el empleo de los perros, que despedazaban á los indios. Pero más admirable es el que en el siglo presente, ese mismo pueblo que tanto nos moteja, invirtiese grandes sumas en adquirir 200 perros de la raza de la isla de Cuba, descendientes de *Becerrillo* y *Leoncico*, para someter al caudillo negro Toussaint Louverture, en Santo Domingo, no teniendo reparo la culta nacion francesa en entregar á la jauría de cuando en cuando algun prisionero de guerra para que tomasen el gusto de la sangre negra. En las guerras sostenidas por la Francia contra los kabilas de Argel, se han empleado los perros con grandes elogios, habiéndose distinguido una perra llamada *la ilustre Blanchette*, el Atila del kabila; y por último, los humanitarios ingleses, los ilustres perseguidores de la trata de negros, compraron, en época no lejana, muchos perros en la isla de Cuba, para someter á los negros sublevados en la Jamaica.

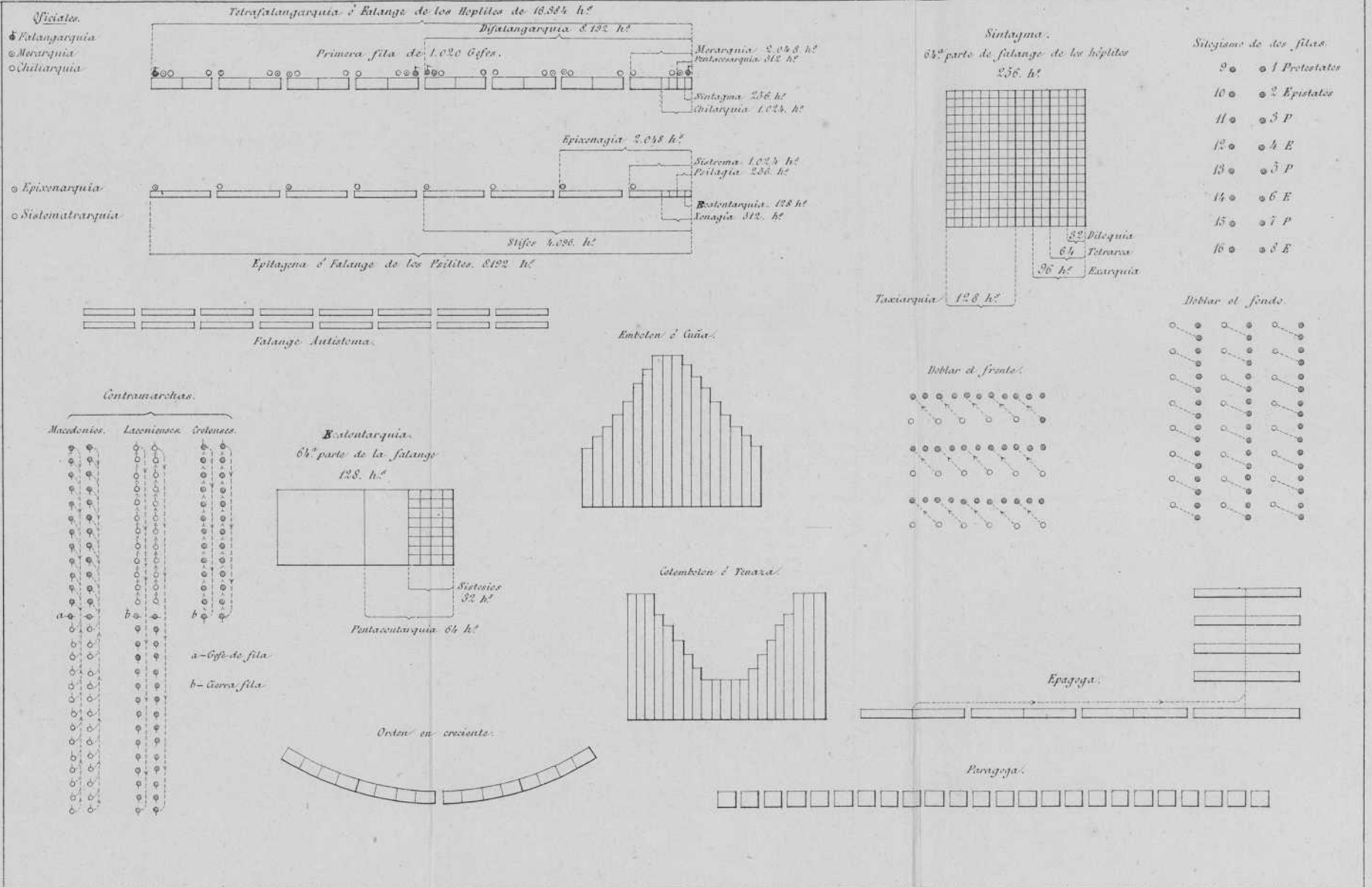
FIN

Algunos escritores extranjeros, y sobre todo, los franceses, al hablar de nuestras conquistas en el Nuevo Mundo, han erigido demasiado el estupro de los perros, que despedazaban á los indios. Esto mas admisible es el que en el siglo presente, ese mismo pueblo que tanto nos mereció, invirtiese grandes sumas en adquirir 200 perros de la raza de la isla de Cuba, desconfiados de Bovesillo y Novales, para someter al caudillo negro Toussaint Louverture, en Santo Domingo, no teniendo reparo la dicha nacion francesa en entregar á la jauría de cuando en cuando algun prisionero de guerra para que tomassen el gusto de la sangre negra. En las guerras sostenidas por la Francia contra los kabilas de Argel, se han empleado los perros con grandes elogios, habiéndose distinguido una perra llamada la *Justicia* *Rochette*, el *Atlas* del kabila; y por último, los humanitarios ingleses, los ilustres perseguidores de la trata de negros, compran, en época no lejána, muchos perros en la isla de Cuba, para someter á los negros salvajes en la Jamaica.

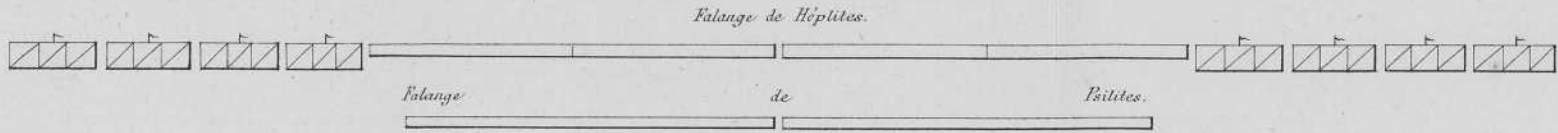




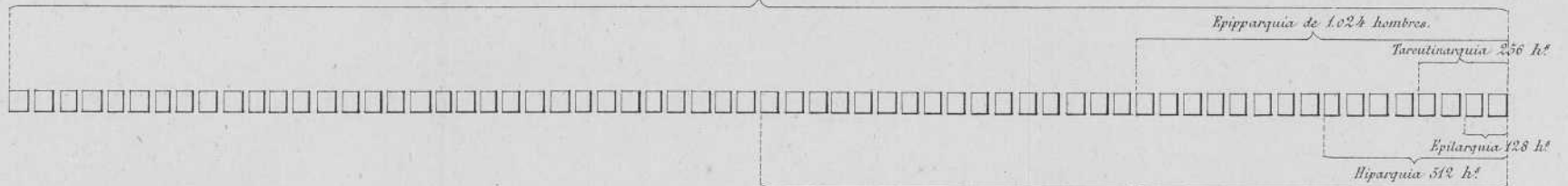
Lit. del Depósito de la Guerra.



Ejército Griego en Batalla.



Epitagma de 4.096 hombres.



Escuadrones rectangulares.

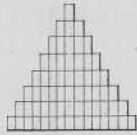
cuadrado.



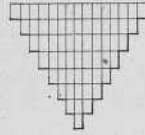
fondo.



Cuña de los Tracios.



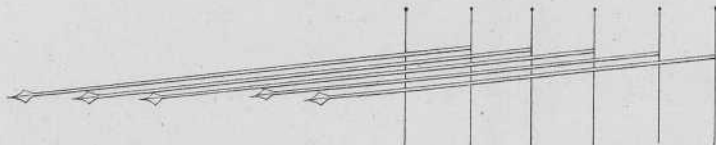
Cuña al revés.



Cavalleria en Orden de Batalla.

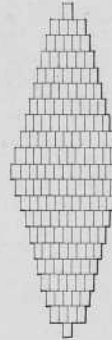


Colocacion de las picas de la Infanteria.

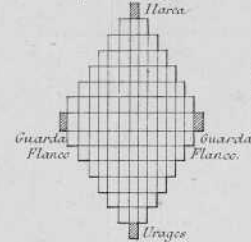


Talos de 2.048 h.

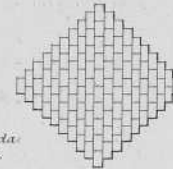
Per filas sin hilerae.



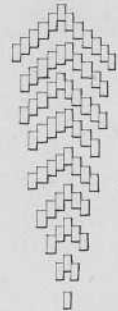
Rombo Rosalico por hilerae y filas.



Per filas sin hilerae.

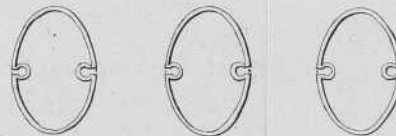


Sin filas ni hilerae.

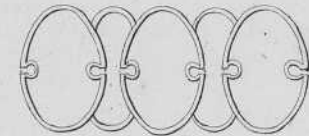


Colocacion de los escudos de la Inf.^a

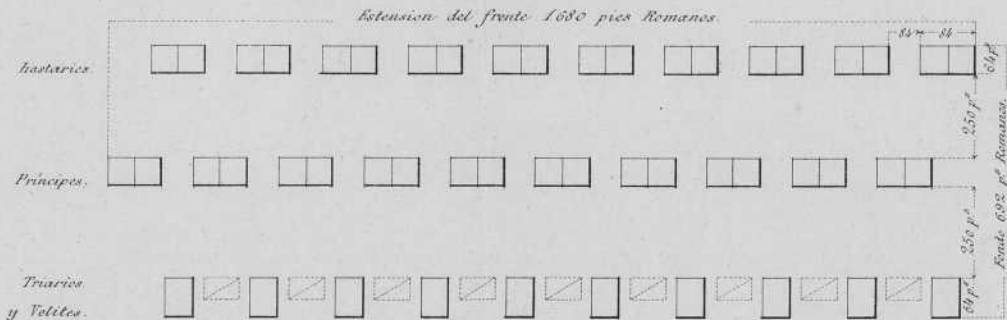
Filas abiertas.



En Sinapieme.



Per Manipules.



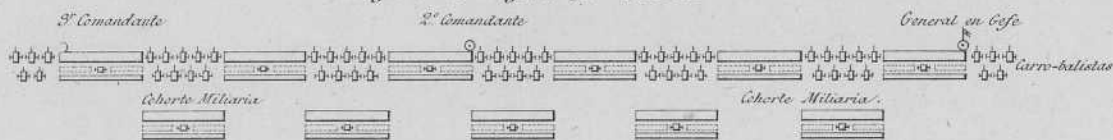
Manipulos de Hastarios o de Principes 120 hombres



Manipulos de Triarios 60 h'

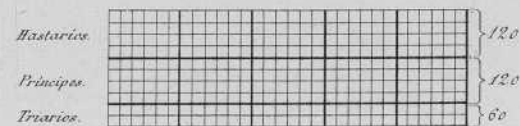


Legion de Vespasiano por Cohortes.

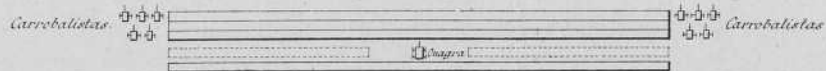


Cohorte de Polivio.

300 hombres.



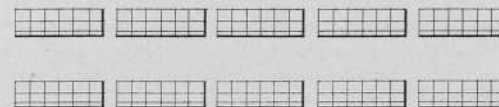
Cohorte de Vespasiano.



Legion de Mario.

Por cohortes en dos lineas.

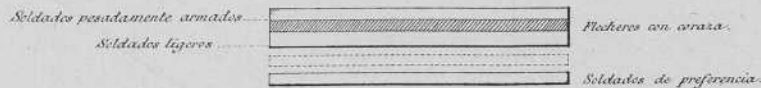
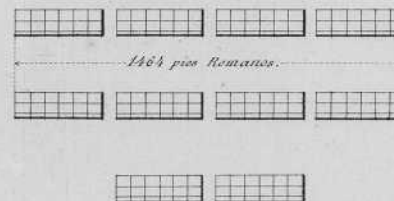
1680 pies Romanos



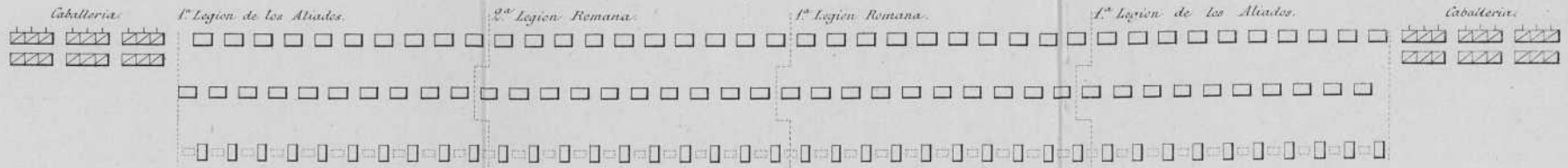
Legion de Cesar.

Por cohortes en tres lineas.

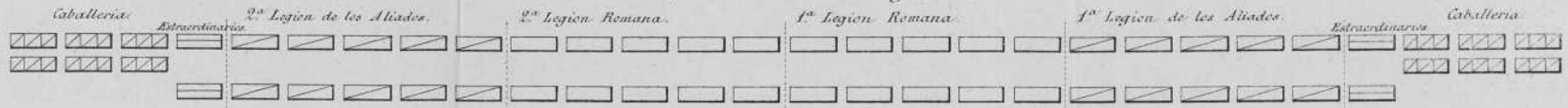
1464 pies Romanos.



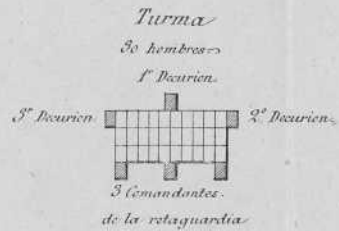
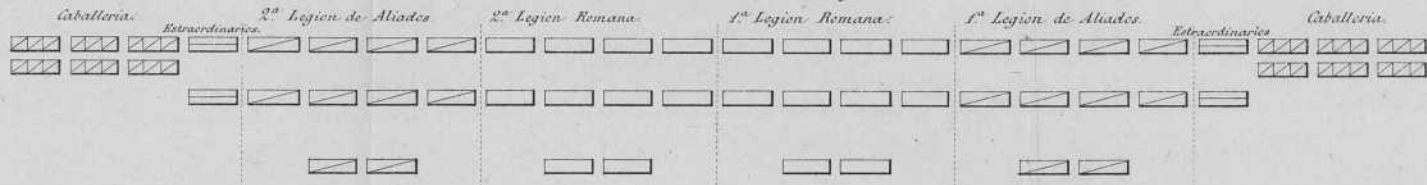
Orden per Manipules.



Orden per Cohortes en dos filas.

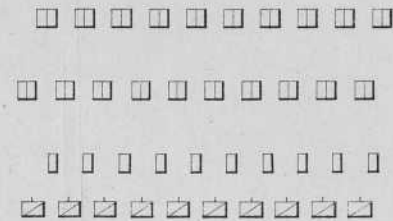


Orden per Cohortes en tres filas.



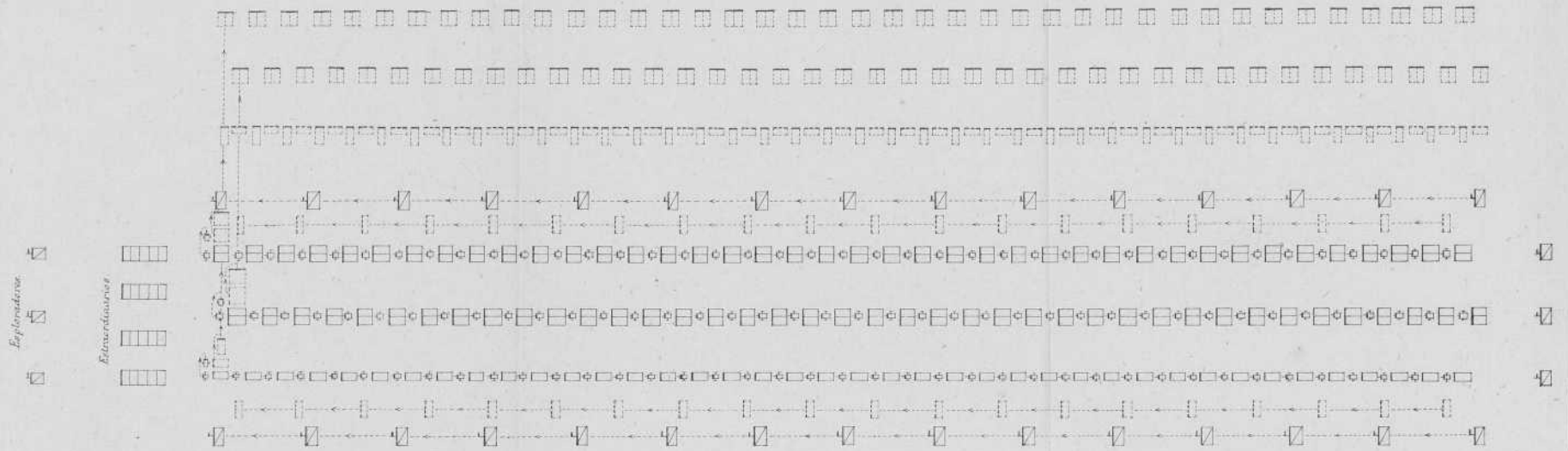
Orden de la Caballeria:

detras de las lineas.



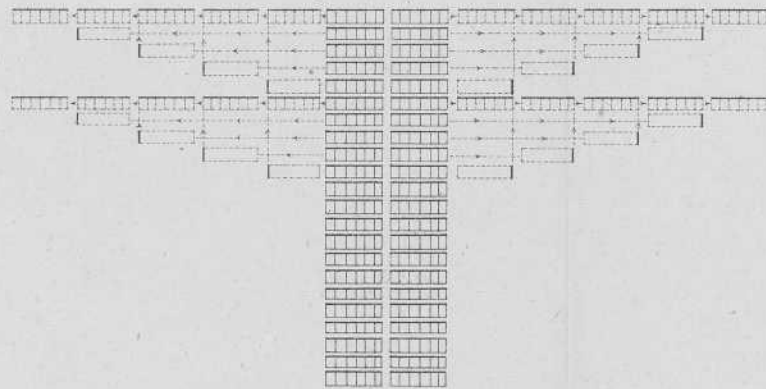
Orden por Manipulos.

El ejército se forma en batalla sobre los Hastados.



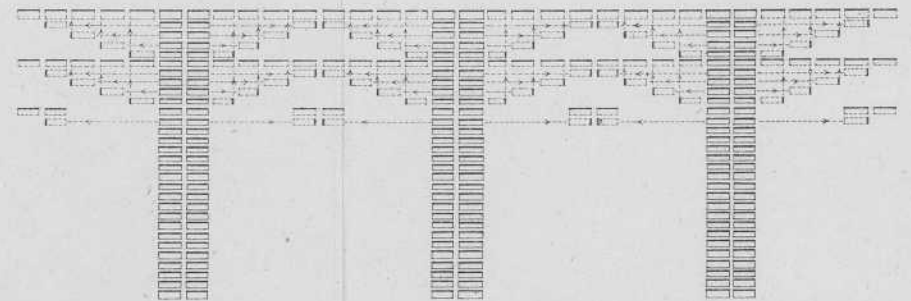
Por Cohortes.

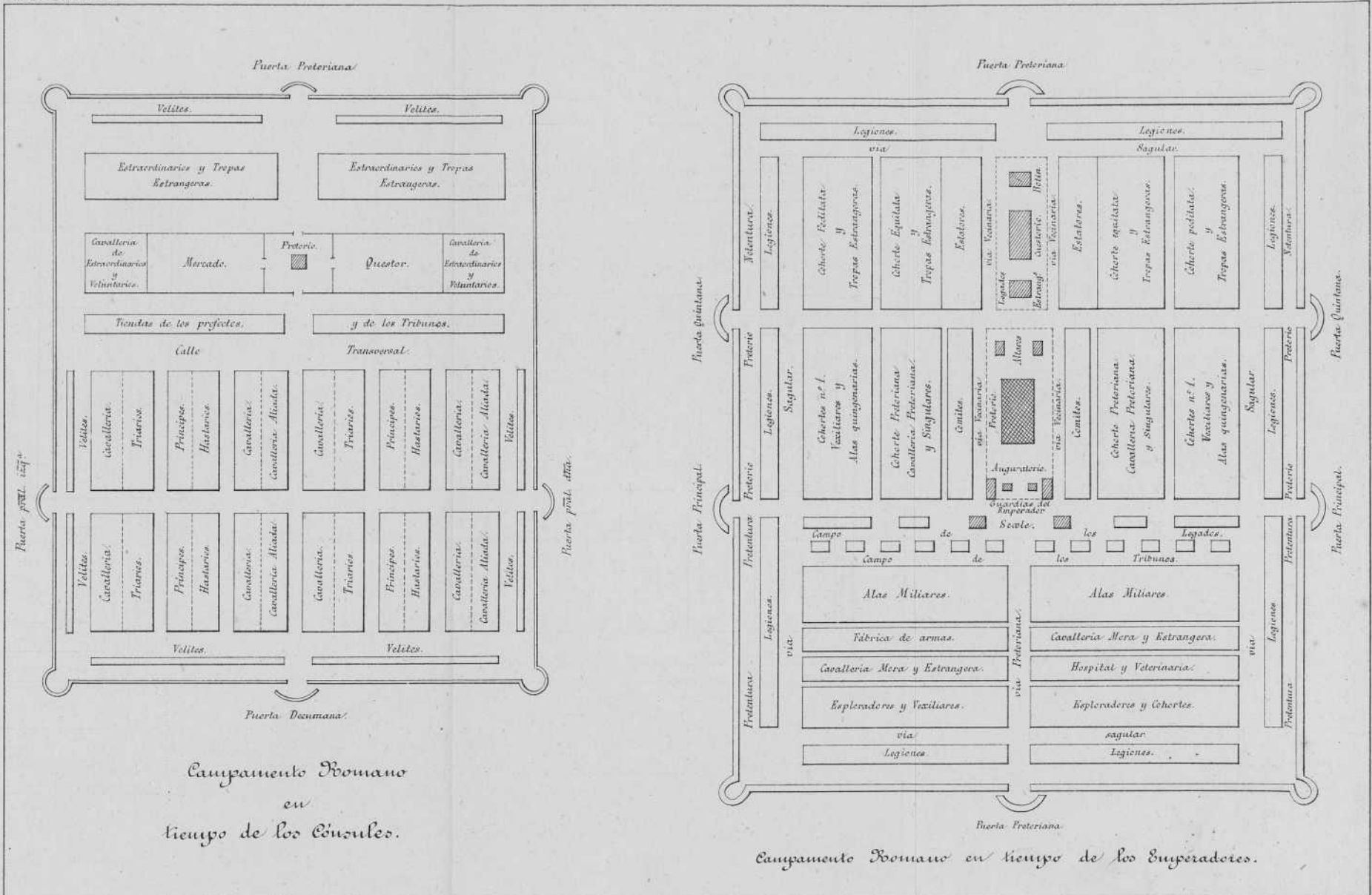
En una columna y sobre un frente de dos Cohortes.



Por Cohortes.

Sobre tres Columnas.



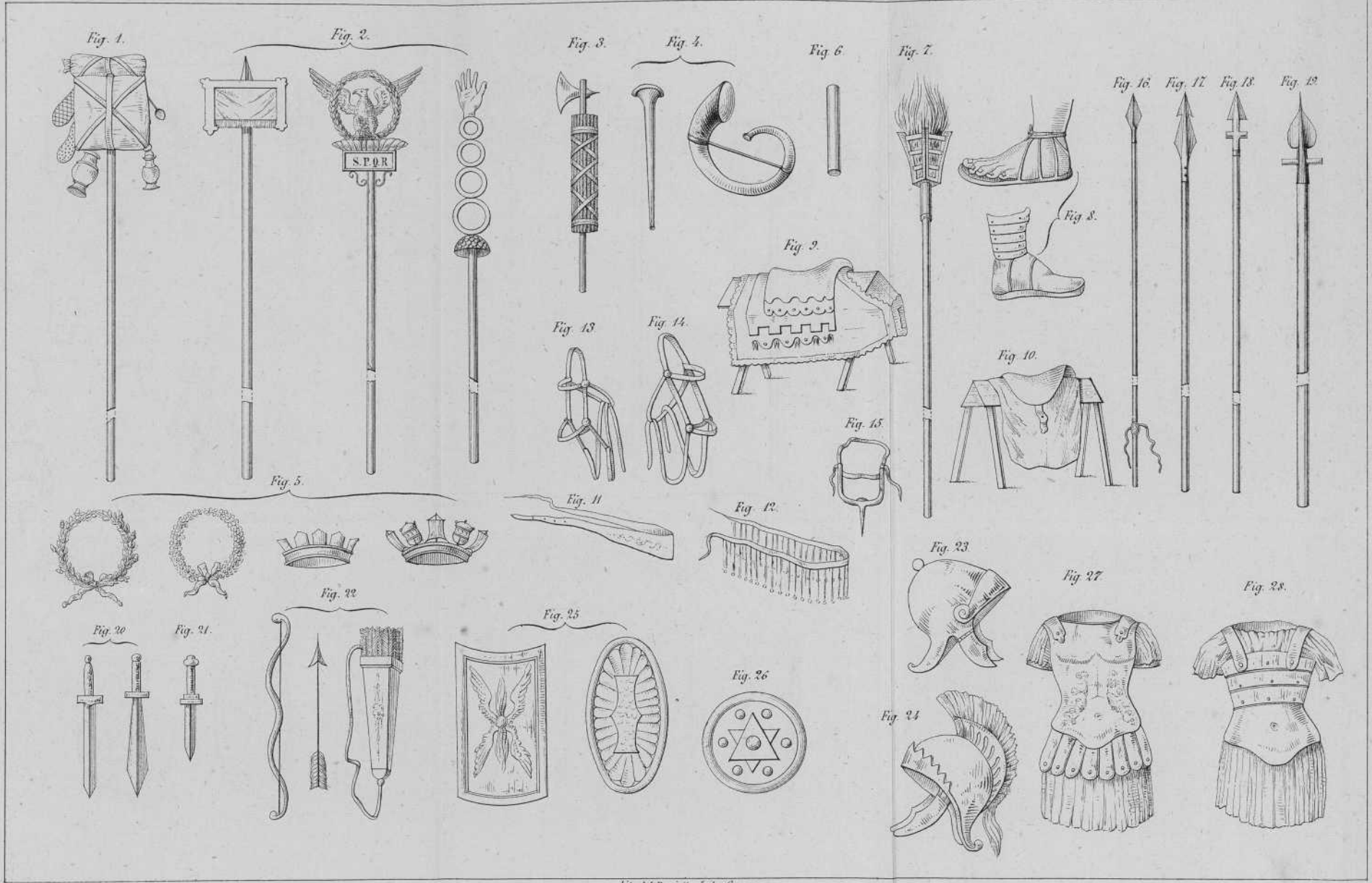


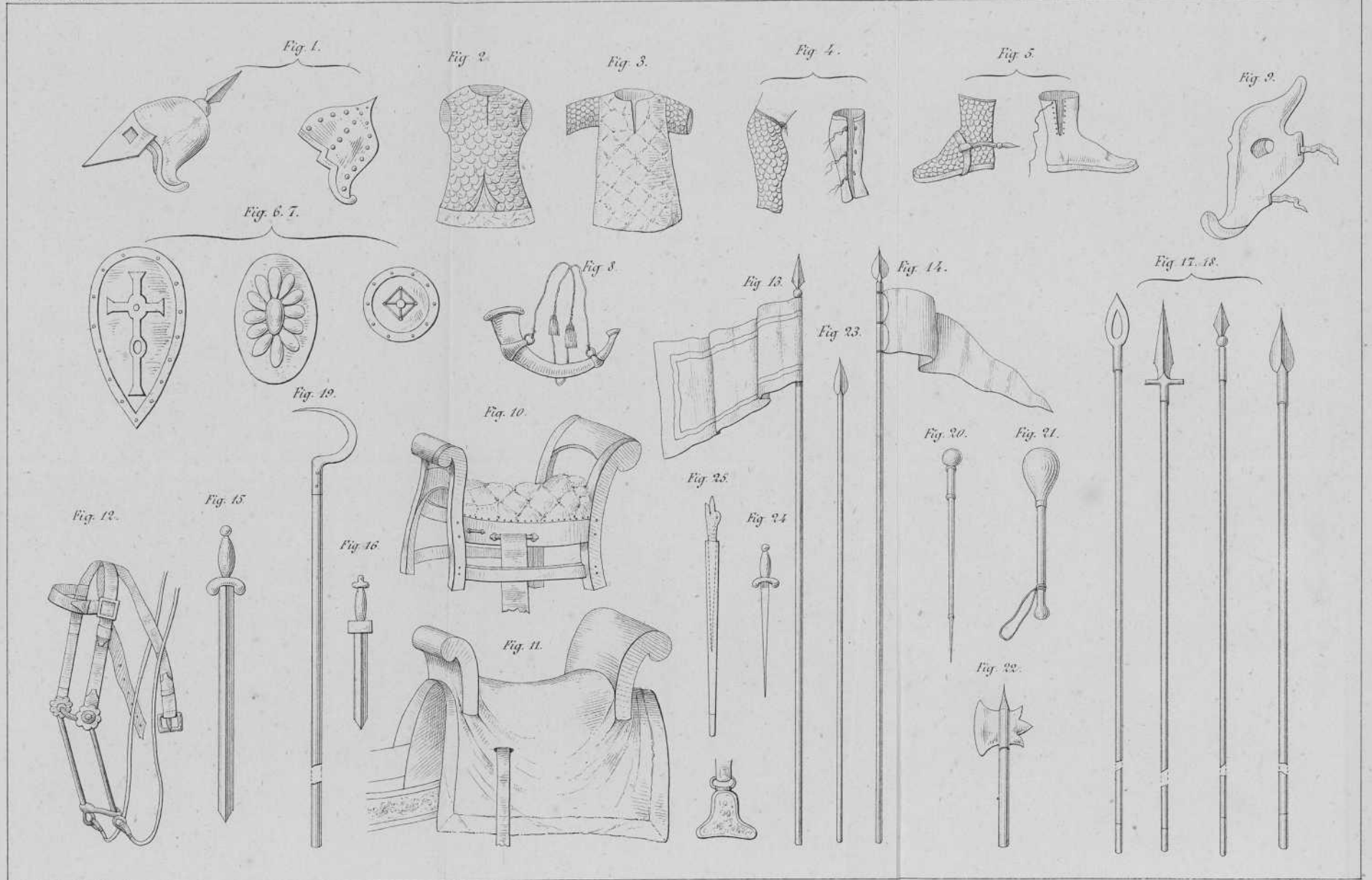
Campamento Romano en tiempo de los Cónsules.

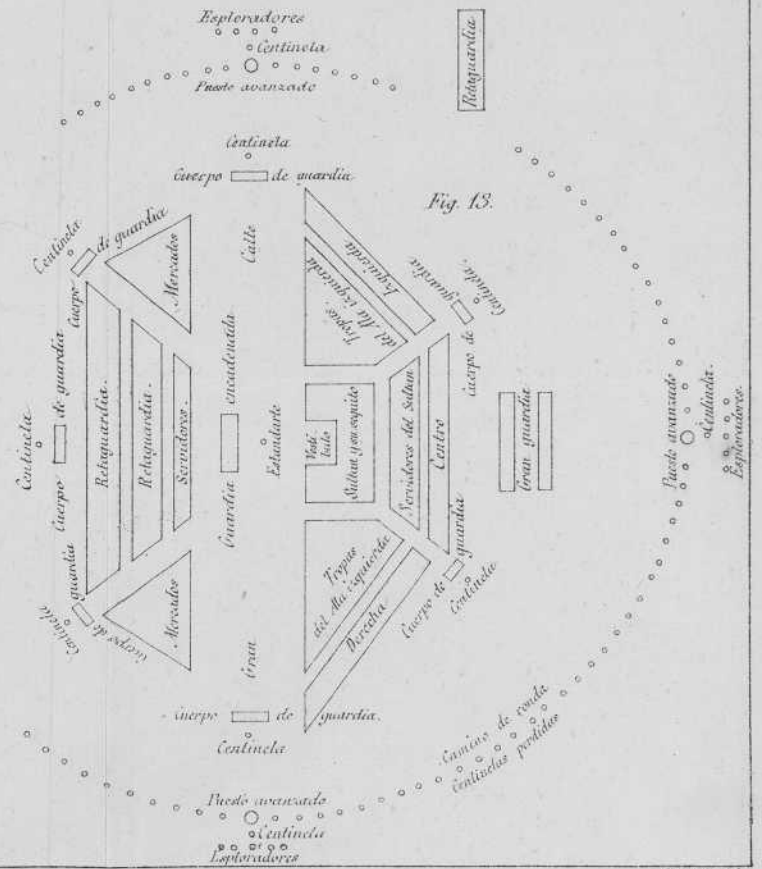
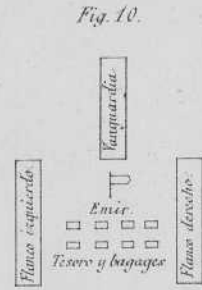
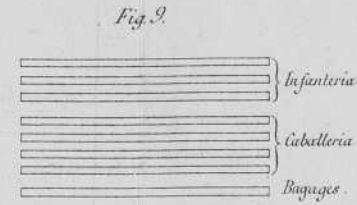
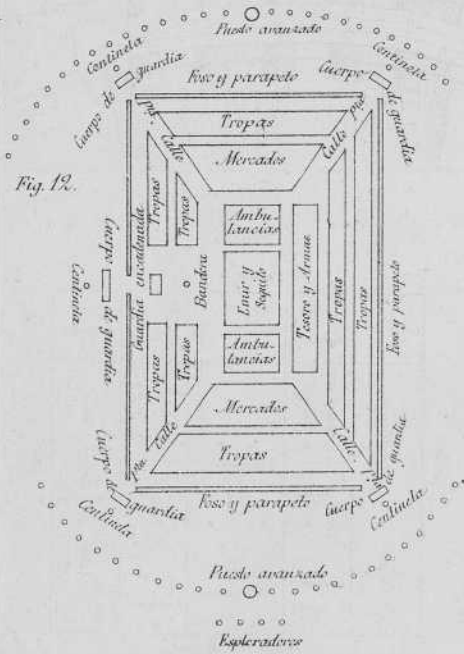
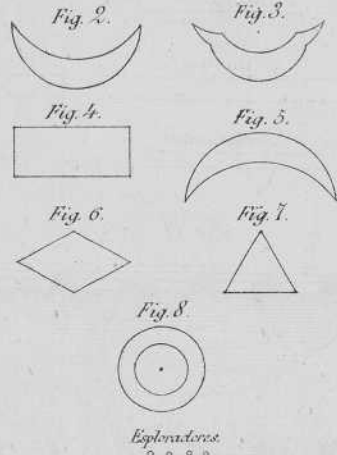
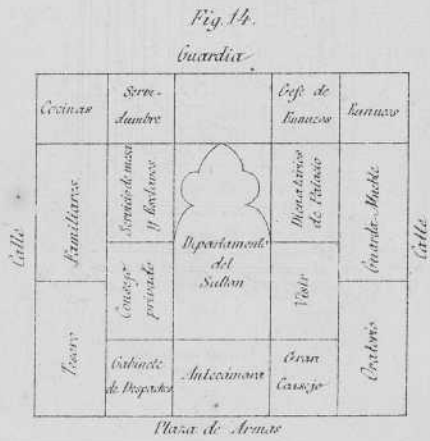
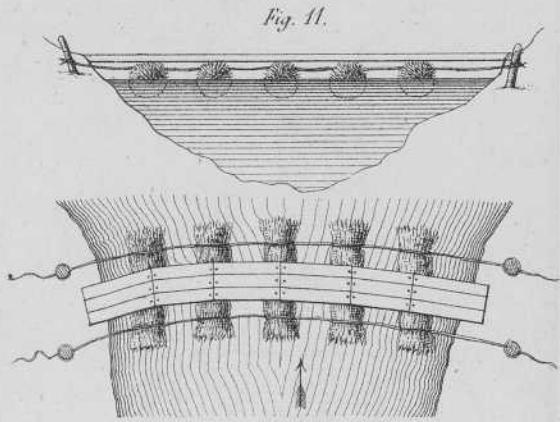
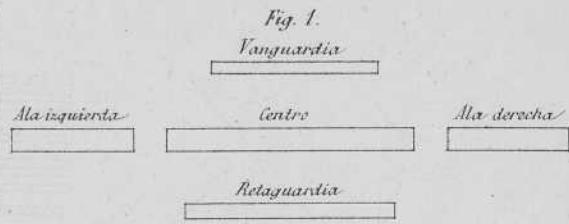
Campamento Romano en tiempo de los Emperadores.

Lit. del Depósito de la Guerra.

A. Ormaiztegui







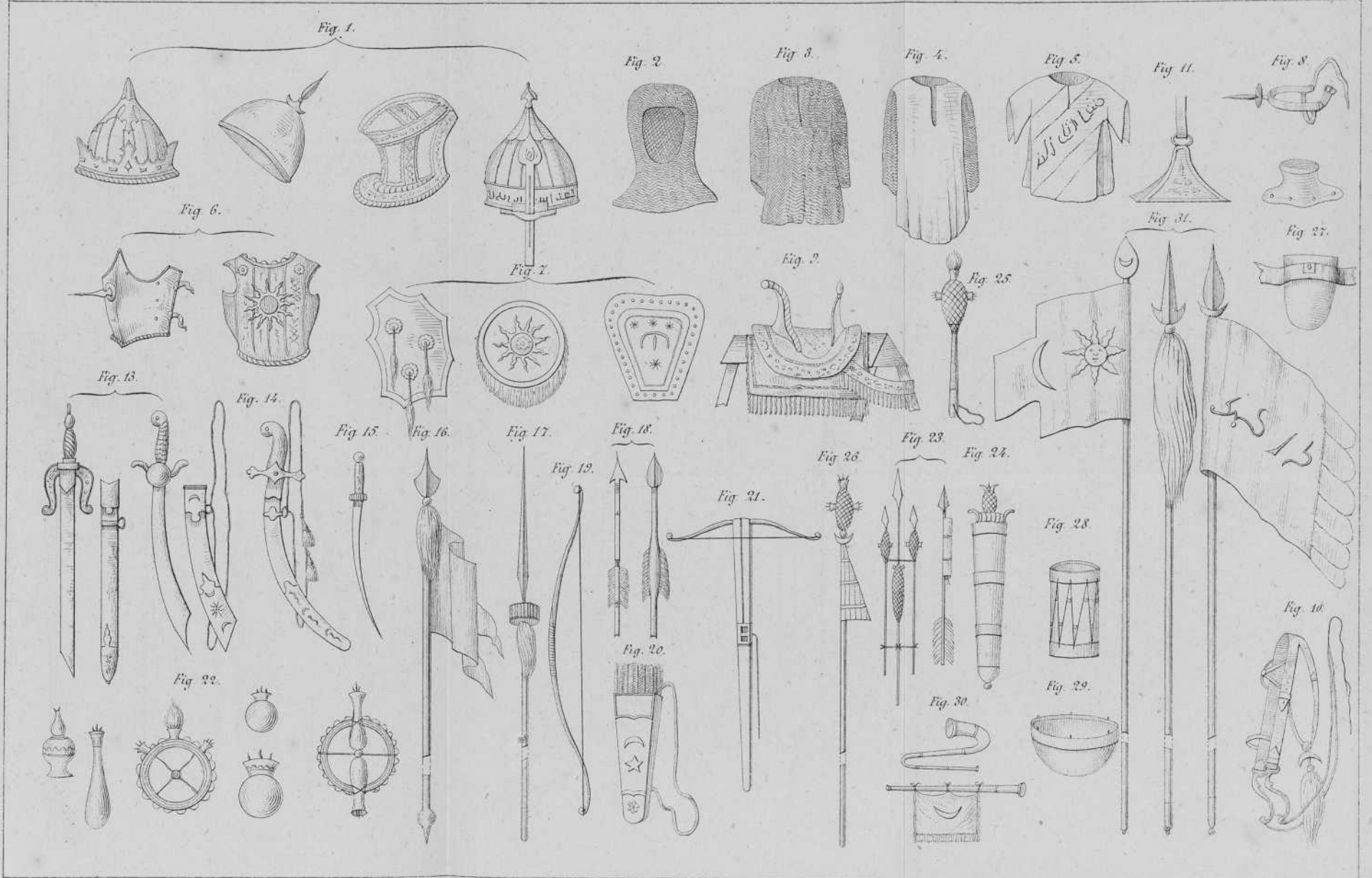
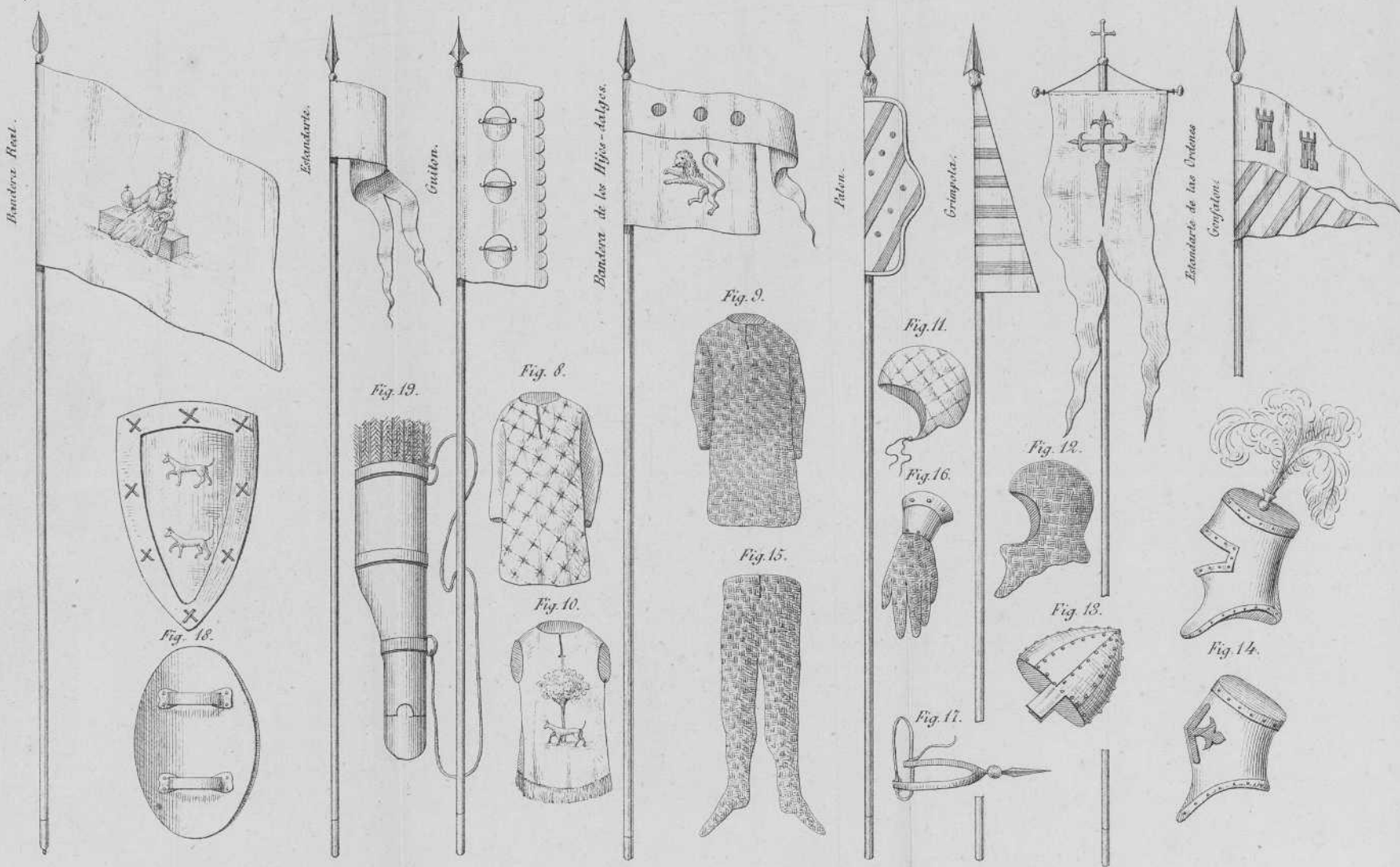


Fig.^{as} del 1 al 17.



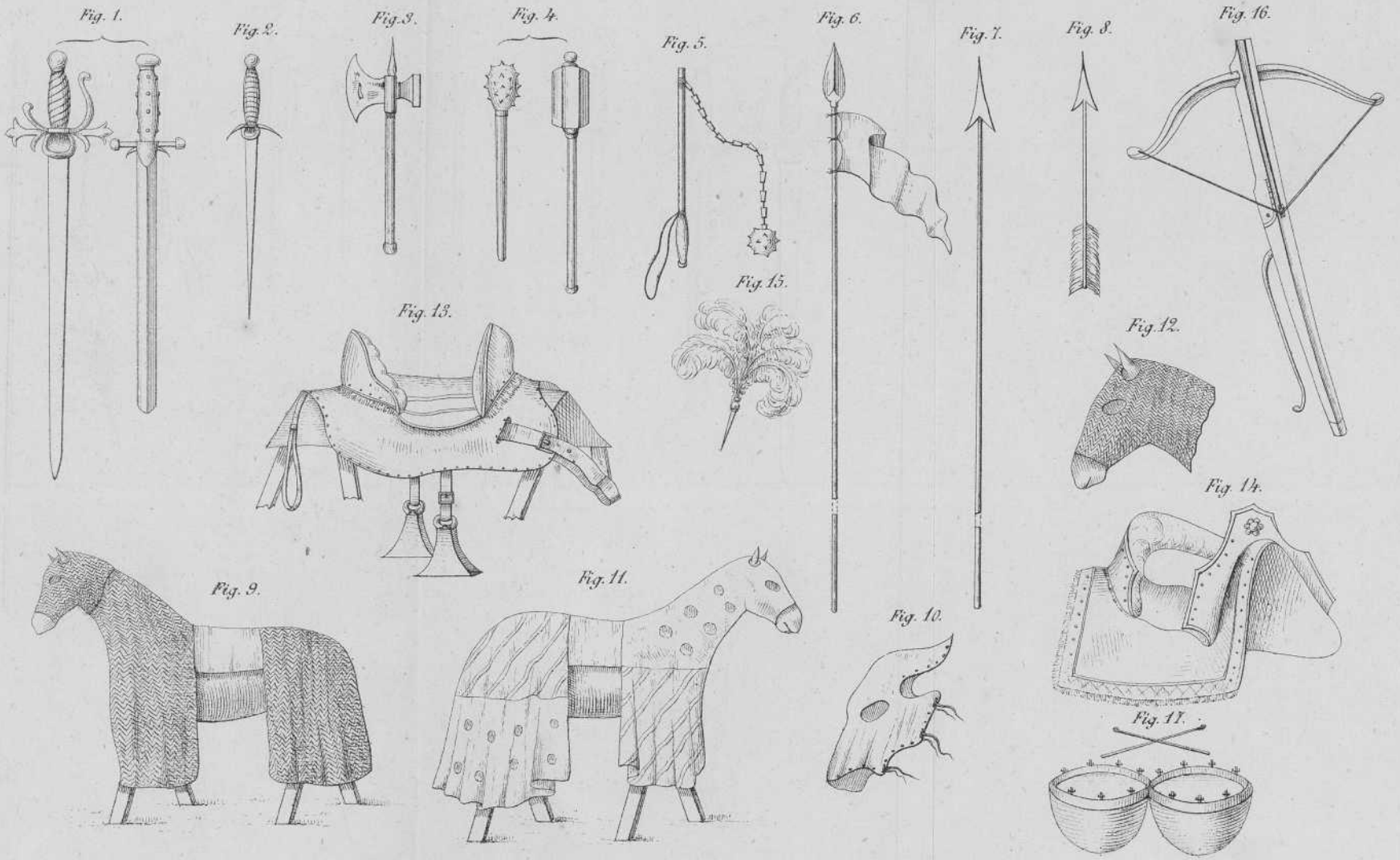


Fig. 1.



Fig. 2.

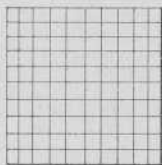


Fig. 3.

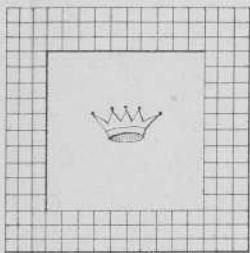


Fig. 4.

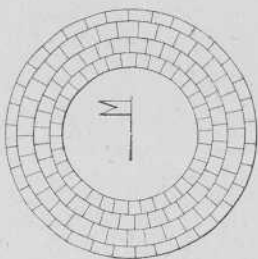


Fig. 5.

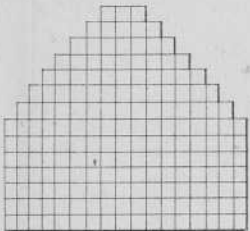


Fig. 6.

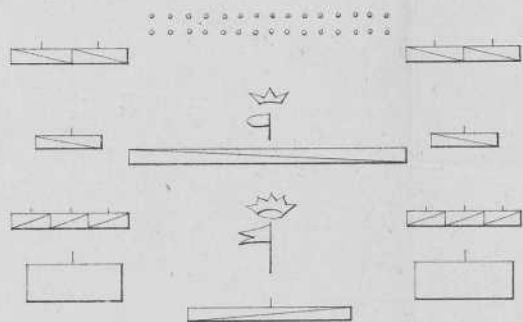
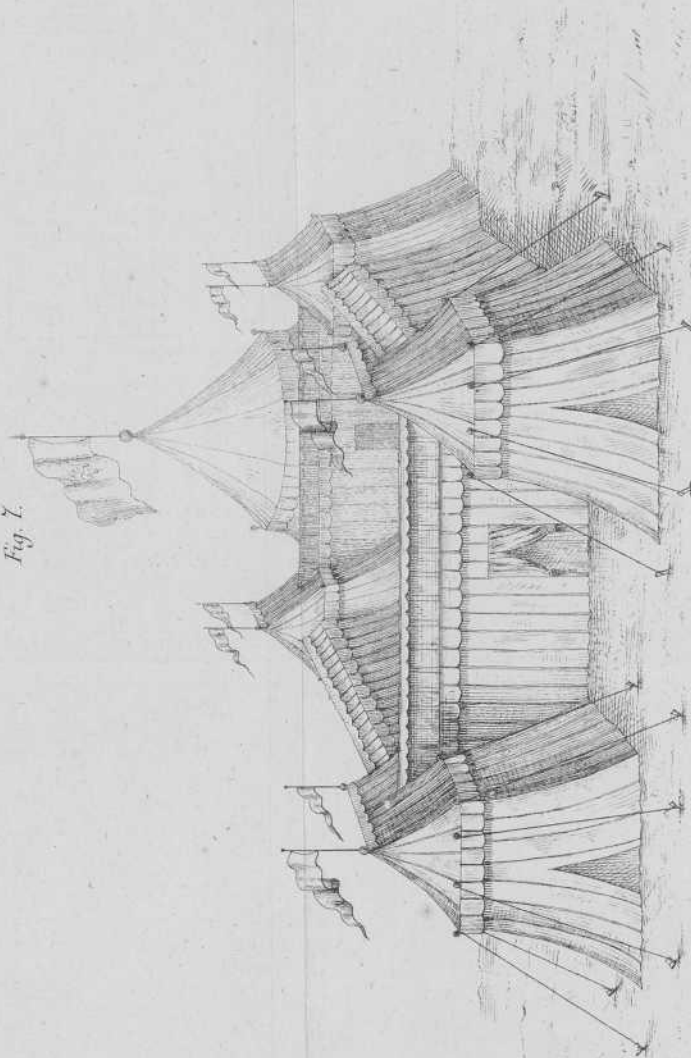
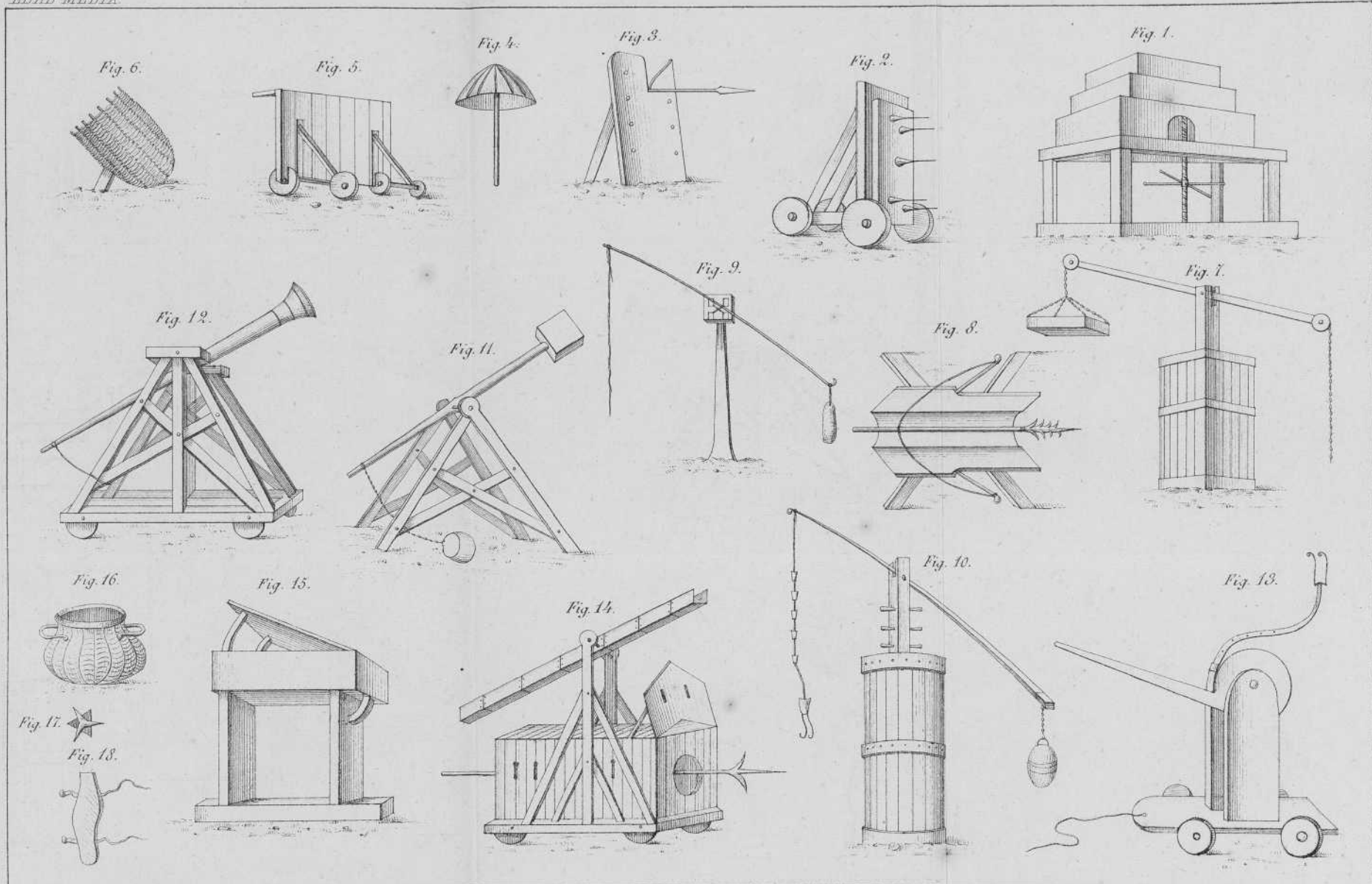
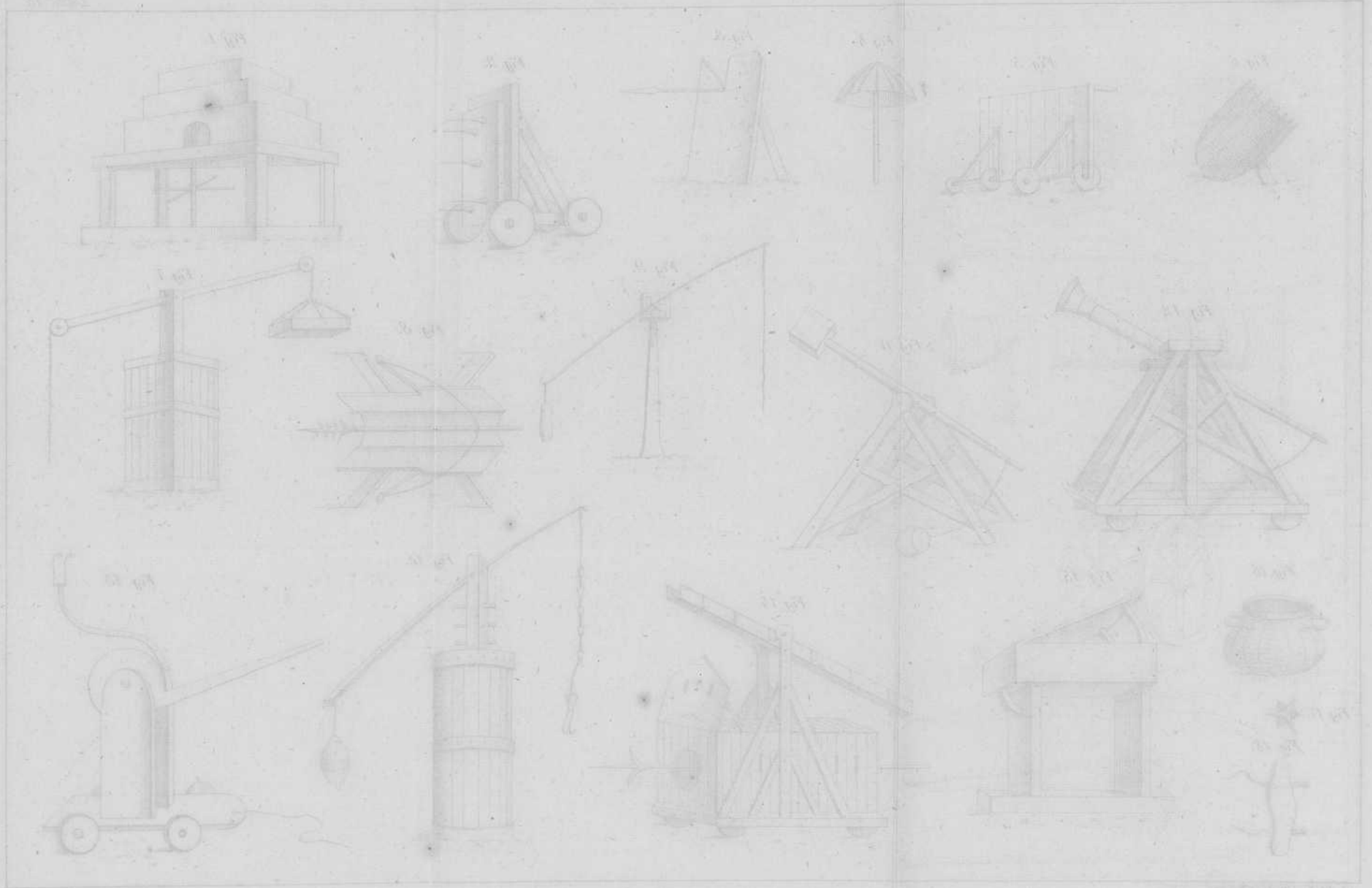
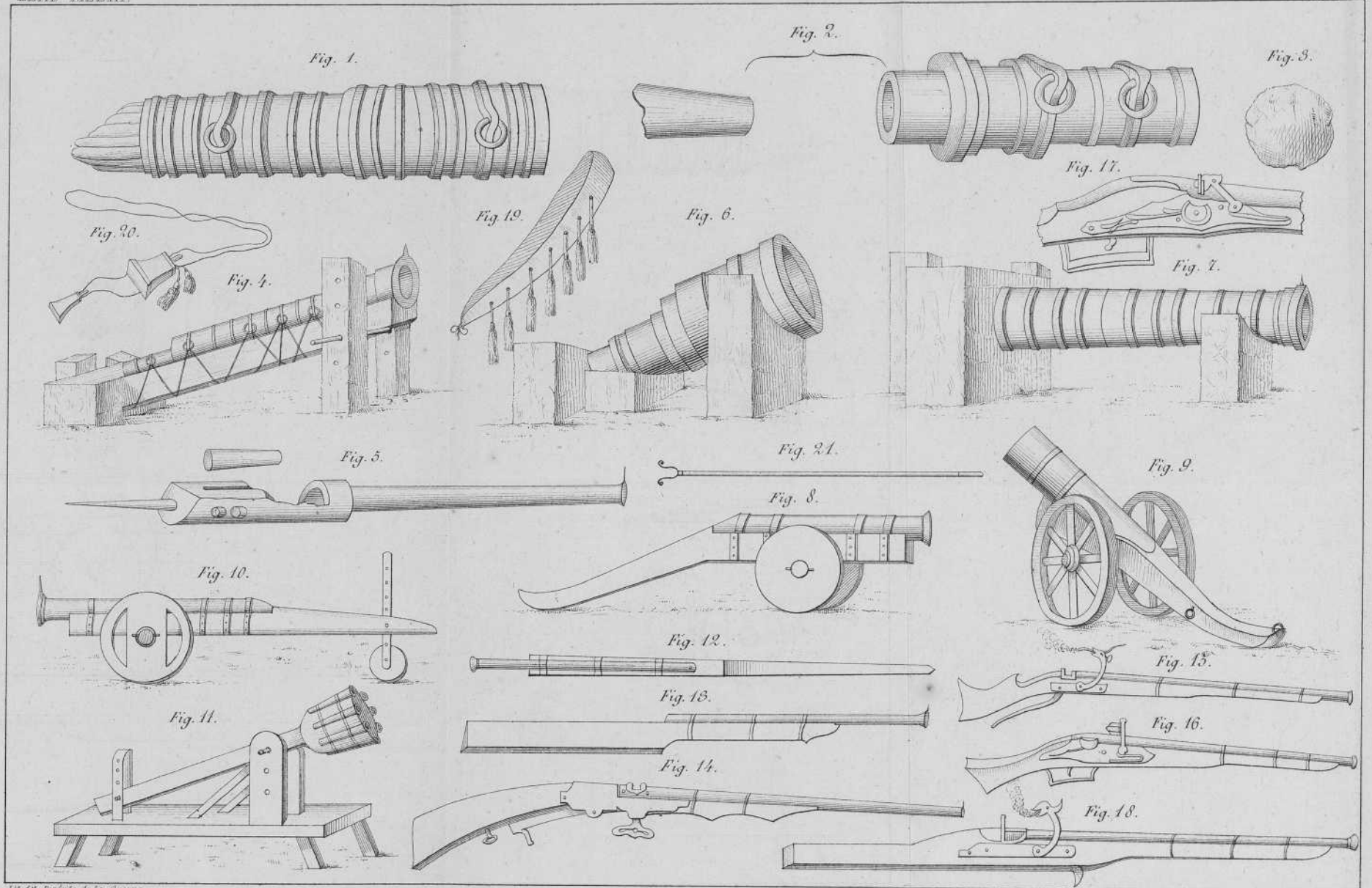


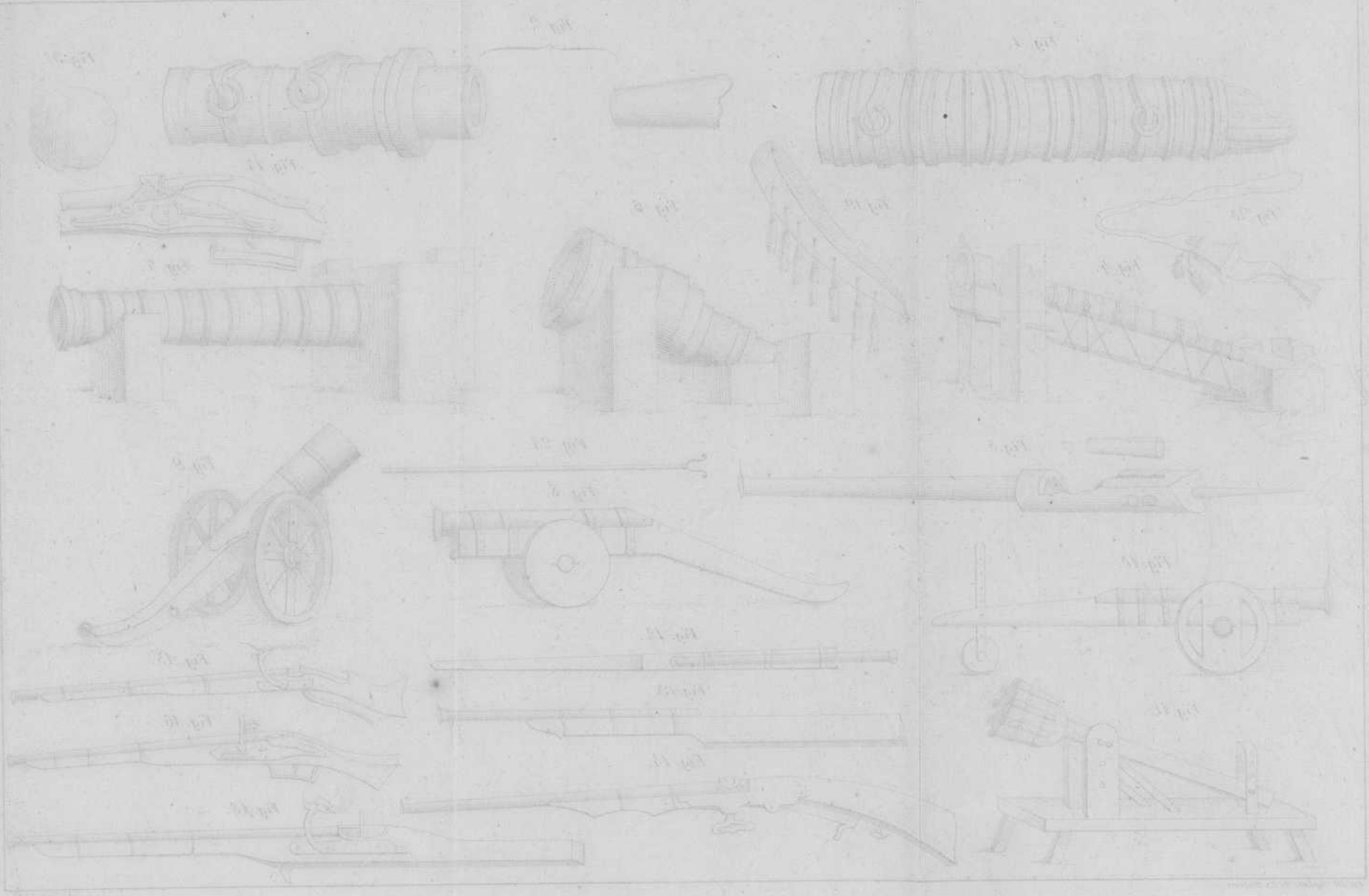
Fig. 7.

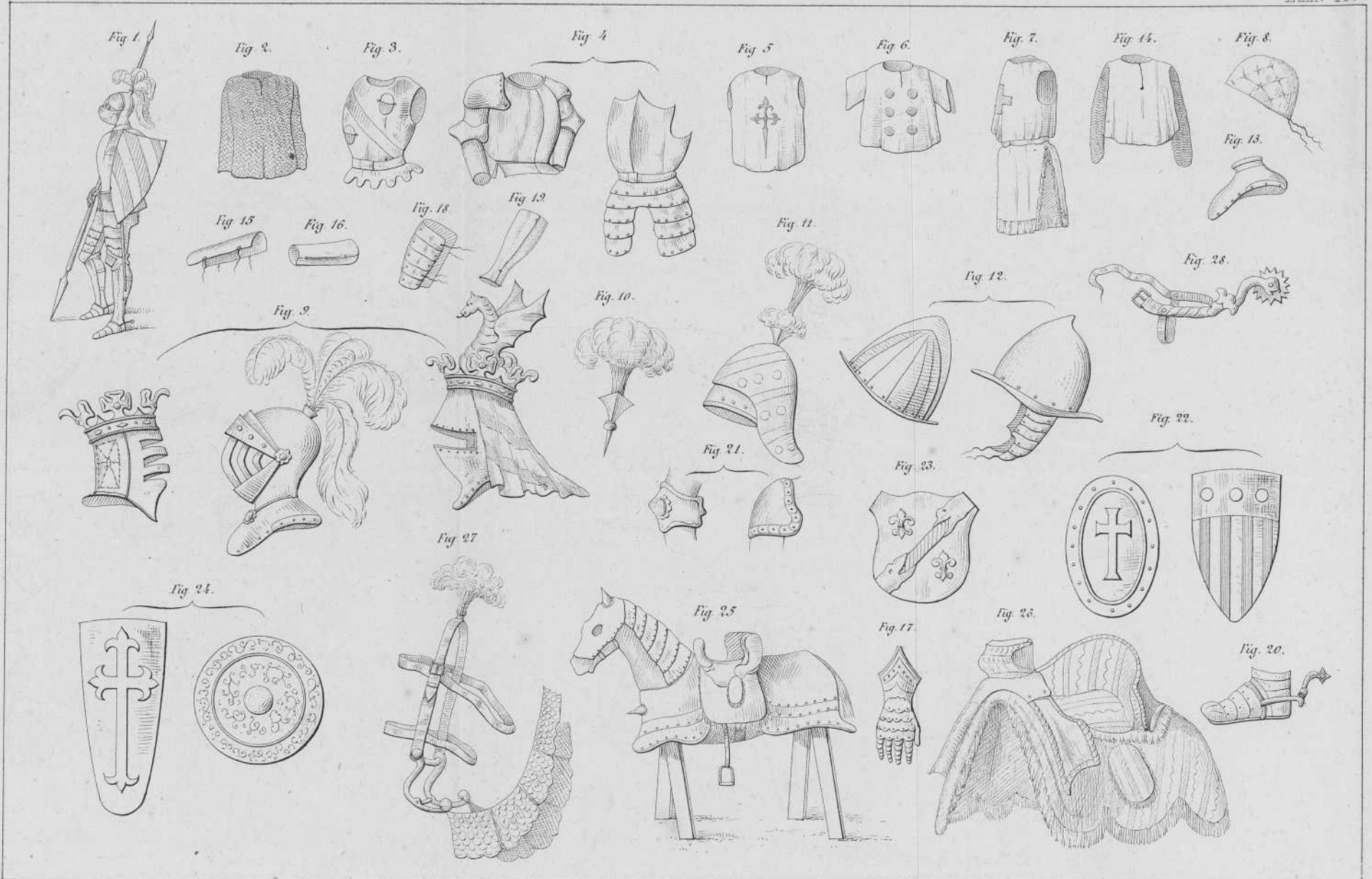


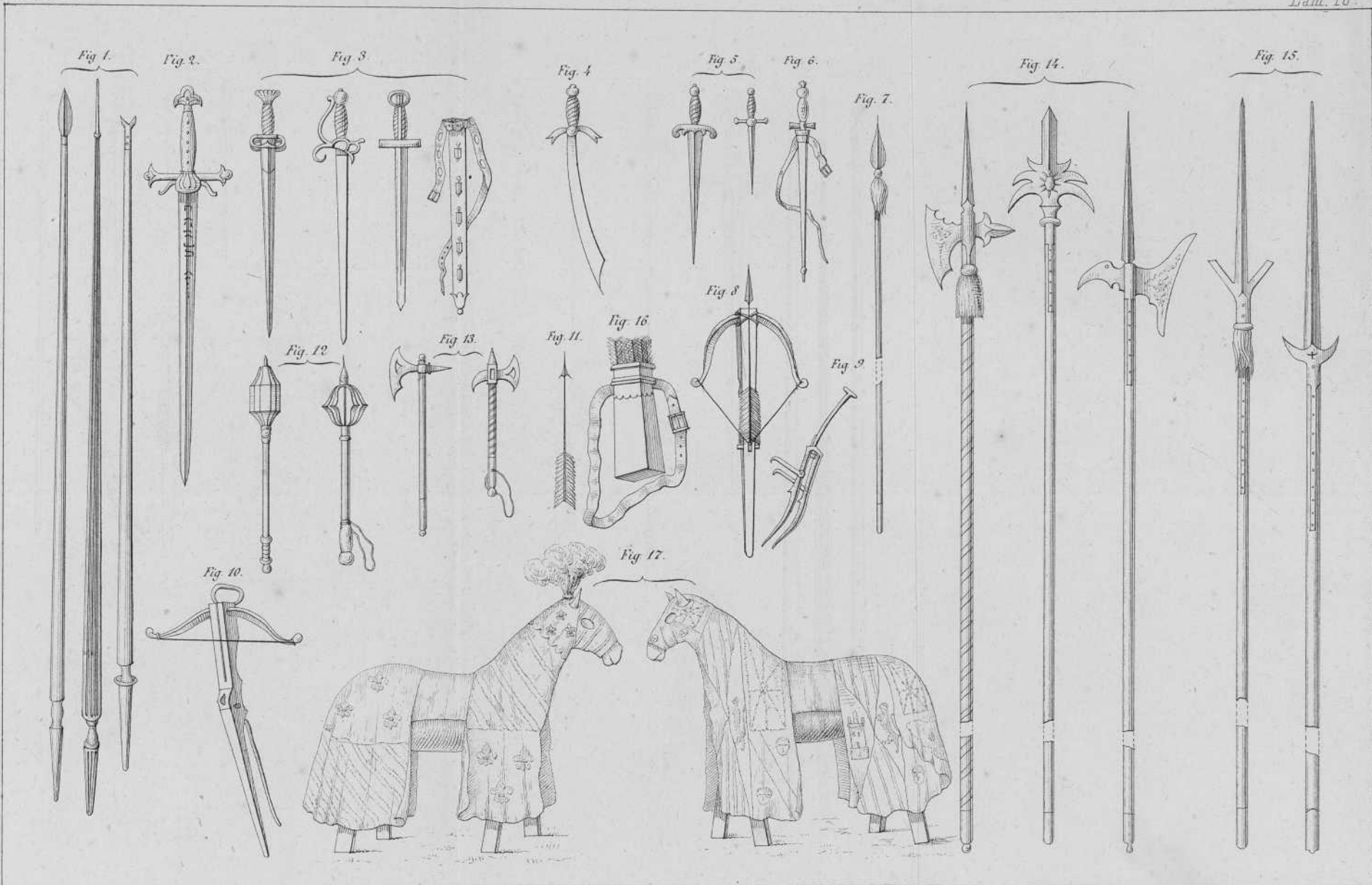




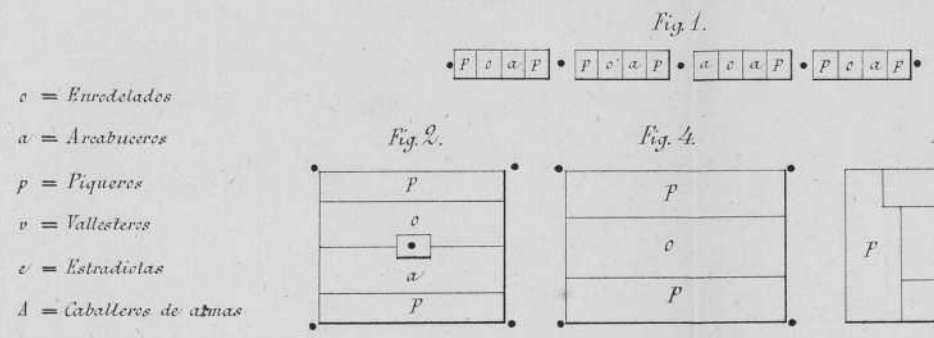




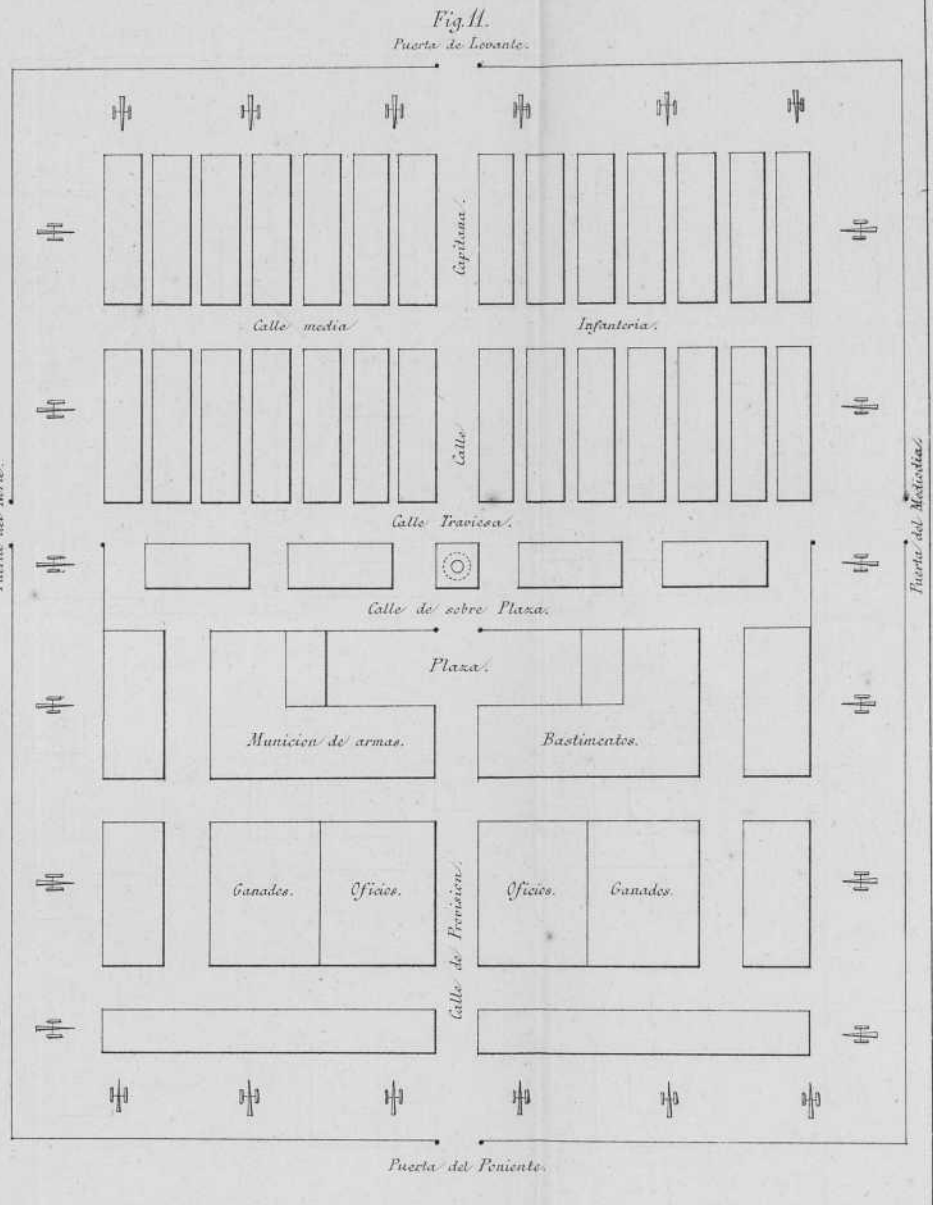
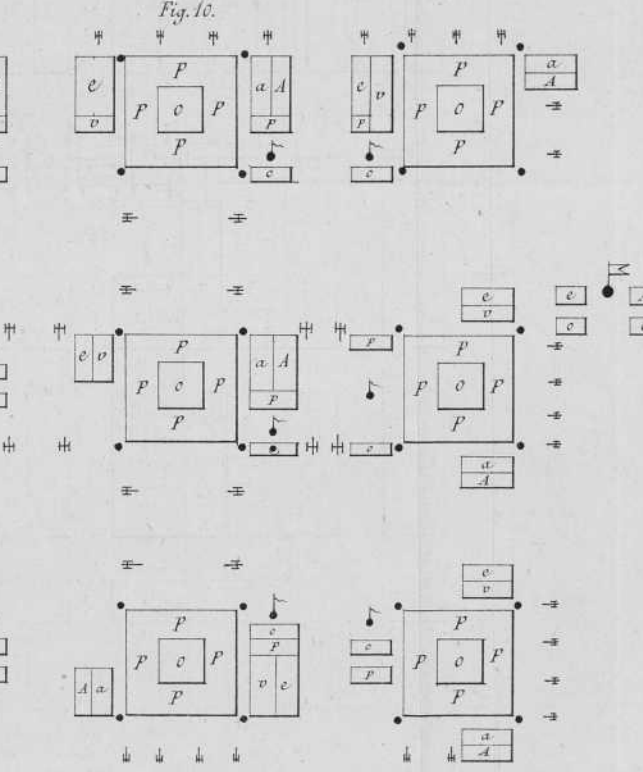
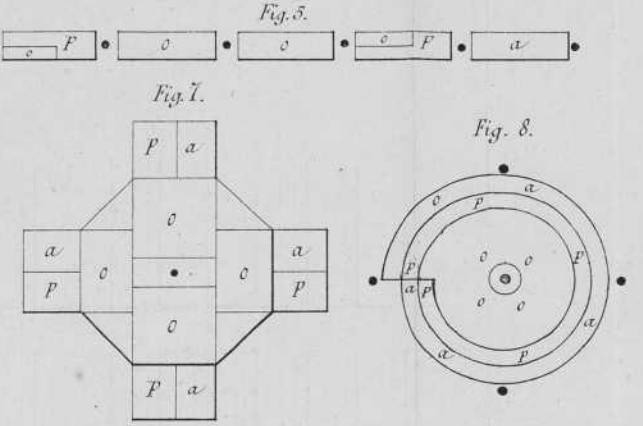
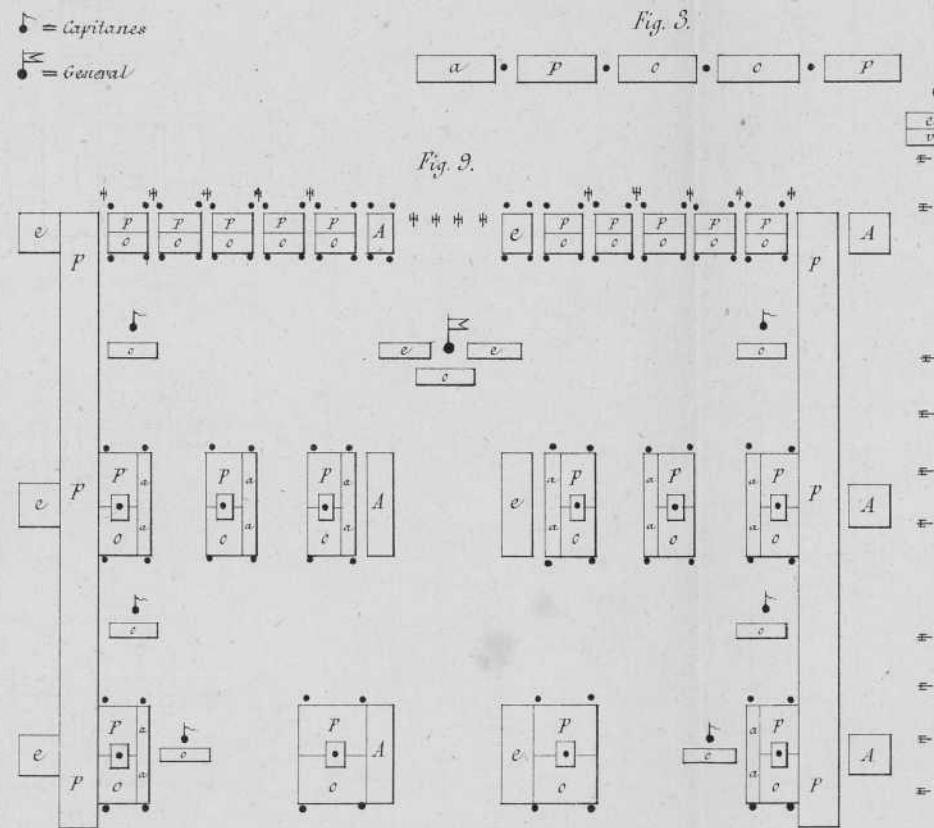




14. del Depoito de la guerra.



c = Enredelados
 a = Arcabuceros
 p = Piqueros
 v = Vallesteros
 e = Estradiotas
 A = Caballeros de armas
 • = Cabos
 † = Capitanes
 M = General



ÍNDICE

DE LAS MATERIAS COMPRENDIDAS EN ESTE TOMO.

	Páginas.
Al lector.	6
Epoca celtibérica.	8
Epoca griega.	16
Epoca romana.	26
Epoca gótica.. . . .	41
Epoca árabe.	50
Edad media.	72

APÉNDICES.

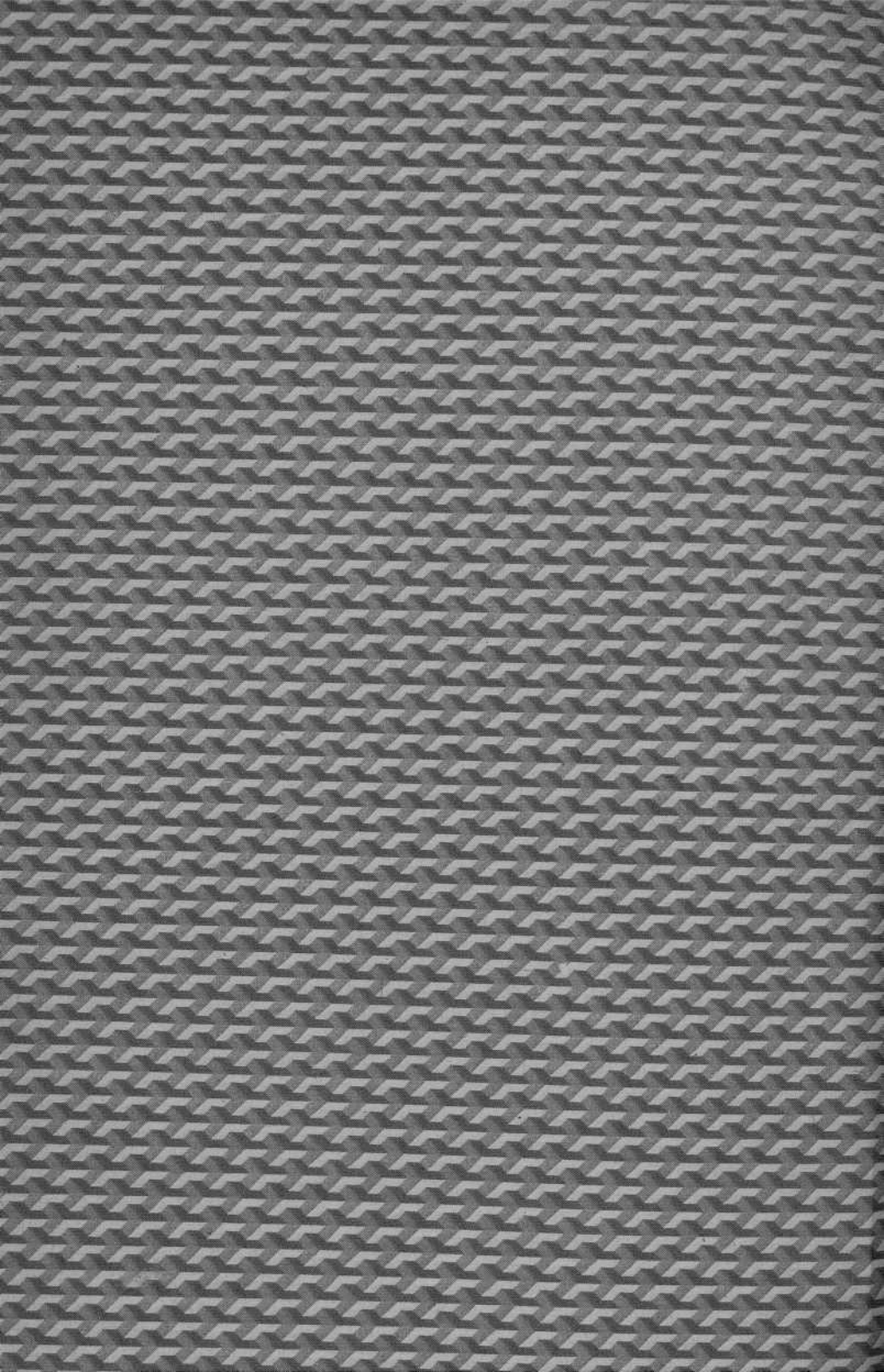
Carros falcados.. . . .	154
Camellos de guerra.	159
Empleo del elefante en la guerra.	162
Antigua tormentaria.. . . .	169
Pólvora.	177
Fuego griego.	181
Artillería.. . . .	187
Armas manuales de fuego.	194
La caballería en la edad media.	197
Ordenes militares y religiosas.	202
Torneos.	211
Paso honroso.. . . .	216
Empleo de los perros en los ejércitos.	220

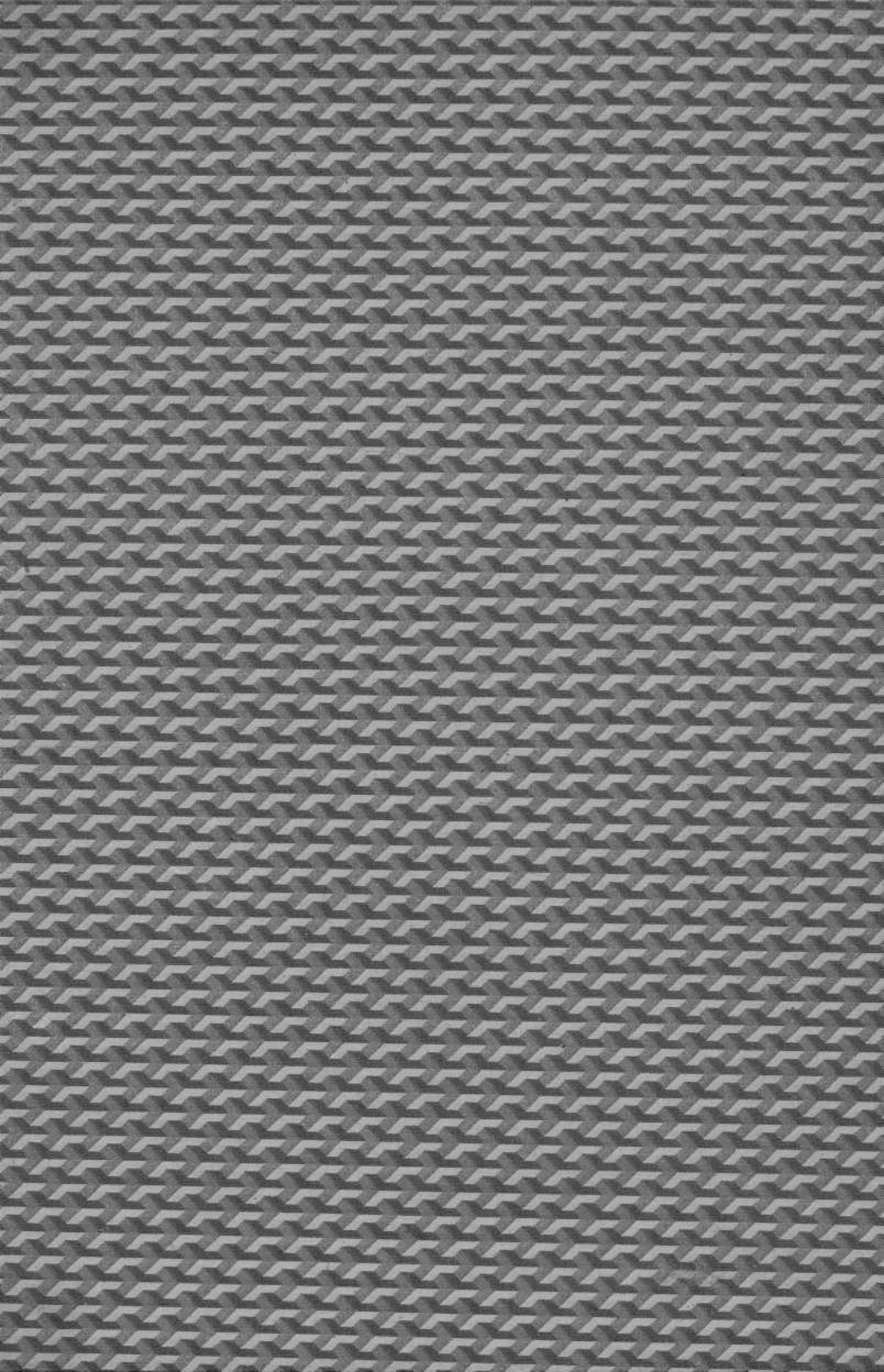
FE DE ERRATAS.

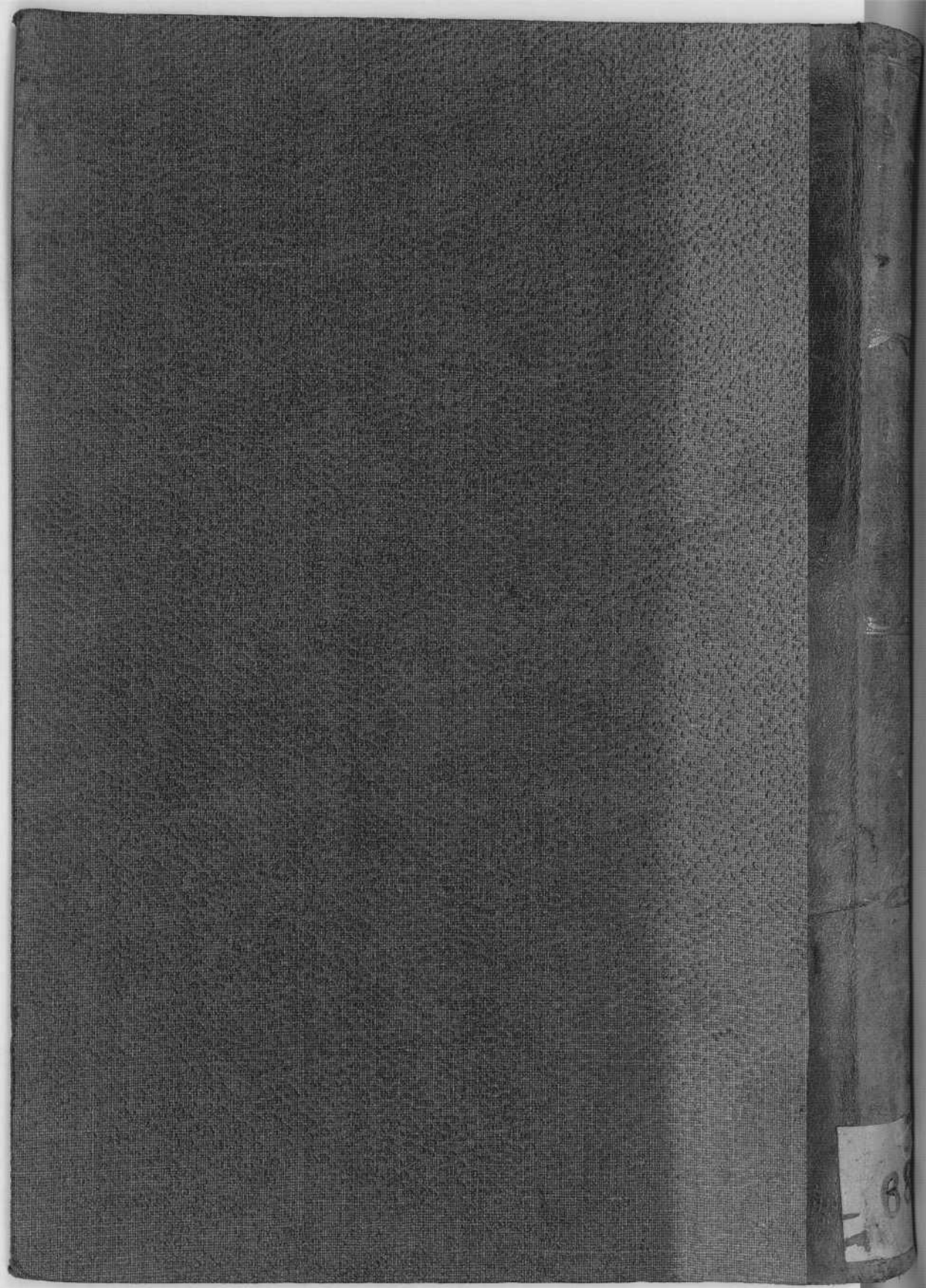
Línea.	Página.	Dice.	Debe decir.
36	12	resistiere	resistiese
8	17	fuerza	formacion
8	42	Absorvieron	absorvieron
13	46	indispensale	indispensable
19	46	servir para	seguir por
8	54	supo	el cual supo
32	62	reconocidos	reconocidas
15	66	más seguro;	más seguro,
6	82	expeculas	expensas
11	104	<i>curuña</i>	<i>curueña</i>
36	113	barra	barro
26	121	reunian	se reunian
17	123	braceles	brazales
19	132	dividir	decidir
23	134	realizarse	realizarlo
11	136	extradistas	extradiotas
26	139	entiende	extiende
25	140	en batalla	en la batalla
13	149	plazas	planes
10	155	grandes ímpetus	grande ímpetu
4	156	Abraclates	Abradates
7	156	tinsoes	timones
1	157	mny	muy
2	158	en carros	sus carros
11	175	perdés	perder
13	175	momento	monumento
18	183	que se que	que se
18	192	mozos	moros
15	196	Meyalquivir	Mazalquivir.

EN DE ERRATAS.

Page	Palabra	Debe	Debe decir
15	190	Mzalpávit	Mzalpávit
18	192	mozos	mozos
18	183	que se due	que se due
13	175	memento	memento
11	175	perda	perda
2	158	en caros	en caros
1	157	any	any
7	156	tinones	tinones
4	156	Abrulatas	Abrulatas
10	155	grandes impetu	grandes impetu
13	149	plaza	plaza
20	140	en batalla	en batalla
26	139	contando	contando
11	138	extraditas	extraditas
23	134	regúnase	regúnase
19	133	dividir	dividir
17	133	tramos	tramos
20	131	reunian	reunian
26	113	parta	parta
11	104	corria	corria
6	82	expensas	expensas
15	75	mas seguro	mas seguro
22	62	reconocidos	reconocidos
2	54	supo	supo
10	46	servir para	servir para
13	46	indispensable	indispensable
2	43	Abservieron	Abservieron
6	17	fuera	fuera
30	12	realistas	realistas









JIMENEZ
DE
CASTRO



ARTE
DE LA
GUERRA
EN
ESPAÑA



88008